

García de Saura

AQUÍ LE ECHAMOS MUCHOS HUEVOS... A LA TORTILLA



Índice

Portada
Sinopsis
Dedicatoria
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Epílogo

Agradecimientos

Biografía

Notas

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

Maica, alias Zape, es hija de un camionero, ferviente odiador de los franceses, y, a sus veintiséis años, finalmente ha conseguido graduarse en Química.

Cuando supo que ese verano se iba a quedar sin vacaciones, su incondicional amiga Ainhoa, alias Zipi, le ofreció pasar el verano en Londres gracias a un programa de intercambio cultural europeo. Pero un desafortunado error hizo que Maica se inscribiera para ir a París, con lo cual se separaría de su mejor amiga y se vería obligada a meter a una francesa en casa.

A partir de ese momento, todo cambiará para la protagonista, que se verá envuelta en un divertido enredo, sobre todo cuando descubra que la que iba a ser su huésped acaba siendo un atractivo, elegante y sexy hombre parisino llamado Mattew, que pondrá su mundo patas arriba.

Dedicado a mi marido: cuento los días
para perdernos de nuevo en la ciudad de París.
A mis fieles lectoras,
a mis niñas,
y a las personas con verdadera
capacidad de amar y ser amadas

Capítulo 1

Supuse que ese verano iba a ser como todos los anteriores, y que al acabar el curso nos iríamos dos semanas a visitar cualquier punto de España, algo muy habitual en mi particular familia. Sin embargo, estaba equivocada. Ese verano no sólo iba a ser distinto del de otros años, sino que, contra todo pronóstico, cambiaría mi vida... para siempre.

* * *

Corro de un lado a otro por mi cuarto. He quedado con mi amiga Ainhoa y ya llego tarde. Por más que miro, no encuentro las dichas sandalias que tanto me gustan y que conjuntan tan bien con mi vestido veraniego.

—Abuela, ¿has visto mis sandalias negras?

—¡No, cariño! ¡Estarán donde tú las hayas dejado! —contesta desde la cocina, donde anda trasteando.

—¡Muy aguda, abuela! Pero ¡aquí no están! —grito agachada mientras miro debajo de la cama, sin resultado.

—¡Te aseguro que yo no las llevo! ¡Pregúntale a tu hermano!

Haciendo caso de sus palabras, y como último recurso tras hacerle un registro exhaustivo a mi habitación cual policía con una orden judicial en mano, me dirijo al cuarto del pequeñajo.

—Curro, ¿has visto mis...? Pero ¡¡¿qué puñetas haces con mis sandalias?!!

—Comprobar que es verdad lo que dicen los chicos de mi clase.

—¿Que si les cogéis algo a vuestras hermanas mayores os podéis llevar un guantazo?

—Estoy investigando. Mis amigos dicen que las mujeres que os ponéis tacones sois tontas.

—Menuda teoría científica tienen tus amigos —digo sentándolo a un lado de la cama para descalzarlo.

—Maica, yo pienso como ellos. Hay que estar loco o ser tonto para subirse a esa altura. ¿Para qué lo hacéis? Es incómodo y no es seguro; yo casi me caigo al suelo.

—Tú casi te caes porque no tienes experiencia ni tienes por qué tenerla. Hazte un favor y no vuelvas a cogerlas. La curiosidad mató al gato, y tú te has librado por los pelos.

—Lo he hecho por la ciencia y, como científica que eres, no deberías enfadarte.

—Soy química, pero también tu hermana, y sabes de sobra que no me gusta que entres en mi cuarto a mis espaldas, y mucho menos que me cojas mis cosas sin permiso.

—¡Mujeres! —remata sacudiendo la cabeza antes de volver a su escritorio para dedicarse a saber qué delante de su ordenador.

Calzada por fin con mis ansiadas y recién halladas sandalias, voy al baño para darme un último retoque. No suelo maquillarme mucho, así que con una simple raya en el ojo y un poco de brillo en los labios me doy por satisfecha. Me gusta la imagen que me devuelve el espejo: una chica morena de media melena, grandes y almendrados ojos verdes, nariz pequeña, labios carnosos y una agradable sonrisa. Al contrario que Curro, que es rubio e idéntico a mi padre, yo no puedo negar que soy un calco de mi madre. ¡Dios, mi madre...! ¡Cuánto la echo de menos! Hace seis años que una maldita enfermedad nos la arrancó, dejándonos solos a mi padre, a mi hermano y a mí. Por aquel entonces, el pequeño tan sólo tenía dos años, y yo acababa de cumplir los veinte. Mi padre, camionero de profesión, apenas paraba en casa por los portes que hacía, tanto nacionales como internacionales, por lo que mi enviudada abuela paterna no dudó en venirse a vivir con nosotros, convirtiéndose así en nuestra segunda madre. Al principio fue muy doloroso, pero con el paso del tiempo y el cariño de mi abuela Isabel, conseguimos salir adelante y acercarnos a lo que venía siendo una familia normal.

—Buenos días —saludo a mi padre al llegar al salón.

Pero él sólo me contesta haciendo un simple movimiento con la mano. Anda en círculos mientras mantiene una acalorada conversación con el móvil pegado a la oreja.

—¿Otra vez lo mandan al país vecino? —le pregunto a mi abuela al encontrarme con ella en la cocina. Esa forma de andar característica sólo la vemos cuando mi padre está enfadado o cuando lo obligan a hacer un porte a Francia.

—Me temo que sí, y ya sabes lo que eso significa.

—¿Crees que será necesario taparnos los oídos esta vez?

—Espera que lo mire. —Asoma la cabeza por la ventana que da al salón—. ¡Oh, oh...!

Curiosa, me coloco a su lado para asomarme también.

—¡Podrías mandar a Manuel!...

—Se está poniendo colorado, mal vamos —susurro.

—¡No he dicho que no quiera ir!...

—Buenooo, ya empieza a inflarse —cuchichea mi abuela.

—¡El tres ejes está en la nave muerto de risa!...

—Mira cómo le cae el sudor.

—¡Sí, llevo mercancía para Irún!...

—Va a explotar de un momento a otro.

—¡Está bien, subo ahora a cargar! ¡Adiós!

—Corre, que no nos vea —me apresura mi abuela para apartarnos de la ventana.

—Comienza el pregón en tres, dos, uno...

—¡¡¡Joder, mierda, capullo...!!!

Mi padre sigue dándolo todo a pleno pulmón, descargando cuanto le viene a la mente y despotricando acerca de los franceses, mientras mi abuela y yo lo escuchamos escondidas, riéndonos por lo bajini.

La aversión de los hombres de mi familia paterna por los vecinos galos se remonta a dos siglos atrás, concretamente, a la guerra de la Independencia española. Torrero, barrio al que perteneció mi familia, fue un punto clave en esa época, destacando por su gran oposición y resistencia al ejército de Napoleón.

Según nos han contado un millar de veces, un antepasado nuestro, mi tataratatarabuelo, encabezaba uno de los grupos de resistencia del alto Aragón. La anécdota de su acción heroica pasó de padres a hijos y, con ella, el odio hacia los franceses.

Pero la cosa no quedaba ahí. Por si no fuera suficiente haber mamado desde pequeño esta «tradición», mi padre, uno de los chóferes más veteranos de Transportes Maños, S. L., no tuvo más remedio que visitar y pisar suelo francés en su primer viaje al extranjero, cuando la empresa comenzó a expandirse y a exportar e importar mercancía de la Unión Europea. Por aquel entonces, los conflictos con los ganaderos galos estaban en su momento más álgido y, pese a la negativa de mi padre por hacer aquel fatídico porte, finalmente no tuvo más remedio que ir. Para su sorpresa y la de todos, nada más cruzar la frontera, los ganaderos lograron paralizar su camión y acabaron volcándolo, derramando así todo lo que cargaba en su interior sobre la carretera. Desde ese día, su odio se acrecentó, convirtiéndose en desprecio, fobia e incluso inquina hacia los vecinos franceses. El trabajo lo obliga a tener que visitarlos en más de una ocasión y, pese a que los conflictos en la frontera parecen haberse solucionado, él no consigue disminuir ni un ápice el «cariño» tan especial que les tiene.

—¡¡¡Hostias, joder...!!!

—Eso ya lo has dicho —le reprocha mi abuela saliendo a su encuentro.

—Y lo repito cada vez que quiera: ¡¡¡joder!!!

—Paco, para ya de decir tacos y relájate.

—¡Estoy en mi casa y digo lo que me sale de los huev...!

—¡Paco!

—¿Qué?

—¡Vale ya! Te ha mandado tu jefe que vayas, y vas. Supera de una vez lo que te pasó en tu primer viaje. Desde entonces has ido varias veces y nunca te ha ocurrido nada.

—Cómo se nota que tú no estabas allí...

—Lo has contado tantas veces que es como si hubiera estado.

—¡No puedo con ellos, mamá!

—No tienes que cogerlos en brazos.

—¿Encima cachondeo...?

—Paco, por favor. Deja ya el temita y vete, que llegas tarde.

—Ya me voy, pero antes tengo que cagar.

—¡Maica, tápate los oídos! —me advierte mi abuela al verme aparecer en el salón.

—¡¡¡Me cago en los putos franchutes!!! —brama mi padre justo antes de salir dando un tremendo portazo.

Mi abuela y yo nos miramos riendo. La escena, aunque un tanto rocambolesca, es ya algo habitual en casa, y aunque al principio nos asustaba, ha acabado siendo motivo de risas y cachondeo para las dos.

Tras despedirme de ella y darle mi habitual beso, salgo corriendo para dirigirme a la cafetería de la facultad, donde Ainhoa me espera.

Conozco a Ainhoa desde que comenzamos el instituto. Ella es rubia, con los ojos azules y mucho más alta que yo, que mido un metro sesenta. Desde el primer instante nos hicimos amigas y nos convertimos en inseparables. Nuestra afinidad es tan grande que parecemos hermanas más que amigas. Exceptuando el físico, tenemos muchas cosas en común: ambas nos hemos graduado en Química, nos gusta el mismo tipo

de música, los mismos libros de romántica erótica, las mismas películas, e incluso el mismo tipo de hombre. Eso sí, para evitar problemas, nos hicimos la promesa de que siempre respetaríamos al chico de la otra, hecho que a día de hoy seguimos manteniendo a rajatabla.

En la universidad, casi todo el mundo nos conoce, e incluso tenemos un mote que nos pusieron desde el primer año de carrera: *Zipi y Zape*, como los personajes de cómic de José Escobar. Y es que, además de por nuestro distintivo color de pelo, nos lo hemos ganado por méritos propios: a Ainhoa y a mí nos gusta meternos en todos los *fregaos*, gastar bromas, hacer alguna que otra travesura y buscar mil y una excusas para escaquearnos de las clases, organizando huelgas o inventándonos cualquier evento, lo que nos ha llevado a graduarnos más tarde de lo habitual y a ser «invitadas» al despacho del decano de la facultad con bastante frecuencia.

Pronto nos hicimos muy conocidas, y no precisamente por ser esculturalmente perfectas y dos chicas extraordinariamente *sexis* ni nada por el estilo, sino por nuestras increíbles ganas de pasarlo bien, nuestras innumerables hazañas y lo bien que nos llevábamos y nos llevamos con los chicos, algo que nunca ha sentado muy bien entre el sector femenino, con el que no solemos congeniar.

—Tía, llegas tarde —suelta nada más verme aparecer por la cafetería.

—Lo siento, he tenido un par de emergencias —me justifico sentándome a la mesa—. El bicho de mi hermano me ha cogido las sandalias que llevo puestas para un experimento sociológico y, por si fuera poco, hemos asistido a otro ataque de ira antifrancés de mi padre.

—¿Ha sido peor que la última vez?

—Por suerte, un poco más suave; el portazo que ha dado al salir no ha tirado ningún cuadro de la pared.

—Ja, ja. Me alegro. Lo de Curro, en cambio, sí que me sorprende.

—No es lo que piensas. Es mucho más importante —digo alzando las cejas—: según sus amigos, las mujeres que llevamos tacones somos tontas.

—¡Guau, qué increíble teoría!

—¿A que sí?

Ambas nos echamos a reír con la ocurrencia del enano. Hay que reconocer que, además de espabilado, es ingenioso.

La conversación es interrumpida en varias ocasiones por numerosos compañeros que, al entrar o salir de la cafetería, pasan por nuestra mesa para saludarnos o para despedirse. Deseábamos acabar los estudios, pero ahora que ha llegado el momento de abandonar la universidad, nos cuesta hacerlo. Han sido unos años maravillosos, de los que nos vamos a llevar una mochila cargada de multitud de fantásticos recuerdos y anécdotas.

—Tía, aún no me puedo creer que se vaya a acabar esta etapa de nuestra vida —comento mirando a mi alrededor con nostalgia mientras nos tomamos nuestra habitual Coca-Cola.

—Yo tampoco.

—No sólo es el final de las clases, ¡es el final de una era!

—Se acabaron las fiestas.

—Se acabaron los desmadres.

—Se acabaron las largas noches en vela estudiando.

—Eh, brindo por eso —indico alzando y chocando mi vaso contra el suyo.

—También es verdad.

—Se acabaron las bromas a las alumnas repipis y a los profesores —continuó.

—¡Eh, tampoco te pases!

—¿De quién nos reiremos a partir de ahora? ¡Joder, no me puedo creer que vaya a echar de menos a doñas floripondios!

—Hay más vida fuera de este complejo, ¿lo sabías?

—Lo sé, tía. Pero nada volverá a ser lo mismo. Tú empezarás a trabajar en algún hospital o laboratorio, yo en otro, y...

—Te has *levantao* ñoña esta mañana y al final me lo vas a contagiar.

—Ya no vamos a estar tanto tiempo juntas, y, lo que es peor, no podré vivir en directo las putadas que les gastes a tus nuevos compañeros de trabajo.

—Tiraremos de WhatsApp.

—¡Brindo por eso también! —Volvemos a chocar nuestros vasos.

Esta vez es el decano quien nos interrumpe. El hombre anda recorriendo la ciudad universitaria para despedirse de los alumnos que encuentra a su paso.

—Señoritas.

—Caballero —decimos al unísono.

—Lo primero, quiero darles la enhorabuena por su graduación.

—Muchas gracias —responde Zipi.

—Muchas gracias, decano —añado.

—Aún me cuesta creerlo: graduadas...

—Cosas más raras se han visto —se mofa Ainhoa guiñándole un ojo, lo que me hace sonreír.

Él, intentando disimular, se inclina hacia nosotras y susurra:

—Negaré haber dicho el resto de mi vida lo que voy a deciros, pero me habéis dado vidilla durante este tiempo y, en el fondo, os voy a echar de menos —confiesa condescendiente.

—Tranquilo, tu secreto está a salvo con nosotras. —Esta vez soy yo la que le guiña el ojo.

El decano se incorpora, carraspea al tiempo que se coloca bien la chaqueta de su traje y añade de nuevo con un tono de voz normal:

—Bueno, señoritas, un placer saludarlas y... sean felices.

—Igualmente, señor —respondemos antes de verlo marchar para continuar con su ruta.

Ainhoa y yo nos miramos y nos echamos a reír. Ambas sabemos que lo que nos ha dicho es cierto y que, en el fondo, nos aprecia casi tanto como nosotras a él. Tanta visita a su despacho es lo que tiene; aunque también ser cómplices y conocer algún que otro secretillo suyo, lo que hizo que nuestra relación con él..., digamos que mejoró bastante.

A media mañana, y con media universidad saludada, nos pedimos nuestro último refresco y nos marchamos de la cafetería para dirigirnos a uno de nuestros lugares favoritos: el mirador. No es que exista ninguno en el campus, pero es como nosotras llamamos a un trocito de jardín cubierto de frondoso césped sobre el que nos sentamos a mirar a los chicos que corren en la pista de atletismo que hay en la parte trasera del edificio de la Facultad de Ciencias.

—Esto sí que lo voy a echar de menos —comenta mi amiga nada más dejar caer su pandero sobre el mullido césped.

—¿La hierba? —me mofo.

—Claro, tía. Ya sabes lo que me gusta lo... verde.

—En serio, aún no sé cómo podrás sobrevivir sin estas vistas. Con lo que te gusta a ti enamorarte y desenamorarte con facilidad.

—No me lo recuerdes —manifiesta agachando la cabeza y arrancando una hoja de césped—. Para ti es fácil, siempre has pasado de los tíos. Sí, ya sé lo que me vas a decir: que somos fuertes e independientes y que no los necesitamos para lograr nuestras metas, pero...

—Chica lista.

—Tía, tú eres de otro planeta o los extraterrestres te abdujeron una noche de luna llena. No es normal que no te hayas enamorado realmente de ninguno en todos los años que hace que te conozco.

—Ninguno merecía la pena, créeme.

—¿Cómo que no? Hemos conocido a más de un semental, y lo sabes.

—Tú lo has dicho: sementales. Su capacidad y su relevancia se reducen a un mero trámite de intercambio de placeres y fluidos.

—Pero ¡mira que eres científica, joder! Hay cosas que la ciencia no puede explicar, ¿lo sabías?

—Tienes razón. Por más décadas que el ser humano lleve investigando, nadie ha podido averiguar a qué se debe que exista tanto gilipollas.

—Algún día te enamorarás y verás que el amor es algo que escapa a la ciencia.

—¡Ya estuve enamorada! —me defiendo.

—Sí, de un tubo de ensayo.

—¿A que son guapos? —digo alzando las cejas—. Siempre dispuestos, erectos y transparentes. ¿Qué más se puede pedir?

—En serio, Maica. Ese día llegará, te veré poner cara de tonta y no tendrás más remedio que darme la razón.

—Eso pasará el día que mi padre quiera a los franceses, o sea, nunca. Ainhoa, aunque nos gusten las novelas románticas, lo que reflejan es pura ficción. Estoy segura de que más de una ha confundido un rugir de tripas con las archiconocidas mariposas en el estómago.

—A veces la realidad supera la ficción.

—¿De verdad crees que un hombre puede hacerte doblar la rodilla y levantar un pie con un simple beso? ¡No me hagas reír!

—Cuando se hace algo así, no es por un simple beso.

—Hablas como si lo hubieses vivido y, hasta donde yo sé, no se ha dado el caso.

—Aún no, pero todo se andará.

—Sigue, sigue andando.

—Y, ya que estamos, también quiero probar un cuarto rojo, o un local liberal, una de esas posturas extrañas o un buen empotramiento.

—¡Y luego vas y te despiertas...! Baja de las nubes, piloto, que el tortazo que te puedes dar no es pequeño. Cuarto rojo, dice la *jodía*, ja, ja, ja...

—Tú ríete, pero algún día te comerás tus propias palabras, y yo seré testigo de ello.

Con el mediodía, llega el momento de marcharnos del centro universitario, y la nostalgia se implanta en nuestras caras de un modo irremediable. No hemos sido estudiantes modelo, y hemos repetido muchos cursos, pero nos da pena acabar la mejor etapa de nuestra vida. En la puerta del complejo, ambas nos volvemos para echar un vistazo al lugar que tanto nos ha dado y que tantos memorables recuerdos atesora. Suspiramos y dejamos que el silencio hable por nosotras; ninguna quiere decir nada porque sabemos que, al hacerlo, abriremos la puerta a la ñoñería más ñoña del mundo ñoño y las lágrimas saldrán en formato fuente de nuestros ojos.

—¡Tengo una idea! —grita de pronto mi amiga.

—Joder, Ainhoa, avisa —digo echándome la mano al corazón. Si el grifo de la fuente estaba a punto de abrirse, con el grito que acaba de dar se ha cerrado la llave de paso de un plumazo.

—Me he venido arriba, lo siento. ¡Es que es muy buena!

—Sea lo que sea, ¡me apunto!

—¿Qué te parece si alargamos aún más esta despedida?

—Tía, no pienso encadenarme a un árbol.

—¿Tienes prisa por empezar a trabajar o te apetece que convirtamos este verano en el colofón y la traca final de esto?

—¡Soy tu chica! ¿A qué playa nos vamos?

—¿Qué te parece a una isla? —pregunta con sonrisa ladina.

—Te recuerdo que aún somos estudiantes —apostillo pensando en la cantidad de dinero que nos va a costar escaparnos a Ibiza.

—¿Qué parte de «muy buena» no has entendido? Ven conmigo.

En apenas unos minutos estamos de vuelta en el complejo, pero esta vez en uno de los lugares que menos hemos visitado en estos años: la biblioteca.

—Y ¿dices que es gratis?

—Como el aire que respiras. Mira, aquí lo pone —dice señalando la pantalla del ordenador que hemos escogido—. Es un programa pionero subvencionado por la Unión Europea, llevado a cabo por los ayuntamientos participantes en colaboración con el de Madrid. Se trata de un intercambio entre países pertenecientes a la Unión Europea que han accedido a participar en el proyecto.

—Y ¿desde cuándo sabes tú esto?

—No lo recuerdo muy bien, pero eso ahora no importa.

—Vale, te *pendono*. Según dice aquí, el intercambio es para fomentar la colaboración entre ciudades, aprender el idioma y las costumbres.

—Exacto. Una persona vendría a nuestra casa y luego nosotras iríamos a la suya. ¡Y gratis!

—No me lo puedo creer. ¡Es un sueño hecho realidad!

—¡Tía, que nos vamos a Londres! —grita cogiéndome del brazo y balanceándose.

La bibliotecaria nos sisea y nos riñe con la mirada. Pero a nosotras no nos importa mucho; somos las únicas que estamos en la sala y... ¡nos vamos a Londres!

—Pues habrá que darse prisa antes de que se salgan de la Unión Europea. ¡Mierda! —digo sin dejar de mirar la pantalla.

—¿Qué ocurre? ¿Ya se han *salío*?

—El plazo para inscribirse acaba hoy mismo, exactamente dentro de cinco minutos.

—¡¿Qué?!

—Míralo tú misma.

—Dame el ratón —exige arrancándomelo de la mano—. Ainhoa García..., calle...

—Co, date prisa, que no llegamos.

—¡Calla, que no me concentro! Escalera segunda...

—¿Para esto dijeron que debíamos aprender a escribir a máquina?... ¡La madre que los parió!

—¡Me estás poniendo nerviosa! Segundo, izquierda...

—¡Pon un dos, no hace falta que pongas *segundo*!

—¿Te quieres callar? Puerta B... ¡Listo, te toca!

—Pero ¡¿qué haces?! ¡¿Para qué cierras la pestaña?!

—Joder, la costumbre.

—Ssssshhhh. —De nuevo la bibliotecaria.

—Trae aquí. —Le quito el ratón.

—Corre.

—Habló doña tortuga.

—Queda un minuto, date prisa.

—Así no puedo concentrarme. Maica Ruiz...

—Ahora ya sabes lo que es escribir bajo presión. Cuarenta segundos.

—Tú has tardado cuatro minutos y me has dejado las sobras. Segundo, izquierda...

—¿Qué haces? Si tú vives en el tercero. La del segundo soy yo.

—¡Joder, joder, joder!

—Borra.

—Ya voy. Tercero, derecha...

—Veinte segundos.

—Cállate o te callo. Puerta C... Zaragoza...

—¡Cinco segundos!

—España... ¡Listo! —digo alzando los brazos y apoyando la espalda en la silla.

Pero, en contraste con mi alegría, la cara de Ainhoa se torna blanca como el papel. Si ya de por sí la pobre es albina de piel, ahora parece un folio vestido y con peluca rubia.

—¿Qué pasa? ¿No he llegado a tiempo? Dime que sí o me pego un tiro. —Miro el reloj que hay abajo a la derecha de la pantalla y, después, de nuevo a doña Din A4 sin saber muy bien qué ocurre—. Tía, ¿qué te pasa? No me asustes, ¿he llegado a tiempo sí o no?

—Sí, pero no.

—En cristiano, si no te importa.

—Has llegado a tiempo de inscribirte, pero no vas a llegar a tiempo de huir del país.

—¿Te has vuelto loca? ¿Por qué tendría que...?

No puedo acabar la frase. Tengo los ojos clavados en la pantalla y ahora soy yo la que debe de estar blanca y pajiza.

—Maica, respira. Coge aire y expúlsalo, es fácil, nos lo enseñan desde que nacemos.

Su voz llega hasta mi cerebro, pero mi cuerpo se niega a obedecer. Estoy paralizada, petrificada,

mientras noto cómo ella aporrea el teclado, abre y cierra pestañas y juguetea con el ratón.

—Igual hay algo que podamos hacer. Igual no todo está perdido. Igual...

—Necesito salir de aquí.

—Claro, necesitas aire. Vámonos —formula soltándolo todo y cogiéndome del brazo para caminar a mi lado cual zombi en «The Walking Dead».

Guiada por ella, y aún en estado de shock, alcanzamos la salida de la ciudad universitaria. No sé muy bien cuánto tardamos en llegar ni lo que ha durado el trayecto, pero, de pronto, el sonido de la bocina de un coche consigue hacerme abandonar la ultratumba y regresar al mundo de los vivos. Es entonces cuando miro a mi amiga, cojo aire y, con todas mis fuerzas, grito a pleno pulmón:

—¡¡¡Me cago en Napoleón!!!

Capítulo 2

No sé cómo he sido tan torpe de inscribirme en un intercambio con Francia en lugar de Inglaterra, que era mi objetivo; pero de lo que sí soy consciente es de que aún no estoy preparada para presentarme en casa con la noticia. Primero debo asumirla, y después afrontar cómo decírselo a mi padre. Sé que a lo largo de mis veintiséis años no he parado de darle disgustos con mis travesuras, pero del mismo modo sé que esto las superará todas con creces, y que le va a dar de todo menos gusto.

Tras avisar a mi abuela de que como con Ainhoa, llevarme la pertinente reprimenda por no haberla llamado antes y oírle decir que me va a guardar el plato para la cena, mi amiga y yo nos encaminamos hacia un restaurante de comida rápida.

—Aún no me puedo creer lo que he hecho —murmuro.

—Ha sido culpa mía. He tardado demasiado con mi inscripción y he cerrado la ventana.

—¿Cómo voy a decirle a mi padre que voy a meter a una francesa en casa?

—Igual deberíais ir las dos a un hotel.

—Sí, con el dinero de una de las cuentas que tengo en Suiza.

—Lo siento.

—Va a hacer temblar toda la casa.

—Lo siento mucho.

—Igual hasta nos echan del edificio.

—Lo siento mucho, de verdad.

—¡Viviré debajo de un puente!

—Lo siento mucho, de verdad, de corazón y de *to*.

—Deja de disculparte, que pareces un disco *rayao*. La culpa ha sido mía por no mirar. ¡Me ha fallado el radar! Ahora sí que puedo confirmar que se ha acabado una era.

—¡No, por favor! Cualquier cosa menos tu radar.

—¿Qué voy a hacer? Le voy a meter al enemigo en casa y... ¡Ostras!, ahora que caigo..., ¡yo no sé francés!

—¡Joder, tía! Es verdad. Ni yo tampoco, ahí sí que no puedo ayudarte.

—¿Cómo me voy a comunicar con ella? ¿Cómo voy a poder conocerla si sólo sé decir *güí*?

—A ver, no nos aturullemos, que de peores hemos salido.

—Peores que ésta, nunca —afirmo ladeando la cabeza mientras esperamos a que el chico que va delante de nosotras abra la puerta del restaurante y entre sin cedernos el paso.

—Tienes razón, empacho de optimismo. Estudiemos la situación —propone Ainhoa.

El local está abarrotado y, tras hacer la pertinente cola y pedir lo que vamos a tomar, nos encaminamos hacia una mesa libre a la que poder sentarnos, portando una bandeja con nuestra comida.

—Puede que la chica sepa español —comenta con la boca llena y con la comisura manchada de ketchup.

—Con que sepa inglés me conformo.

—El inglés es universal, seguro que lo sabe.

—El idioma es lo que menos me preocupa.

—Una cosa detrás de la otra. Cuenta conmigo para el gran momento.

—Te lo agradezco, pero será mejor que no. Hablaré con mi abuela para que ella me eche un cable, a ver qué se le ocurre.

—Como quieras, pero silba si me necesitas.

—Más bien necesitaré una camisa de fuerza para amordazarlo. Y un bozal tampoco le iría mal —añado.

—Tía, siento decirte esto, pero cómo me gustaría estar allí para verlo.

—Lo sé. —Ambas reímos a carcajadas.

—Bueno, y ¿cuándo es el gran día? —pregunto.

—Ostras, con las prisas no hemos imprimido la hoja y no me acuerdo.

—En cuanto acabemos de comer, vamos.

Ainhoa asiente y, una vez que nos terminamos nuestras hamburguesas, regresamos de nuevo a la biblioteca de la facultad para imprimir el resguardo.

Ya más calmadas, comprobamos que el primer intercambio se producirá en España, dentro de tan sólo cinco días. Todos los chicos, tanto los extranjeros como los españoles, debemos congregarnos en Madrid, donde tendrá lugar el primer encuentro. El ayuntamiento ha facilitado las instalaciones del Albergue Juvenil, lugar escogido para conocernos y pasar un día en convivencia, antes de dirigirnos cada pareja a su provincia o ciudad.

—En las bases dice que debemos pasar allí una noche —indica Ainhoa.

—Ya te estoy viendo venir.

—Tía, es una oportunidad única. Míralo de este modo: nos escapamos dos días solas a Madrid, estaremos de convivencia con chicos de todas partes de Europa, además de los españoles con los que nos cruzaremos. Sitúate: tú, yo, Madrid, albergue, dormitorios compartidos... ¿Hace falta que te haga un croquis?

—Quizá tengas razón y, después de todo, sea un buen plan.

—Eso ni lo dudes.

—Aunque yo conozco otro mejor.

—¿Cuál?

—Que nos intercambiamos y tú te vayas a París y yo a Londres.

—De eso no ha dicho nada la radio.

—Venga, Zipi, hazlo por mí. Mi vida corre peligro, ¿acaso eso no es importante para ti?

—¡Ah, no! Por ahí no vayas. No puedes pedirme que deje mi sueño por un par de gritos y algún que otro cuadro caído de la pared.

—¡Que te den!

—¡Sí, por favor!

—¡Que no te den, que jode más!

—Ja, ja, ja... —reímos las dos.

Son ya las siete de la tarde cuando regreso a casa. Ainhoa y yo hemos decidido cómo vamos a organizarnos. En cuanto hable con mi padre, la avisaré y ella se encargará de sacar dos billetes de AVE para irnos a Madrid dentro de cinco días. Esa parte no es subvencionada, así que debemos buscarnos la vida para llegar hasta la capital.

Por más que hemos mirado las bases y los resguardos que hemos impreso, no hemos encontrado ningún dato que nos esclareciera quiénes van a ser las personas que vamos a meter en casa y que, más adelante, nos acogerán en la suya. Como bien ha dicho Ainhoa, es una aventura que no podíamos rechazar ni perdernos por nada del mundo. Pero yo tengo una batalla que lidiar en casa, y debo hacerme con un ejército si no quiero perder estrepitosamente.

Curro está en su cuarto, a mi padre no lo veo, y mi abuela está en el salón leyendo una novela de Ana Forner.

—¿Dónde está mi abuela preferida? —digo lanzándome sobre ella para darle uno de mis empalagosos besos.

—Déjate de zalamerías, que soy tu única abuela viva; que en paz descansen todos los que faltan... —formula haciendo la señal de la cruz.

—Amén —remato sentándome a su lado en el sofá—. ¿Y papá?

—Sigue cargando en la nave. Menuda eminencia estás tú hecha, no has venido a comer para librarte del monólogo.

—¿Ha gritado mucho?

—No, pero no ha parado de quejarse hasta que se ha ido. Ganas me han *dao* de darle un pellizco o una buena colleja, como cuando era crío.

—Eso me gustaría verlo. —Río.

—Se ha librado porque es de mucho ladrar y poco morder; en el fondo es un buenazo, y tendría que hacer algo mucho peor que un monólogo para ganarse uno de los dos.

—Pues ve preparando la mano, porque me da que muy pronto tendrás que usarla.

—¡Niña, no me asustes! No me digas que, después de tantos años, no es cierto que te hayas sacado la carrera.

—Pero ¿por quién me tomas?

—¿Por una sinvergüenza que no ha dejado de repetir cursos porque le gustan mucho las fiestas, por ejemplo?

—Ahí tienes razón —claudico—. No, no se trata de eso.

—¿Es algo peor?

—Me temo que sí.

—¡Lo sabía! —suelta tras chascar la lengua y mirar al techo—. ¡Te dije que esos condones del supermercado no eran de fiar!

—No son muy suaves que digamos, pero no son tan malos. Abuela, siento decirte esto, pero me temo que es aún peor.

—Hija, me tienes al borde del infarto y sin ideas. ¿Quieres soltarlo de una vez?

—Verás: Ainhoa y yo nos hemos apuntado a un programa de intercambio subvencionado. Es totalmente gratis. Durante dos semanas, una chica vendrá a casa, y luego yo me iré a la suya otros quince días.

—Pero eso es muy bueno. ¿Dónde está el problema?

—Pues que el intercambio es con gente de Europa, vamos, que no será española.

—Y ¿para qué te tenemos a ti? Tú nos haces de intérprete y ya está.

—Ainhoa se va a Londres.

—¡Eso es maravilloso! Un momento... —apostilla frunciendo el ceño—, has dicho *Ainhoa*. ¿Y tú?

—Ahora es cuando viene lo malo. Por un error de cálculo, yo no iré a Inglaterra, sino a... Francia.

—¡¡¡¿Qué?!!! ¡Ay, que me da, que me va a dar! —Se abanica con la mano al tiempo que se revuelve en el mullido sofá sin saber muy bien qué hacer.

—Abuela, no me asustes, respira —balbuceo soplándole en la cara.

—¡Quita! No me soples, que hueles a ketchup —dice apartándose con el brazo y levantándose—.

Pero ¿se puede saber cómo has podido equivocarte?! ¿En qué demonios estabas pensando?!

—Ha sido todo muy rápido, apenas teníamos tiempo para inscribirnos; ella ha tardado cuatro minutos, yo sólo tenía uno, me he equivocado de piso, y entonces he tenido que...

—Calla, que me estás mareando. A ver, que yo me sitúe. ¿Una chica francesa vendrá a casa durante quince días?

—Sí.

—Y ¿luego tú te irás a su casa otras dos semanas?

—Sí.

—Y eso, ¿cuándo va a ser?

—Dentro de cinco días.

—¿Cinco días? Pero ¡no nos da tiempo a quitarle el acento francés!

—Abuela, no creo que lo hagamos ni en diez años.

—¿Y si decimos que es una inglesa muda?

—Esa idea me gusta, pero será difícil que ella acepte. Además, está el inconveniente de que yo no tengo ni idea de francés.

—Pues le hablas por señas.

—Tenemos que pensar otra cosa —digo levantándome.

—Sí, en comprarnos tapones para los oídos. Tu padre se marcha mañana y no vuelve hasta dentro de seis días. Va a volver de Francia despotricando y se va a encontrar a una francesa en casa. ¡Ay, Dios!

—Antes de que venga, debo ir a Madrid a recogerla.

—¿Qué pasa?, ¿que a los franceses no les sale Zaragoza en el mapa?

—No me digas que se te está pegando el odio a los galos, que me da algo.

Ambas andamos de un lado a otro por el salón, igual que ha hecho mi padre por la mañana. Es evidente que es cosa de familia.

—¿Y si no le decimos nada? —sugiere entonces.

—Eso es imposible. Al final se va a enterar por mucho que queramos disimularlo.

—Me refiero a no decirle nada ahora. Creo que es mejor que esperemos a que vuelva del viaje. No quiero que tengamos un disgusto. Demasiado cabreo lleva ya encima como para echar más leña al fuego.

—¿Crees que es lo mejor?

—Sí. Mejor esperemos a que regrese de este porte, así nos da tiempo a pensar posibles soluciones.

—No lo veo, abuela, no lo veo...

—Maica, que te conozco. ¡No se te ocurra decirle nada antes de que se vaya de viaje! —Su dedo me señala amenazador.

—¿No crees que será mucho peor que no lo avisemos? Si se encuentra el pastel al llegar, podría tomárselo como una traición.

—¿Para haber suspendido tanto curso, bien listilla que me has salido, coño! Está bien —claudica dirigiéndose a la cocina—; haré tortilla de patatas para cenar, a ver si por lo menos su comida favorita lo relaja algo.

—¿Y el viaje a Madrid? —pregunto acompañándola.

—Esa parte es la única buena. Le diremos que te vas por placer con Ainhoa. Le gustará saber que sales de la ciudad; demasiado pesar tiene por haberos dejado este año sin viaje por culpa del trabajo.

—¡Gracias, abuela! ¡Eres la mejor!

—Deja de hacerme la pelota y avisa a tu hermano de que esta noche habrá tormenta.

Mientras ella se queda trasteando en la cocina, me dirijo al cuarto de Curro. Él está acostumbrado a que nuestro padre se lleve disgustos por mi parte, por lo que no se extraña cuando le advierto. Como crío que es, no deja de preguntarme qué trastada he hecho, pero en esta ocasión decido no contarle nada pese a su insistencia, la misma con la que yo le pido por activa y por pasiva que no diga nada y que espere a que lo comunique durante la cena.

El corazón me bombea a toda velocidad al caer la noche, cuando los cuatro estamos sentados a la mesa. Mi abuela me hace señales con la mirada alentándome para que comience a hablar, pero yo niego con la cabeza; aguardo a que mi pulso se calme, algo que no logro conseguir por más empeño que pongo. Mi hermano espera paciente y nos observa a ambas como si estuviera viendo un partido de tenis.

Mi padre degusta su segundo trozo de tortilla cuando, de pronto y sin previo aviso, mi abuela me da una patada por debajo de la mesa. Yo me revuelvo en mi silla, llamando la atención del español más español de España.

—¿Qué te pasa, Maica?

—Esto..., nada. —Miro a mi abuela pidiéndole un poco más de tiempo, pero ella no está por la labor y me propina otra patada—. ¡Au!

—¿Seguro que no te pasa nada?

«Qué perspicaz», me digo.

—Pasar, lo que se dice pasar... ¡Joder! —Una tercera patada, aún más fuerte, va a parar a mi ya tullida espinilla.

En un acto reflejo, levanto la pierna para defenderme, pero con tan mala pata, y nunca mejor dicho, que acabo dándole de lleno a mi hermano.

—¡Ayyy! —suelta el pequeñajo.

El patriarca no nos quita ojo y comienza a enfadarse. Curro ya está enfadado y, doblando la rodilla para coger impulso, intenta devolverme la patada con fuerza. Pero, al igual que me ha pasado a mí, él también erra en el cálculo y su puntapié va a parar a la pierna de mi padre.

—¡¡Joder!! ¡¡¿Se puede saber qué coño pasa?!!

«Pero ¡qué arte tengo!», pienso. Aún no he dicho nada y ya he cabreado a mi padre. Mi abuela, con los ojos en blanco y resoplando; mi hermano, pálido y sin quitar ojo a su plato, y yo a punto del infarto.

—Papá, ¿qué me dirías si te dijera que estoy embarazada? —suelto de pronto.

—¡¡Maica!! —grita mi abuela.

—¿Voy a ser tito? —pregunta Curro levantando la cabeza con una sonrisa que le llena la cara.

Mi padre suelta el tenedor sobre el plato y comienza a ponerse rojo, como cada vez que se disgusta.

—Pues, tranquilo, papá, que no lo estoy —me apresuro a decir cuando me doy cuenta de lo que he hecho. ¡Malditos nervios!

—Pero yo quiero ser tito. ¿Por qué no haces eso que hacéis los mayores? —dice haciendo con las manos el gesto de introducir el dedo en un agujerito.

—¡Curro, cállate! —lo regaña mi abuela.

—Pero yo puedo ayudarla a darle el biberón. Eso sí, los pañales que los cambie ella.

—¡¡Basta ya!! —brama mi padre—. ¡Maica, dime de una vez qué cojones te pasa!

—Que Ainhoa y yo nos vamos a Madrid dentro de cinco días. Sólo será una noche.

—Y ¡¿para eso tanto alboroto?! —

—Díselo ya —me apremia mi abuela.

—Está bien —claudico. Ha llegado el momento; me vuelvo hacia él, cojo aire y, de carrerilla, le suelto—: Papá, me he apuntado a un intercambio: una chica vendrá a casa dos semanas, luego yo iré a la suya el mismo plazo de tiempo, y se acabó. Será algo rápido, pasajero, y lo mejor de todo: ¡gratis! Está subvencionado, así que no debemos preocuparnos por los billetes de avión. Eso sí, tendremos una boca más en casa, pero será una boca vecina, vamos, de aquí al lado; quiero decir que no será muy distinta de nosotros... De hecho, puede que incluso sepa hablar nuestro idioma, o puede que tenga familia española, porque al estar tan cerca pues todo es posible. Además, si nos fijamos bien, su tortilla y la nuestra tampoco son tan distintas; bueno, sí, la nuestra lleva patatas, pero, al fin y al cabo, no deja de ser una tortilla... ¡¡Joder!! ¡¡¿Es que nadie piensa pararme?!!

—¡¿Tortilla?! ¡¿Boca vecina?! ¡¡No será lo que me estoy imaginando...!!

Está empezando a inflarse, síntoma inequívoco de la mala leche que está cogiendo. Me recuerda a un pez globo, y no sé si partirme de risa o echarme a llorar.

—Siempre has sido muy listo, papá. No vas a cambiar a estas alturas de la película, ¿no?

—¡¡¡¿Una francesa, aquí?!!! ¡¡¡¿Se puede saber qué te he hecho yo para que me des estos disgustos?!!!

—grita levantándose para comenzar a dar vueltas en círculo por el salón—. ¡¡¿Que me vas a meter al enemigo en casa?! ¡¡Me cago en los franchutes a capazos!!!

—Ya se ha abierto la caja de Pandora —susurra mi abuela.

—Papá, lo siento mucho. Yo quería inscribirme en un intercambio con una chica inglesa, sabes lo mucho que me gustaría ir a Londres...

—¡¡Entonces ¿a qué se debe el cambio?! ¡¡¿Acaso no sabes distinguir un país de otro?! —Su cabreo va en aumento. A estas alturas, ni la mejor tortilla de patatas del mundo surtiría efecto.

—Ha sido un error, apenas teníamos tiempo para apuntarnos, la pestaña se ha cerrado y...

—Pero ¡¡¡¿a quién se le ocurre hacerlo con los ojos cerrados?!!! ¡¡¿Tú eres tonta o te has *golpeao* la cabeza?!!

—Mi pestaña, no, la de la pantalla. Se le llama pestaña a..., déjalo.

—Paco, la chiquilla no quería; ha sido un error —interviene mi abuela.

—¡¡¡Un error que debo pagar yo!!!

—Ha dicho que es gratis —indica Curro.

—¡¡¡Sólo faltaba eso, que tuviera que pagar por meter a la chusma en casa!!! ¡¡¡En mi santa casa!!! ¡Si mi padre levantara la cabeza...!

—A tu padre déjalo tranquilo. —Nuevamente, mi abuela se santigua.

—¡¡Si estuviera aquí no permitiría que ningún franchute entrara, eso te lo puedo asegurar!!

—Los tiempos han cambiado, Paco.

—¡¡Pero no para ellos, que siguen odiándonos como el primer día!! ¡¡Cámbialo!! —me exige.

—No se puede.

—¡¡Quéjate!!

—No sé cómo.

—¡¡Demándalos!!

—¿De verdad quieres que nos gastemos el dinero en pagarle a un abogado?

—¡¡No, por Dios!! ¡¡¡A los abogados y a los bancos, ni las gracias!!! ¡¡¡Hatajo de ladrones *tos*!!! Pero ¡¡¿qué he hecho yo, Dios mío, para que me des estos disgustos?!! —Está mirando al techo con las palmas de las manos juntas—. ¡Si es porque esta mañana me he cagado en ti de camino al trabajo, compréndelo, es que es el mayor taco que conozco, pero no iba en serio! ¡Si ya me conoces, pierdo la fuerza por la boca! ¡Pero, por favor, arregla esto!

Durante un rato, mi abuela, mi hermano y yo somos testigos de su trascendental conversación mientras continúa dando vueltas por el salón.

—Y ¡¡¿cuándo dices que vendrá la francesa?!! —pregunta parándose en seco, clavando sus ojos de nuevo en los míos.

—Dentro de cinco días nos vamos a Madrid, donde recibiremos a todos los chicos europeos que vienen a España.

—¡¡¿Qué pasa?!! ¡¡¿También hay que ir a recogerla?!! ¡¡¿No les sale Zaragoza en el mapa?!!

—Eso mismo he dicho yo —murmura mi abuela, ganándose mi reprochadora mirada.

—Y ¡¿cuándo llega aquí?!

—Al día siguiente, Ainhoa se encargará de sacar los billetes del AVE.

—¡La franchute que se pague el suyo! —remata retomando de nuevo las vueltas para pensar en voz alta—. Dentro de seis días ya estaré aquí, así por lo menos podré ponerla en su sitio. ¡Y nada de encariñarse con ella! —nos grita parándose—. ¡Eso va por todos! ¡¿Entendido?!! —Su mirada ahora está puesta en los tres, que le respondemos con un simple asentimiento de cabeza.

Ya más tranquilo, un poco menos colorado y dejando de ser un pez globo para convertirse de nuevo en mi humano progenitor, vuelve a sentarse junto a nosotros. Los tres aguardamos con la cabeza gacha; ninguno se atreve a levantarla por miedo a despertar de nuevo a la fiera. Aunque he de reconocer que, en realidad, me esperaba algo mucho peor. Lo cierto es que mi abuela vuelve a tener razón una vez más: mi padre en el fondo es un buenazo y pierde la fuerza por la boca.

Cuando en su rostro ya no queda un atisbo de rojez ni de pescado alguno, coge su tenedor y sigue con la cena. Nosotros nos miramos y lo imitamos. Pese a que la calma ha vuelto tras la tempestad, todos guardamos silencio. Hasta que, de pronto, Curro lo rompe diciendo:

—Me gustaba más la idea del bebé.

—A mí también, hijo, a mí también.

Capítulo 3

Faltan cinco minutos para las diez en punto de la mañana cuando pasamos las maletas por el escáner de la estación de Zaragoza-Delicias. El AVE está a punto de salir con destino a Madrid y aún no hemos localizado ni siquiera el andén. Cualquiera se habría escandalizado o montado un numerito apremiándonos, pero a Zipi y a mí nos gustan este tipo de cosas; apurar nos produce adrenalina, y eso hace aún más interesante el viaje.

Hace pocos días que ha comenzado oficialmente el verano, y eso se nota en la cantidad de gente que hay en la estación. Ainhoa lleva los billetes, que sacó la misma noche que le comuniqué a mi padre la gran noticia. Sorprendentemente, no sucedió nada grave tras la cena, pues, según mi abuela me dijo al día siguiente, cuando él ya estaba de viaje camino del país galo, se sentía responsable por habernos dejado sin vacaciones y eso le dolía más que el recibir a una francesa en casa.

La hora y media que dura el trayecto la pasamos hablando sin parar; estamos a punto de conocer a nuestras chicas, y eso nos ilusiona y nos inquieta a partes iguales.

En la puerta de la estación de Atocha, cogemos un taxi que nos lleva cerca de la calle Sagasta, que es donde se ubica el albergue. Madrid está como siempre, abarrotada de viandantes, coches y taxis, pero con ese misterio y ese encanto que la envuelve tan característico. Nada más llegar a nuestro destino, pagarle la carrera al taxi y sacar nuestras *trolley*, Ainhoa y yo nos miramos y, sin necesidad de decirnos nada, cogemos aire con fuerza y juntas nos adentramos en el lugar. Pese a que la hora de entrada en este tipo de sitios suele ser a partir de las tres de la tarde, para esta ocasión la admisión está permitida desde primera hora de la mañana.

El chico de la recepción es muy simpático y, de forma amable, nos invita a pasar a la sala de ocio, donde ya aguardan algunos jóvenes. Es una sala rectangular dividida en diferentes secciones, de estilo muy moderno y juvenil. A la derecha está la barra, atendida por un chico que tiene cara de no haber roto nunca un plato. Al fondo, a la izquierda, está la zona de relax, con sillones en color rojo y unas cuantas sillas bajas frente a un enorme televisor de plasma. Y, justo en el centro, hay unas mesas con sillas altas en color blanco que enmarcan la pieza estrella de la sala: una mesa de fútbolín, en la que varios chicos juegan.

—No me lo esperaba así —comenta Ainhoa mirando a nuestro alrededor, nada más sentarnos a una de las mesas altas.

—He de reconocer que yo tampoco.

—Anotaré este lugar para nuestra próxima visita a la capital.

Durante un buen rato no dejan de entrar chicas y chicos en la sala arrastrando sus variopintas maletas.

Zipi y yo cuchicheamos haciendo apuestas sobre quiénes serán nuestra inglesita y nuestra francesita, pero, por más que aguzamos el oído para oírlos hablar, entre el ruido del fútbol y el bullicio nos es imposible averiguarlo.

De pronto siento un inquietante y extraño escalofrío que me recorre el cuerpo. Es como una especie de corriente eléctrica, algo del todo nuevo, que asciende por mi columna hasta desembocar en la parte baja de mi cerebro. Noto cómo el estómago se me contrae y me da una fuerte sacudida. ¿Qué me está pasando? ¿Voy a enfermar, justo ahora? Me llevo la mano la barriga en el instante en que el frío comienza a tornarse en calor; un calor abrasador que me turba y me incomoda. ¿Tendré fiebre? Me toco la frente, pero está fría. El corazón se me acelera provocándome pequeñas taquicardias. ¡Genial, por si fuese poco, ahora, redoble de tambores!

—¡¡Ahí va, pedazo cachondo...!! —suelta Ainhoa mientras mira embobada tras de mí, logrando sacarme por un segundo de mis hipocondríacos pensamientos.

Mi parte maruja me obliga a volverme para ver de quién habla. Se trata de un chico alto, de más de metro ochenta, de pelo castaño muy muy corto, y con unos ojos verdes que, aunque pequeños, son increíble y morbosamente exóticos. Viste impecable, demasiado para mi gusto, con una bermuda vaquera y una impoluta, entallada y planchada camisa blanca con las mangas remangadas que deja entrever su fibroso cuerpo. El conjunto lo rematan unas zapatillas de verano de color azul marino. Su exquisito y refinado porte, envuelto en un halo de masculino glamur, me sorprende a la vez que me inquieta. Es como ver a un modelo de Dolce & Gabbana en vivo y en directo. ¿De qué revista se habrá escapado? ¡Seguro que es un gilipollas!

Parado junto a su maleta a la puerta de la sala de ocio, pronto se convierte en el centro de todas las miradas; sobre todo de las chicas, que lo observan embobadas. «A ver si voy a tener que salir en canoa», pienso al imaginarme el suelo lleno de babas. Mientras parece que, de un momento a otro, todas van a lanzarse sobre él y a pedirle un hijo suyo, yo me siento incómoda con su presencia; mi extraña sensación aumenta, consiguiendo con ello que me enoje profundamente. Sin poder ni querer evitarlo, en el instante en que nuestros ojos se encuentran, lo escudriño con la mirada. El momento no dura mucho, lo suficiente para que él se percate de mi malestar y no dude en devolverme el gesto desafiándome. No sé muy bien qué es, pero veo algo extraño en él, algo que no logro entender y que me inquieta bastante. «¡Por lo menos he conseguido borrar de un plumazo la cara de prepotencia con la que ha llegado!», me digo.

—Es un gilipollas —le suelto a Ainhoa cuando me canso de mirar al impecable chulito de la entrada y me vuelvo hacia ella.

—¿Por qué dices eso?

—Llámalo instinto.

—... básico, porque el chico está para abrirse de piernas.

—No es para tanto —miento sin saber muy bien por qué.

—O para hacerle un monumento y convertirlo en lugar de peregrinación.

—¡Es un creído!

—Tiene motivos para serlo, tía. ¿De dónde crees que será?

—De Finlandia o por ahí —respondo por no decirle que ha salido de la revista ¡*Hola!*

—¡Mierda, he escogido mal el país! ¿Para qué me habré apuntado a Londres?

—Voy a por otra Coca, ¿quieres una? —digo para acabar la conversación.

Mi mala leche está aumentando, y no quiero estropear el día. Además de que necesito algo fresco para aplacar el calor que siento y refrescar mi garganta seca.

—Sí. Yo no me muevo de aquí, no quiero perderme el espectáculo.

Resoplo al oírla.

Como puedo, me abro paso entre la multitud hasta llegar a la zona del bar. Pero, para mi desazón y mi sorpresa, siento cómo la mirada de don Perfecto se me clava en la nuca. Apoyada en la barra mientras espero mi turno con un automático movimiento de pie por la incomodidad de la situación, me vuelvo un segundo para comprobar que estoy en lo cierto. ¡Y vaya si lo estoy! Mi radar no me ha fallado: el muy descarado no se ha movido un ápice de la puerta de la sala y no me quita ojo, cual águila real. «¡Deja de mirarme, coño! Con todas las tías que hay aquí, ¿tienes que vigilarme a mí?»

Por fin llega mi turno y puedo pedirle al camarero las dos Coca-Colas. Tras pagarle, cojo los vasos y me vuelvo para encaminarme hacia nuestra mesa. Pero un chico moreno que está detrás de mí, al ir a llevarse la mano al bolsillo trasero de su pantalón, me golpea con el codo.

—¡Joder! —suelto al ver cómo, por su fatídico golpe, parte de las bebidas se derrama sobre mi camiseta azul de tirantes.

—Vaya —comenta mirándome los pechos y riéndose antes de girar de nuevo su bonito y estrangulable cuello para seguir hablando con sus dos amigos.

«¿“Vaya”? ¿Me tira la bebida, me mojo por su culpa y sólo dice “Vaya”? Vale, hora del recuento: tres euros de las Coca-Colas; cinco o más de la lavandería; encontrar un sitio donde abrir la maleta, buscar una prenda de repuesto y tener que cambiarme; que se haya reído de mí y que no se haya disculpado... Esto último no tiene precio.» Y, sin pensarlo dos veces, tras mi exhaustivo cálculo mental, levanto los brazos y derramo el resto de la bebida sobre su linda cabeza, justo antes de soltarle un simple «Vaya» y regresar junto a Ainhoa.

—*Merde!!!* —brama, y luego añade no sé cuántas cosas más, todas incomprensibles para mí.

—Franchute tenías que ser —mascullo en un hilo de voz.

—¿Haciendo amigos, tía?

—Al final me voy a creer que el odio a los franceses se hereda.

—Debe de haber sido gordo para que me dejes sin mi tesoro líquido.

—Me cambio y luego te cuento, ¿OK?

—OK. Aquí te espero.

Tirando de mi *trolley*, me dispongo a abandonar la sala en busca de un baño donde cambiarme. Siguiendo los indicadores, camino por unos estrechos pasillos hasta llegar al aseo femenino. Una vez que me he cambiado, empiezo a calmarme del berrinche que he cogido en apenas unos minutos entre mister Codazos y mister Perfecto. ¿Cómo es posible que en tan poco tiempo haya variado mi estado de ánimo de esa forma?

Tras retocarme el brillo de labios y peinarme con los dedos frente al espejo, me doy por satisfecha y, más tranquila, me dispongo a salir del baño. Pero, al abrir, me doy de bruces con esos particulares ojos verdes. El prepotente, alias *modelo de revista*, está frente a mí, aguardándome con las manos apoyadas en el marco de la puerta. Por un instante me recreo contemplando sus musculosos brazos, con sus pertinentes venas, asomando bajo la tela de la camisa. De cerca es muchísimo más atractivo. Su mandíbula es perfecta y sus labios son carnosos hasta decir basta. Sin darme cuenta, me descubro

imaginándome que los pruebo. Me figuro cómo sería alamerlos con calma, saboreando desde el arco de Cupido hasta su voluminoso labio inferior, en el que tiene como una especie de marca en el centro que lo hace aún más irresistible: lo absorbería y lo mordería hasta hacerlo mío. Su encendida mirada es picarona, tal y como a mí me gusta en un hombre, como lo es él, con su imponente porte y su solemne altura.

Incapaz de reaccionar por el influjo que me provoca, me quedo paralizada sin poder decir nada, sin fuerzas para salir huyendo. Él sabe lo que me suscita y pronto me lo demuestra avanzando hacia mí y cerrando la puerta tras de sí. Asombrada por su descarada osadía, le dedico una fulminante y escudriñadora mirada, que él no tarda en devolverme en forma de reto. Enzarzados en una particular y silenciosa batalla, nuestros ojos se desafían al ignorar cuanto nos rodea. Su firmeza y su seguridad son devastadoras y amenazan con aniquilar cualquier posible plan de huida. Su penetrante mirada está empezando a calcinarme, y más aún su cercanía; el muy descarado se está acercando más a mí, y de una forma extremadamente lenta y sexi. Por instinto, retrocedo hasta empotrarme contra la fría pared de azulejos, que pronto se convierte en mi mayor aliada porque alivia y enfría mi ardiente cuerpo. ¿Qué me está ocurriendo?

Con una indescriptible entereza, logra alcanzarme, colocándose a escasos centímetros de mí. Su embriagante olor invade mis fosas nasales, su mirada atraviesa hasta los más íntimos rincones de mi cerebro, y mi acelerado corazón aporta el redoble de tambores a la situación con sus retumbantes latidos en mi interior.

En un pausado gesto, apoya una mano en la pared, junto a mi cara, aumentando aún más mi nerviosismo, que se enfrenta estrepitosamente a la lentitud con la que él logra moverse. Concentrada en sus hipnóticos ojos, su roce en mi mano izquierda me pilla por sorpresa, lo que me provoca un prodigioso escalofrío, seguido de una tórrida sensación. Ninguno de los dos decimos nada; el silencio es abrumador, roto tan sólo por el sonido de nuestras agitadas respiraciones, como consecuencia del extraño encuentro.

Con absoluta seguridad, abandona mi mano para ascender poco a poco por mi tembloroso brazo, que acaricia con el dorso de su dedo índice. Su roce es pausado, lento y provocadoramente sexi. Mi piel se eriza, mostrando cada uno de sus poros y levantando cada vello en respuesta. Su dedo continúa subiendo hasta alcanzar mi hombro, para luego recrearse recorriendo mi clavícula hasta llegar a mi palpitante cuello. Por un instante siento la necesidad de apoyar las palmas de ambas manos en la pared para no dejarme caer; mis rodillas están flaqueando como lo hacen mis fuerzas para escabullirme y alejarme de él.

De pronto, su mano atrapa con firmeza cada uno de los músculos que sostienen mi oscilante cabeza. Mi mente no logra entender por qué le permito tal osadía; me tiene sujeta por el cuello y yo sigo paralizada, incapaz de hacer nada por evitarlo. Nunca había sentido nada parecido, jamás me había visto en una situación así, pero, por alguna extraña razón, no me importa. Entre estas cuatro alicatadas paredes, estoy dejando que un extraño me maneje a su antojo, permitiendo que su mano domine mi mundo, convirtiéndome así en su mayor sierva, a merced de cada una de sus inquietantes pero acertadas caricias. La presión de su mano sobre mi cuello me estremece hasta lo más profundo, y logra, para mi asombro, que ansíe más.

Como si oyese mis abrasadores deseos, su mano comienza a descender lentamente hasta mis

abultados pechos, que se yerguen hacia él permisivos e incansables por mi agitada respiración. Cuando noto el ímpetu con el que atrapa uno de mis senos, no logro soportarlo más y suelto un sonoro gemido, que en realidad he estado reteniendo desde el instante en que se ha presentado ante mí.

Mi boca se entreabre para coger aire, como lo hace la suya al ver mi lasciva reacción y al tacto con mi pecho. Nuestros ojos se funden, ardientes y hambrientos por saciar lo que nuestros cuerpos imploran a través de silenciosos y ahogados gritos. La ausencia de palabras no hace más que aumentar el insólito deseo que ambos sentimos en este íntimo y misterioso combate.

En un intento de aliviar nuestra inquietante sed, abandona mi erizado pecho para descender despacio hasta mi estómago..., mi abdomen..., mi pelvis... y... ¡Oh, Dios! Con la misma firmeza que minutos antes presionaba mi cuello, ahora lo hace sobre mi parte íntima. Mi deseo es tan grande que maldigo para mis adentros que me esté tocando por encima de la ropa. Sin abandonar mis ojos, él continúa tocándome con premura, atrapando mi sexo y oprimiéndolo con fuerza. Sus movimientos son rudos y certeros; mis párpados se cierran incapaces de resistirse ante tanta excitación. Pero él sigue observándome, devorándome y poseyéndome con sus intensos ojos.

Inclinándose, acerca aún más su boca a la mía. En mi vida he deseado tanto algo como ahora mismo deseo besar sus labios, que tanto me provocan y me embaucan. Sus caricias sobre mi abultado clítoris aumentan de intensidad, y no puedo evitar gemir en su fresco aliento. Mi cuerpo arde exhausto con cada movimiento y con cada presión. Siento cómo me estoy abrasando por dentro. Él acorta aún más la distancia entre ambos y mi boca se entreabre para recibir anhelante sus enrojecidos labios. Su erótico roce me hace cerrar los ojos a la espera de tan ansiado beso, de tan ansiada conquista. Pero el sonido de su perversa risilla me alerta de que algo no va bien. Cuando consigo reaccionar y darme cuenta de la situación, maldigo para mis adentros lo idiota que he sido. El muy capullo se ha largado y me ha dejado tirada, cachonda como nunca y con un cabreo de narices.

—¡¡Me cago en *to* lo que se menea!! —suelto avanzando hacia la salida para cerrar de un portazo. Pese a que el baño es pequeño, comienzo a andar en círculos intentando calmarme—. ¡¡Será cabrón!! —bramo dando más y más vueltas—. No sé si me jode más que me haya dejado tirada o que no haya consumado lo que parecía que iba a ser el encuentro más morboso de mi vida —sigo, hablando sola—. ¡¡Joder!! —suelto parándome en seco para poner fin al descomunal mareo que he cogido. Aunque el enfado no se me pasa hasta después de un buen rato, tras echarme agua en la cara, la nuca y no sé en cuántos sitios más.

Cuando me repongo un poco y consigo aliviar el doble calentón que llevo encima, tiro de mi camiseta, agarro el asa de mi pequeña maleta y, con toda la mala leche que siento, capaz de inundar Europa entera, salgo del baño dispuesta a reencontrarme con mi mejor amiga y, de paso, demostrarle al calientatangas quién es Maica Ruiz.

—Tía, ¿dónde coño estabas? Llevo esperándote casi media hora —me apremia cuando llego junto a ella.

—Sobrecalentando la fauna —digo buscándolo con la mirada, sin resultado. El muy cobarde debe de haberse escondido para que no lo pille.

—¿Qué dices?

—Que hoy es mi día de «suerte»... —suelto de mala gana, enfatizando la última palabra—. No creerás lo que me ha pasado.

—Por la cara que traes, estoy segura de que nada bueno.

—¡Te juro que hoy me cargo a alguien!

—Me estás asustando. Cuenta.

—Pues verás, he ido a cambiarme; he buscado el baño, que por cierto está en..., bueno, da igual. El caso es que, cuando iba a salir, me he encontrado con...

—¡Buenos días a todos! —De pronto irrumpe en la sala una mujer, llamando la atención de los allí presentes—. Mi nombre es Adela, y él es mi compañero Michael —dice señalando al hombre que está a su lado—. Bienvenidos y gracias por participar en este proyecto pionero. A continuación, vamos a nombrar a las parejas que formaréis el intercambio. Conforme os vayamos nombrando, os dirigiréis a recepción, donde se os asignará un cuarto. Dispondréis de diez minutos para dejar vuestras pertenencias, pues debemos reencontrarnos aquí para ir todos juntos a comer al restaurante donde está hecha la reserva. Os hemos dejado la tarde libre para que podáis conoceros mejor y comenzar a estrechar lazos. La cena se servirá en el mismo restaurante a las veintiuna horas, por lo que, igualmente, debemos vernos aquí diez minutos antes. Recordad que debéis abandonar el albergue mañana por la mañana antes de las once. Os deseamos mucha suerte, y que aprovechéis y viváis a tope esta experiencia única. El resto de la información la tenéis en la página web, donde disponéis de un correo electrónico y un número de teléfono para cualquier consulta. ¿Alguna pregunta?

Nadie hace ninguna, por lo que enseguida su compañero comienza a traducir lo que ella ha dicho, en inglés, francés, italiano y portugués.

—Luego me cuentas. ¡Llega el momento de conocer a nuestras chicas! —comenta Ainhoa frotándose las palmas de las manos.

—Sí, mejor luego —afirmo dejándome llevar por su entusiasmo.

—¿Cómo crees que serán?

—Mientras no sean águilas...

—¿Cómo dices?

—Nada —me apresuro a añadir—. Con que no sean cursis me conformo.

—Calla. Como sean así, vamos apañadas.

—Pues como la mía no sepa español o inglés, la apañada voy a ser yo.

Durante un buen rato van nombrando a chicas y chicos de casi todas partes de Europa y a sus parejas. Uno de ellos es el franchute, alias *míster Codazos* y *mesié Merdé*, al que veo marcharse con un chico de Cádiz. Por un instante siento alivio al saber que estará en la otra punta del país y no me cruzaré con él en Zaragoza; al igual que deseo con todas mis fuerzas que el gaditano sepa enseñarle modales al gabacho de las narices y le demuestre de qué pasta están hechos los andaluces.

—¡Ainhoa García, Zaragoza!

—Cruza los dedos —murmura ella levantándose para colocarse junto a la organizadora mientras arrastra su *trolley*.

—¡Suerte, tía! —digo con un poco de nostalgia. Por primera vez desde que nos inscribimos, soy realmente consciente de que sólo ella cumplirá nuestro sueño de ir a Inglaterra.

—¡Britanny Ackerman, Londres!

Entre la multitud aparece una chica pelirroja, de piel albina, y con cara de no haber roto nunca un plato. Tras un rápido saludo, como han hecho todos los que han sido nombrados, se encaminan hacia la

recepción. Justo antes de abandonar la sala, Ainhoa se vuelve hacia mí y me dedica un resoplido teatrero por la compañera que le ha tocado; su gesto me hace reír.

—¡Maica Ruiz, Zaragoza!

Me levanto al oír mi nombre. El corazón me late a toda prisa. No sé qué me espera, esto es como apostar a la ruleta rusa.

—¡Matthew Cuvier, París!

«¿Perdona? ¿Maciu? ¿Ésta qué se ha *fumao*?», pienso nada más oír su nombre. Cuando me dispongo a decirle algo a la organizadora, aparece de la nada el calentatangas, dejándome blanca como el papel. «¡No puede ser! ¿Este cabrón es mi compañero? ¡Coño, Maica, qué ojo tienes! ¡Ay, Dios, en qué lío me he metío...! ¿Y encima me lo tengo que llevar a casa? ¡No, no, no! ¡Me niego!»

—Disculpe —intervengo, dirigiéndome a la organizadora cuando él se aproxima con cara de bueno y de no haber roto un plato en su puñetera vida—, pero debe de haber un error. Él no puede ser mi compañero.

—Según dice aquí, sí lo es.

—No puede ser. Mírelo bien —la apremio.

—Ya lo he hecho, y te repito que lo es.

—¿No debería ser una chica? Hasta ahora ha ido nombrando parejas del mismo sexo.

—No hay ningún error. Aparte de vosotros, hay más parejas mixtas, que ahora iremos nombrando.

—Ya, pero ¿no podría ponerme una chica?

—Las parejas ya están asignadas y no se pueden cambiar. ¿Tienes algún problema al respecto?

«Sí, que me ha puesto cachonda hace un rato y luego me ha dejado tirada con un palmo de narices, además de que quiero estrangularlo», pienso para mis adentros.

—No..., digo, sí —respondo nerviosa—. Es un chico, ¿no lo ve? —He sido la primera en cortar el ritmo de las presentaciones y todo el mundo me observa, sobre todo las féminas, que no entienden mi reacción.

—Como para no verlo —afirma la organizadora mirándolo sin cortarse un pelo. Al final me resbalo con tanta baba suelta.

—¡Exacto! Mire lo... *hombre* que es.

—¿Tienes algún problema con los hombres? —Su tono me resulta un poco prepotente.

—No, pero sí. ¿Dónde va a dormir? —Se me están agotando las excusas—. Verá, es que en mi casa no hay muchos dormitorios —miento.

El empotrador no dice nada, se limita a mirar impasible la escena.

—Pues podría dormir en el sofá, o podrías comprarle un colchón inflable. Con eso será más que suficiente, ¿no crees? —Su tono ahora es serio; realmente le estoy tocando las narices, aunque nada comparado con las partes bajas que él me ha tocado hace un rato a mí.

—¿Y si se pincha?

—¿Perdona?

—Y el sofá no es muy cómodo, que digamos.

—¿Puedo seguir nombrando al resto de los chicos o quieres que continuemos debatiendo acerca de sexos, cuartos, sofás y pinchazos? —Menuda mala leche lleva.

—Inflable, sofá. Lo capto. Está bien —claudico al final—, puede continuar.

—*Enchanté* —interviene el susodicho inclinando un poco la cabeza.

Es la primera vez que oigo su voz; es masculina, grave y escandalosamente sexi. ¡Lo que me faltaba!

—*Güí* —contesto retirando la mirada para dirigirme resignada hacia la recepción, seguida de él.

«*Ensanté*, dice el muy puñetero, como si supiera lo que significa, ¡nos ha jodido!», bramo para mis adentros. No sé lo que me ha dicho, pero, por si acaso, le he respondido que sí en mi imperfecto perfecto francés.

—*Tu sais parler français?*

—No —esto creo haberlo entendido—, no tengo ni idea de francés. ¿Y tú de español?

Pero él no dice nada, se limita a mirarme extrañado, a arrugar el entrecejo y a levantar los hombros. ¡Y encima no tiene ni idea de español! ¡Vaya par de dos! A ver si tenemos suerte con el inglés.

—*Do you speak English?* —pregunto.

—*Very little.*

—Houston, tenemos un problema.

—*Quoi?*

«¿*Cuá?* ¿Ahora se pone a imitar a un pato? ¡Virgencica del Pilar, échame un cable, anda!»

—Nada, *nothing* —remato.

En recepción nos informan de que nuestra habitación es la doce, que está situada en la primera planta. Como el ascensor está ocupado y hay cola, con una seña le pregunto si subimos por la escalera, a lo que él asiente.

Al ir a poner un pie en el primer escalón, él tira del asa de mi maleta, ofreciéndose para llevármela. ¿Ahora me viene con caballerosidad? ¡No ha demostrado ser muy caballeroso en el baño, que digamos! Dispuesta a dejarle bien claro que no me importa lo más mínimo su faceta de *bienqueda* y que a mí no me la da, rehúso su ofrecimiento y, en un rápido movimiento, tiro con fuerza de ella. Él apenas sujeta el asa, por lo que el impulso me hace dar un traspié y acabo dándome de bruces contra el tercer escalón.

—*Ça va?*

—¿*Sabá?* No, no me voy. ¿Qué coño me voy a ir? ¡Joder, qué daño me he hecho...! —suelto echándome mano a la espinilla mientras me incorporo—. Primero, las patadas de mi abuela, y ahora esto. ¿Es que todos los golpes tienen que ir al mismo sitio?

—*Je ne comprends pas ce que tu dis.*

—*Güí* —contesto sin entender ni una palabra, sin mirarlo a la cara, y comenzando a subir con toda mi mala leche por la escalera.

Al entrar por la puerta de la habitación compruebo, para mi desazón, que Ainhoa no está aquí. Las otras dos parejas ya están dentro, y han escogido las literas que hay junto a la ventana, por lo que nos toca la que está pegada a la puerta. Mattew me pregunta por señas qué cama quiero, y yo me decanto por la de abajo, colocando mi *trolley* sobre ella. Prefiero estar cerca del suelo, por si tengo que salir pitando, además de que a él, con su altura, le costará menos alcanzar la de arriba.

La situación me resulta exasperante. Por un lado, deseo marcharme de aquí y regresar a mi tierra cuanto antes; pero, por otro, quiero alargar la llegada a casa lo máximo posible. La idea de presentarme con un tío, al que no le entiendo ni papa y con el que no tengo nada en común, me tira para atrás. Bueno, un poco sí tenemos en común, pero eso es algo que a nadie le incumbe; demasiado bochorno para una sola mañana. Maldigo para mis adentros el instante en que accedí a apuntarme a esta locura; quedarme en

casa habría sido lo más acertado y le habría ahorrado el disgusto a mi padre. Ésta es una prueba más del carácter alocado del que soy propietaria, autónoma y dueña. Lo que iba a ser la traca final de unos años increíbles en la universidad se está convirtiendo en un castigo divino por tanta juerga y desenfreno. ¿Penitencia? Tener que cargar con el franchute durante quince largos días, presentárselo a mi padre y, por último, tener que pasarme otras dos semanas en una ciudad sin entender nada, sin mi familia, sin Ainhoa, y acompañada de un calientatangas.

Capítulo 4

—*Tu as faim?* —pregunta clavándome sus ojos verdes mientras salimos de la habitación para reunirnos con el resto.

—¿Que si soy fan? Soy una incondicional de «Juego de tronos».

—*Tu as faim?* —repite llevándose la mano a la boca, haciendo el gesto de comer.

—Ah, sí..., digo, *güí*.

«Mira, ya he aprendido algo: *ser fan* es tener hambre. A más de un actor del que soy fan sí me comería, sí», pienso sonriendo de forma pecaminosa.

—*And you?* —pregunto para continuar con nuestra conversación banal.

—*Yes* —contesta abriendo los ojos. Espero que se refiera de verdad a la comida, porque, lo que es a mí, este tío no me va a probar en la vida.

Esto va a ser complicado. Él no entiende español, yo no sé francés, y el inglés de poco nos va a servir. Puedo prever que todas nuestras conversaciones podrían ser como el juego de las películas, donde hay que hacer mímica para adivinar el título. La idea me aterra y no dudo en sacar el móvil para descargarme una aplicación que me facilite las cosas. Él ve mi intención y, sin pensarlo dos veces, me tapa el móvil con la mano y niega con la cabeza. ¿No quiere que use un traductor? ¿Conque esas tenemos? Si él no lo necesita, yo tampoco. Dispuesta a aceptar el reto que indirectamente me acaba de lanzar, guardo el móvil y comienzo a descender la escalera. Él se apresura a colocarse delante de mí, gesto que no entiendo ni quiero entender.

«Voy a pasarme un mes haciendo mímica. ¡Yupi! —pienso mientras bajamos—. Van a ser las mejores vacaciones de mi vida. ¡Yupi! —sigo pensando—. ¡Me pone como una moto, el muy puñetero! ¡Yup...! Esto no lo celebro, esto me pone de mala leche», me digo.

De vuelta en la sala de ocio, busco con la mirada a Ainhoa; me muero por contarle todo lo que me ha sucedido. La encuentro a un lado de la mesa de fútbolín, hablando con su compañera. La chica parece muy tímida, justo lo que ella más temía. Pero al menos puede comunicarse con ella con fluidez, sin necesidad de hacer señas, y sin sentir a cada momento unas irrefrenables ganas de estrangularla.

—Hola. —La saludo primero a ella, para después dirigirme a la pelirroja—: *Hi!, I'm Maica, Ainhoa's friend.*

—*Hi! I'm Brittany. Nice to meet you* —contesta ofreciéndome la mano en lugar de darme dos besos.

«Olé, qué salero tiene la inglesa, abrumada me hallo de tanta efusividad», pienso respondiendo a su gesto, al tiempo que yo también le digo que es un placer conocerla.

—¿Se puede saber qué haces con el cachondo? —cuchichea mi fiel amiga—. ¿Dónde está tu

compañera?

—*Ero*, Ainhoa, él es mi compañero, mi *pelirroja particular* —mascullo.

—No jodas...

—No jodo; estoy jodida, que no es lo mismo. No entiende ni papa de español, y apenas sabe inglés.

Me veo comunicándome a lo Charles Chaplin en una peli de cine mudo.

—Dudo que te sentara bien el bigote —se mofa, ganándose un suave golpe en el brazo.

—Disculpadme —digo dirigiéndome a los tres—, *Matthew, they are Ainhoa and Brittany*.

—*Enchanté* —responde él con una amable sonrisa, dándole dos besos a mi amiga para después repetir el gesto con la inglesa.

La chica, en esta ocasión, no sólo no duda en devolverle el saludo ofreciéndole su albina cara, sino que, además, comienza a entablar con él una conversación en un perfecto francés.

—Mira la mosquita muerta... —susurra Ainhoa.

—O la has espabilado en tiempo récord o ésta venía así de fábrica.

—Me da a mí que lo segundo.

—¿Sabe español?

—Nada de nada. Tenemos vía libre para criticarla.

—Pues de momento hay que ponerle un mote. Vámonos a comer, que algo se me ocurrirá.

El restaurante al que los organizadores nos guían resulta ser un lugar modesto y acogedor. Las mesas están colocadas de forma individual, y a ellas sólo pueden sentarse un máximo de seis comensales. Ainhoa me mira a la espera de que mi radar localice una mesa libre para los cuatro, cosa que no tardo en hacer, tras divisar al fondo una mesa a la que tan sólo hay dos chicos sentados. Nuestros compañeros de intercambio siguen inmersos en su afrancesada conversación, por lo que Zipi y yo nos adelantamos para coger sitio.

—Hola, ¿están libres? —pregunto.

—Hola. Sí, podéis sentaros —responde uno de ellos.

—Hola —saluda mi rubia amiga tomando asiento.

—*Hi* —dice la pelirroja.

—*Ciao* —responde el segundo de los chicos.

—*Bonjour* —lo sigue el francés.

¡Hala! Ya está claro de dónde somos cada uno, acabamos de marcar territorio. Pero la pelirroja no debe de haber opinado lo mismo y, sin pensarlo dos veces, se apresura a rodear la mesa y, como si nada, se coloca entre el español y Matthew. Tras ella, y una vez que las tres tomamos asiento, lo hace él. De nuevo, su galantería hace acto de presencia, lo que me enerva aún más.

—Mira la tímida —cuchichea Zipi—. Fíate de las sosas.

—Tú lleva *cuidao*, que ésta te levanta al que le echas el ojo.

—¿Te has fijado en lo caballeroso que es el cachondo? Qué suerte has tenido, puñetera.

—Si tú supieras... —digo por lo bajini.

—¿Qué quieres decir?

—Luego te lo cuento.

El camarero nos da la bienvenida y deja tres cartas de menú antes de marcharse para atender las mesas que hay a nuestro alrededor. Matthew se apresura a coger las cartas y a repartirlas, entregando una a

Ainhoa, otra al chico español y la última a mí. ¡Otro gesto digno de todo un caballero! Cada vez tengo más claro que este tío debe de ser bipolar o algo parecido.

—*Help me?* —pregunta con cara de chico bueno. ¡A tomar por saco la galantería francesa! Lo que quería era que lo ayudase.

Miro a la mosquita muerta de la pelirroja para que sea ella quien le traduzca, pero anda demasiado ocupada conquistando España. Ainhoa hace lo mismo con el italiano, por lo que no tengo más remedio que claudicar. ¡Total, me espera un mes entero a su lado!

—*Yes* —contesto con genio.

Ojeando la carta, puedo ver que hay un menú compuesto por un primer plato, a elegir entre dos posibles opciones, un segundo plato a escoger entre otras dos, una bebida y un postre. Leer tanta comida me da aún más hambre, por lo que me dispongo a cumplir mi cometido de perfecta anfitriona, pese a que en el fondo lo que siento son aún más ganas de darle un sopapo por lo que me ha hecho.

De primer plato nos dan a elegir entre la ensalada de la casa o un plato de entremeses. Vale, creo que lo de la ensalada lo tengo controlado, pero a ver cómo narices le explico yo lo que es un plato de embutido.

—OK. Un menú, *one menu* —digo al arrancarme, enseñándole un dedo; no sé hasta qué punto llega su nivel de inglés—; dos platos, *two plates* —esta vez le enseño dos dedos. Él asiente con la cabeza, por lo que parece que la cosa va bien—. Primer plato, *first plate* —continúo señalando la carta—: ¿Ensalada o embutido? *Salad or embutido?*

—¿*Butido?*

«Joder, qué tiquismiquis. Si ya sabía yo que aquí la íbamos a liar; ¿cómo demonios se dice *embutido* en inglés?», pienso. Miro a los demás por si alguno puede echarme un cable, pero continúan demasiado ocupados entre la carta, miraditas y sonrisas varias.

—*Yes*. Embutido: salchichón, chorizo, jamón... —En su cara puedo ver que no entiende nada de lo que le digo—, jamón, cerdo, *pig*... —Yo le voy nombrando, pero es como hablarle a la pared. Desesperada, uso mi última baza y le suelto—: *Oinc, oinc*. —Mi onomatopeya porcina hace que todos me miren extrañados.

—*Oh, oui!* —dice por fin. ¡Bien, vamos avanzando! Pero él no tarda en aniquilar mi triunfo—: *Porc?*

—¿*Por?* Porque lo dice aquí —afirmo.

—*Porc, pig, segdo* —me aclara.

—Ah, vale, sí, *yes, okey, okey*. Cerdo, *porc, pig*...

¡Coño, cuánta historia para dos rodajas de salchichón y chorizo!

—*Oui*.

—Sí —añado—. Si vamos a aprender idiomas, o los aprendemos todos o no hay nada que rascar.

—Sí —remata, arrancándose una sonrisa en la cara y un «Olé mis ovarios» en mi mente.

—*Choose: salad or pig?* ¿Ensalada o embutido? —le doy a elegir.

—*Salad*.

—OK, ensalada pues. Siguiendo paso.

De segundo podemos elegir entre pollo asado con patatas o unos macarrones a la boloñesa.

—Segundo plato —digo señalando con dos dedos—, *second plate*: macarrones boloñesa, *macaroni bolognese*.

—*Oui.*

—O pollo asado con patatas, *or roast chicken with potatoes.*

—*Je ne comprends pas.*

«¿Comprar el pan? No, lo dan gratis; va incluido en el menú.

—*I don't understand.*

—Ah, ya decía yo que me sonaba la frasecita. A ver cómo te explico. Patatas, *potatoes, chips...*

—*Oui.*

—Bien, veo que lo entiendes. Sigamos. Patatas y pollo, *chips and chicken.* Asado, *roast,* al horno, *in the oven,* cocina, *kitchen,* caliente, *hot...* —Por su expresión, compruebo que sigue sin enterarse—. ¡Joder, con el franchute, que no se entera de nada! —mascullo entre dientes—. Chico —digo volviendo a mirarlo—, pollo, *chicken, KFC so good...*, pío, pío, pío. —Mi mano hace el gesto del pico; a estas alturas ya me da igual que me miren: tengo hambre.

—*Poulet?*

«¿*Pulé?* Si fueras chino, juraría que acabas de pedir puré. Joder, con los idiomas, ¿no podríamos tener uno solo para toda Europa? ¡Qué pena no seguir en la universidad; esta reivindicación sería buena para liarla parda y fugarnos de las clases!»

—*Oui, chicken, poulet* —contesta él, devolviéndome a la realidad.

—Eso es, pollo.

—Pollo.

—*Oui,* digo, sí... ¡Joder, qué lío!

—*Only?*

—¿Cómo que sólo? Con patatas, ya te lo he dicho, al horno, *with potatoes in the oven;* ya sabes, caliente, *hot,* que quema un huevo... ¿Por qué no pides macarrones? *Macaroni is wonderful. Do you want macaroni?*

—*Oui.*

—Bien, macarrones para los dos.

—*Et le poulet.*

—¡Me cago en *to* lo que se menea! —me quejo entre dientes nuevamente—. Dios mío, dame fuerzas —imploro—. *Matthew,* macarrones o pollo, *macaroni or chicken.* Macarrones y *pulé* no puedes pedir, una cosa o la otra. *Only one.*

—*Poulet.*

—Pollo pues —digo resoplando, lanzando la carta sobre el mantel y apoyando la espalda en la silla, mientras sello así mi clase intensiva de español y mis patéticas imitaciones zoológicas.

El camarero vuelve a nuestra mesa para tomarnos nota y los tres españoles somos los encargados de pedir lo que cada uno va a tomar. Apenas se ha marchado con las cartas del menú cuando Brittany le pregunta al chico moreno:

—*Where're you from?*

—De Mérida.

—Precioso el teatro romano —comenta Ainhoa.

—Sí, eso es lo que todo el mundo conoce, aunque tenemos muchas más cosas.

—Eso nos pasa a todos —intervengo.

—Por cierto, soy Marcos.

—Yo Ainhoa.

—Britanny —se adelanta doña Mosquita Muerta para llamar su atención.

Tras ella, todos nos presentamos debidamente.

—Y vosotras, ¿de dónde sois?

—De Zaragoza —responde Zipi, ladeándose para facilitar al camarero que le sirva su ensalada.

—Nunca he estado.

—Pues no sabes lo que te pierdes.

—*In English, please* —interviene Britanny, que, como el italiano y Matthew, escuchan en silencio sin enterarse de nada.

—Perdón —se apresura a disculparse el extremeño—, *excuse me*.

—Cherry —susurro a Ainhoa de repente.

—¿Y eso?

—Fíjate en los tomates de la ensalada.

—Son cherry, ¿y...?

—Que ya tenemos mote para tu compañera de intercambio: es pequeña, roja y fresca.

—Eres mi ídolo —murmura justo antes de chocar nuestras manos.

El resto de la comida la pasamos hablando todos en inglés tras la petición de la recién bautizada Cherry. Ainhoa está molesta por ello, y así me lo confiesa cuando volvemos de regreso al albergue:

—No entiendo por qué, habiendo un italiano, un francés y tres españoles hemos tenido que hablar en su idioma. ¡Es de chiste! ¿No estamos en España? ¡Pues se habla en español, leche! Además, si los tres han elegido nuestro país, por algo será, digo yo.

—Mejor así, que los tomates amargos no son buenos para la digestión.

—Para eso tendré que tragarla primero, y me temo que no es el caso, Zape.

—No te quejes, Zipi, que por lo menos tú con ella te entiendes. Cuando te cuente cómo me ha ido a mí y todo lo que me ha pasado, no te quejarás tanto.

Mi amiga no tarda en requerir información y, hasta llegar a nuestro destino, le cuchicheo mi anécdota con Matthew en el baño, y después la de la carta del menú. Ainhoa se descojona al oírme, y sus carcajadas no pasan desapercibidas, lo que hace que nos ganemos las reprochadoras miradas de nuestros respectivos compañeros de intercambio.

Las horas siguientes, hasta que llega el momento de volver al restaurante para cenar, las ocupamos en la sala de ocio con nuestros nuevos amigos, y con Britanny y Matthew. Durante todo ese tiempo, disfrutamos de lo lindo jugando al fútbolín, bebiendo nuestra bebida favorita hasta hartarnos, y traduciendo y chapurreando palabrotas y expresiones varias en cuatro idiomas.

* * *

Cerca de las nueve de la noche, los organizadores vuelven a aparecer por la sala y nos acompañan nuevamente al restaurante para cenar. En esta ocasión, todo resulta mucho más fácil: hay un plato único. Tras la cena, y de nuevo en la sala de ocio, conquistamos la zona de los sofás, ubicada al fondo. La mayoría de los chicos se han marchado a sus cuartos a dormir, y apenas quedamos unas diez personas.

Pese al cansancio y a que al día siguiente nos espera una larga e intensa jornada, Ainhoa y yo no queremos dar por finalizada la velada, y conseguimos convencer al resto de nuestro recién estrenado grupo para que se queden; a excepción del italiano, que, excusándose con su particular galantería napolitana, se despide de nosotros para irse a descansar.

Matthew no deja de mirar su móvil y de enviar mensajes. No sé con quién habla, pero sus sonrisitas al leerlos empiezan a ponerme de los nervios. Al cabo de un rato, le pide a la pelirroja que le traduzca unas palabras, y ella así lo hace. El francés nos pregunta en boca de la Cherry que si tenemos inconveniente en que un amigo suyo venga a visitarnos al albergue. Todos aceptamos encantados su propuesta, sobre todo después de que Ainhoa le pida que traiga algo de alcohol. La inglesa le traduce el encargo y, tras recibir un nuevo mensaje, nos hace una seña con el pulgar hacia arriba, confirmando que así se hará.

Poco antes de quedarnos los cinco solos, y a la espera de que llegue nuestro barman particular, el chico que me ha volcado la Coca-Cola, alias *míster Codazos* y *mesié Merdé* para mí, se acerca hasta nosotros para despedirse de Matthew. No entiendo nada de lo que dicen, pero nuestro cruce de miradas es más que significativo y esclarecedor. Hay idiomas que no necesitan traducción, y mi mirada asesina-gilipollas es buena prueba de ello.

El móvil de mi compañero vuelve a sonar al cabo de pocos minutos, y rápidamente se levanta para ir a recibir a su amigo a recepción. Cuando los vemos entrar juntos, siento un fuerte dolor en el brazo.

—¡Au! Tía, ¿qué haces? —bramo tocándome por el pellizco que acaba de darme Ainhoa.

—¿Has visto cómo está? —cuchichea ella.

—Gracias a tu sutileza, no sólo lo veo, sino que además tendré un recuerdo del momento. ¿Era necesario? Joder, Zipi, es un tío normal y corriente.

—De normal no tiene nada, y corriente es lo que me acaba de dar nada más verlo.

—Todo tuyo, tía.

—Gracias, Zape.

Eloy, que así es como se llama el chico en cuestión, resulta ser una persona entrañable. Nos cuenta que es de Madrid, que conoció a Matthew hace unos años, y que desde entonces mantienen una estrecha amistad. Para mi gusto no es un chico demasiado guapo, aunque no puedo negar que tiene cierto atractivo, con sus rizos morenos perfectamente despeinados, sus ojos negros como el carbón y sus encantadoras paletas separadas. Nada más verlas, no puedo reprimir una pequeña sonrisa al acordarme de las palabras de mi abuela, pues, según ella, las personas que tienen los incisivos separados son unas buenas piezas, o, lo que viene a ser lo mismo, unos gamberros y unos bichos de cuidado. Vamos, la pareja perfecta para Zipi.

Con Eloy entre nosotros, ya no hace falta contar con la traducción de la pelirroja, que anda muy ocupada con el chico extremeño, con el que mantiene una íntima y coqueta conversación.

Entre copa y copa, Eloy nos cuenta que es comercial, que está soltero, al igual que Matthew, y que ambos están a punto de cumplir los treinta años. Nosotras, por nuestra parte, les contamos que ambas tenemos veintiséis, de dónde somos, que acabamos de graduarnos en Química, y que también estamos solteras. Ainhoa pronto hace buenas migas con el madrileño y, entre risas, le explica cómo hemos ido a parar allí.

—¿Me estás diciendo que no querías ir a Francia? —me pregunta asombrado.

—Así es. No tengo ni idea de francés, y no creo que a estas alturas pueda aprender algo. Me resulta

un idioma muy difícil de comprender.

—Y ¿cómo piensas apañártelas con Matthew?

—Lo mismo puedo decir yo de él. Si te conoce desde hace tanto tiempo, ¿cómo es que no sabe nada de español?

—Siempre ha sido un negado para los idiomas.

—Y ¿por qué eligió España?

Eloy se queda parado y le traduce mi pregunta a la espera de una respuesta, que no tarda en llegar.

—Dice que le hacía ilusión conocer Zaragoza. Había oído hablar de ella a una compañera de trabajo.

—Así que estamos en la misma situación.

—Me temo que sí.

Matthew escucha con atención lo que hablamos y aguarda paciente a que su amigo le traduzca mi última frase. Ambos nos encontramos en igualdad de condiciones: ninguno de los dos tiene el más mínimo interés en conocer el idioma del otro, pero, por azar del caprichoso destino, por una cuestión de química, o vete a saber por qué otra razón, nuestros caminos se han cruzado, y ahora debemos apechugar con ello.

Capítulo 5

—¿Hacemos una de Zipi y Zape? —le cuchicheo a Ainhoa al cabo de un rato y varios cubatas.

—¿Qué se te ha ocurrido?

—Necesito vengarme de cierta persona. Mira ese botellín de cerveza: me está observando —digo alzando las cejas.

—Me parece perfecto. Así puedo robarle un beso a Eloy.

—Joder, no había caído. Y ¿a quién se lo robo yo?

—¡Está claro: a Mattew, así rematáis la escenita del baño!

—¡Ni loca!

—Tía, menuda suerte has tenido, aunque no quieras verlo.

—¿Suerte? Te recuerdo que, por un fatídico error no voy a pisar Londres, y encima tengo que cargar con un tío al que no entiendo, y que, estoy segura, no tiene nada que aportarme.

—Ya lo creo que sí, un empotramiento como Dios manda. Ja, ja, ja...

—¡Vete a la mierda! —suelto intentando enfadarme con ella, no sé si porque lo que ha dicho es una locura o porque tiene parte de razón.

Todos aceptan encantados la proposición de Ainhoa, tras lo cual, ella misma explica a los que desconocen el juego que consiste en hacer girar la botella hasta que ésta se detenga apuntando a una persona del círculo. Cada uno de nosotros debe pasar por tres pruebas: «beso», «atrevimiento» o «verdad».

La botella gira mientras los seis la miramos concentrados. En la primera tirada, una vez que ha dado varias vueltas sobre la mesa, se para apuntando a la Cherry.

—¿Qué eliges, Brittany? —le pregunta en inglés Ainhoa, que se ha erigido como maestra de ceremonias y directora del juego.

—*True* —«verdad», elige.

—¿Verdad que me darás tu teléfono? —se apresura a preguntarle Marcos, también en su idioma.

La pelirroja no sólo lo afirma, sino que además no tarda en sacar su móvil para intercambiarse los números.

Ainhoa vuelve a hacer girar la botella para continuar el juego, y esta vez la boca acaba señalando a Eloy, que escoge «atrevimiento».

—¿Quieres que le propongamos algo en especial? —cuchicheo al oído de mi amiga.

—Me muero por verlo desnudo.

—Eso está hecho —confirmo. Y, dirigiéndome a él, digo—: Tienes que salir a la calle en

calzoncillos, parar a la primera persona con la que te cruces, preguntarle en qué año estamos y, cuando te responda, debes salir corriendo mientras gritas: «Ha funcionado, la máquina del tiempo ha funcionado».

—Sólo si lo grabáis —dice Eloy partiéndose de risa y sorprendiéndonos a las dos por su valiente respuesta.

—¡Hecho!

El madrileño le traduce en qué consiste la prueba a su amigo, que no duda en unirse a nosotros para salir a la calle, móvil en mano. El recepcionista, a estas alturas, opta por pasar de nosotros.

Como era de esperar, Eloy realiza a la perfección el reto, añadiendo al momento incluso algo de teatro y dramatismo, lo que hace que todos acabemos partiéndonos de risa. Incluso Matthew, al que por primera vez veo sonreír. Mientras todos se centran en su amigo y lo graban, yo me quedo embobada mirándolo y escuchando su hermosa sonrisa. Nadie me observa, por lo que me permito el lujo de deleitarme contemplándolo. Si de frente es guapo, de perfil es atractivo hasta decir basta.

«¡Eso digo yo, basta! ¡Maica, haz el favor de centrarte! Empotramiento, colgada, francés..., venganza», me digo con la firme intención de regresar a la realidad, como hacemos todos juntos hacia la sala.

El ron comienza a acabarse y sus efectos ya están haciendo más que mella en nosotros. La siguiente víctima de la botella es Ainhoa, que no duda en elegir «beso». Se muere de ganas de besar al madrileño, por lo que no tarda en llevar la prueba a cabo. Con mirada lasciva, se levanta de forma extremadamente sensual, se acerca despacio a él y le planta un *pico parao*, nombre que ella misma le puso a ese tipo de besos largos durante una noche de juerga. Al verlos, todos rompemos en los típicos vítores y ovaciones.

En la siguiente tirada, la botella señala a Eloy, que no duda en devolverle el beso a mi amiga. Pero, para sorpresa de algunos y regocijo de ella, lo que iba a ser un sencillo juntar de labios acaba siendo un morreo en toda regla.

El juego continúa con los besos pertinentes entre la Cherry y Marcos, preguntas entre ambos, preguntas directas entre nosotros cuatro y algún que otro reto de atrevimiento sencillo. Me estoy empezando a desesperar y a aburrir cuando, de pronto, la botella se detiene en Matthew, al que sólo le quedan las opciones de «atrevimiento» y «beso». Tras mirarme fijamente del mismo modo que ha hecho esta mañana en el baño, escoge este último. En respuesta, mis latidos aumentan, despertando de su dilatado letargo. Por fin ha llegado el momento del beso, el momento de acabar lo que ha dejado a medias en nuestro singular encuentro. Todo el aburrimiento que hasta hace unos segundos tenía se ha esfumado sin ni siquiera despedirse, para dar paso a una nueva sensación. Por más que quiera negarlo, por más que quiera vengarme o por más franchute que él sea, lo cierto es que me pone. He intentado durante toda la tarde apartar de mi mente nuestro encuentro en el baño, pero me ha resultado imposible. Ahora, de pronto, ha regresado con mayor intensidad; es como si una extraña fuerza nos empujara, atrayéndonos de forma irremediable el uno hacia el otro, y de un modo intenso.

Por instinto, bajo un segundo la mirada mientras aguardo. «¿Qué hago? ¿Me dejo hacer o lo muerdo para devolvérsela?» Mi mente es un auténtico torbellino de ideas y de pensamientos. Puedo sentir la risita emocionada de Ainhoa, que está expectante, sentada a mi lado. Eloy, a mi izquierda, sonrío picarón, al igual que ella. Matthew se levanta entonces despacio, sin prisas, como ha hecho horas antes en nuestro extraño y morboso encuentro. Alzo la cabeza para mirarlo. Es un hombre imponente, escandalosamente atractivo y endiabladamente sexi. Observo inquietante la escena, aguardando el momento de probar ese

labio imperfectamente perfecto que tanto me gusta. Él me mira de forma penetrante; puedo ver el deseo en sus ojos. Pero, de pronto, cuando está a centímetros de mí, cuando creo que voy a recibir mi recompensa, hace un quiebro y se dirige hacia la Cherry para darle un casto beso en la boca.

«¡¡¡Lo mato!!! ¡¡¡Que ya van dos veces hoy, joder!!!», bramo para mis adentros, apretando el puño con tanta fuerza que hasta me hago daño en un penoso intento por disimular mi pequeño enfado. ¡Qué puñetas *pequeño*, llevo un mosqueo monumentalmente monumental! ¿Cómo se le ocurre besarla a ella antes que a mí? ¿De qué va este tío?

Envalentonada y cabreada como un mono por el desplante del cachondo, alias *Águila*, *Calientatangas* y *Franchute de las Narices*, esta vez soy yo la que me apresuro a girar la botella. Por suerte, la boca me apunta y, a falta de dos opciones que me quedan por elegir, me decanto por «atrevimiento»; necesito algo de acción para calmarme. Con la mirada, me comunico con Ainhoa y le doy a entender lo que quiero. Ella, que me conoce a la perfección, comprende lo que intento decirle, y no tarda en cuchichearle a Eloy lo que tengo que hacer. El madrileño, que al principio se sorprende por lo que mi amiga le dice, al final accede y, sin traducirle nada al francés ni a Cherry, suelta delante de todos:

—Tienes que conseguir empalmar al recepcionista. La forma en que lo hagas es cosa tuya.

Su reto no sólo me divierte, sino que además me apresuro a pedirle a Ainhoa que le ponga música al momento. Mientras ella busca una canción en su móvil, yo me voy hacia recepción para traerme al chico de vuelta en menos de un minuto. Con seguridad y con los primeros acordes, coloco una de las sillas bajas en el centro de la sala, donde casi le ordeno al recepcionista que se siente. Bajo la atenta mirada de todos, y en particular de Matthew, comienzo a contonearme entonces alrededor del chico, que parece encantado con el desafío que me han lanzado. De forma exageradamente sensual, me inclino hacia él, dándole la espalda al resto y mostrándoles mi redondo trasero. La canción es bastante erótica, por lo que no me cuesta representar a la perfección el papel de bailarina de estriptis. Cuando me vuelvo, miro con disimulo la cara de mi compañero de intercambio, que no me quita ojo y tiene la mandíbula tensa del cabreo que lleva. Satisfecha con estar logrando mi principal objetivo, me muestro aún más lasciva mordéndome el labio, rozando con el trasero el regazo del chico y mostrando al grupo mi pronunciado y casi infinito escote al estar inclinada hacia adelante. Incapaz de soportar ni un segundo más la escena, Matthew se levanta y viene directo hacia nosotros. Me coge con fuerza del brazo para incorporarme, mira por un momento al chico y, al comprobar que ya está lo suficientemente empalmado, le pide en francés que se vaya. Cabreada por su actitud, le digo a Eloy que traduzca sus palabras. Cuando él lo hace, me suelto de un modo brusco al tiempo que le dedico una mala mirada a Matthew.

De regreso al sillón, mascullo entre dientes y lo maldigo por su chulería y su prepotencia. El recepcionista ya no está en la sala, y el francés vuelve a sentarse con nosotros. Los dos estamos tan cabreados que evitamos tener que mirarnos a los ojos.

Ainhoa, que intenta mediar para que la situación no sea tan tirante, propone dejar de jugar, a lo que me apresuro a responder que no.

—Ahora más que nunca quiero llegar hasta el final —declaro.

—Como quieras —comenta en un susurro antes de dirigirse de nuevo al grupo y comunicarles que ya no vamos a hacer girar de nuevo la botella. Tan sólo quedan dos opciones para completar el juego: a Matthew, el «atrevimiento», y a mí, el «beso».

—*Vous commencez* —dice él señalándome.

—Gracias —contesto de mala gana. Para una vez que dice una frase sencilla, no puedo disfrutarla por el cabreo que llevo. Su refinada caballerosidad no hace más que aumentar mi enfado.

Llega mi turno del «beso». Todos se han besado, e incluso algunos, como la *modosita*, han repetido. Si Matthew pensaba que me rendiría a sus pies como una dulce dama se muere por los lindos besos de un príncipe, va listo. A diferencia de él, cuando llega el momento de llevar a cabo mi último reto, me quedo mirando a Eloy. Todos esperan que sea él el elegido como venganza por su anterior desplante, pero eso es demasiado fácil, demasiado obvio. Así que, para su sorpresa, justo cuando voy a incorporarme para acercarme al madrileño y darle mi pertinente beso, me vuelvo y le planto un *pico parao* a Ainhoa. Es un beso sin vítores; al contrario, el silencio es tan intenso que hasta puedo oír el rechinar de dientes del francés. «¡Chúpate ésa, mamón!»

La última prueba que queda para terminar es la opción de «atrevimiento», que debe realizar él. No he tenido suficiente con todo lo que me ha hecho; bajo mi particular punto de vista, se merece un mayor castigo. Así pues, con la firme intención de resarcirme de una vez por todas por el desplante del baño, el del beso y el de apartarme de malos modos de mi reto de «atrevimiento», le susurro a Zipi:

—Ve a por tres cucharas. Y, ya sabes, trae una a escondidas para mí.

—Ésa es mi Zape —contesta en mi oído antes de dirigirse a la barra a por lo que le he pedido, consciente de lo que tengo pensado hacer.

—Eloy, traduce —le pido—: Matthew, debes enfrentarte a Ainhoa en un combate de cucharas.

—¿Combate de cucharas?

—Tú traduce —lo apremio cogiendo una de las dos cucharas visibles que Zipi trae en la mano—. Debéis coger la cuchara por la punta del mango con la boca. Las manos a la espalda, no pueden usarse. El combate consiste en golpear la cabeza del contrincante con la parte cóncava de la cuchara. Cada uno tiene tres intentos. El que golpee más fuerte gana.

—Dice que le hará daño —traduce el madrileño lo que su prepotente amigo acaba de decir.

«Eso es lo que tú te crees», pienso al mirarlo, intentando reprimir la maligna carcajada que retumba en mi interior.

—Aunque sea mujer, soy más fuerte de lo que imagina —se defiende mi amiga.

—Eso no lo dudo —le responde Eloy con una pícara sonrisa ladina antes de traducirle de nuevo a su amigo.

Mientras Matthew coge la cuchara que yo le entrego y se la pone en la boca para probar, Ainhoa me pasa la tercera cuchara a escondidas.

—Colocaos uno enfrente del otro. Eloy y yo nos pondremos detrás y haremos de jueces para asegurarnos de que no hacéis trampa —argumento levantándome para situarme detrás del francés mientras su amigo hace lo mismo con Ainhoa, que se ha sentado sobre la mesa pequeña de centro.

La Cherry y Marcos observan en silencio la escena; en realidad, los dos están más pendientes de sus arrumacos que de nosotros cuatro.

Una vez que los dos contrincantes están preparados, situados uno frente al otro, con las manos atrás y con sendas cucharas en la boca, doy por comenzado el combate.

—Ainhoa, agacha la cabeza. Matthew, es tu turno, dale lo más fuerte que puedas.

Eloy traduce mis palabras y mi compañero, obediente, comienza a golpear con la cuchara a mi amiga. Sin embargo, por más empeño que pone, sólo consigue darle de forma suave, algo normal en este juego,

por mucha fuerza que se tenga.

—Le toca a Ainhoa —indica Eloy.

Cuando Mattew agacha la cabeza, mi amiga hace ademán de atizarle. Pero, en su lugar, en el instante en que va a hacerlo, saco la cuchara que llevo oculta y le propino al francés un golpe en la cabeza, de esos que pican. Con rapidez, escondo de nuevo la cuchara para que parezca que ha sido Zipi quien le ha dado.

—*Merde!* —suelta llevándose la mano a la cabeza, quejicoso por el daño que le he hecho.

—Ya te he dicho que era *fuedte* —se excusa Zipi con el mango en la boca, provocando las risas de todos; menos la de él, que la mira con el ceño fruncido.

—Uno a cero en el primer asalto. Turno para Mattew, el *hombre* —digo subrayando la última palabra.

Al igual que la primera vez, míster Calientatangas intenta con todas sus fuerzas golpearla. Su cara de asombro y exasperación al ver que él no puede hacerlo con la misma contundencia que ella nos provoca aún más carcajadas. Cuando vuelve a ser el turno de Ainhoa, repito la sacudida con mi cuchara; pero, en esta ocasión, le doy con más fuerza al tiempo que mascullo en voz baja: «Ésta, por lo del beso».

—*Peuchère!!!*

—No sé lo que ha dicho, pero haz el favor de decirle que aguante como un *hombre* —le digo a Eloy descojonándome.

Él, a pesar de estar viendo sufrir a su amigo, está siendo partícipe de la broma y se divierte junto al resto.

Tras el último intento, y pese a que Mattew pone todo su empeño en no perder el combate, llega nuevamente el turno de Ainhoa. Es la última oportunidad de desquitarme, la última ocasión que tengo para devolverle la gran plantada del baño y la *cobra* de la prueba del beso. Ha llegado mi momento, es como la final de España-Francia. Así pues, armada de valor y con el himno nacional resonando en mi cabeza, en el instante del golpe, cojo impulso y le doy con todas mis fuerzas.

—*Ce jeu est nul. Pas plus de jeu!!* —brama marchándose de la sala tras coger la cuchara y lanzarla de malas maneras sobre el sofá.

—¿Qué ha dicho? —pregunta Zipi.

—Que este juego es una mierda y que ya no juega más —contesta Eloy, que, intentando reprimir la risa, se marcha tras su amigo.

«¡A tomar por saco el glamur! —pienso para mis adentros—. España, 3 – Francia, 2. ¡Chúpate ésa, Napoleón!»

Muerta de la risa, apoyada en el respaldo del sillón, me despido de Ainhoa y de la parejita para irme en dirección al baño. Llevo más de dos horas sin ir, y tanta ingesta de alcohol y tanta carcajada me impiden seguir aguantando ni un segundo más. Tras guiñarle el ojo al recepcionista, me adentro en los pasillos pensando en que he logrado mi objetivo y me he resarcido con creces de todo lo que Mattew me ha hecho.

Aún mantengo la sonrisa en la cara cuando, inclinada y apoyándome en la pared para no sentarme en el inodoro mientras vacío mi llena vejiga, oigo unas voces a través de la rejilla de ventilación provenientes del baño contiguo. No les presto la menor atención, pues en mi cabeza sólo veo cucharas, golpes y al franchute quejándose, hasta que oigo el nombre de Ainhoa.

—Es buena tía.

—Sí que lo es, todo lo contrario que la amiga.

—No sé por qué te empeñas en verla de esa forma. He hecho lo que me has pedido, pero aún no me has dicho por qué la odias tanto.

—¡Ella es la que me odia a mí! Menudo numerito ha montado cuando le ha dicho a la organizadora que YO era un error.

—¿Cómo?

—Iban nombrándonos por parejas de intercambio. Al comprobar que la suya era yo, le ha dicho que había un error, que su compañera debía ser una chica. Después se ha liado diciendo no sé qué chorradas de sofás y colchones inflables.

—Ja, ja, ja, ja.

—No te rías, cabrón.

—Si te parece, me pongo a llorar. Ja, ja, ja... A ver, hablando en serio. Por lo poco que he tratado con ella, no me parece una tía de ir echando humo por la boca. ¿Qué le has hecho?

—¿Por qué he tenido que ser yo?

—Porque no me cuadra.

—Me pone de los nervios, eso es todo.

—Tío, se te olvida que te conozco desde hace años. Puedo asegurarte que pocas veces te he visto así con una tía. Y he visto tu reacción cuando calentaba al tío de recepción. ¿No será que te gusta?

—Tú eres gilipollas.

—Aquí el único gilipollas eres tú, que ves fantasmas donde no los hay. A mí me parece buena gente.

—Eso lo dices porque no has descubierto su parte diabólica. Tendrías que haberla visto vengándose de un colega mío de Lyon.

—Algo haría para merecérselo.

—¿Por qué la defiendes?

—Y ¿tú por qué la atacas?

—*Putun, Eloy!*

—Joder, no, Mattew. ¿Me lo vas a decir ya, o tengo que sacártelo a golpes?

—Antes de que supiéramos que éramos compañeros de intercambio, casi me enrolló con ella en el baño.

—¡¿Qué?! Ja, ja, ja...

—Sabía que no debía contártelo.

—Eres un capullo. ¿Ves como te gusta?

—Ya no.

—Eso no te lo crees ni tú.

—Cree lo que quieras, pero ya no pienso ponerle un dedo encima. Tiene demasiado genio para mí.

—Por eso es idónea para ti; ella es justo lo que necesitas, don Perfecto.

—Estás muy equivocado.

—Me apuesto lo que quieras a que, cuando vuelvas a París con ella, ya le has comido el morro.

—Acepto la apuesta.

—Ya sé quién me va a pagar mi próximo viaje a Francia.

—O el mío a Madrid.

—Así que por eso quieres hacerle creer que no sabes español... —dice Eloy tras un choque de manos, que, supongo, sella el trato.

—Ni español ni inglés.

—Serás cabrón.

—Tendrías que haberla visto traduciéndome la carta del restaurante. Para explicarme qué eran los entremeses ha acabado imitando a un cerdo, y para un asado de pollo, diciendo «pío, pío». —Matthew se carcajea.

—Joder, eso sí que me habría gustado verlo. Ja, ja, ja... Aun así, sigo pensando que eres un cabrón, que lo sepas.

—No soy yo quien ha dado hostias con la cuchara.

—Eso ha sido buenísimo —continúa su amigo, riendo—. Y ahora, con lo que sé, te lo tenías bien merecido. Por cierto, ¿no piensas decirle la verdad? ¿Hasta cuándo vas a seguir con esto?

—No lo sé.

—Como quieras. Pero no me metas más en tus líos, que a mí las tías me caen bien. Por cierto, me largo dentro de cinco minutos; te quedas solo con este circo. Sólo espero que no te equivoques, o te pillaré.

—Tranquilo, tendré un bulto en la cabeza que me lo recordará.

—Suerte en tierras mañas, la vas a necesitar.

—¡Que te jodan!

—¡Me alegro mucho de haberte visto, tío!

—Y yo a ti.

Casi me ahogo de la fuerza con la que me tapo la boca con la mano. Desde la cuarta frase, me he caído sobre la taza del inodoro. ¡A la porra la prevención de posibles bacterias! El corazón me late con tanta fuerza que creo que acabará dándome un soponcio y moriré en el trono como el patriarca de los Lannister.

«¡¡¡Me cago en los franchutes, en Francia, en Napoleón y en la tortilla francesa!!!», suelto para mis adentros. ¡¡¿Cómo puede ser tan cínico?!! Y lo más importante: ¡¡¿cómo diablos ha conseguido aguantar y disimular tan bien?!! De buena gana iría corriendo hasta allí, abriría la puerta de una patada, me lanzaría sobre él y le daría un buen puñetazo. Pero, en su lugar, decido salir a hurtadillas del baño en cuanto me parece oír que se abrazan y se dan palmaditas en la espalda. ¡A freír espárragos la higiene! Ahora sólo puedo priorizar lo que realmente me importa. ¡Éste no sabe con quién se la está jugando!

Con la firme intención de no ser pillada y, sobre todo, de que no sepan lo que he averiguado, me apresuro a llegar a la sala antes que ellos y avisar a Ainhoa. Me muero de ganas de contárselo, pero los chicos aparecen enseguida por la puerta y tan sólo me da tiempo a advertirla con la mirada de que ocurre algo importante.

Como acabo de oír, a los pocos minutos Eloy anuncia que se marcha. Todos le dedicamos una cálida despedida, sobre todo Ainhoa, que se ofrece coqueta a acompañarlo hasta la puerta. A su feliz regreso, pues su picarona sonrisa no le pasa desapercibida a nadie, nos damos las buenas noches unos a otros y nos encaminamos hacia nuestros respectivos cuartos.

De madrugada, y sin poder pegar ojo de la mala leche que llevo encima, doy vueltas en mi litera intentando procesar lo que he descubierto y, sobre todo, la forma en que se las voy a hacer pagar. Que el franchute conoce nuestro idioma es algo que me ha quedado claro, pero estoy segura de que hay algo que él aún desconoce: que por las buenas soy muy buena, pero que, por las malas, soy aún mejor.

Capítulo 6

Nuestro tren sale a las once, por lo que nos da tiempo a desayunar en una de las cafeterías de la estación. Me muero por hablar con Ainhoa, pero no es hasta que estamos en el vagón de nuestro tren, sentadas tras la Cherry y Matthew, que puedo hacerlo. Ella me cuenta que ha conseguido el teléfono de Eloy, y que han quedado en volver a verse pronto, por lo que es muy probable que el madrileño nos visite en breve. Por mi parte, le cuento mi hallazgo y cómo tengo pensado vengarme. A diferencia de la ida, el trayecto de vuelta se nos pasa volando.

Tras despedirnos de las chicas, pues Ainhoa vive en el distrito de La Almozara y yo en el de Universidad, o *la City*, como aquí la llamamos, me paso el resto del camino sin hablar con Matthew. Pese a que la inglesa es una fresca con apariencia de mosquita muerta, no puedo evitar pensar que mi amiga es afortunada por tenerla. ¿Por qué tuve tan mala suerte de equivocarme al inscribirme? Y ¿por qué me apuntaría a esta fatídica aventura? Ahora comienza el verdadero intercambio, la verdadera experiencia, y debo cargar con un tío al que detesto. Aun así, pronto se me pasa el remordimiento cuando vuelvo a decirme a mí misma que algo bueno voy a sacar de todo esto: voy a tener la oportunidad de disfrutar vengándome de él. Vale, no son las vacaciones que yo he deseado o soñado, pero ya que estamos...

—¡Abuela, ya estoy en casa! —digo nada más entrar por la puerta seguida del farsante. Por la hora que es, sé que sólo ella está en casa.

—Hola, cari... —No puede acabar la frase al verlo aparecer en el salón. Hay que reconocer que el tío llama la atención por dondequiera que va.

—Hola, abuela —contesto dándole dos besos.

—¿Me puedes explicar quién es este mozo? —cuchichea en mi oído—. ¿Dónde está tu compañera?

—Él es mi compañera —aclaro.

—Tu padre nos mata —masculla.

—Abuela —digo dirigiéndome hacia él para cortarla—, te presento a Matthew; *Matthew, she is my grandmother, this is Isabel*.

—*Enchanté* —pronuncia él.

—¿Qué ha dicho, niña?

—Que está encantado de conocerte.

—Ah. ¡¡Mucho gusto!! —responde ella dándole dos besos y alzando la voz en su oído.

¡Mira, eso me ha gustado! Pero debo seguir con mi plan, así que me apresuro a corregirla:

—Abuela, no hace falta que le grites.

—Es para que me entienda.

—Es francés, no sordo. Y, tranquila, que no entiende el español —miento. «¡Comienza el juego!»

—¿Cómo dices?

—Eso, que no entiende nuestro idioma y apenas sabe inglés.

—Y ¿cómo me va a entender?

—Con un poco de aquí y otro poco de allí, ya sabes.

—¿Estás segura de que no entiende nuestro idioma?

—Totalmente —vuelvo a mentir. Lo siento por ella, pero debo hacerlo así.

—¿Nada de nada?

—Nada.

—Retiro lo de que nos mata; puede que, después de todo, sea lo mejor.

—Aceptado.

—Pero ¡pasa, no te quedes ahí! —le dice cogiéndolo del brazo y apretándoselo para comprobar lo musculoso que lo tiene—. ¡Madre mía, qué bueno está! Quién tuviera veinte años menos.

—¿Veinte sólo?

—Vale, cuarenta, pero no soy *delicá*. ¿Quieres tomar algo?

«Ponle un vaso de cicuta», pienso, aunque, por supuesto, decido callármelo.

—*Do you want something to drink?* —pregunto imitando con la mano el gesto de beber. Si él es Jean Dujardin, yo soy Penélope Cruz.

—*Yes. Water, please.*

—Agua, pues —respondo dándome la vuelta para ir a por un vaso a la cocina.

De fondo oigo cómo mi abuela disfruta soltándole todo tipo de comentarios varios acerca de lo bueno que está. Nadie en casa tiene que saber la verdad, así que no debo temer por la integridad de mi familia. Todo lo que le digan estará bien dicho.

—Madre mía, qué piernas y qué culo tiene. Ven, siéntate a mi lado. —Lo invita a sentarse junto a ella en el sofá—. ¡Virgen del Pilar! ¡Qué bien hecho está, el puñetero!

—Toma —le digo a él entregándole su vaso de agua para continuar hablándole a mi abuela—. Sí que lo está, aunque es una pena que ese cuerpo esté tan desaprovechado, porque es gay.

Matthew casi se atraganta al oír mis palabras, y a punto está de embadurnar el suelo. Pero sus dotes interpretativas y su orgullo demuestran ser superiores, y finalmente el agua acaba pasando por su resonante garganta.

—Sí que es una pena, hija. Hay que ver la manía que tienen algunos por salir del armario. Por cierto, y ¿tú cómo sabes eso?

—Confía en mí, lo sé.

—¿Qué has hecho, Maica?

—Di mejor qué no he hecho, abuela.

—Ahí tienes razón. Pues es una lástima, porque hacéis buena pareja.

—Olvídalo, eso no pasará nunca.

—Anda, ven y tradúceme. Vamos a ver si averiguamos algo más. Cuéntame —dice dirigiéndose de nuevo a él—, ¿de dónde eres?

Matthew se vuelve hacia mí, pidiéndome con la mirada que le traduzca lo que acaba de preguntarle mi abuela. Hay que reconocer que el tío sabe hacer muy bien el paripé, pero soy consciente de que le estoy

haciendo pasar un mal rato, lo cual me divierte, y mucho.

—*Where are you from?* —le pregunto.

—*Paguí.*

—Qué bonita y romántica es París —comenta mi abuela—. La torre Eiffel, el río Sena, el museo del Lúgubre...

—Louvre, abuela —la corrijo.

—*Oui. Il est une belle ville.*

—¿Qué ha dicho?

—Y yo qué sé.

—Pues estamos *apañaos*.

—Eres tú la que quiere hacerle el tercer grado.

—Eso es verdad. Pero es lo menos que puedo hacer si va a quedarse bajo este techo.

—También es cierto. Siguiente pregunta.

—¿Cuántos años tienes?

—*Matthew, how old are you?*

—*Près de trente ans.*

—¿Me acaba de llamar *tonta*?

Por un momento pienso en decirle que sí, pero finalmente le digo lo que ya sé.

—Creo que ha dicho que va a cumplir treinta.

—Ha dicho «*tgonta*», que lo he oído yo —me replica—. ¡A ver si, además de sarasa, va a ser un *maleducao*! Niña, que la liamos.

—Si es que el francés tiene una pronunciación muy rara.

—Es un idioma que nunca he entendido, ni creo que entienda a estas alturas. Con lo fácil que es el español, leche. Que se me quema la comida; iré al grano: ¿profesión?

—*What is your job?*

—*Je travaille dans une banque.*

—¡Ahí va! ¿Acaba de decir lo que creo que acaba de decir? ¡Dime que no, por lo que más quieras!

—Espera que lo confirme. *Do you work in a bank?*

—*Oui.*

—Desde luego, hija, ¡vaya ojo tienes! De toda la gente que hay en Europa has tenido que traer a casa a un hombre, francés, mariquita, y encima banquero. ¿Te has propuesto matar a tu padre? ¡De ésta no salimos! ¡Ay, Virgencica del Pilar! —se lamenta levantándose y echándose las manos a la cabeza.

—Joder, abuela, yo también me acabo de enterar.

—Y ¿qué vamos a hacer?

—Huir del país.

—Chico, ¿tienes seguro de vida?

Matthew nos mira alternativamente a las dos, fingiendo no entender nada. Por lo poco que lo conozco, sé que a cada segundo que pasa se está poniendo más y más nervioso; en cambio, yo me lo estoy pasando pipa.

—Y ¿ahora qué hacemos? —pregunto simulando preocupación.

—Buscar tu pasaporte, te largas del país.

—¡Abuela!

—¿Acaso quieres que nos mate a las dos? Si una de las dos puede sobrevivir, que sea yo, que al menos sé hacer de comer.

—¡Gracias! Yo también te quiero.

—¡Es que siempre tienes que liarla, Maica! —Aguardo en silencio mientras miro con el rabillo del ojo lo intranquilo que se está poniendo Matthew. Al cabo de un rato, mi abuela añade para rematar—: Está bien, algo se nos ocurrirá. Eso sí, una cosa te digo —me amenaza con el dedo—: ¡procura al menos ser una buena anfitriona y pórtate estas cuatro semanas como una señorita, o esto acabará como el rosario de la Aurora!

¡Por supuesto, abuela! —confirmando poniendo carita de niña buena, cuando en realidad en mi mente sólo hay hueco para la venganza.

* * *

Tras el «caluroso» recibimiento, acompaño a Matthew a la habitación de Curro para que deje la maleta. Durante el tiempo que dure su estancia, ambos deben compartir cuarto. Como lo que estaba previsto era que fuese una chica la que viniera a casa, no lo hemos preparado, por lo que, nada más entrar, nos encontramos con un montón de enredos. Hay ropa por todas partes, algún que otro coche teledirigido, un par de balones y varios mandos de la consola.

—Perdona el desorden, *excuse the mess*. Ésta es la habitación de mi hermano, *my brother's room*. Tendrás que compartir cuarto con él. *You will sleep here with him*.

—*D'accord*.

—OK, ven conmigo. Te enseñaré el resto de la casa, y luego nos iremos a recoger a mi hermano al cole.

Una vez que le traduzco mi propuesta, nos despedimos de mi abuela y nos marchamos. Pese a que el curso ha finalizado, el centro tiene una escuela de verano durante la última semana de junio, y los meses de julio y agosto, a la que apuntamos a Curro tras el cambio de planes en nuestras vacaciones.

Completamente en silencio por mis pocas ganas de darle conversación, y mi firme convicción de hablarle sólo para putearlo, llegamos a la puerta del colegio. De un modo que me saca de mis casillas, Matthew no tarda en convertirse en el centro de todas las miradas y en el protagonista de todos los cuchicheos. El tío tiene esa clase especial que muy pocas personas pueden alcanzar; su porte y su erguida postura, además de su físico, lo hace destacar entre el resto de los padres o los hermanos que hay a nuestro alrededor. ¿Será posible que alguien del barrio se quede sin enterarse de que ha llegado un francés de intercambio? Lo dudo.

Curro sale corriendo del pabellón y viene directo a mi encuentro. Pero su carrera se para en seco a un par de metros de donde estamos en cuanto ve a quién tengo a mi lado.

—¡Hola, Maica!

—¡Hola, pequeñín! —lo saludo acercándome a él y revolviéndole su pelo rubio.

—¿Quién es?

—Te presento a Matthew. Matthew, *this is Curro, my brother*.

—*Enchanté* —dice tendiéndole la mano.

—Hola —responde mi hermano, devolviéndole el gesto, aunque sin entender lo que le ha dicho.

—¿Qué tal te ha ido el día, campeón? —pregunto emprendiendo la marcha de vuelta a casa y, de paso, quitarle algo de protagonismo.

—Regular. La *seño* me tiene manía y me ha castigado.

—¿Qué has hecho?

—Quería que hiciéramos corazones con cartulina, pero yo me he negado.

—¿Por qué?

—Porque no me gustan esas cosas cursis.

—¡Sí, señor, ése es mi chico! ¡Choca esos cinco! —Curro choca su palma con la mía, y añado—: Aunque siento lo del castigo —manifiesto guiñándole un ojo.

—¿Eres el novio de mi hermana? —le pregunta de pronto a Matthew, quien se lo queda mirando en silencio.

—Más quisiera —digo con sorna.

—¿Por qué no me contestas?

—No te molestes, Curro —intervengo—; no entiende nuestro idioma.

—Y ¿qué hace aquí?

—Es mi compañero de intercambio.

—¿No iba a ser una chica?

—Ya ves que no. Se equivocaron y ahora tengo que cargar con el muerto.

«Chínchate, gabacho», pienso. Estoy empezando a cogerle el gustillo a esto de que no pueda replicar.

—Y ¿qué vas a intercambiar?

—Por desgracia, tenemos que aguantarlo en casa unos días, y luego yo me iré a la suya.

—¿Te vas a ir de casa y nos vas a dejar a este tío?

—Ja, ja, ja. No, pequeñín. Sólo serán dos semanas. Por cierto, él va a dormir contigo en tu cuarto mientras esté con nosotros.

—¡Pues vaya rollo! Para un chico que entra en casa, y no voy a poder hablar con él.

Su comentario me sorprende y me mosquea al mismo tiempo. No había caído en la cuenta de eso, por lo que me apresuro a decirle:

—Tranquilo, tío; te aseguro que no te pierdes nada.

Vale, mi plan no es del todo perfecto, pero, por mucho que quiera a mi hermano, aún no estoy dispuesta a desvelar mi gran secreto; es mi única baza para hacérselas pagar, y sé que él lo entendería.

La comida del mediodía transcurre con toda la normalidad que cabe esperar de una situación así. Entre incesantes preguntas de mi abuela, traducciones, chapurreos varios y demás, averiguo que Matthew lleva nueve años licenciado en Económicas y que, desde entonces, trabaja en las oficinas principales de uno de los bancos más importantes, con sede en diferentes países de Europa, incluida España. Él, por su parte, quiere saber un poco más sobre nosotros y, como buenamente puedo, y muy a mi pesar, le cuento que mi madre murió hace años, y que ahora vivimos los cuatro en casa. Controlo la situación durante la comida hasta que mi abuela aprovecha el momento del postre para recordarnos que mi padre regresa mañana. El estómago me da un vuelco al oírlo.

Por la tarde, Ainhoa me llama para vernos en uno de los locales a los que solemos ir, cercano a la zona de El Tubo. Al llegar al local, Zipi y la Cherry están sentadas a una de las mesas, junto a Pedro y

Julián, dos buenos amigos nuestros, con los que solemos quedar de vez en cuando para ir de cañas o de copas. Lo cierto es que no salimos con más chicas: sus conversaciones banales nos aburren soberanamente y, desde siempre, preferimos quedar con amigos, con los que nos identificamos más, nos divertimos y nos permitimos ser nosotras mismas.

Una vez hechas las debidas presentaciones, y tras una primera ronda de botellines de cerveza, los chicos invitan a nuestros compañeros de intercambio a echar una partida al billar, a lo que ellos aceptan encantados. La pelirroja no le quita ojo a Pedro, del que no se separa ni con agua caliente y al que roza a la menor ocasión el brazo, la mano o lo que se tercié. A Julián, en cambio, lo noto un tanto incómodo con la presencia de Mattew, pese a que no deja de ser condescendiente con él.

—Tengo que reconocer que la inglesita tiene arte para meterse a los tíos en el bolsillo. ¡A mi padre le ha faltado ponerle una alfombra por donde la señorita pisaba! —me confiesa Ainhoa nada más quedarnos a solas.

—Yo al mío le pondría un camino de clavos.

—¿Cómo lo llevas?

—No me puedo quejar; aunque mi padre aún no lo sabe.

—No sé si darte el pésame o la enhorabuena.

—Yo tampoco. Hasta mañana no se desvelará el misterio.

—Si me necesitas, ya sabes.

—Gracias, Zipi. De momento debemos seguir actuando como hasta ahora, no vayamos a meter la pata.

—Cuenta con ello.

Mucho más tranquila tras mi charla con Ainhoa, y con el alivio de tener una compinche con la que poder hablar de mi secreto, logro relajarme un poco y disfrutar más de la velada. Julián sabe algo de francés, por lo que no tarda en convertirse en el traductor entre Mattew y el resto, ya que doña Tomates está demasiado ocupada con Pedro, con el que, al parecer, ha conseguido dejar al extremeño en una simple historia del pasado.

Una de las conversaciones más interesantes gira en torno a la fiesta de inauguración de una nueva discoteca; Pedro conoce a uno de los dueños, y nos habla acerca de ella.

—Quieren hacerla muy sonada.

—¿Qué tienen pensado? —pregunta Ainhoa.

—No me ha dado detalles, pero mi pajarito informador me ha asegurado que será inolvidable y que más de una pareja saldrá de ahí.

—¿Qué quiere decir con eso tu pajarito?

Al darme cuenta de cómo suena lo que he preguntado, los cuatro nos echamos a reír.

—No sé exactamente de qué va, pero parece ser que quieren formar parejas o algo así.

—¿Una fiesta casamentera? Menudo rollo. Yo no necesito un tío, y mucho menos que alguien me lo busque —declaro.

—Pues yo me muero por saber cómo piensan formarlas —comenta Ainhoa—. ¡No me la pierdo por nada del mundo!

—¿Irás, Maica? —Esta vez es Julián quien interviene.

—Claro que irá —afirma ella por mí—. ¿Qué va a hacer Zipi sin su Zape?

—¿Y ellos? —insiste dirigiendo la vista por un segundo hacia nuestros compañeros de intercambio.

—Van en el lote —resoplo.

—¿No somos famosos los españoles por nuestras fiestas? Pues que vivan una y sepan de qué pasta estamos hechos.

—¡Ésa es mi chica! —remato chocando la palma de la mano con la de mi amiga.

Emplazándonos para vernos al día siguiente, cerca del ocaso, Matthew y yo nos despedimos de los demás y nos marchamos en dirección a casa. En el camino de vuelta, al igual que a la ida, permanezco callada, sin hablarle de calles, edificios ni nada por el estilo. Sé que mi tierra bien se merece una ruta turística, pero me niego a regalársela a él.

—*Your friends are friend* —dice de pronto, rompiendo el silencio que nos separa.

—*Friendly*, querrás decir —lo corrijo.

—*Oui. Friendly.*

—Sí, son simpáticos. *Yes*, digo, *oui*.

—*Julián are your boyfriend?*

Esta vez no quiero corregirle su intencionado patético inglés. El señorito está llevando el juego por donde le da la real gana, sin pasar por la casilla de salida, y sin respetar los turnos. «Ya caerás en mi casilla y te haré pagar lo tuyo, chato. Y, por cierto, ¿a qué viene esa pregunta, ahora? ¿Qué más le da a él quien sea mi novio?», pienso justo antes de contestarle.

—No, no es mi novio. *He isn't my boyfriend, he's just a friend.*

—*Okey* —contesta de forma tajante.

Por un instante me parece divisar una leve sonrisa en su rostro, por lo que, con la firme intención de hacerla desaparecer, no tardo en añadir por lo bajini y en un claro español:

—Aunque igual un día de éstos le echo un buen polvo.

El resto del trayecto lo pasa con una indescriptible cara de mala leche, y yo con una maléfica sonrisa en los labios.

Capítulo 7

—¡Ya estamos en casa! —saludo nada más poner un pie en el recibidor—. ¿Quién hay por aquí? ¡¡¡Papá!!! —grito al verlo. Me ha pillado tan de sorpresa que no se me ocurre otra cosa más que empujar a Matthew de vuelta al pasillo y cerrar la puerta tras de mí—. ¡¡Papá, ¿qué... qué haces aquí?!!

—¿Qué voy a hacer? Si es mi casa —responde acercándose a mí para darme dos besos—. ¿Cómo está mi hija preferida? ¿Qué tal por Madrid?

—Muy... bien —balbuceo al tiempo que asesino con la mirada a mi abuela, que está asomada por la ventana de la cocina, por no haberme advertido—. ¿No volvías mañana?

—No quería pisar más tiempo suelo francés y le metí caña al camión. Por cierto, ¿dónde está tu compañera?

—Pues..., verás, de eso quería hablarte.

—¿No está contigo?

—Eh..., no —acierto a decir al tiempo que retrocedo de nuevo un paso hacia la puerta para ponerme a gritar—: ¡¡Ha ido al súper a comprar una botella de vino de Rioja!! ¡Por cierto, abuela, ¿sabes cómo se diría eso en inglés? Sería algo así como: «*Go to the supermarket and buy a bottle of Rioja wine!*».

—¡Ah, claro, claro! —contesta mi abuela, siguiéndome el juego—. De toda la vida, vamos.

—¡Vaya, esto sí que no me lo esperaba! Una francesa que sabe reconocer que el producto español es superior. Ya me cae un poco mejor.

—¿De quién habláis? —interviene Curro, que aparece de pronto por el pasillo.

—De la compañera de intercambio de tu hermana.

«Ay, Dios... Que me lo veo venir...»

—Curro, cariño, ¿no tienes hambre? —comenta mi abuela.

—Mucha, abuela —contesta él para después dirigirse de nuevo a mi padre—: Pero, papá, tienes que ir al médico de la vista, porque no es una chica, es un chico.

«¡Hala, ya ha soltado la bomba! Próxima tarea: buscar en Google cómo cometer fratricidio sin dejar rastro.»

—¿De qué demonios está hablando tu hermano?

—Verás, papá. Tú sabes que con este tipo de intercambios lo que se pretende es fomentar las relaciones entre los diferentes países de Europa, donde entran España, Inglaterra...

—¡Al grano, hija! —me apremia.

Está empezando a ponerse colorado, y eso que todavía no lo ha visto. Las piernas me tiemblan.

—A ver, papá, tú ya sabes que en esta vida ni todo es blanco ni todo es negro. La perfección no

existe.

—¡¡Pues a mí me está entrando una perfecta mala hostia que ni te cuento!!

—Resumiendo: tengo una noticia buena y otra mala. ¿Cuál eliges primero?

—La mala.

—Que lo que iba a ser una chica al final es un chico.

—¿Un tío en mi casa? ¿Y encima, francés? —Su color rojo acaba de evolucionar a morado directamente—. ¡¡¡¿Se puede saber qué demonios tienes en esa cabeza?!!! —grita andando en círculos e inflándose a cada paso que da—. Pero ¡¡¡¿qué te he hecho yo para que me odies tanto?!!! —brama mirando al techo—. ¡¡¡Debí de ser Judas en otra vida, porque esto no es normal!!!

—Papá, se te olvida que hay una parte buena.

—¡¡¡¿Qué puede haber de bueno en que me metas a un franchute en casa?!!! ¡¡¡¿Me lo quieres decir?!!!

—Que no entiende el español.

—¡¡¡Manda cojones!!! ¡¡¡Y encima, el señorito ni siquiera se ha dignado aprender nuestro idioma!!!

¡¡¡Me cago en Napoleón!!!

—¡Paco, deja a los muertos en paz! —Mi abuela y su respeto por los que ya no están.

—¡¡¡En paz estaba yo hasta ahora!!! ¡¡¡Que es un tío, madre!!!

—¡Y alto como tú, papá! —aclara mi hermano mientras levanta el brazo intentando marcar su altura.

—¡Niño calla, que no ayudas! —lo riñe mi abuela.

—¡¡¿«Como yo»?!! ¡¡¡Esto es el colmo!!!

—¡Estás sacando las cosas de quicio, hijo!

—Papá, míralo de este modo —intervengo—: como no sabe español, podrás desquitarte todo lo que quieras, que no se va a enterar.

—En eso tu hija lleva razón, Paco.

Mi padre sigue dando vueltas en círculo, pero mi última frase logra transformar su color morado de nuevo en un leve color rojizo. ¡Ya vamos avanzando! No sé hasta dónde puedo llegar con la mentira, pero el reloj ya está en marcha, y no hay forma de hacerlo retroceder ni de pararlo. ¡Todo sea por la salud de mi progenitor!

Al cabo de un par de minutos, que para mí son eternos, mi padre consigue calmarse y deja de dar vueltas. Apoyado sobre el respaldo de la silla del salón, me pregunta:

—¿Estás segura de que no sabe nada de español?

—Totalmente —vuelvo a mentir.

—¿Nada de nada?

—Nada.

—¿Podré decir lo que me dé la real gana?

—Tienes carta blanca.

—¿Qué hay de cenar? —le pregunta entonces a mi abuela.

—Tortilla de patatas.

—De eso nada; al gabacho le haces una tortilla francesa.

—Pero ¡Paco...!

—Ni «peros», ni «Pacos» ni leches. ¡La tortilla española lleva patatas, y es para los españoles! A él

le haces una de su tierra.

—Papá, la tortilla francesa no es de Francia. Se la empezó a llamar así con la invasión de Napoleón: cuando a los soldados de su ejército se les preparaba tortilla, decidieron suprimir la patata para no sobrealimentarlos. —Estoy comenzando a cabrearlo de nuevo, por lo que decido dejarlo ahí.

—¡Pues por eso mismo! Esto es una invasión, y no voy a sobrealimentar a nadie. ¡Y no se hable más!
—sentencia.

Obedeciendo sus palabras, mi abuela se dirige a la cocina para batir un par de huevos más mientras yo me dispongo a poner la mesa, a la que ya está sentado Curro.

—¿Crees que me perdonará? —le cuchicheo a mi abuela mientras cojo cubiertos del cajón.

—Ya conoces a tu padre: pierde toda la fuerza por la boca, pero tiene un corazón que no le cabe en el pecho. Cada día que pasa, me recuerda más al abuelo, que en gloria esté.

—¡Amén! —remato saliendo en dirección al salón.

El timbre suena y me apresuro para ser yo quien abra la puerta. Al hacerlo, me encuentro con una estampa digna de recordar durante mucho tiempo: Mattew está frente a mí, fulminándome con la mirada, tenso, apretando la mandíbula, con una bolsa del supermercado en la mano.

—*Welcome!* —saludo invitándolo a pasar con la mano. Tengo que hacer un verdadero esfuerzo por disimular y reprimir la risa al ver el cabreo que lleva—. Papá, él es Mattew, mi compañero. *Mattew* —digo dirigiéndome a él—, *he is my father, this is Paco*.

Mi abuela, asomada a la ventana de la cocina para no perderse detalle, y mi hermano desde su silla observan la escena en silencio. Mi padre, intentando en vano disimular su disgusto, se acerca y se coloca de pie frente a él. Ambos se observan sin decir ni media palabra, tragando saliva. Yo intento descifrar lo que se comunican con los ojos, pero no lo consigo. Los hombres tienen un lenguaje no verbal distinto, desconocido para el mundo femenino, o al menos así lo creo yo.

Mi padre, más tieso que un palo, al igual que Mattew, intenta dejar claro quién de los dos es el macho alfa, estirando el cuello todo lo que puede para así demostrar que al menos le saca un centímetro en altura. Es como ver a dos países enfrentados en plena frontera. Mi compañero de intercambio, lejos de amilanarse, le sostiene la mirada a sabiendas de lo que su presencia significa, estirando también de igual forma el cuello. Mi hermano, intrigado, se acerca y se coloca junto a ellos para tratar de descifrar cuál de los dos es más alto. Lo cierto es que hay poca diferencia entre ambos, aunque mucha en cuanto a cuerpo y musculatura; mi padre le gana en barriga o, como muchos hombres la llaman, en la curva de la felicidad.

—Así que tú eres el francés que tengo que acoger en mi casa —suelta mi padre de pronto, ofreciéndole la mano y rompiendo el incómodo silencio. Él le devuelve el gesto interpretando a la perfección no entender nada de lo que le dice—. Y, según mi hija —continúa con una ladina sonrisa—, no entiendes el español, así que si te digo que eres un imbécil no te enteras de nada. —Mattew ni se inmuta, Curro mira alucinado, mi abuela no pierde detalle frotándose las manos nerviosa, y yo tengo que contenerme para no ponerme a dar saltos de alegría—. Estás aquí por ella, porque, si fuese por mí, te echaba a patadas. Pero, para que nadie me reproche nada..., te doy la bienvenida. Eso sí, el tiempo que estés aquí te estaré vigilando y, como hagas algo que no debas, yo mismo te subiré al camión y me encargaré de que vuelvas a tu casita.

Mi abuela no puede soportar más ser testigo de la batalla que se está librando entre ambas potencias, y se apresura a entrar en el salón con la firme convicción de convertirse en la viva representación del

Tratado de los Pirineos, ocurrida allá por el año 1659.

—Gracias, Mattew por traernos esto —dice arrancándole literalmente la bolsa de la mano izquierda—. Paco, ¿has visto qué detallazo ha tenido el chico? Ha traído un rioja y una tarta helada para el postre. Maica, cariño, ve abriendo la botella de vino, que yo voy a meter la tarta en la nevera.

—*Enchanté* —le dice entonces Mattew a mi padre, haciendo caso omiso de mi abuela y sin apartar la vista de él.

—*Enchanté* —responde mi progenitor en un perfecto francés.

—¡Ahí va! ¡Papá sabe hablar francés! —suelta Curro, que no sale de su asombro.

—¿Sabes hablar francés? —pregunto sorprendida.

—¿Crees que pisaría terreno enemigo sin conocer algo de su idioma? No podía arriesgarme a que me dieran gato por liebre. Aunque no pienso usarlo más de lo necesario en mi propia casa, situada en terreno *español* —dice enfatizando la última palabra antes de soltarlo al fin e invitarlo con un gesto a sentarse con él a la mesa.

—Venga, vamos a comer, que la cena se enfría —apremia mi abuela tomando asiento una vez que todo está preparado y sobre el mantel.

—*Thank you very much for welcoming me into your home, sir.*

—¿Qué ha dicho? —pregunta Curro.

—Papá, Mattew te da las gracias por acogerlo en casa —traduzco.

—Bien sabe Dios que lo hago por ti, porque, si fuese por mí, lo tiraba por la ventana. Pero eso no se lo digas, dile que es un placer.

—Tú siempre me dices que no digamos mentiras —lo increpa mi hermano—. ¿Por qué tú sí puedes y nosotros no?

—Tienes razón, hijo. Pero ésta es mi casa y esto es un caso de fuerza mayor.

—¿Por qué? A mí él me cae bien.

—¿Has hablado con él?

—No. Por eso me cae bien. No me come el coco como Maica.

—Pero ¡bueno! Yo no hago eso —me defiendo.

—Todas las chicas lo hacéis. ¿A que sí, papá?

—Hijo, vamos a dejarlo. Y tú —continúa dirigiéndose a Mattew—, ¿a qué te dedicas?

—Paco, qué más da a qué se dedique el muchacho —interviene mi abuela intentando evitar una hecatombe—, no hay más que verlo para saber que viene de buena familia.

—¿Y si es un asesino en serie?

—Sí, claro. Y en caso de serlo nos lo va a confirmar porque le caemos bien, ¡no te fastidia! —dice con sorna.

—Abuela, papá tiene razón. ¿Y si es un asesino? —Puedo ver de reojo lo tenso que se está poniendo Mattew, y eso me divierte aún más.

—¿Eres un asesino? —le pregunta mi hermano directamente, sin amilanarse.

—Curro, no te entiende, y haz el favor de no decir tonterías —lo reprende nuestra abuela.

—¿*You* eres un *asesineison*? —insiste en un horrible inglés, arrancándome una sonora carcajada.

—¿Os habéis vuelto locos los dos o qué? —La pobre mujer no sale de su asombro.

—No es eso, abuela —intervengo para poner fin al tema—, pero prefiero decirle eso a que sepa que

es banquero.

—¿¿Banquero?!! ¡¡Me cago en Napoleón!! Pero ¿¿tú te has propuesto matarme?!!

—Maica, ¿tú también eres asesina? —Puñetero crío.

—Papá, no lo sabía —me defiendo—. Yo sólo rellené un formulario.

—¿Franchise y encima banquero! ¡Sólo le falta ser de la otra acera!

—¿Se puede saber qué tienes tú contra los gais? —Su comentario homófobo ha terminado por enfadar a mi abuela—. ¡No te educamos para que fueses así, Paco! El chico es muy majo y gay, cosa que a mí no me importa, y espero que a ti tampoco.

De repente, y para sorpresa de todos, mi padre comienza a reírse a carcajadas, dejándonos patidifusos. Cuando puede articular palabra, nos explica que todo el miedo que tenía era que Matthew y yo nos liáramos y que yo acabase enamorada de él; algo que, según sus propias palabras, no está dispuesto a permitir.

Su comentario me hace reflexionar durante el resto de la cena hasta que me acuesto. El recuerdo de su forma de tocarme en el baño del albergue me invade, provocando mi parte más erótica. Aunque una y otra vez intento desecharlo de mi mente al recordar sus desplantes y, sobre todo, sus horribles comentarios hacia mí y su absurda promesa... de no volver a tocarme.

Capítulo 8

En la soledad de mi cuarto, y una vez transcurridas al menos un par de horas, continúo acostada y sin poder conciliar el sueño. Llevo dos noches seguidas sin dormir, y eso está haciendo mella en mi rapidez y mi agudeza mental. Por un lado, deseo terminar con este doble juego cuanto antes, pues, pese a ser algo ya habitual en mí, en el fondo detesto hacer daño a mi familia. Pero, por el otro, necesito y quiero seguir dándole en las narices a don Perfecto, que no ha hecho otra cosa más que reírse de mí desde el mismo instante en que nuestras miradas se cruzaron en aquella sala. Cansada de dar vueltas y de no encontrar la solución más acertada, me levanto de la cama y me voy a por un vaso de leche.

Todo está en silencio; bueno, casi todo, pues, desde el fondo del pasillo, se oyen los inconfundibles ronquidos de mi padre. A oscuras y sin hacer el menor ruido, llego hasta la cocina. Apenas entra un poco de luz de las farolas por la ventana, pero es más que suficiente para conseguir mi objetivo. A medio vaso, y con la cabeza inclinada hacia atrás mientras bebo, noto una presencia.

—Me has asustado —susurro al verlo semidesnudo y descalzo ante mí.

Pero él no dice nada, tan sólo se limita a observarme en silencio desde el vano de la puerta. Su cuerpo está tenso y, pese a la penumbra, puedo apreciar su inquisitiva y oscura mirada sobre mi cuerpo. Llevo un simple pijama de verano de pantaloncito corto y camiseta de manga corta, en contraste con él, que tan sólo viste un ajustado bóxer blanco. Trago saliva. Su cuerpo es aún mejor y más fibroso de lo que había imaginado; el muy sinvergüenza parece un puñetero montaje de Photoshop en 4D. Apenas tiene vello en el pecho, sus pezones son marcados, sus venas asoman indulgentes bajo la piel de sus brazos, como lo hacen sus lascivos oblicuos por encima de la tela, indicando el pecaminoso camino hacia la perdición.

De forma aterradora a la vez que endiabladamente sexi, se acerca despacio a mí sin dejar de mirarme.

—¿Qué quieres? —pregunto sin amilanarme.

Pero él no contesta. Podría traducirle mi pregunta, pero en este momento la verdad es que no me apetece. Matthew sigue avanzando hacia mí, acortando la distancia que existe entre ambos, hasta casi aniquilarla. Su extrema cercanía, su profunda mirada y su intensa respiración al final logran ponerme nerviosa. Sin poder evitarlo, mis pulsaciones laten desenfundadas bajo mi aparente calma.

Sin apartar sus ojos de los míos, y sin rozarme siquiera, coge el vaso que aún tengo en la mano y, tomándose su tiempo, lo deja sobre la encimera. Yo permanezco inmóvil, aguardando su siguiente movimiento para tratar de averiguar hasta dónde es capaz de llegar. Quiero darme el gusto de verlo perder su maldita apuesta; sus palabras a Eloy asegurando que no volvería a ponerme un dedo encima las

llevo grabadas a fuego en mi memoria. Sé que está enfadado por todo lo que le he hecho desde que salimos de Madrid, pero poco me importa. Sus exóticos ojos así me lo demuestran, aunque su oscura mirada encierra algo más.

Al igual que en nuestro primer encuentro, vuelvo a estar acorralada. Mientras mi cadera reposa en la encimera y mi cabeza se inclina un poco hacia atrás para poder mirarlo por la diferencia de altura, él apoya las manos sobre el armario de la parte superior, inclinándose hacia mí. Su cuerpo es la jaula que me apresa y sus endurecidos músculos, los barrotes de mi peculiar celda. Trago saliva. Convertido en mi incondicional carcelero, acerca su boca a la mía hasta casi rozarla. Su aliento es agradable, fresco y escandalosamente seductor. Prisionera de su influjo, mis pechos cobran vida propia y se erigen hacia él, empujados y arrastrados por la profundidad de mis agitadas respiraciones, escapando a mi efímero control.

—*Petite* —susurra con una voz masculina y condenadamente sexi.

Por un instante pienso en mandarlo a freír ciertas yemas de tallo recto comestibles por pedirme que le dé un maldito yogur de queso fresco para niños. Pero no pienso darle el gusto, y permanezco inmóvil; si quiere algo de comer, que se lo sirva él mismo.

De pronto, y sin previo aviso, roza la comisura de mis labios con su templada lengua. El suave contacto me parece tan descaradamente perfecto y jodidamente erótico que por un segundo nubla mi juicio. Todo me da vueltas, mi mente está en blanco y mis mejillas coloradas. «¡La apuesta, Maica!», me obligo a recordar, aunque debo reconocer que no la está perdiendo; en realidad no me está tocando, en el sentido literal de la palabra.

Para mi sorpresa, su inquieta lengua asciende por encima de mi labio superior y comienza a recorrer mi bigote de un lado a otro. ¿Así es como besan los franceses? Sé que no debo pensarlo, pero en el fondo quiero que lo haga, y a ser posible en condiciones. Pese a lo extraño de su proceder, su recorrido me resulta lascivo, provocando que hasta el último poro de mi piel arda en incontrolada ebullición. De mi boca sale un pequeño gemido, en respuesta a tan extraña sensación y a tan sexi momento. Mis ojos se cierran y mi boca se entreabre aguardando su impúdica lengua y a ser arrestada por sus abrasadores labios. Pero, de nuevo, ahí está el sonido de esa perversa risa. Una brisa fresca y la sensación de liberación consiguen sacarme de un plumazo de mi estúpida ensoñación; el muy sinvergüenza acaba de marcharse y me ha vuelto a dejar colgada, sola, y más caliente que el aceite hirviendo.

«¡¡¡Lo odio!!! ¡¡¡Lo odio con todas mis fuerzas!!! ¡¡¡¿Cómo he podido ser tan estúpida?!!!» Me paso la mano intentando borrar todo rastro de su templada saliva, y me doy cuenta de que lo que realmente ha hecho ha sido limpiarme con la lengua la leche que llevaba por bigote. «¡¡¡Joder!!!» Cierro los puños y me maldigo para mis adentros una y otra vez por haber sido tan estúpida y por haber caído de nuevo en sus malditas redes. Con la única compañía de la penumbra, la sonora respiración de mis abiertas fosas nasales y un cabreo monumental que sé que tardará un tiempo en abandonarme, me marchó directa a mi cuarto, conteniéndome, muy a mi pesar, por no ir al suyo a cargármelo.

* * *

Al día siguiente me despierto más tarde de lo habitual, me doy una buena ducha y me dirijo a la cocina.

—Buenos días, abuela —la saludo al entrar y encontrármela desayunando; es la que más madruga y menos duerme de la familia, algo normal a su edad, según dicen.

—Buenos días, hija. ¿Qué tal has dormido?

—Poco y mal —digo abriendo la nevera.

—¡Ahí va! ¿Y eso?

—Por nada, supongo que será... el calor. —Al ver la leche caer dentro del vaso, no puedo evitar recordar lo de anoche.

—Pero si la noche ha sido fresquita.

«Será para algunas, porque yo la he pasado en erupción», pienso.

—Pues habrá sido por el frío —corrijo.

—Desde luego, la juventud de hoy en día no se aclara.

—Buenos días —saludan mi padre y mi hermano al unísono cuando aparecen por la puerta.

—Buenos días. ¿Vas a llevar tú luego a Curro a la escuela?

—Sí, y a la vuelta me paso por el taller; quiero que les echen un vistazo a los frenos del coche. Por cierto, ¿el franchute aún no se ha levantado? ¿A qué ha venido?, ¿a comer y a dormir de gratis?

—¡Paco, haz el favor de no ser tan grosero con el chico! —lo reprende mi abuela—. Se ha levantado esta mañana temprano y se ha ido a correr.

—¿A correr? —pregunta extrañado.

Yo me quedo igual que él, aunque en mi mente me lo imagino sudando la camiseta, con esos brazos, esos pectorales... «¡Joder, Maica, bebe y deja de pensar!»

—Curro, y ¿tú qué tal has dormido? —le pregunta mi abuela para desviar el tema.

—Bien, aunque ha sido una noche rara.

—¿Qué quieres decir?

—Es que Matthew es sonámbulo. Anoche me desperté y vi que no estaba en su cama.

—¿Hablas en serio? Y ¿dónde estaba? —interviene mi padre, clavando la mirada en mí.

—Lo vi aquí, apoyado en una postura muy rara.

Casi me atraganto y comienzo a toser como una loca.

—¿Estaba solo? —insiste.

«¡Ay, Dios...!»

—Sí —responde Curro alto y claro.

No sé quién de los dos se siente más relajado, si mi padre o yo.

—Pero volví a mi cuarto por si me asesinaba.

—Pero ¡qué tonterías estás diciendo! —suelta mi abuela, defensora a ultranza del susodicho—. ¡Que es banquero, puñeta!

—Papá, ¿los banqueros también asesinan de noche?

—No, hijo. Lo hacen de día.

—¡Paco! —lo riñe mi abuela.

—¡Pues vaya suerte que tengo! Viene un asesino y me lo metéis en mi cuarto. Y ¿vosotros decís que me queréis?

Mi abuela fulmina con la mirada a mi padre y ambos se acercan al pequeñajo para consolarlo y hablar con él, cuando suena el timbre. Mientras ellos le explican que Matthew no es ningún asesino y que

puede estar tranquilo, yo voy a abrir la puerta. ¡Hablando del rey de Roma...! Mi compañero, alias *Calientatangas*, *don Perfecto* y ahora *Chupabigotes*, está frente a mí. Lleva unos pantalones cortos de punto en color gris, una entallada y sexi camiseta blanca de tirantes apenas sudada, y de su hombro cuelga una mochila. Durante unos segundos ambos nos miramos en silencio. Lo que debería ser un simple saludo y un recibimiento de lo más cordial acaba resultando una batalla campal entre los dos. Sus ojos, que en principio me repasan de arriba abajo con el mismo descaro que anoche de madrugada, se centran finalmente en los míos con la firme intención de dejarme bien claro que para él soy una mera diversión y que puede manejarme a su antojo. Su sonrisa ladina me enciende la sangre y, sin decirle ni media palabra, doy media vuelta y me voy directa al pasillo.

Cabreada como un mono por su desfachatez, su caradura y su inagotable prepotencia, abro el armario del pasillo, que es donde guardamos la caja de herramientas, y cojo lo que ando buscando. Sin tiempo que perder, me apresuro a ir a mi habitación para pillar algo de ropa y me voy como una bala directa hacia el baño. Nada más ducharme y vestirme, saco el destornillador que he cogido momentos antes y, con todo el sigilo que puedo, comienzo a desatornillar el pestillo de la puerta. Una vez conseguido, abro el armario donde guardamos las toallas y las saco todas. Para asegurarme de que el plan salga tal y como tengo en mente, escojo de entre todas las que llevo una lo bastante grande para un adulto y la dejo sobre la encimera del lavabo debidamente doblada. Recojo el pestillo, los cuatro tornillos que lo sujetaban, el destornillador, y los envuelvo en la montaña de toallas que, junto a mi pijama y mi albornoz, me llevo a mi cuarto para esconderlo todo y dejarlo a buen recaudo.

Cuando acabo, salgo al pasillo y aviso a Mattew de que el baño está libre. Él no tarda en aparecer. En cuanto llega a mi lado, inclino un poco la cabeza y, coqueta, me paso la mano por mi húmedo pelo para echármelo a un lado, dejando un hombro al descubierto. Llevo puesta una camiseta sin tirantes y un entallado vaquero negro. Su vista se desvía hacia mi sensual trozo de piel desnuda. Recurriendo de nuevo al idioma anglosajón, para variar, le indico que le he dejado una toalla limpia junto al lavabo y, de modo provocativo, me vuelvo para regresar a mi cuarto. Él no dice nada, pero puedo sentir su lasciva mirada clavada en mi trasero.

Mi dormitorio, donde permanezco escondida y al acecho, es el más cercano al baño principal, por lo que no me es difícil averiguar en qué instante Mattew entra, tras pasar por la habitación de Curro a coger su ropa. Sólo cuando oigo el chorro de agua cayendo del grifo y el característico sonido que éste hace cuando alguien se ducha, me atrevo a salir de mi cuarto. Cerciorándome de que nadie me pille in fraganti, y de que mi familia permanece aún en la cocina, giro el pomo de la puerta con cuidado de no hacer ruido y entro en el baño. Debo ser rápida, por lo que, apenas de soslayo, miro hacia la tupida mampara que resguarda su asombrosa silueta; no es momento de recrearme la vista.

Como era de esperar, su ropa está sobre la encimera, junto a la toalla que le he dejado, y junto a un neceser que para mí quisiera. ¡Es pijo hasta para ir al váter! A hurtadillas, llego hasta el lavabo, que tengo a dos pasos, alargo los brazos y cojo toda su ropa y la famosa toalla. Con nada que envidiarle a Matt Bomer en *Ladrón de guante blanco*, salgo de allí de la misma forma que he entrado, aunque con mi botín entre los brazos.

—¡Sí, sí, sí! —Comienzo a dar gritos ahogados, levantando los brazos y danzando por mi cuarto.

Sé que aún queda la escena final, pero me he venido arriba y me da la real gana de celebrarlo.

Terminado mi ritual de regocijo intrínseco, me estiro el pelo, me coloco la camiseta en su sitio y

salgo al encuentro de mi familia, que aún siguen liados en la cocina.

—¿Ya te has duchado? —pregunta mi abuela.

—Sí. Tengo hambre —se me ocurre responder.

—Curro, termina y ve a vestirte, que llegamos tarde —lo apremia mi padre mirando su reloj.

—Me falta media tostada.

—Pues mastica rápido.

—Si lo hago, engordo.

—Mamá, recuérdame que no le pague los estudios al prenda este, que tiene respuestas para todo.

Entre risas, mi hermano acaba de desayunar y se marcha a su cuarto mientras yo comienzo a llevarme algo de alimento a la boca. Pese a aparentar que escucho lo que mi abuela y mi padre hablan entre ellos, mis sentidos están puestos en el baño. Hace rato que no oigo el sonido del agua pasar por la tubería, algo muy típico en un piso, por lo que Mattew no debería tardar en salir.

Al cabo de un rato, Curro aparece de nuevo en la cocina, reclamando su bocadillo para el almuerzo.

—¿Lo tienes todo?

—Papá, es una escuela de verano, no tengo que llevar libros ni nada.

—Tienes razón; disculpe usted, caballero.

—Te perdono si me compras unas chuches de camino al cole.

—¿Además de contestón, negociante? Estoy *apañado* con mis dos hijos.

El tiempo se me agota y sigue sin haber rastro de mi compañero de intercambio. Entonces caigo en la cuenta de que él no saldrá hasta asegurarse de que mi padre y Curro se hayan ido. Negándome a que mi plan se me vaya al traste, se me ocurre una tontería que no tardo en llevar a cabo.

—¿Se puede saber qué haces, Maica? —me pregunta mi padre al ver que he abierto y cerrado la puerta de casa de un sonoro portazo.

—Me ha parecido que habían llamado. ¿No lo habéis oído?

—No.

—Yo tampoco —contesta el pequeño.

Pero mi absurdez no cae en saco roto. De pronto Mattew sale al pasillo, del que tenemos una buena perspectiva desde donde nos encontramos. Mis ojos se abren como platos al verlo aparecer semidesnudo, con un improvisado y extraño taparrabos hecho con papel higiénico. Mientras que la expresión del resto es de puro asombro, la de mi padre es de un cabreo de narices.

—¡¿Qué coño estás haciendo?! —lo reprende con cara de pocos amigos.

Mattew está tan sorprendido que no se inmuta, mientras que yo tengo que esforzarme por no descojonarme delante de todos.

—¿Te haces pipí *encimeison*? —le pregunta mi absorto hermano.

—¡Hijo, no mires!

—Anda ya, papá —intervengo. Tras la última palabra, tengo que taparme la boca. Me estoy partiendo de risa y no puedo aguantarme más.

—¡Ha caído un mito! —comenta mi abuela.

—¡Maica, dile a este sinvergüenza que en esta casa no voy a consentir esto! ¡Si quiere hacer cosas raras, que se vaya a su maldito país!

Mattew sigue parado en el pasillo, colorado como un tomate y sin poder articular palabra. Sé que

está a punto de estallar, su mirada asesina así me lo demuestra, pero su ego puede más y aguarda a que le traduzca las palabras de mi padre. Con un escueto «No volverá a ocurrir», que no tardo en traducir a mi familia, da media vuelta y se marcha hacia el cuarto de Curro. Cuando desaparece de nuestro campo de visión, no me reprimo más y rompo a reír a carcajada limpia. Mi abuela se contagia y se une a mí al oírme.

—¡Yo no le veo la gracia! —suelta mi padre.

—La pena es que no se le haya visto eso mismo: la *gracia* —señala mi abuela tronchándose de risa.

—¡Sólo faltaba eso! ¡Si llega a salir con la chorra colgando, ése no vuelve a pisar mi casa!

—No te enfades, Paco..., que no es para tanto.

—¡Será posible! ¡Curro, vámonos de aquí! —remata antes de salir por la puerta.

No sé con exactitud cuánto tiempo estamos mi abuela y yo riendo, pero sé que sólo logro calmarme cuando siento el dolor en la barriga de tanta carcajada. Aún se nos escapa alguna risita cuando Matthew reaparece por el pasillo, esta vez impecablemente vestido. Su semblante es mucho más serio de lo normal; sé que sabe que he sido yo, como también sé que ya sabe que no soy una mera contrincante.

Él me ha declarado la guerra y yo me limito a defenderme y a responderle tal y como se merece. Si en su momento fuimos capaces de impedir la conquista de Napoleón, a día de hoy no va a ser menos..., ¿no?

Capítulo 9

Como mi estado de ánimo es aún mejor que los días anteriores y me muero por contarle a Ainhoa lo que ha pasado, la llamo para quedar los cuatro. Ella acepta encantada y durante toda la mañana nos convertimos en perfectas anfitrionas, enseñándoles a la Cherry y a Matthew el lugar más visitado de toda Zaragoza: la plaza del Pilar o de las Catedrales. La llamamos así porque en ella están las dos catedrales más importantes: la del Pilar y la Seo. Mientras paseamos por la enorme plaza, les contamos a nuestros compañeros que es la más grande de Europa. Ambos se nos quedan mirando con recelo, pero nosotras sabemos que es cierto, y no dudamos en defenderla. ¡Si hay que sacar el patriotismo, se saca! Cuando llegamos a la fuente de la Hispanidad y les contamos que tiene la forma de Latinoamérica vuelven a repetirse las miradas, pero esta vez acompañadas de interrogantes. Zipi y yo nos partimos de risa al observarlos intentando ver la silueta del continente, pues no logran hacerlo. No se lo acaban de creer, y los hacemos subir hasta lo alto de un edificio contiguo para poder verla desde las alturas. Sólo cuando estamos allí subidos son capaces de comprobar lo que les decimos, y es entonces cuando vemos en sus caras lo mucho que les está gustando nuestra ciudad.

Tras pasar por la zona de El Tubo para tomarnos unos vinos y un par de pinchos, regresamos a casa al mediodía. La comida es más tranquila de lo que cabía esperar. Mi padre no deja de hacerle preguntas a Matthew, que yo voy traducéndole en inglés. Mi compañero está demostrando una maestría inaudita al disimular no conocer nuestro idioma; me cuesta creer que se haya metido tanto en el papel, hasta el punto de que hasta yo misma llego a olvidarme de que está fingiendo en más de una ocasión. Pero el lapsus me dura poco tiempo, en cuanto recuerdo todo lo que me ha hecho.

Entre las respuestas a las preguntas/encuesta/tercer grado que le hace mi padre, hay una que nos impresiona a todos y nos llega al corazón. Por primera vez Matthew se abre y nos cuenta que es hijo único, y que sus padres fallecieron en un accidente de tráfico hace ya más de diez años.

—Mi mamá también murió cuando yo era pequeño —comenta Curro—. Pero yo apenas la recuerdo.

Mi padre acaricia con cariño la cabeza de mi hermano y todos guardamos silencio con la enternecedora escena. Con un nudo en la garganta, e invadida por la melancolía y la tristeza, le traduzco a Matthew sus palabras. Por primera vez desde que nos conocimos, veo lástima y empatía en su rostro. Pese a todo lo que hemos pasado, y pese a toda la inquina que le tengo, el momento me parece de lo más tierno. Afortunadamente, el móvil suena y le pone fin.

—Dime... Sí... ¿A qué hora?... Está bien, allí nos vemos... *Ciao*.

Una vez que le comunico a Matthew lo que él ya intuye, que acabo de quedar con las chicas, la normalidad regresa a la mesa. No sé si es por lo que hemos descubierto de él, o porque el muy puñetero

se está ganando a mi familia, pero hasta mi padre parece más calmado y se muestra mucho más amable con él.

Terminada la sobremesa, cada uno regresa a su cuarto a echarse la siesta o a jugar a la consola, mientras que Matthew y yo volvemos a quedarnos a solas. Yo estoy fregando los cacharros cuando siento su presencia. Sin decir nada, se coloca a mi lado, me quita el plato que acabo de enjabonar y comienza a enjuagarlo. Su cercanía sigue poniéndome un poco nerviosa.

—Tu familia es un encanto —dice en un perfecto inglés.

—Son lo más grande —confieso igualmente en el idioma anglosajón.

No sé si se ha percatado de que de repente habla el inglés a la perfección, pero no seré yo quien le diga nada; en el fondo agradezco que podamos comunicarnos, aunque sea en ese idioma.

—Ojalá yo hubiese tenido tanta suerte.

—Si se le puede llamar así —apostillo—. ¿Cómo sucedió lo de tus padres?

—Volvían de una cena con unos amigos. Iban detrás de un camión. El semáforo se puso en rojo y ambos frenaron. Pero otro camión que iba detrás de ellos no logró frenar a tiempo y... los embistió.

—¡Dios mío! —No puedo creer lo que me está contando. La idea de imaginármelos atrapados entre los dos camiones me estremece profundamente—. Lo siento mucho, de corazón.

—Gracias. Pero no te preocupes, es algo que tengo asumido —responde cogiendo el plato que le entrego.

—¿Dónde estabas tú?

—Por aquel entonces jugaba en un equipo de fútbol regional. El entrenador paró el partido para comunicarme la noticia, y desde entonces no he vuelto a pisar el césped.

—¡Vaya!

El silencio se interpone de nuevo entre nosotros. Me imagino la escena en mi cabeza y me acongojo sólo de pensarlo. Aunque, para mi sorpresa, la imagen de él sudando la camiseta en el campo, corriendo y marcando músculos cruza de repente por mi mente. El plato que tengo entre las manos se me resbala y casi me lo cargo cuando choca de forma estrepitosa con los que están debajo. «¡Cálmate, Maica..., es un tubo de ensayo, es un tubo de ensayo...!», me digo. Ahora entiendo lo que vieron mis ojos anoche; pese a los años que han pasado, aún queda rastro de esa época en su fibroso cuerpo. Me estremezco al recordarlo.

—¿Eras buen jugador? —pregunto para desviar mis impúdicos pensamientos sin quitarle ojo a la vajilla; tengo que llevar cuidado o me descubrirá, y es lo último que quiero.

—El mejor.

—Vaya, y modesto también.

—Tú has preguntado, yo sólo me limito a contestarte.

«¡Joder, con el franchute!»

—¿Hay algo que no sepas hacer bien? —pregunto con sorna. ¡Cómo me toca las narices su prepotencia!

—Entenderte.

—¿Qué quieres decir con eso? —Dejo de fregar para mirarlo directamente a los ojos.

—No tengo muy claro lo que quieres.

—A ti no, desde luego —digo de pronto—. No se me ocurriría tener nada con alguien que no entiende

mi idioma.

¡Hala, ya lo he soltado! Acabo de ponerle un cebo, ¿será capaz de picar?

—El español es un idioma que me cuesta comprender. Además, me refería en el tema... laboral. Sólo sé que has estudiado Química, pero no sé cuáles son tus aspiraciones ni dónde te gustaría trabajar.

¡Será embustero! ¿A que le estampo un plato en la cabeza?

—Si querías saberlo sólo tenías que preguntarlo. Además, lo que yo quiera hacer con mi futuro no es de tu incumbencia —digo secándome las manos. Y, justo antes de lanzar el trapo sobre la encimera de mala gana y marcharme hacia mi cuarto, le suelto—: Ve terminando, nos vamos dentro de cinco minutos.

De camino a mi habitación, mil cosas se me pasan por la mente. Creía que, a raíz de las íntimas confesiones del fallecimiento de sus padres, había una tregua entre nosotros, pero ya veo que no. Por alguna extraña razón, me tiene declarada la guerra, y no sólo no pienso amedrentarme, sino que además estoy dispuesta a ganársela. Sin duda tengo que darle la razón a mi padre en una cosa: he metido al enemigo en casa.

* * *

En apenas veinte minutos y bajo un sol abrasador, llegamos a la nueva bolera que han abierto hace pocos días. Hace tanto calor que hasta la ropa que llevo se me ha ceñido aún más al cuerpo.

Una vez que nos ponemos los zapatos reglamentarios, Mattew y yo nos acercamos a la pista número dos, donde nos aguardan la Cherry, Ainhoa y nuestros amigos Pedro y Julián.

—Hola, chicos —los saludo al llegar.

—Hola, preciosa —responde Julián, cogiéndome por la cintura para darme dos besos.

—*Salut* —dice Mattew en su característico tono francés.

—Y fuerza al *canut* —añade Julián, haciéndonos reír... a todos menos a él, que lo mira con cara de pocos amigos.

—Hola, chicos —saluda Ainhoa.

—¿Os parece que juguemos por parejas? —propone Pedro. Está claro que le gusta doña Tomates.

—Por mí, perfecto; Maica va conmigo —se apresura a responder Julián echándome el brazo sobre los hombros.

—¡Preparaos para perder! —comenta Zipi, colocándose junto a Mattew, después de traducirles a él y a su compañera de intercambio la forma en la que vamos a jugar.

Los primeros dos lanzamientos son para la inglesita, que, con la ayuda del bueno de Pedro, y con las paredes de la pista subidas para impedir que las bolas se pierdan por los lados, logra anotar en el marcador los primeros seis puntos. Tras ella tiran Pedro y Ainhoa, sin llegar a derribar todos los bolos. El siguiente en lanzar es Mattew, que, con una fuerza asombrosa y una pericia extrema, consigue el primer pleno de la tarde; mi amiga y él lo celebran chocando los cinco. Cuando llega mi turno, me coloco en posición y, portando la pesada bola en la mano, doy dos pasos, me agacho y lanzo. Mi vista se centra en el recorrido de la bola, pero toda mi concentración está en mi trasero, que sé que está siendo observado por Mattew sin ningún pudor. Consigo derribar siete bolos, y los tres restantes en mi segundo tiro. Julián se acerca a mí para celebrarlo, pero en lugar de chocar los cinco como el resto, me rodea con los brazos y me levanta a un par de palmos del suelo. Me extraña tanta efusividad por su parte, pero

cuando, con el rabillo del ojo, veo la mala cara que pone don Perfecto, me dejo hacer.

Aprovechando el turno de mi compañero de juego, me dirijo hacia la barra para pedirme mi refresco favorito. Tengo mucho calor y una sed descomunal.

—¿Qué quieres tomar? —me pregunta de pronto Mattew, que, sin haberme dado cuenta, ha aparecido justo a mi lado.

—Una Coca-Cola con mucho hielo —respondo abanicándome la cara con la mano.

Mientras él pide al camarero, yo tiro de mi camiseta para separarla un poco de mi cuerpo y permitir la entrada de aire.

—¿No podrías haberte vestido de otra forma? —pregunta frunciendo el ceño. No sé a cuento de qué viene esto ahora; llevo la misma ropa desde esta mañana y no ha puesto reparo hasta ahora.

—¿Cómo dices?

—Se te marca todo.

—Y ¿eso a ti qué más te da?

—No lo digo por mí. Lo digo por tu amigo Julián, temo que pierda los ojos en uno de tus lanzamientos.

—Él ya ha visto todo lo que hay que ver —miento descarada.

Sé que le gusto a Julián desde hace tiempo, él mismo me lo confesó en su día. Pero ver cómo se oscurece la mirada del franchute y cómo tensa la mandíbula me divierte y confirma mis sospechas.

—Por cierto —añado—, no debes preocuparte por que me vea la marca de las bragas a través del pantalón, porque no llevo.

«¡Chúpate ésa!», pienso mientras cojo mi Coca-Cola, a la que él con amabilidad me ha invitado, y me vuelvo para marcharme al encuentro del resto.

Durante toda la partida me lo paso de lo lindo, consciente de que ambos tienen la mirada clavada en mi culo en cada uno de mis tiros. Coqueta, me tomo mi tiempo con cada bola, recreándome más de lo necesario, e incluso manteniéndome inclinada hacia adelante en cada lanzamiento durante todo el tiempo que tarda la bola en realizar el trayecto por la pista hasta chocar con los bolos. Como he previsto, el enfado de Mattew es cada vez mayor, en contraste con mi buen humor. Sus tiros no pasan desapercibidos para nadie, y no precisamente por hacer plenos, sino por la fuerza con la que lanza la bola. Conforme avanza el juego, está más cabreado, más tenso, y tiene un humor de perros. Al final, gracias o no a mi pandero, el triunfo es para Julián y para mí, seguidos de Ainhoa y Mattew. Pedro y la Cherry quedan los últimos; han estado más atentos a sus toqueteos y a sus bromas que a la competición en sí.

El resto de la tarde, hasta llegar la noche y la hora de regresar a casa, la pasamos jugando y visitando un par de locales más. Julián no me ha dejado ni a sol ni a sombra, y ha estado más pendiente de mí que nunca. Mattew, en cambio, sigue enfadado y se mantiene distante conmigo. Intento aparentar que no me importa, pero en el fondo me disgusta que lo haga. No sé muy bien por qué, pero prefiero mil veces que me hable, chincharlo o que me chinche, antes que notar su ignorancia; aunque esto último lo negaría y no lo confesaría jamás, por mucha tortura a la que me sometieran. Aún no siento que haya pagado por todo lo que me ha hecho. Ahora conozco su punto débil, y no voy a parar hasta conseguir devolverle uno a uno sus numerosos desplantes.

Capítulo 10

Matthew

Sigo sin creer lo que me está pasando. Quizá, con el tiempo, acabe riéndome de todo esto, pero en este momento sigue sin hacerme ni puñetera gracia. Llevo dos días aquí y ya he vivido varias situaciones que me sacan de quicio. ¡Ella me saca de quicio!

Vale, tengo que reconocer que es preciosa, con esos rasgos tan hispanos y raciales, ese cuerpo menudito y esos labios seductores, pero, ¡joder, qué genio tiene! Me cabrea como nadie. Maica no es como las demás tías que he conocido, ni en mi país, ni en ningún otro. Ella no se amilana ante nada ni nadie, lo que me asombra y me cabrea a partes iguales. Las mujeres de donde yo provengo son más recatadas e introvertidas. En cambio, ella...

La palabra *error* sigue dando vueltas en mi mente, por no hablar del chichón que la muy condenada me dejó a cucharazos, o del robo de ayer en el baño. Consigue llevarme al límite y despierta mi parte más ruda; de buena gana la ataría y la azotaría hasta domarla. Aunque, por mucho que me cueste reconocerlo, sé que después también me la follaría de un modo igual de salvaje.

—*Matthew, come on!*

—*Oui.*

Ese vestido que lleva le sienta genial y acentúa sus curvas, pero no le voy a decir nada al respecto..., paso de que se lo crea.

Isabel está con ella, ¡qué mujer más encantadora! Me cautivó desde el primer instante en que llegué aquí; tiene una naturalidad y un desparpajo únicos. Me recuerda mucho a mi abuela materna, que, aunque no era tan moderna, sí era igual de generosa y cariñosa. ¡Cómo la echo de menos!

Maica se despide de Isabel y, tras ella, lo hago yo. Acercarme a su abuela es como dejar que me invadan los buenos recuerdos de mi infancia y, sin que pueda ni quiera evitarlo, también le doy un beso en la mejilla. Apenas tardo un segundo en hacerlo, pero la evocación equivale a años.

Al salir, Maica me explica que vamos a casa de Ainhoa y que aprovechará el trayecto para enseñarme su barrio y contarme cosas acerca de él. Yo asiento cuando ella me mira para darle a entender que la escucho, pero no es así. Lo cierto es que hasta verla caminar es un espectáculo para mí; en cada paso irradia la frescura y las ganas de vivir que tiene. Desprende alegría, y siempre tiene una sonrisa en la cara que la hace aún más guapa de lo que ya es.

Sé que no fui del todo sincero con Eloy, pues omití contarle lo que sentí nada más verla. Aunque suene presuntuoso por mi parte, sé el efecto que causo en las mujeres, y, al llegar a aquella sala, esperaba

encontrarme más de lo mismo. Pero en cuanto la vi llamó mi atención. Ella no reaccionó como suelen hacerlo las demás mujeres; ella me miró de una forma extraña y nueva para mí; no se asombró ni coqueteó con la mirada, sino todo lo contrario. Sus ojos me desafiaron y me retaron, llamando poderosamente mi atención y mis ansias por poseerla. No me fue difícil observarla y vigilarla debido a su pequeño tamaño, algo que también me gusta mucho de ella, porque da rienda suelta a mi lujuriosa imaginación. Pero cuando fui testigo de cómo se defendió con mi colega de Lyon, sin amilanarse lo más mínimo, fue cuando supe que era especial. Por eso, saltándome los cánones de cualquier protocolo, la perseguí hasta el baño. Necesitaba tocarla, sentirla y comprobar por mí mismo que aquella morena de grandes ojos verdes escondía a una fiera felina. ¡Dios, lo que tuve que reprimirme! La habría tomado allí mismo. Su tacto era dulce, su piel suave y su olor insultantemente embriagador. De haber creído en la magia, habría afirmado que me había hechizado con tan sólo mirarme, y, en cierto modo, creo que así me siento a su lado. Crea un influjo en mí que me hace perder la razón. Sé que, en realidad, cuando le dije a Eloy que no iba a ponerle un dedo encima, estaba sentenciándome mi propia condena, aunque supongo que lo hice para intentar controlarme y no perder el juicio.

Sin embargo, ella no me lo está poniendo nada fácil. Sentirla en la habitación contigua y no poder tomarla me está llevando a una situación cada vez más insoportable. Su fuerte carácter y sus ingeniosas artimañas contra mí no hacen más que aumentar mi deseo por ella. Hace dos noches, tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano al empotrarla y conformarme con tan sólo olerla. Aunque recrearme la vista con aquel escueto pijama y saborear la leche de su sedosa piel no hizo sino complicar la situación.

Mi móvil vibra en el bolsillo del pantalón. Veo que es Eloy y, para que no me descubra, me excuso y me alejo unos metros de ella.

—Dime, tío.

—¿Cómo va mi franchute favorito?

—Déjate de coñas, merengue. ¿Cuándo vas a venir?

—Si mis cálculos no fallan, dentro de media hora estoy ahí.

—¿En serio? Eres cojonudo.

—Lo sé, por eso me he pillado una habitación de hotel para una semana. ¿Qué ibas a hacer tú sin mí?

—Mejor no te lo digo.

—¿Cómo llevas el tema? ¿Le has dicho ya la verdad?

—Ya lo hablaremos cuando llegues.

—Joder, eso no suena nada bien. Por cierto, ¿estás con Ainhoa?

—No, íbamos de camino a su casa. ¿Por...?

—Hazme un favor y no le digas nada. Quiero darle una sorpresa.

—Tú y tus romanticismos. Te ha dado fuerte, ¿eh?

—Ya te dije que esas chicas me gustan; tienen algo, Matthew.

—Debo dejarte, ella me está esperando. Iremos a recogerte.

—No esperaba menos de ti. Hasta ahora, colega.

—Hasta ahora.

Maica acepta encantada la noticia de la visita de mi amigo. Sé que se alegra por Ainhoa, lo que hace que me guste todavía más.

En la puerta de llegadas de la estación, vemos aparecer entre el gentío a un sonriente Eloy, que nos

saluda con la mano. Me alegra tanto que haya venido que me fundo con él en un fuerte abrazo.

—¡Bienvenido a Zaragoza! —le dice Maica.

—¡Hola, preciosa! —responde él con un más que efusivo abrazo. ¡Estos españoles y su manía por los excesos...!

—¿Qué tal te ha ido el viaje?

—Muy bien.

—Y ¿dónde te hospedas? —Un día de éstos me dejan hablar a mí.

—Tengo que mirarlo, sólo sé que está cerca de la zona de *La Tubería* o algo así.

—Ja, ja, ja. De El Tubo, querrás decir.

—Sí, eso; no iba muy desencaminado.

—Está bien, te acompañamos a dejar la maleta, ¿te parece?

—Me parece, guapa.

¡A ver si al final tengo que darle dos hostias...!

Sobre el mediodía y, tras avisar a Isabel de que no vamos a ir a comer, Maica nos lleva de nuevo a la famosa zona de El Tubo. Eloy ha dejado su maleta en la habitación del hotel, y, después de un bonito paseo, estamos sentados en una terraza, alrededor de una mesa alta. Ella le explica de dónde procede el nombre de este lugar tan concurrido, compuesto por callejuelas estrechas repletas de bares, en pleno casco viejo de la ciudad. Está tan emocionada hablando sobre su tierra que no se percata de que lo está haciendo en español, así que yo miro a mi alrededor para simular que no me entero de lo que dice.

Al igual que ella, la gente que hay a nuestro alrededor habla abiertamente. Es todo tan distinto de París. Allí todo es más tranquilo, y la gente, mucho menos bulliciosa. Ésa fue una de las primeras cosas que aprendí de este maravilloso país: en España se habla muy fuerte; aunque con el tiempo averigüé que es inherente al carácter, algo que me atrapó y me enamoró.

Mientras ellos hablan y hablan sin parar, yo comienzo a probar los pinchos que Maica ha pedido antes. Mi preferido es el de tortilla. Ella, al verme comerla, no duda en contarle a mi amigo la anécdota de su casa, cuando su padre me la vetó. Sin que pueda evitarlo, los dos se mofan en mis narices, pero yo tengo que seguir simulando que no me entero de nada, y no puedo defenderme. Empiezo a cansarme del juegucito.

Para no tener que oír más mofas, que duran más de lo que yo querría, tras tomarnos el café, me levanto y entro en el bar con la excusa de ir al baño. En la barra, mientras espero para pagarle la cuenta al camarero, saco el móvil y envío un mensaje de WhatsApp:

Yo:
¿Vas a dejar de tocarme las pelotas?

Eloy:
¿No estabas meando?

Yo:
Estoy pagando.

Eloy:
Tú y tus manías.

Yo:
Ya me conoces. Contesta a mi pregunta.

Eloy:
Tú solito te metiste en esto. Apechuga.

Yo:
Mamón.

Eloy:
Lo sé.

Por fin llega el momento de marcharnos para ir en busca de Ainhoa y, de paso, para que Eloy pueda ocuparse de otros *asuntos*.

Ya en su portal, mi amigo se esconde mientras Maica llama al telefonillo para que las chicas bajen.

—Tenemos una sorpresa para ti —le comunica en cuanto la ve aparecer junto a Brittany.

—¿Para mí? ¿Qué me has comprado?

—Nada. Me ha salido gratis —responde ella alzando las cejas.

—Vaya, te has estirado, maja.

—Esto tiene más valor. Cierra los ojos.

—Confío en ti, Zape.

Con una simple señal, Maica avisa entonces a Eloy, que aguarda al doblar la esquina, para indicarle que ya puede venir. A hurtadillas, se acerca hasta nosotros, se coloca detrás de Ainhoa y le tapa los ojos con las manos.

—¡Pide un deseo, Zipi! —le suelta Maica sonriendo emocionada por su amiga.

—¡No fastidies! ¿Eloy?

—El mismo que viste y calza —responde él.

Es tal la alegría que siente la sorprendida que no tarda en apartarle las manos de los ojos, volverse y lanzarse sobre él para besarlo. Todos reímos con la escena, aunque mi vista se centra en Maica; está radiante, llena de luz... y más guapa que nunca.

—Ya sólo falta una —me susurra de pronto Brittany en francés.

—¿Qué quieres decir? —gruño entre dientes al no entender a qué viene esto ahora y, sobre todo, porque, por desgracia, ha conseguido que desviara mi atención.

—Hay personas que no se bastan por sí solas y necesitan un empujón, tú ya me entiendes...

—Britanny, hazme un favor, ¿quieres?

—Lo que necesites.

—Métete en tus asuntos.

Capítulo 11

Matthew

De camino al pub donde las chicas se han citado con Pedro y Julián, logro quedarme a solas con Eloy; necesito hacerle unas cuantas preguntas. Esta vez, elijo mi idioma.

—¿Puedo saber desde cuándo tenéis una relación tan íntima?

—Ya me conoces: cuando una chica me entra, no puedo resistirme. Aunque debo reconocer que no me esperaba tanta efusividad.

—Está claro que le gustas.

—Te tengo dicho que soy irresistible, hombre de poca fe.

—¿Te gusta o es sólo un capricho?

—Tío, sólo hace dos días que la conozco; ¿a qué viene esa pregunta?

—A nada.

—Eh, un momento; ¿desde cuándo te preocupan las chicas? Creo recordar que quien dijo que merecían la pena fui yo.

—Siempre buscando que te den la razón.

—¿Acaso no la tengo? ¿Me vas a contar qué me he perdido en estos dos días?

—Nada, supongo que estabas en lo cierto.

—¡Lo sabía! ¿Has perdido la apuesta?

—De eso nada; de momento tendrás que pagarte tú mismo los billetes.

—¿Me estás diciendo que yo he conseguido un beso de órdago con tan sólo intercambiar mensajes y llamadas y tú no has conseguido nada estando con ella las veinticuatro horas del día y durmiendo en su propia casa? No me lo creo.

—Pues créetelo.

—Ja, ja, ja.

—¿De qué te ríes, si puede saberse?

—Una de dos: o pasa de ti, o estás perdiendo facultades.

—¡Déjame en paz!

—Matthew, en serio —ni siquiera lo miro—, no soy mejor que tú en conquistas, y los dos lo sabemos perfectamente. Sé que te gusta, así que dime qué te pasa con ella.

—Desde que llegué aquí no ha parado de putearme —me sincero—. Le ha dicho a su familia que soy gay y se las ingenió para que todos me pillaran saliendo casi en pelotas del baño.

—¡No jodas! Ja, ja, ja, ja... —Sus carcajadas pueden oírse por encima del ruido del tráfico.

—¿Te lo pasas bien, cabrón?

—No sabes cuánto. Esa tía me cae cada vez mejor —afirma fijando la vista en ella, que camina unos metros más adelante junto con Ainhoa y Brittany.

—Y ¿tú dices ser mi amigo?

—Matthew, no sé qué diablos te pasa, pero no entiendo cómo no puedes verlo: le gustas demasiado. La pregunta es: ¿te gusta ella a ti?

—Paso de decírtelo.

—Venga, tío, ya no me río, te doy mi palabra —dice cogiéndome del brazo y obligándome a parar la marcha.

Su promesa me hace reflexionar durante unos segundos, y finalmente le confieso:

—Me tiene loco. Sé que apenas la conozco, pero la deseo como a ninguna otra.

—Pero eso es bueno.

—No, no lo es —digo reanudando la marcha.

—¿Por qué dices eso?

—No quiero hacerle daño. ¿Acaso has olvidado los mil kilómetros que nos separan?

—Las relaciones a distancia funcionan.

—Las relaciones a distancia son una mierda.

—Sí, pero funcionan. ¿Por qué no te limitas a probar a ver qué pasa?

—No estoy seguro de que sea lo correcto.

—Ya salió el noble.

—No digas tonterías.

—¡No las digas tú! No te reconozco, tío. Nunca te había visto dudar así.

—Aparte de ella, está su familia. Su abuela y su hermano pequeño son encantadores, pero el padre...

—¿Qué pasa con él?

—Maica no te lo ha contado todo mientras comíamos. Su padre odia a los franceses.

—¿En serio? —A punto está de descojonarse, pero finalmente logra reprimir la carcajada. Estoy empezando a dudar de si no me habré equivocado al decidir contarle nada—. Lo siento, tío; es que es de chiste.

—¿Puedes por un momento ponerte en mi situación?

—Tienes razón, disculpa. Tendrás que ganártelo también a él.

—¿Cómo, si me ha visto semidesnudo, piensa que soy gay y soy francés?

—Lo tienes complicado.

—Mucho.

—¿Has pensado en dejarte de juegos y decirle la verdad? —Mi mirada es tan fulminante que enseguida se justifica—: Me refiero a lo del idioma.

—¿En qué posición me deja eso? Se trata de subir peldaños, no de bajarlos.

—Ya, pero «la verdad nos hará libres», ¿recuerdas?

—Antes debo decírselo a Maica.

—Siento decirte esto, pero te lo advertí.

—Lo sé.

—De todas formas, si puedo ayudarte en algo...

—Te lo agradezco, pero creo que lo mejor es que me olvide de todo y que cada uno siga su camino.

—¿Estás seguro?

—Me temo que sí

—Si es lo que quieres...

—Es lo que debo —remato para acabar la conversación.

* * *

Pedro y Julián acogen muy bien a Eloy, cosa que me alegra bastante. La pelirroja no se separa del zaragozano, y los arrumacos que ambos se profesan nos dejan claro al resto del grupo que entre ellos hay algo más que amistad. Ainhoa y mi fiel amigo hacen lo mismo, mientras que Julián, Maica y yo charlamos de temas varios.

Me ha venido muy bien hablar con Eloy; ahora sé que lo mejor es que no haya nada entre ella y yo, pero también soy consciente de que no va a ser fácil. No puedo dejar de observarla, cualquier gesto suyo despierta mi interés. Me encanta ver cómo se transforma su cara al sonreír, con qué delicadeza se acaricia el pelo o con qué sensualidad posa los labios sobre la boca de la botella cuando bebe.

Al igual que mi amigo, doy por sentado que le gusto, algo que me confirman su mirada y su respiración cuando estamos a solas. Cada vez que el recuerdo de nuestros encuentros regresa a mi mente, siento una pequeña erección. La primera vez que la arrinconé, en el baño del albergue, tenía la adrenalina por las nubes. No podía imaginar que tras aquella chica bajita hubiera una mujer ardiente. Cuando la agarré del cuello, esperaba que reaccionara como todas las demás, que saliera huyendo o que me diera un guantazo antes de hacerlo. Pero ella no se movió, permaneció quieta dejándome proceder y confiando en mí. Desde aquel momento supe que estaba destinada a mí.

Sin embargo, las circunstancias me llevan a renunciar a ella, por su bien y por el de su familia, a la que debo agradecer, pese al «cariño» que su padre me profesa, que me hayan acogido en su casa. Así pues, dispuesto a aceptar la situación y a inclinar un poco más la balanza hacia mi lado, abandono durante unos minutos al grupo para ir a hacer una llamada.

A mi vuelta, compruebo que las dos parejitas se han puesto a jugar al billar, por lo que a la mesa nos quedamos los tres solos. Julián, que supe desde el primer momento que está loco por Maica con tan sólo observarlo, ahora se está encargando de que no me quede ninguna duda: el muy descarado aprovecha la menor ocasión para tocarle el brazo, la mano o lo que mejor le pille. En momentos como éste es cuando disiento de la educación que recibí, porque de buena gana le daría una paliza hasta dejarlo manco, ciego y mudo. No obstante, mis modales, mi latosa conciencia y la normativa vigente me lo impiden; además de que, por mucho que me pese, puede que lo mejor para Maica sea que ellos estén juntos.

Mi plan sigue adelante, y tengo que continuar simulando que no me entero de lo que dicen y aguardar a que alguien me traduzca. Cometí el error de hablar demasiado pronto bien en inglés, pero creo que Maica no se ha percatado. Empiezo a cansarme del juego y, por qué no decirlo, a arrepentirme también. En más de una ocasión he estado a punto de confesarle la verdad, pero no he encontrado el momento oportuno. Yo mismo empecé esta historia, y ahora no sé cómo acabar con ella del mejor modo posible para no herir a nadie. La única parte divertida ha sido escuchar los jocosos comentarios de la abuela con

respecto a mí. Pero no poder defenderme frente al padre, no poder conocer mejor a Curro o no hablar más con Maica... es algo que no llevo del todo bien.

La tarde pasa lenta, y pierdo la cuenta de las veces que he ido a la barra a pedirme las cervezas que llevo en el cuerpo. No he estado muy participativo, pues lo cierto es que me la he pasado intentando en vano no pensar y observando de reojo a la parejita.

Sólo cuando nos despedimos de ellos y me quedo a solas con Maica es cuando consigo relajarme un poco y logro destensarme.

De vuelta en su casa, Isabel sale a recibirnos nada más entrar por la puerta.

—¡A ti te quería yo ver! —me suelta de pronto señalándome con el dedo.

—¿Qué ocurre, abuela?

—Tú calla y traduce.

—¡O me callo o traduzco, las dos cosas a la vez no puedo!

—¿Se puede saber por qué tengo la cocina llena de bolsas? —me pregunta con los brazos en jarras.

—Abuela, ¿de qué hablas? —la interrumpe de nuevo.

—¿Qué parte de *traducir* no has entendido? —la riñe Isabel. Sé que debo mantenerme callado, pero no puedo evitar echarme a reír; no sé si por el alcohol que llevo en la sangre o por lo mucho que me gusta verlas discutir—. ¡Y tú no te rías, coño!

—*Don't laugh!* —me traduce ella. Ha omitido el *coño*.

—Aquí eres un invitado, y no tenías por qué mandar a que trajeran un camión de comida.

—¿Que ha hecho qué?

—¡Lo que oyes, niña! Aquí, el señorito ha encargado que trajeran un montón de comida del supermercado. Hay de todo: leche, galletas, carnes, pasta, huevos, vino, y un montón de cosas más. —Maica deja de mirar a su abuela para clavar la vista en mí. Sé que la he sorprendido, y eso me gusta. Ambos nos miramos fijamente, en silencio. Yo sigo sonriendo, pero esta vez mi sonrisa se la dedico sólo a ella—. ¡Es un invitado y no tenía por qué hacerlo! —continúa Isabel—. Además de que no me cabe todo en el frigo. ¿Qué voy a hacer ahora? Niña, ¿traduces o me quedo hablando sola? —La coge del brazo y la zarandea para captar su atención y que vuelva a mirarla.

—Esto..., sí. Invitado, comida, frigo, no cabe —le responde volviéndose hacia ella para después volverse hacia mí y traducirme las palabras de su abuela en un perfecto inglés.

Sin dejar de sonreír, le explico a Maica que es lo mínimo que podía hacer, y me disculpo por si he podido ofenderla. Mis palabras parecen convencerla, pero no a Isabel, que sigue riñéndome durante unos segundos más, hasta que por último me agradece el detalle.

Contento por el buen resultado y, una vez acabada la conversación, me dirijo al baño a hacer mis necesidades, cuando de pronto Maica entra como un relámpago y cierra la puerta tras ella. De la impresión que me da, el chorro acaba inevitablemente fuera de la taza del váter.

—¿En qué momento has pedido todo ese arsenal de comida, si puede saberse? —me pregunta en un perfecto inglés.

No me han educado para orinar delante de señoritas, pero llevo tiempo sin evacuar; si ella no ha tenido reparos en entrar, yo tampoco los tengo para continuar. Siento sus ojos clavados en mi rostro mientras da golpes con el pie en el suelo. Está inquieta e impaciente, lo que me lleva a recrearme más de lo debido. Sé que en algún momento ha bajado la vista, pero desde donde está no puede ver lo que tengo

entre manos. Con toda la tranquilidad del mundo, termino, me subo la cremallera, bajo la tapa y tiro de la cadena. A estas alturas, su cara no es de desesperación, sino más bien de asesinato. Tengo que esforzarme por contener la risa. Me vuelvo hacia el lavabo, abro el grifo y comienzo a lavarme las manos.

—Estoy esperando —me apremia. ¡Cómo me gusta ese carácter!

Mientras me froto las manos con jabón y me desprendo de una inexistente roña que llevo entre las uñas, la miro a través del espejo. Nuestros ojos se encuentran, pero yo continúo en silencio, a lo mío, tomándome mi tiempo y llevándola al límite.

—¿Piensas sacar petróleo?

Su impaciencia me divierte, por lo que hago caso omiso.

Sus ojos muestran rabia, en contraste con los míos, que no pueden negar el deseo que siento por ella. Me volvería ahora mismo para besarla, cogerla en brazos y sentarla sobre el mármol, donde le subiría ese maldito vestido que lleva, le quitaría el tanga y la follaría con dureza. Me empalmo sólo de pensarlo. Ella se revuelve incómoda; sé que sabe lo que me está pasando por la mente.

Me seco las manos y me doy la vuelta para mirarla directamente, no a través del espejo. Me acerco hasta ella y de nuevo consigo hacerla retroceder hasta empotrarla contra la fría pared de azulejos. Me gusta sentirla a centímetros de mí, demostrarle con tan sólo una mirada lo mucho que la deseo y lo mucho que me gustaría hacerla mía. Apoyo las manos en el tabique, por encima de su cabeza. La acorralo. Sólo cuando estamos así la veo frágil y dulce, pese a la felina que sé que lleva dentro y que tanto se empeña en sacar de paseo. Veo cómo traga saliva. Me excito al pensar que es mi líquido el que traga y me empalmo aún más. Me inclino más hacia ella y siento cómo su respiración se acelera y sus erizados pezones apuntan hacia mí. ¡Pagaría por poder morderlos! Ahora soy yo el que traga saliva. Soy consciente de que estoy poniéndonos en peligro; alguien podría pillarnos. Pero ella ejerce un maldito influjo sobre mí, es como una maldita droga de la que no logro desengancharme. Me acerco a su boca y tengo que morderme la lengua para no dejarme llevar por el deseo que siento y me empuja a besarla. Su aliento me transporta a un lugar salvaje; un lugar donde el único aroma que se respira es su excitante olor. Esforzándome por no abalanzarme y echar a perder todo el camino andado, finalmente le susurro en un perfecto inglés:

—Me gusta tomarme mi tiempo para las cosas que me importan.

—¿Lavarte las manos o retarme?

—Adivínalo.

—¿Disfrutas con ello?

—Sí, sobre todo con el resultado.

—Todos los excesos son malos, ¿no te lo han enseñado?

—Hay cosas que uno aprende con el tiempo.

—El caso es frotarte, ¿no? —Esto lo ha dicho en español, y esta vez sí que tengo que hacer un verdadero esfuerzo por no echarme a reír—. Dime —vuelve al idioma anglosajón—, ¿cuándo has llamado al supermercado?

—Si no hubieses estado tan ocupada con tu amigo, lo sabrías.

—Ocupo mi tiempo con quien me da la gana.

—Todos los excesos son malos. —Sé que la estoy haciendo enfadar, pero me encanta.

—Mis amigos siempre tienen mi atención, y siempre la tendrán —se defiende escudriñándome con la

mirada.

—Quizá esa extremada atención te ha impedido ver lo que pasaba a tu alrededor. ¿No crees?

—Quizá mi atención estaba en lo que más requería mi interés.

Sé que no se va a amilanar con facilidad. Quiero ponerla a prueba, y me acerco un poco más. ¡Joder, cómo me pone!

—¿Estás segura de eso? —pregunto abocándome sobre ella hasta casi rozar sus labios. Su respiración agitada me confirma lo que ya sé.

—Sí —responde en un costoso susurro. Está tan excitada como yo, y ambos lo sabemos.

—Ser selectivo tiene sus consecuencias —afirmo mirándola a los ojos. Estamos tan cerca el uno del otro que hasta puedo oír los fuertes latidos en su pecho.

—Ser selectivo es resultado de la inteligencia —declara.

Pero, desgraciadamente, sus palabras logran despertarme del bonito sueño en el que me encontraba inmerso hasta este último segundo, mostrándome lo que debo hacer, por su bien y por el de su familia. Así pues, de vuelta a la realidad, y con todo el esfuerzo del que soy capaz, doy un paso hacia atrás y le suelto de mala gana:

—Entonces ¿qué haces aquí?

Ella no reacciona; le ha sorprendido tanto mi cambio de actitud que no obtengo respuesta. Debo alejarme de ella, y que ella lo haga de mí. Avanzo hasta la puerta y la abro, pero antes de poner un pie en el pasillo, con todo el dolor que siento, me vuelvo y le suelto:

—¡Qué pena que tanta inteligencia no te permita distinguir entre un capricho y el respeto a la intimidad!

Esto empieza a causarme más daño del que pensaba y, sin saber muy bien qué hacer, me voy al cuarto que Curro y yo compartimos. Comienzo a dar vueltas en círculo para intentar calmarme y apaciguar mis rápidos latidos. No sé cuánto tiempo estoy así, hasta que me suena el móvil dentro del pantalón.

—¿Cómo está mi francés favorito? —Es Eloy, que está más contento de lo habitual.

—No tan bien como tú, por lo que oigo. ¿Qué tal con Ainhoa?

—Genial. Ha tenido que irse porque tenía cena familiar, pero ya hemos quedado para ir mañana a pasar el día a no sé dónde. ¿No te ha dicho nada Maica?

—Aún no. ¿Quieres que vaya a verte?

—¿Y mosquear al padre? Deja, deja. Voy de camino al hotel, estoy cansado del viaje y no me vendrá mal descansar.

—Como quieras. Hasta mañana, entonces.

—Hasta mañana, tío.

Cuando termino la llamada, me doy la vuelta y me encuentro a Curro, parado ante mí, con la boca y los ojos abiertos como platos y la cara desencajada.

—¡Te lo puedo explicar! —me apresuro a decir.

—¿Sabes... hablar... español? —balbucea.

—Me imagino la impresión que debe de haberte causado, pero déjame que te lo explique.

—¿Lo sabe Maica? —pregunta avanzando hasta la silla de su escritorio y sentándose en ella.

Yo hago lo mismo a un lado de la cama.

—No. Tú eres el único que lo sabe. Bueno, tú y mi amigo Eloy, obviamente.

—Sabes que se va a enfadar, ¿verdad?

—No tiene por qué enterarse. Puede ser nuestro secreto.

—Y ¿por qué nos has mentado?

«Vaya con el niño de las narices.»

—Sé que ha estado mal, pero, por muy raro que parezca, tenía un motivo.

—Mi hermana.

—Así es. Pasó algo cuando nos conocimos; ella me repudió y...

—No sé lo que es eso.

—Digamos que habló mal de mí sin conocerme. A mí me sentó fatal, una cosa llevó a la otra...

—Y decidiste engañarnos a todos para vengarte de ella.

—Dicho así suena muy mal, pero sí, supongo que sí. Aunque mi intención era vengarme sólo de ella, al final acabé mintiéndooos a todos.

—No querría estar en tu pellejo.

—Créeme, yo tampoco.

No puedo pensar con claridad. El subidón que tenía se ha esfumado de pronto, y ahora tan sólo noto la lentitud con la que mi cerebro intenta procesarlo todo. Con los codos apoyados en las piernas, me llevo las manos a la cabeza. ¡Estoy perdido!

—No sabes de lo que es capaz mi hermana. Es peor que mi padre.

—¿De veras?

Empiezo a acojonarme.

Curro acerca la silla hasta mí; debo de darle incluso pena.

—Sí, mi padre es como un dragón, que echa fuego por la boca pero nada más. En cambio, mi hermana...

—Es Khaleesi.

—¿Quién?

—Nada, déjalo. Sigue —le digo al darme cuenta de que a su edad no tiene por qué conocer ni haber visto «Juego de tronos».

—Maica tiene mucho genio, pero, a diferencia de papá, ella es capaz de todo con tal de salirse con la suya.

—Creo que sé a qué te refieres —afirmo al recordar los golpes con la cuchara y el robo de mi ropa, la cual, por cierto, aún no he recuperado.

—¡Mujeres! —suelta el pequeñajo, logrando hacerme sonreír.

—¿Me guardarás el secreto, por favor?

—Sólo con una condición —dice poniéndose de pie ante mí.

—La que quieras.

—Que juegues conmigo a la consola; mi padre nunca está, mi hermana pasa de mí y la abuela casi me rompe el mando la última vez que la dejé jugar —río al escuchar su explicación.

—¡Trato hecho! —digo poniéndome en pie para darle un apretón de manos.

Curro me devuelve el gesto, y ambos sellamos nuestro acuerdo como dos hombres. Sin esperarlo, he encontrado en esta casa a mi mejor aliado.

Capítulo 12

Matthew

Los días van pasando sin apenas darme cuenta. Desde mi último encuentro con Maica en el baño, no he vuelto a verme en la misma situación con ella; intento evitarla por todos los medios, pese a que ella aproveche cualquier ocasión para rozarme, tocarme, o se empeñe en mostrarme su parte más sensual y arrebatadora. Me está costando mucho no abalanzarme sobre ella y hacerle mil y una cosas que, de ser mía, garantizo y doy por sentado que le haría. Aun así, y sin que ella ni nadie lo sepa, entro cada noche en su cuarto para observarla durante unos minutos mientras duerme. Lo hace en posición fetal y abrazada a la almohada. La poca luz que entra por la ventana me permite verla en su plenitud, con su corto y sexi pijama de verano. Viéndola dormir en esa postura, aparenta ser una joven inocente; nada que ver con la chica fuerte y cabezota en la que se convierte con la luz del día. Cuesta creer que en tan poco cuerpo quepa tanto genio. Aun así, cada noche la visito; no puedo dejar de mirarla. Sin duda esta morena bajita me está calando más hondo de lo que me esperaba.

El trato con Paco es correcto. No voy a decir que es la amabilidad personificada, pero al menos ha logrado aceptarme y tratarme como a un invitado, pese a que no pare de pronunciar las palabras *hombre* o *masculinidad* cuando me ve con Curro, supongo que por temor a que lo «vuelva gay». En el fondo es un buen hombre y, aunque se encargó personalmente de contarme su anécdota con mis compatriotas, le demuestro cada día que no todos somos iguales, lo que ha conseguido relajarlo un poco.

Con Curro me llevo genial. Es un niño muy listo para la edad que tiene. Todas las tardes, al volver del colegio, me pide que juegue con él, a lo que no puedo negarme. Para él soy como el hermano que no ha tenido y, aunque no se lo diga ni lo confiese jamás, él también lo es para mí. Siempre me he preguntado cómo sería tener un hermano o una hermana pequeña, enseñarles cosas, jugar o cuidarlos. Echo de menos no tener a alguien de mi sangre con quien poder compartir..., no sé..., ¿mi vida, tal vez?

Isabel es como mi abuela; cada día me recuerda más a ella y lo mucho que tienen en común. Estar con ella es como viajar en el tiempo, como estar en casa. Ella, junto con Curro, es la que más parece alegrarse de tenerme como invitado. Siempre está pendiente de todos, y a mí me ha aceptado como a uno más de ellos.

Una noche, incluso, me llamó a la cocina para darme a probar a escondidas pinchos de tortilla de patatas con cebolla, mi comida española favorita, pues, a día de hoy, sigo sin ganarme el beneplácito de Paco, que continúa pidiéndole que a mí me haga tortilla simple o, como ellos la llaman, *tortilla francesa*. La pobre mujer está entre dos bandos, pero es la que mejor parece llevar la situación, logrando suavizar

Y poner paz entre ambos. Con su dulzura, sus gestos, sus mímicas y su cariño, Isabel ha sabido robarme el corazón. Y, aunque no sea la única que lo ha hecho, sí es a la única a la que puedo demostrarle abiertamente mi gratitud con una sincera sonrisa, con algún que otro beso en la mejilla o ayudando en todo lo que pueda. Ella no pone reparos en manifestar el cariño que me profesa, abrazándome, estrujándome e incluso haciendo algún que otro comentario por lo bajini acerca de mi culo o mis brazos. Enorme esfuerzo el mío por no descojonarme delante de ella para no ser pillado.

Eloy sigue adelante en su relación con Ainhoa. Pensaba que sólo iba a ser un rollo de verano, pero lo cierto es que parece que ambos se lo están tomando en serio. Todo lo contrario que Brittany y Pedro, que parecen sacados de la típica película universitaria donde unos jóvenes se desmadran y se enganchan a la menor ocasión. Por suerte, el chico la tiene tan ocupada que ya no ha vuelto a repetir la escenita del otro día en la puerta de Ainhoa. No lo he comentado con nadie, pero, una de dos: o a la pelirroja le falta un tornillo, o es más lista que ninguno. Entre ella y Maica apenas hay relación y casi no se hablan; aunque no hace falta ser muy listo para darse cuenta de que se comunican con la mirada. Eso sí, a día de hoy, el marcador está claramente a favor de la morena.

Los chicos nos han acogido muy bien a los tres, a excepción de Julián, que se empeña en que haya un abismo entre nosotros; le encanta retarme cada vez que le es posible, tanto con la mirada como con cualquier juego, ya sea el billar, el futbolín o unas canastas como echamos la otra tarde. Cada día está más cerca de Maica, a la que ha llegado a acosar para dar a entender que entre ellos existe algo más que amistad. Pero, para mi regocijo, ella lo aparta cuando se pone así de pesado y le susurra, para que yo no lo oiga, que para ella es sólo un amigo. Yo simulo no enterarme de nada hablando y riendo con el resto del grupo, e intento por todos los medios no entrar al trapo, pero el zaragozano se empeña en dejarme bien claro que estamos en su territorio, y lo cierto es... que me está buscando.

Durante estos días no hemos parado de hacer cosas y de visitar lugares como el palacio de la Aljafería, Puerto Venecia y un largo etcétera. La ciudad es preciosa, y las chicas no han descansado hasta enseñarnos cada rincón y sus costumbres, como el ir de cañas, hacer la ruta del Juepincho por la zona de El Tubo, o salir de fiesta cada noche por la City, como ellos la llaman. Siempre me ha llamado la atención lo mucho que les gusta a los españoles la marcha y el estar hasta altas horas de la madrugada, algo que también aprendí con Eloy y que a mí me resulta como una especie de tradición nacional. Anoche fue una de esas noches en las que regresamos tarde a casa, pero yo sigo habituado a mi rutina y me he levantado temprano como cada día.

—*Bonjour* —saludo a Isabel al encontrármela en la cocina; es la más madrugadora de todos.

—¡Hombre! Contigo quería yo hablar. Ven aquí —me apremia tirando de mí y acercándose a ella para hablarme al oído—. ¿Cómo se te ocurre hacer lo que has hecho? —Yo simulo que no entiendo nada de lo que dice, pero ella me sorprende agarrándome del moflete y moviéndolo de un lado a otro—. Y no me pongas esa cara de no haber roto un plato, que a mí no me engañas. Espero que tengas un motivo más que suficiente que justifique lo que has hecho.

A estas alturas estoy tan perdido que temo haber sido el causante de la segunda guerra mundial y no haberme enterado.

—*Je ne comprends pas* —acierto a decirle.

No he vuelto a comprar comida, por lo que no sé a qué se refiere, y estoy empezando a preocuparme.

—No te hagas el tonto conmigo, jovencito, que sabe más el diablo por viejo que por diablo. —Ya me

ha soltado el moflete, y esta vez me señala con el dedo—. Bueno, eso, y que conozco a mi nieto como si lo hubiese parido. Anda, siéntate —me ordena, tomando también ella asiento frente a mí—. ¿Se puede saber cuándo ibas a decirnos que sabes hablar español?

Vale, enigma resuelto.

—Lo siento mucho, Isabel. Nada de esto entraba en mis planes, créeme.

—Espero que no, porque no está bien ir engañando a la gente, ¿sabes?

—Tienes toda la razón. No pensé que la cosa pudiera llegar tan lejos.

—Matthew, te conozco lo suficiente para saber que eres una buena persona, lo vi en tus ojos el primer día que pusiste un pie en esta casa. Incluso eres extremadamente educado, correcto, amable..., por eso no logro entender por qué nos has hecho esto. Dame una buena razón, porque se puede liar una bien gorda.

Durante un buen rato me sincero con Isabel. Se merece una explicación y, mientras desayunamos, se la doy. Se lo cuento todo desde el principio, dejando a un lado cierta información, claro está.

—¡Ahí va con la Maica! —suelta al oír mi relato.

—¡Ahí va! —le respondo.

—Pero hay algo que no comprendo: ¿por qué ese rechazo hacia ti?

—Por Paco, supongo —acuerdo a responder.

—Claro, tiene sentido. Pero ya sabes cómo es mi hijo: ladra más que muerde. Y, aunque no lo parezca, te puedo asegurar que, en el fondo, te aprecia

«Muy en el fondo», pienso.

—Sois todos encantadores.

—¿Quién más lo sabe?

—Sólo Curro y tú.

—Pues de momento es mejor que sea así. No quiero ni imaginar cómo se lo van a tomar mi hijo y mi nieta. Algo se nos ocurrirá.

—En más de una ocasión he estado tentado de decírselo, pero no he visto el momento.

—Déjame que piense cómo podemos hacerlo; a mi hijo sé manejarlo mejor, pero a mi nieta..., ella es otro cantar.

—¿Crees que me perdonará?

—Creo que, si sales vivo de ésta, será un milagro. —Mi cara de asustado debe de darle la pista—. ¡Es broma, hombre! Tardará más que su padre, pero estoy segura de que al final lo hará. Por cierto, no me echas al ver lo que te dije cuando entraste por esa puerta.

—No te preocupes por eso. —Sonrío al recordar sus comentarios acerca de mi culo.

—No me preocupo, es sólo que... Hijo, compréndelo, no estoy muy acostumbrada a recibir visitas así en casa.

—Lo comprendo.

—Lástima que seas gay.

—No soy gay.

—¿Qué? Eso sí que no me lo esperaba. Entonces ¿por qué dijo eso mi nieta?

—Supongo que por el mismo motivo que lo del rechazo —miento.

Tengo claro que fue su forma de vengarse por haberla dejado tirada en el baño.

—Mi Paco... —Asiento—. En fin, téminate el desayuno, que ese cuerpo hay que alimentarlo.

Ambos sonreímos.

—¿Puedo pedirte una cosa?

—Depende.

—Quiero ser yo quien se lo diga a Maica.

—Me parece bien. Trato hecho.

—Gracias.

—De nada, hermoso.

Mi secreto ya no es tal; era previsible, pues no es tarea fácil ocultar algo así. Pero estoy contento y me alegro de que al menos dos miembros de la familia sepan la verdad y estén de mi parte. Aunque, si soy sincero conmigo mismo, aún quedan los más difíciles de lidiar.

Por la tarde, Paco se despide de todos para irse de viaje. Va a tardar cinco días en volver, por lo que, a su vuelta, Maica y yo ya estaremos en París. El momento es para ellos algo normal, mientras que a mí me parece muy emotivo. Al igual que la primera vez que nos encontramos, Paco y yo nos hablamos más con la mirada que con las palabras; lo que nos «decimos» en el recibidor de su casa es más que significativo para ambos.

—Confío en que sabrás cuidar de mi niña durante el tiempo que esté allí —me dice al fin tras nuestra muda conversación.

Maica se apresura a traducirnos en inglés.

—Haré todo lo que esté en mi mano para que así sea.

—Espero no tener que ir a por ella.

—No será necesario.

—Conozco el camino como la palma de mi mano.

—¡Papá! —lo riñe Maica.

—¡Traduce! —le ordena.

Ella lo hace.

—Toda tu familia será bien recibida siempre —le indico.

—No esperaba menos. Enséñale lo mejor de tu ciudad; estoy seguro de que le gustará.

—Así lo haré.

—Cuídate —dice por última vez tendiéndome la mano.

—Tú también —respondo con un apretón.

Por la noche, Maica y yo nos vamos en su coche hasta la casa de Julián para reencontrarnos con el grupo. Dentro de dos días nos marchamos, y los chicos han organizado una cena allí para despedirnos, aprovechando la ausencia de sus padres. Aún me cuesta acostumbrarme a este tipo de cosas; hace años que vivo solo, y para mí es como volver atrás en el tiempo.

Pese a la negativa por parte de ella, me he empeñado en hacer una parada en el camino para comprar un par de botellas de alcohol y helado para el postre. Su mal gesto me confirma su desaprobación, pero decido no hacerle caso. No concibo presentarme en casa de alguien sin llevar algún detalle, cosa que a Maica parece molestarle. Como también lo hacen multitud de costumbres que tengo, como cederle el paso, abrirle las puertas o dejar que siempre sea ella la que pida primero qué desea tomar cuando nos pregunta un camarero. Pensaba que a las mujeres les gustaban ese tipo de cosas, pero está claro que ella no es como las demás.

Como viene siendo habitual, las parejas se sientan juntas, y yo lo hago entre mi amigo y Maica, a la que el anfitrión no deja de agasajar con atenciones. He de reconocer que se lo ha currado: la cena es en el porche trasero de su casa, junto a la barbacoa que tiene encendida, con vistas a la piscina y donde no falta ningún detalle.

La velada transcurre con las típicas bromas y risas entre amigos. Junto a la carne a la brasa, la cerveza y el vino caen tan rápidos que a la hora del postre ya hacen mella en cada uno de nosotros. A altas horas de la madrugada, a Maica se le ocurre hacernos una proposición a todos:

—¡Juguemos a algo!

—¿A qué? —le pregunta Ainhoa.

—Se aceptan ideas.

El idioma que solemos usar para comunicarnos en el grupo es el inglés, pero en ocasiones como ésta, o cuando más les interesa, las chicas usan el español, por lo que me toca fingir que no comprendo lo que dicen y esperar a que Eloy me traduzca.

—Mientras no sea el de la cuchara —expone mi fiel amigo, partiéndose de risa. De buena gana le daría un golpe en el brazo, pero se supone que no me estoy enterando.

—Ése se me queda corto —responde ella retándome con la mirada.

—¿Ahora quieres darle con un bate de béisbol? —me defiende Eloy.

—Ja, ja, ja. No estaría mal...

A estas alturas, no sé si reírme o darle un golpe al uno y un buen azote a la otra.

—¿Qué tal un *strip poker*? —interviene Julián para llamar la atención.

—¡Me encanta! —grita Ainhoa, que se ha venido arriba y ha empezado a quitar cosas de la mesa para hacer hueco. Es la más perjudicada de todos.

—Me parece una buena idea —me provoca Maica, mostrándome su parte más felina. Su voz ha sonado tan sensual que tengo que tragar saliva.

Pedro traduce a Brittany la proposición y ella acepta encantada. Durante unos minutos, todos ayudamos a Ainhoa y, antes de lo esperado, estamos de vuelta sentados y con las cartas sobre la mesa.

—Contad cada uno las prendas que lleváis. Debemos empezar con la misma cantidad —explica Julián, a lo que obedecemos con rapidez, deshaciéndonos de lo que nos pueda sobrar para quedar en igualdad de condiciones.

El juego comienza y la pelirroja es la primera en perder; según ella misma nos ha explicado, apenas sabe jugar, aunque más bien creo que es una clara demostración de intencionalidad. Al cabo de un rato, ella y Pedro están ya en ropa interior, lo que confirma mis sospechas. El resto aún estamos vestidos y, como mucho, alguno que otro está simplemente descalzo.

En las siguientes rondas, Eloy y Maica demuestran lo mucho que saben jugar al *Texas hold'em*, pues han conseguido dismantelar no sólo a la parejita hispanoinglesa, sino también a la rubia Ainhoa, que se tapa con un brazo sus desnudos pechos, y que sólo conserva unas finas braguitas.

En la siguiente mano me viene una pareja de ases y aguardo a ver las cartas que Brittany, que es quien reparte y hace de *dealer*, coloca sobre la mesa. La primera carta que saca es otro as; ¡ya tengo trío! Las siguientes son dos reyes, un tres y, por último, otro as. ¡Tengo póquer! Intento disimular mi jugada y miro a mis contrincantes. Todos se retiran al llegar su turno, excepto Maica y Julián. Este último, por la cara y la seguridad que muestra, debe de llevar algo fuerte, como un *full*, o como mucho un póquer de

reyes. Maica sabe ocultar muy bien sus jugadas, no tengo ni idea de lo que puede tener, pero, llegado su turno, no tarda en apostar una prenda. Julián, que no le ha quitado ojo en toda la noche y le tiene unas ganas increíbles, no sólo le iguala la apuesta, sino que, contra todo pronóstico y por primera vez en lo que llevamos de partida, sube la apuesta a dos prendas. La lujuria y el deseo con que la mira me están poniendo negro. Sin amilanarme lo más mínimo, igualo su apuesta y subo a otra más.

Cuando llega el turno de Maica, lo piensa con detenimiento y, tras meditarlo, iguala mi apuesta a tres prendas. ¡Joder! Me ha salido el tiro por la culata. Julián, que se regodea babeando por ella mientras se la imagina desnuda, vuelve a subir la apuesta, esta vez a cuatro prendas y girando la vista hacia mí para lanzarme de forma directa el reto. Oigo resoplidos, pero no miro a ver de dónde provienen; mi vista está centrada en Julián, que no está dispuesto a parar hasta conseguir su objetivo. Con la esperanza de que Maica se retire y el cabrón de Julián no vea cumplido su sueño, aumento la apuesta y subo a cinco prendas. Según mis cálculos, son las últimas que nos quedan y es el tope del juego; tan sólo puede echarse atrás o igualarme.

—¿Estás seguro de lo que haces? —me susurra Eloy en francés.

—Ese mamón no va a verla desnuda.

—¡A por él, tigre! —me anima dándome un golpe en la espalda al ver mi clara intención.

Afortunadamente, Maica se retira del juego y mantiene su ropa en su sitio. Raudo, cojo mi cubata y bebo para ahogar en él el suspiro que dejo salir inevitable de mis pulmones.

Julián, que a estas alturas de la película ya sabe que no va a conseguir su objetivo de desnudarla, sigue sin ceder. Para demostrar su hombría delante de todos, y en particular de ella, ve mi apuesta y la iguala. Con una sonrisa de oreja a oreja y con una cara de prepotencia absoluta, la cual partiría sin reparo alguno, muestra sus cartas sobre la mesa. Como había calculado, tiene un póquer de reyes.

—Empieza a desnudarte, franchute —suelta de pronto en español. La última palabra la dice con tal desprecio que hasta Eloy interviene.

—Tío, no te pases.

—Él ha sido quien se ha empeñado en demostrarnos su *hombría*. ¿A qué esperas, parisino? ¿Qué pasa?, ¿es que la tienes tan pequeña que te da vergüenza enseñárnosla? ¿O es que no tienes lo que hay que tener?

—¡Eres un imbécil! —Ahora es Maica quien sale en mi defensa. Es la primera vez que lo hace.

—¿Yo? ¡Manda cojones! ¡Venga, enseña tu polla..., digo, tus cartas!

—¡No sabía que eras tan gilipollas, Julián! ¡Ojalá lleve algo más que tú!

—No te pongas así, Maica. Es por el alcohol —lo excusa Pedro.

—¡Los niños y los borrachos siempre dicen la verdad, ¿recuerdas?! —Está tan cabreada que hasta puedo oír su rechinar de dientes.

—¡¡¡¿Por qué lo defiendes?!!! —Julián vuelve a la carga, levantándole la voz.

—¡¡¡Al menos él sabe comportarse, no como tú!!!

—¡Eh, tíos, haya paz! —intenta mediar Pedro, sin éxito alguno.

Mi pulso se acelera por momentos, y mis nudillos están blancos de la fuerza con la que aprieto el puño bajo la mesa.

—¡Venga, franchute, quiero ver cómo te quedas en pelotas delante de todos! —me desafía de nuevo.

—¡Te estás pasando, tío! —le suelta Ainhoa, que, sin percatarse, mueve el brazo, dejando sus pechos

al descubierto.

Eloy, que rápidamente se da cuenta, le entrega su ropa para que se vista.

—¡Venga, ya! ¡¡Sois todos unos falsos!! ¿Me vais a decir ahora que este tío os cae bien?

—¡¡Pues sí!! ¡¡Y en este momento está demostrando que tiene mucha más clase que tú!! —vuelve a gritarle Maica.

—¡No me puedo creer que os haya engañado a todos con su... perfección! —balbucea él haciendo gestos con las manos—. ¡Estoy seguro de que detrás de esa fachada oculta algo!

—¡Basta, Julián!

—*What happens?* —pregunta Brittany, que comienza a vestirse, al igual que Pedro.

—¡La cena ha terminado! —sentencia Maica levantándose de la silla.

Pero Julián no está dispuesto a permitirselo y, adelantándose a su movimiento, se incorpora y la coge del brazo con fuerza para impedirselo.

—¡¿Qué haces?! ¡Suéltame!

—¡¡¡De aquí no se mueve nadie hasta que veamos quién de los dos ha ganado!!! —grita fuera de sí.

Está de pie, ejerciendo presión sobre su hombro, forzándola a permanecer sentada. Ella intenta zafarse, pero no lo logra.

—Tío, ¡suéltala! —lo increpa Ainhoa.

Pero él no está dispuesto a ceder. Su mirada es oscura y su rabia incontrolable.

—Eh, tío, suéltala, venga —manifiesta Pedro.

—¡No hasta que el gabacho haga lo que le estoy diciendo!

—¡Julián, suéltame!

Dispuesto a echar por la borda años y años de extrema educación, me levanto para enfrentarme a él y mirarlo cara a cara.

—¿Crees que me vas a asustar por ponerte de pie o porque seas más alto que yo? Tíos como tú me los meriendo cada vez que quiera.

Frente a su insistencia, mi atención está por entero en Maica, que a cada segundo que pasa está mucho más incómoda.

—¡¡Suéltame!!

—¡De aquí no se mueve nadie hasta que el guiri este enseñe sus cartas!

—¡¡¡Me haces daño!!!

—¡¡¡Te ha dicho que la sueltes!!! —le grito al tiempo que le doy un puñetazo con todas mis fuerzas, dejando escapar toda la cólera que llevo conteniendo desde hace un buen rato. Es tal la potencia con la que le doy que acaba tirado en el suelo.

Sin pensarlo dos veces, me apresuro a agarrar a Maica por la muñeca, levantarla y abocarla hacia mí para estrecharla con mi brazo. Aún con toda la rabia dentro de mí por la actitud de Julián y porque no ha sabido comportarse con ella, le lanzo la pareja de cartas que guardaba en la otra mano y le suelto:

—¡¡¡Póquer de ases, mamón!!!

Capítulo 13

Aún no me creo lo que acaba de ocurrir. Matthew ha desvelado abiertamente su secreto, se ha desenmascarado ante todos sin importarle las consecuencias sólo por defenderme. Me tiemblan las piernas y el corazón me late desenfrenado, ya no sé si por lo que ha hecho o por estar entre sus brazos. No quiero que lo note, y me separo de él sin ni siquiera darle las gracias. Él me mira desconcertado por mi gesto.

—Marchaos vosotros, yo me quedo con él —nos dice Pedro, agachándose para recoger a su amigo tirado en el suelo, aunque éste rehúsa su ofrecimiento apartándole el brazo; es evidente que quiere seguir sentado sobre la fría losa del porche.

Lo cierto es que Julián se lo tenía merecido, se le ha ido la mano con el alcohol y se ha portado como un auténtico gilipollas. Ha cumplido con su objetivo: quería una fiesta de despedida, y la ha tenido.

—¿Estarás bien? —pregunto.

—No será la mejor noche de mi vida, pero sí.

—Como quieras.

—Hasta mañana.

—Hasta mañana —le respondemos antes de marcharnos.

Al salir de la casa de Julián, mi cabeza es un torbellino de imágenes, pensamientos y sentimientos entremezclados.

—¿Te duele? —le pregunta Eloy a Matthew, que van justo delante de nosotras tres.

—No mucho. Aunque necesitaré algo frío para que no se hinche —responde él mientras mira su mano, que abre y cierra repetidamente para comprobar el daño.

—Le has *dao* con ganas.

—Las mismas que le tenía.

El madrileño le da una palmada en la espalda para mostrarle su apoyo incondicional.

La escena me parece tan bonita que me pellizca el corazón. Necesito tiempo para procesar todo lo que ha ocurrido y, sin entretenerme más de lo debido, me despido de las chicas antes de subirme al coche, seguida de Matthew.

Arranco el motor y, con él, se enciende la radio; por los altavoces suena *I Will Always Love You*,^[1] de Whitney Houston. La canción me parece tan antigua que no tardo en cambiar de emisora como lo hago de marcha.

—Déjala, me gusta.

—¡Estás de coña!

—No, no lo estoy. ¿Tan extraño te resulta?

—Lo cierto es que no —digo tras meditar mi respuesta y volver a poner la emisora—. Es tan... tú.

—En este momento, sí.

Intrigada por sus palabras, permanezco en silencio para prestar atención a la letra mientras conduzco de vuelta a casa. Conozco esta canción de *El guardaespaldas*, una película preciosa de Kevin Costner. Al principio, me cuesta separar las imágenes que conservo en la retina de los protagonistas, pero al final logro centrarme en la letra y traducirla en mi mente. Es entonces cuando me doy cuenta de verdad de lo que reza la canción: se trata de una promesa de amor eterno, y de un triste adiós por no ser la persona que necesita en su vida. Tengo claro en cuál se ve reflejado.

Sin haber abierto la boca en todo el trayecto, llegamos a casa y, a hurtadillas, entramos en la cocina y lo invito a sentarse. Abro el congelador y saco una bolsa de guisantes. Con cuidado de no hacer ruido, cojo una silla de debajo de la mesa y la giro hacia él justo antes de tomar asiento.

—Dame la mano —le pido en un hilo de voz.

Sin dejar de mirarme, como lo ha hecho desde que hemos entrado por la puerta, Matthew obedece mis palabras, acercándose aún más a mí. Siento sus ojos clavados en los míos, mientras que yo sólo puedo centrar la vista en su perfecta y masculina mano, que tomo y sujeto por encima de la mesa. Su tacto es suave y tremendamente arrollador. Sabiéndome observada, el corazón me late con fuerza mientras se bate desbocado con mi cerebro, que lucha contra él para intentar ganarle la batalla. El silencio es tan abrumador que puedo oír de forma clara su respiración, la cual, al igual que la mía, se agita aún más a cada segundo que transcurre. Siento los nervios anclados en mi estómago, que se remueve inquieto e intranquilo en mi interior. Por un instante me parece notar una caricia suya bajo la fría bolsa, y debo hacer acopio de mis fuerzas para mantenerme firme y no ponerme a temblar como una niña pequeña. Lo que me está ocurriendo es nuevo para mí, y no sé muy bien cómo proceder.

—¿Qué has querido decir en el coche? —pregunto en un susurro, rompiendo el gran silencio que nos separa.

—Todo... y nada.

No he bebido demasiado esta noche, pero no sé qué quiere decir. Resoplo molesta; quiero que sea más concreto.

—¿Acaso no lo sabes? —pregunta sin dejar de mirarme.

Yo, en cambio, no logro levantar la vista de su mano.

—Sé que tienes muchas cosas que explicarme, y no estaría mal que empezaras por ésta. —Volvemos a guardar silencio—. ¿Piensas que no soy lo que necesitas? —me atrevo a preguntarle.

—Maica, es justo al revés.

Su respuesta consigue que alce la cabeza para mirarlo. Por primera vez veo en sus ojos un sentimiento nuevo hacia mí: veo dolor. Me estremezco. Sé a qué se refiere, y no quiero rebatirle. Vivimos muy lejos el uno del otro, y pensar en algo más no tendría sentido. Una fuerte punzada me presiona el estómago, los ojos comienzan a escocerme por las lágrimas que amenazan con salir, e irremediamente vuelvo a centrarme en la bolsa de guisantes. Lo último que quiero es que me vea llorar.

—No te veo muy sorprendida con lo que has descubierto esta noche...

Sabía que iba a sacar el tema, lo estaba esperando. Lo que ha hecho por mí en casa de Julián me ha calado hondo, y por un momento pienso la respuesta. Pero al final decido decirle la verdad y terminar de

una vez con este maldito juego, pese a que no sé cómo se lo va a tomar.

—Ya lo sabía.

—¿Cómo?!

—Shhh, baja la voz.

—Disculpa. ¿Lo sabías? —El dolor ha dejado paso a la sorpresa más absoluta.

—Tan sólo era cuestión de tiempo que lo sacaras a la luz.

—¿Desde cuándo?

—Desde la noche que pasamos en el albergue.

—¿Lo has sabido todo este tiempo y no has dicho nada? ¡Joder! —El tono con el que ahora me habla deja claro que se está enfadando, y yo con él.

—Fuiste tú quien decidió empezar este maldito juego —digo volviendo a alzar la cabeza para mirarlo a la cara—, y lo justo era que tú le pusieses fin.

—Ahora lo entiendo todo. —Guarda silencio unos segundos—. Por eso Curro y tu abuela me advirtieron.

—¿De qué estás hablando? —Ahora soy yo la sorprendida, la dolida, la enojada, y la que alza un poco la voz.

—Tu hermano me pilló, y fue cuestión de tiempo que tu abuela lo hiciera también. No sabían cómo te lo ibas a tomar, y me advirtieron de que me preparara para todo. Eres una mujer de armas tomar, y no es aconsejable jugar contigo.

—No, no lo es. —Mi enojo ahora está siendo invadido por el orgullo; me gusta que piense eso. Ambos guardamos silencio durante un instante, hasta que decido romperlo—: ¿Cómo se lo han tomado?

—Mejor de lo que esperaba, aunque no me libré de la regañina de tu abuela.

Dejo escapar una sonrisa.

—*Made in* mi abuela.

—*Made in* familia Ruiz.

Sonríó orgullosa al oír eso. Matthew sonrío conmigo hasta que en su mirada creo ver algo que me asusta, y vuelvo a centrarme en la puñetera bolsa de guisantes.

—¿Por qué me rehúyes?

—Tus ojos.

—Son el reflejo de lo que siento.

—Eso no es del todo cierto —me defiendo.

Yo misma oí cómo hablaba de mí, y a estas alturas ya no sé qué pensar.

—¿Qué quieres decir?

—Nada, olvídalo. Por cierto, no le digas a mi familia que lo sé; yo misma lo haré a mi vuelta de París.

—¿Por qué? —pregunta extrañado.

—Es tarde —digo levantándome de la silla.

—¿Adónde vas? Aún tenemos mucho de que hablar.

—Buenas noches, Matthew.

—¡Espera! —me implora agarrándome del brazo para impedir que me marche cuando paso por su lado.

Pero, recordando el momento vivido en casa de Julián, miro con desdén la mano con la que me sujeta. Al percatarse de lo que está haciendo, me suelta con un rápido movimiento y me susurra un escueto «Lo siento» justo antes de verme desaparecer por el pasillo.

Ya en mi dormitorio, no sé cuánto tiempo paso en la cama dando vueltas sin conseguir conciliar el sueño. Esta noche han sucedido muchas cosas, y todas y cada una de ellas regresan a mi mente una y otra vez sin que pueda pararlas. Es como estar viendo una película en bucle y no disponer de un mando o un botón que la detenga.

¿Qué ha querido decir exactamente con eso de que no es bueno para mí? Sé que no sólo la distancia en kilómetros nos separa, hay mucho más entre ambos, un planeta quizá, pues parecemos de mundos distintos. Y no es sólo porque sea cuatro años mayor que yo. Me considero una tía normal, de mi época y de mi edad. En cambio, a él lo veo de otra casta, de otro linaje. Es tremendamente detallista, correcto y educado, lo que en más de una ocasión me ha dificultado mucho mi plan de venganza, motivo por el que le he hecho aspavientos o le he puesto mala cara. Jamás he conocido a alguien como Matthew. La gente a la que estoy acostumbrada a tratar no te abre puertas con galantería ni se levanta de una silla cuando tú vas a tomar asiento. Por no hablar de su forma de vestir o su garbo al caminar; a cada paso demuestra seguridad, elegancia y saber estar.

Definitivamente, tiene razón: no puede haber nada entre nosotros. Él es el día y yo soy la noche, y sólo un eclipse podría permitirnos estar juntos, lo cual ocurre en contadas ocasiones y no es viable. Somos tan distintos que acabaríamos haciéndonos daño. Debemos mantener las distancias. ¡Sí, eso haré! Por el bien de todos, intentaré llevar lo mejor que pueda los días que nos quedan juntos y, después..., me olvidaré de él.

* * *

El sábado por la noche es la inauguración de la discoteca de la que el amigo de Pedro es dueño, junto con otros socios. Estamos todos invitados y no nos lo queremos perder. A Zipi es a la que más ilusión le hace acudir, le llamó la atención desde el primer momento y, pese a que ahora está con Eloy, no quiere faltar por nada del mundo. A mí, en cambio, la temática casamentera no me convence, pero necesito más que nunca una buena fiesta y pasármelo bien.

Cuando me planto delante del armario sé a ciencia cierta qué voy a ponerme para la ocasión. Entre toda la ropa, escojo un vestido blanco corto con falda de vuelo sobre otra de tul, de escote palabra de honor y espalda descubierta. El toque que más me gusta, además del cinturón negro ancho, es el adorno de encaje, también negro, que lleva superpuesto a un lado de la falda y que asciende hasta la parte superior, cubriendo un pecho y haciendo de tirante. Al mirarme al espejo, una vez terminada de arreglar, con el pelo suelto y maquillada, me quedo realmente impresionada con el resultado.

—¡Ay, mi niña, pero qué guapa! —suelta mi abuela al verme aparecer por el salón, donde me aguarda junto a Curro y a un taciturno Matthew.

Desde lo de anoche, apenas hemos cruzado un par de frases, más bien por cortesía que por otro motivo. Ambos estamos molestos por todo lo ocurrido y por lo lejos que nuestro particular juego nos ha llevado. Pero esta noche quiero divertirme y pasármelo bien.

—¡Guau, Maica, nunca te había visto así! —añade mi hermano.

—Yo tampoco, enano —le respondo echando un vistazo a mis tacones negros de diez centímetros.

Matthew, impecablemente vestido con un vaquero y una camisa entallada, ambos de color negro, permanece escudriñándome con la mirada y sin decir nada. Todos esperamos a que haga algún comentario sobre mi vestido, pero en lugar de eso, se levanta de malas formas del sillón y, tras pasar por mi lado de camino hacia la puerta de la casa, suelta de mala gana:

—*Au revoir!*

—¿Qué significa *ojguá*? —pregunta Curro.

—Ha dicho «adiós» —le explico. A estas alturas he aprendido las cosas básicas del idioma vecino.

—Abuela, no sé por qué se comporta así. Con nosotros es simpático, ¿a que sí? —le susurra mi hermano al oído.

Yo hago como que no he oído nada.

—¡Adiós! —me despido antes de llegar junto a Matthew, que me espera en la entrada con la puerta abierta.

—¡Que os divirtáis! —nos dice mi abuela.

Yo le guiño un ojo antes de marcharnos definitivamente.

La discoteca está en la otra punta de la ciudad, por lo que bajamos al garaje y cojo de nuevo el coche. El trayecto lo hacemos en completo silencio y sin mirarnos el uno al otro.

En la puerta nos encontramos con Pedro, al que le pregunto nada más verlo qué tal ha pasado la noche y cómo está Julián. Mi última pregunta parece molestar a Matthew, pero hago caso omiso y escucho con atención la explicación de mi amigo. Según nos cuenta, Julián se siente avergonzado y muy arrepentido por lo que hizo, y ha preferido no venir. Conociéndolo y entendiendo la situación que vivió, le aseguro que por mi parte está perdonado, y que espero que con el tiempo todo vuelva a la normalidad. Mi compañero, en cambio, permanece callado escuchando la conversación y evita comentario alguno.

Mientras aguardamos a que lleguen los demás, me sorprendo al ver un rayo de tormenta en el cielo.

—Decidme que no va a llover —les pido pensando en mi precioso vestido blanco.

—No va a llover —me repite Pedro guasón, ganándose un codazo de mi parte.

El gesto disgusta otra vez al francés; si ya es un poco soso de por sí, hoy está que se sale.

Cuando las chicas y Eloy aparecen, los seis nos adentramos en la discoteca, tras los saludos y los respectivos elogios. Mientras aguardamos en la larga cola del gran hall, hablo con Ainhoa y la pongo al día de todo lo que ha pasado con Matthew. Él hace lo propio con Eloy, y charlan entre ellos delante de la Cherry, Pedro y nosotras.

—Zape, tú dirás lo que quieras, pero lo de anoche fue una auténtica demostración de amor.

—Yo no lo tengo tan claro.

—¿No lo ves o no quieres verlo?

—Es mucho más complicado que eso.

—Pues yo lo veo muy sencillo: le gustas, te gusta..., cepíllatelo.

—Siempre pensando en lo mismo.

—Por supuesto, y mucho más hoy, que es mi última noche en España. Pienso quemar el colchón del hotel.

—Lo tuyo con Eloy es distinto. No va a haber nada entre Matthew y yo, Zipi.

—¿Desde cuándo el sexo ha dejado de ser sólo eso? ¡Un momento! —me suelta cogiéndome del

brazo. ¡Qué manía les ha dado a todos últimamente por cogerme, oye!—. ¡Ya sé lo que te pasa!

—No sé de qué me hablas.

—¡Maica Ruiz, te has enamorado!

—¡No digas tonterías!

—Haz caso a la voz de la experiencia..., estás enamorada del francés.

—Pero si me está volviendo loca; ni come ni deja comer.

—Síntoma inequívoco.

—Igual demuestra interés por mí que me desprecia.

—Vamos sumando.

—Unas veces es detallista y otras un ogro.

—Suma y sigue.

—Me ha mentido, se ha burlado de mí, me ha empujado...

—¡¿Quieres pulsar ya la tecla del igual?! ¿Acaso no conoces el resultado?

—¡Ay, Dios! —Me llevo las manos a la boca al darme cuenta de lo que me está ocurriendo—. ¿Qué voy a hacer ahora? ¡Joder!

—Eso mismo es lo que debes hacer: joder un poco, que buena falta te hace —suelta partiéndose de risa.

Pero mis labios son incapaces de curvarse. Estoy aterrada. Busco a Matthew con la mirada, que lo he perdido de vista con la charla, hasta que lo encuentro a unos metros de distancia. Nuestros ojos tropiezan y mi cuerpo reacciona. Después de muchos días, vuelvo a tener la extraña sensación de calor, la misma que percibí la primera vez que lo vi. El corazón me bombea con fuerza, puedo notarlo golpear dentro de mi pecho. La punzada en el estómago también ha vuelto. Me siento nerviosa, inquieta. ¡Así que era esto! De repente, el bullicio se vuelve silencio y sólo me importa mi compañero de intercambio. Una misteriosa fuerza tira de mí y me empuja hacia él. Tengo un deseo irrefrenable y unas increíbles ganas de estar con él. Me siento única y exclusivamente suya.

—Zape..., Zape... ¡Maica!

—¿Qué? —digo al darme cuenta de que Ainhoa me habla.

—¿Piensas quedarte aquí toda la noche o podemos seguir avanzando? Tía, pareces un árbol, ahí plantada.

—Sí, claro..., vamos —digo comenzando a andar para reencontrarnos con el resto.

Como nos contó Pedro en su día, la fiesta de inauguración está organizada de una forma muy original. En la entrada al salón hay un enorme cartel enrollable enganchado a una estructura de aluminio donde aparece la imagen de dos collares de cordón de cuero redondo, cada uno de ellos con un colgante en color plata: uno con un candado y otro con una llave. En lo alto del cartel, pone en letras grandes: «FIESTA DEL CANDADO». Dos porteros son los encargados de ir recogiendo las invitaciones y de ir entregando a cada chica un collar con el candado, y a cada chico uno con la llave.

Una vez dentro, Pedro nos reúne para indicarnos que nos pongamos los collares y para explicarnos en qué consiste: cada chico debe ir probando su llave hasta abrir su candado pertinente, que, en teoría, es su pareja asignada al azar. Cuando termina de traducirle a la Cherry lo que acaba de decirnos, divertidos, nos disponemos a obedecerlo. El cordón es lo suficientemente corto como para no poder meternos el collar por la cabeza, por lo que abro el corchete del cierre e intento ponérmelo. Pero el pelo suelto me

impide hacerlo con facilidad, y tardo un poco más que el resto.

—¿Me permites? —me pregunta Mattew, que vuelve a ser tan detallista como siempre.

—Sí, por favor —respondo, harta de engancharme el pelo en el maldito cierre.

Él me coge el collar que llevo entre las manos y yo me vuelvo de espaldas a él. Coqueta y, por qué no decirlo, algo temblorosa, me recojo el pelo, despejando mi hasta ahora oculta nuca. Con delicadeza, pero sin rozarme lo más mínimo, me coloca el collar y, sin decir nada, se marcha y se aleja de todos nosotros.

—¿Adónde va? —le pregunto a Ainhoa alzando un poco la voz. La música está bastante alta.

—Dale un poco de tiempo —me contesta Eloy, que ha conseguido oírme—; aún tiene que asumir ciertos... hechos.

—No fui yo la que hizo una apuesta —digo defendiéndome; sé a qué se refiere.

—Aunque sí la artífice de otras cosas. Pero, tranquila, no es contigo con quien está enfadado. Primero debe perdonarse a sí mismo.

Sus palabras son como un puñetazo. Por primera vez, y con el corazón encogido, me siento culpable y tremendamente triste.

La música que suena de fondo es del estilo que nos gusta a Zipi y a mí: indie y pop, pero mi ánimo no está para mover el esqueleto en el centro de la pista, sino para desquitarme con algo o con alguien.

—¡Bueno, chicos —interviene Pedro—, hora de encontrar a nuestra media naranja!

—¡Yo ya la tengo! —responde Eloy jocoso, cogiendo a Ainhoa por la cintura y plantándole un señor beso.

La imagen me cabrea un poco, aunque en el fondo me alegre mucho por ella.

—Pero ¡esto es una fiesta! ¿No te pica la curiosidad de saber quién te ha tocado?

—¡A mí sí! —interviene Zipi.

—¿Perdona? —la increpa el madrileño.

—Cariño, si yo soy tuya, ya lo sabes.

¿Lo ha llamado *cariño*? ¡Joder, he estado tan pendiente de lo mío con Mattew que no he sido consciente hasta ahora de que estos dos van en serio! ¡Esta noche me gana el trofeo a la culpabilidad! «¿No querías café? Toma tres tazas, Maica.»

—Voy a tener que darte tu merecido antes de irte a Londres.

—¿Es una amenaza?

—Más bien una promesa —le responde él, poniéndole ojitos y volviendo a besarla.

¡Se acabó! Los tortolitos me están poniendo negra. Al igual que minutos antes ha hecho Mattew, doy media vuelta y me largo sin decir palabra. Necesito un gran trago, o más de uno, para digerir todo lo que me está pasando.

Capítulo 14

Apoyada con la espalda en la barra, y con mi segunda copa en la mano, observo a la gente que hay a mi alrededor. La idea de los organizadores ha sido muy bien acogida: los chicos van probando sin descanso sus respectivas llaves, y las chicas los reciben encantadas. Incluso parecen haber acertado con la longitud del cordón, que, al ser tan corto, invita a acercarse... más de lo normal. Reconozco que la idea es, cuando menos, original y divertida, pero mi ánimo no es el mejor, y de forma seca y cortante, atiendo a cada uno de los chicos que se me acercan, sin resultado alguno.

Zipi no tarda en acompañarme; ha estado muy ocupada *ofreciendo* su candado, tras comprobar que ni la llave de Eloy ni la de Pedro han conseguido abrirlo. La inglesita, según me cuenta, ha tenido la misma suerte.

—Tendrías que haber visto la cara que ha puesto la Cherry. ¡Casi le da un soponcio! Ja, ja, ja.

—¿Qué esperaba, que entre todas las llaves fuese la de Pedro la que abriera su candado? Es como buscar una aguja en un pajar.

—Ya te digo.

—¡Eh, hola, chicas! —nos saludan Violeta, Úrsula y Ángeles, tres de las pocas compañeras de la facultad con las que tenemos trato.

—¡Hola! —respondemos Ainhoa y yo dándoles un par de besos a cada una.

—¿Habéis encontrado vuestra llave? —pregunta Violeta picarona.

—Aún no. ¿Y vosotras?

—Yo sí —comenta Ángeles—, pero como si no lo hubiese hecho.

—¿Y eso? —pregunto intrigada.

—Porque no le ha gustado —interviene Úrsula—; era un pesado.

—Te comprendo.

—Ya hay que tener suerte para que te toque un *buen ejemplar*, que por ahí hay alguno que otro suelto.

—Pues yo no pienso ir detrás de ninguno —interviene Violeta—; no pienso hacer como esas de ahí —dice señalando con el mentón a un grupo de chicas que rodean a... ¡Matthew!

La sangre me hierve; siento cómo el calor recorre cada centímetro de mi cuerpo, pero no digo nada. Observo la escena y cómo las chicas babea a su alrededor, esperando que su llave abra cualquiera de sus respectivos candados. ¡Este tío es como la San Miguel: donde va, triunfa!

—Es Matthew —explica Ainhoa—; es un *amigo* de Maica.

—¿En serio? —pregunta Ángeles con la mandíbula desencajada y a punto de golpeársela contra el suelo. Aunque no la culpo, soy consciente de que él causa ese efecto. Las demás también se asombran.

—¡Qué callado te lo tenías, tía! —me dice Violeta dándome un leve codazo en el brazo. ¡Voy a tener que asegurármelos, a todo el mundo le ha dado por tocármelos de un modo u otro!

Incapaz de responderle, tan sólo logro regalarle una forzada sonrisa. No puedo dejar de observar la escena de esas leonas tratando de cazar al león en un claro intento de apareamiento, mientras en mi mente me las imagino estrangulándose con el maldito collar de cuero. Matthew, por su parte, agasajado y con un halo de brillo digno del mejor diamante de una selecta joyería, se deja hacer y les sonríe mientras se acerca a cada una de ellas para probar la puñetera llave. Ya no me parece tan buena idea lo del tamaño del cordón..., ¡podrían haberlo hecho de un metro de largo!

Como si supiera que lo observamos, don Perfecto, ahora recién bautizado como alias *Cerrajero*, se vuelve y clava los ojos en mí. Estoy tan furiosa que no puedo ocultar lo que siento, y se lo hago saber con mi inquisitiva mirada. El instante me recuerda a la primera vez que nos vimos, pero con una salvedad: ahora estoy mucho más cabreada y furiosa. De pronto, y para sorpresa de todas, se despide del séquito de voraces leonas y se encamina directamente hacia nosotras. El corazón me late con tanta fuerza que me retumba aún más que los altavoces de la discoteca.

—¡Señoritas! —saluda al llegar a nuestro lado con una sonrisa capaz de iluminar toda Zaragoza—. ¿Me permiten probar a abrir sus candados?

«¡¡¿Piensa probarlos todos?!!»

Ellas aceptan encantadas y cruzan con él alguna que otra frase, todas incomprensibles para mí. Risueño, prueba una a una con las chicas que, satisfechas, ladean la cabeza cada vez que Matthew se inclina para probar su llave. Estoy tan nerviosa que comienzo a golpear el suelo con el pie. Para mis adentros, rezo a todos los santos, las vírgenes y demás familia para que su llave no abra ninguno. Aunque en mi última oración les pido que sea el mío el que abra. Incluso Ángeles, a sabiendas de que no lo va a abrir, insiste en probar suerte. Pero en el fondo no la culpo: cualquiera en su sano juicio haría lo mismo que ella.

Ninguno de los tres candados se abre, y llega el turno de Ainhoa. El muy sinvergüenza me ha dejado para la última. Zipi se divierte con el momento y, justo cuando se acerca a ella, le ladra junto al oído para asustarlo. Ambos ríen abiertamente a carcajadas por la broma hasta que, cuando les sale de las narices, acaban con la dichosa prueba. En cualquier otro momento me habría unido a ellos en las risotadas, pero ahora no estoy para muchos farolillos.

¡Por fin llega mi turno! Tengo el corazón desbocado, la lengua seca y un pie golpeando el suelo con vida propia. Matthew se acerca a mí sin dejar de mirarme, lento y pausado como sólo él sabe hacer. Pero, retomando viejas costumbres, al llegar a mí, vuelve a hacerme la cobra y, tras despedirse de todas, se da la vuelta y se marcha para desaparecer de nuevo entre la multitud. ¡¡¡Me cago en la condenada fiesta, en Napoleón y en *La Marsellesa*!!!

Las chicas evitan cualquier comentario ante lo que acaba de ocurrir, pero, agradecidas, se despiden y se van a seguir con la marcha a otra parte. Ainhoa, que permanece en silencio a mi lado, me acaricia el brazo en señal de apoyo, a la espera de que me calme. Me conoce como nadie, y sabe que en este momento soy un auténtico volcán en erupción.

—¡¡¡Lo odio!!! —gruño entre dientes.

—Lo sé.

—¡¡¡Odio su prepotencia, su falsa galantería y sus malditos juegos!!!

—Lo sé.

—¿Por qué me hace esto, tía?

—Ya lo sabes: le gustas demasiado.

—¡Basta, Zipi! ¡Estoy harta de oírte decir eso! ¡No le gusto..., me detesta! ¿Acaso no has visto el desplante que me ha hecho?

—Claro que lo he visto, por eso mismo lo digo.

—¿Ah, sí? ¿Por eso Eloy te lo hace pasar mal a ti? ¡Venga, tía, no me jodas! Si se supone que siente algo por mí, ¿por qué no es más sencillo? ¿Por qué no es tan fácil como lo vuestro? ¡¡¡Se acabó, no puedo más!!! ¡Me largo, paso de aguantar más tonterías! ¡Y hazme un puñetero favor: no vuelvas a decirme que le gusto, deja de creer en fantasías y abre los ojos al mundo real! —digo arrancándome el maldito collar de un fuerte tirón y lanzándolo al suelo de mala gana antes de dirigirme hacia la calle para alejarme de allí.

Inmersa en mis pensamientos, no me percaté de que fuera llueve a cántaros y me empapó nada más poner un pie en la acera. La intensa lluvia cae sobre mí, consiguiendo mojarme por completo en apenas unos segundos. ¡Conque no iba a llover! Con el vestido calado y del todo pegado, comienzo a andar hacia el aparcamiento, donde apenas una hora antes he dejado el coche. Las grandes gotas, al estamparse contra los enormes charcos que se han creado en el suelo, forman unas perfectas burbujas, cuya sincronía interrumpo con el chapoteo que producen mis zapatos de tacón a cada paso que doy. El agua cae con fuerza sobre mi cabeza y sobre mis maquilladas pestañas, lo que me impide ver con claridad. El *parking* exterior de la discoteca está muy oscuro, tan sólo iluminado por una pequeña farola al otro lado de la explanada. Saco la llave del pequeño bolso de mano que llevo y presiono el botón para que las luces amarillas del coche me guíen hasta él. Voy a mojar la tapicería, pero en este momento no me importa; tan sólo quiero alejarme todo lo posible de aquí.

Al arrancar, la puerta del pasajero se abre.

—¡Me has asustado! —lo increpo con el corazón acelerado. Está como yo, completamente empapado.

—¿Pensabas irte sin mí?

—Por desgracia, no veo la forma de librarme de ti —suelto enfadada, conduciendo para salir de aquí.

Por su mutismo, deduzco que mi respuesta debe de haberle dolido. ¡Que se joda!

Ambos permanecemos en silencio durante una buena parte del trayecto. Tan sólo se oye el sonido del motor y el de los limpiaparabrisas recorriendo de un lado a otro el cristal delantero. Ni siquiera la música de la radio suena; la tormenta debe de haber afectado a la antena o debo de tener el volumen al mínimo. No obstante, al igual que los asientos, tampoco me importa; quiero llegar a casa cuanto antes, ponerme algo seco y regocijarme una vez más entre las sábanas de mi cama.

—¿Es eso lo que quieres? —pregunta finalmente. Guardo silencio—. Maica, háblame —insiste.

La lluvia es cada vez más intensa y tengo que aminorar la marcha, lo que va a alargar un poco más mi vuelta a casa.

—Maica, por favor.

Continúo conduciendo y mordiéndome la lengua hasta tal punto que temo hacerme daño. Llevo un cabreo de narices, pero prefiero no contestarle y seguir concentrada en la desolada y vacía carretera.

—¡Háblame! —insiste.

Me está poniendo de los nervios a cada minuto que pasa. Su insistencia no hace más que incrementar mi enfado.

—¡¡Joder, Maica!! —me grita sin dejar de mirarme; en realidad, lleva así todo el trayecto—. ¡Qué cabezota eres!

Me ha puesto de tan mala leche que hasta me he pasado de largo la puerta del garaje. Pienso en dar la vuelta a la manzana, pero eso supondría tener que seguir escuchándolo. A unos metros veo un hueco y no lo pienso dos veces. Aparco el coche, paro el motor, me bajo y cierro dando un fuerte portazo. Por primera vez... silencio.

—¡Maica, espera! —Vuelve a la carga.

Acelero el paso; la lluvia, el frío y él me han hecho llegar hasta el límite.

—¡Grítame, chíllame, pero, por el amor de Dios, di algo!

—¡¡¿Qué coño quieres que te diga?!!! —bramo al final volviéndome hacia él.

El agua cae con tanta fuerza que apenas puedo mantener los ojos abiertos, y las gotas frías entran por mi boca.

—Siento si te ha molestado que...

—¡¿Que pasaras otra vez de mí y me dejaras en evidencia delante de mis amigas?! ¡¿Hasta cuándo va a durar esto, Matthew?! —Él está igual de empapado que yo; su camisa se ciñe escandalosa a su pecho.

—No quería hacerte daño, pero...

—¡Estoy harta de este juego; ninguno de los dos va a ganar! ¿O acaso no lo ves? ¡Desde que te conocí, mi vida se ha convertido en una maldita montaña rusa!

—¡¿Crees que está siendo fácil para mí?! —Me alza la voz.

—¡Claro, debe de ser duro perder una apuesta! Pero, ¡tranquilo, que tu próximo viaje te lo pagará Eloy! —Reanudo la marcha.

—¡¿Aún no sabes por qué lo hice?! —grita sin moverse.

—¡Sí que lo sé! —Me vuelvo de nuevo para mirarlo directamente a los ojos y soltarle toda la rabia que llevo dentro—. ¡Me odias tanto como yo a ti!

—¡¡No te odio, maldita sea!!

—Si no me odias, ¡¿por qué te has reído de mí y me has utilizado?! ¿Eh? ¡Dime! —le exijo empujándolo.

—¿Acaso tú no me has mentido a mí?

—Y ¿qué esperabas que hiciera?, ¿que me quedara de brazos cruzados mientras tú me manejabas a tu antojo? ¡Tenías que saber cómo se siente uno cuando le roban la ingenuidad! —Comienzo a tiritar; estoy empapada y siento cómo el frío eriza mi piel.

—¡Nunca quise hacerlo, pero tú me rechazaste delante de todo el mundo porque no era lo bastante bueno para ti!

— ¡No podía presentarme en casa con un...! —Me reprimo justo antes de decirlo.

—¿Francés?

—¡Pues sí!

—¡Sabías que no iba a ser para tanto!

—¡No lo sabía!

—¡¡Mientes!! —Me levanta de nuevo la voz.

—¿Has hecho que me acostumbre a ello! —le suelto justo antes de volverme y retomar de nuevo la marcha.

—¿Por qué no me dices de una puta vez la verdad? —interpela cogiéndome del brazo, cabreado, impidiéndome dar un paso más.

—¡¡¡Suéltame!!! —grito exasperada.

—¡¡¡No, hasta que seas sincera conmigo!!! —No está dispuesto a ceder. Su mirada es oscura, intensa y tremendamente autoritaria..., a la vez que sexi.

—¡¡¡¿Qué más te da?!!! —Mis lágrimas amenazan con salir irrefrenables.

—¿De qué tienes miedo?!

—¡¡¡De esto, joder!!! —bramo dispuesta a dar rienda suelta a lo que llevo conteniendo más tiempo del que debería. Esta vez me niego a esconder la tristeza y el temor que siento, y mis ojos así se lo demuestran—. ¡¡¡Estoy harta de que primero me des a entender que te importo y de que hay algo entre nosotros, para después ver cómo me ignoras y me desprecias!!!

—¡¡Lo he hecho por tu bien!!

—¡¡¡¿Por mi bien?!! ¡¡¡Y una mierda!!!

—¡¡Maica, temo hacerte daño!!

—¡¡¡No es cierto!!! ¡¡¡Lo has hecho porque me odias, porque, de haberte gustado lo más mínimo, no habrías dudado en olvidarte de esa maldita apuesta!!! ¡¡¡Y en el fondo lo entiendo, pues yo soy la primera a la que le gusta un buen reto!!! ¡¡¡Pero lo que más me fastidia de todo no es que no haya sabido pararte los pies a tiempo, sino no haber sido lo suficientemente fuerte como para no colarme por ti!!!

Matthew me clava su oscura mirada, me atrapa el rostro con las manos y se abalanza sobre mí para besarme con fuerza y deseo. Por primera vez siento su calor y sus carnosos labios sobre los míos. Su lengua invade ávida mi boca, apresando cada palabra, cada sentimiento, convirtiéndolo en algo suyo. Sus brazos me sujetan y me rodean con firmeza para abocarme hacia él, con temor a dejarme ir. Nuestras respiraciones se acompañan a nuestros besos, que, agitados e incontrolables, se empeñan en recuperar el tiempo perdido. Mi boca se abre una y otra vez para recibirlo, para sentir una extraña y agradable sensación nueva para mí. Cada caricia que su lengua me regala y me brinda logra estremecerme. La intensidad con la que me besa despierta en mí un sentimiento que creía dormido, que creía inexistente hasta que él se cruzó en mi vida. Noto sus manos atrapando mi espalda y su cálido cuerpo junto al mío, aportándome el calor que tanto ansío y necesito.

—Mi pequeña —susurra ladeando la cabeza hacia el otro lado para volver a apresar mi boca.

Siento una corriente de dicha y felicidad recorriendo cada rincón de mi aún tembloroso cuerpo, poniendo fin a cada temor, a cada ira o tristeza que haya sentido. Sucumbida a su influjo, mis besos responden con ardor a los suyos mientras mis manos se funden en su ancha espalda; a la que me aferro en el instante en que me alza y me lleva bajo el cobijo de uno de los balcones que asoman en la solitaria calle. Una vez que nuestros rostros quedan libres del asedio de las incesantes gotas de la lluvia, me agarra del trasero y, cogiendo impulso, me sube a horcajadas. Apoyada en la fría pared, logro poco a poco aumentar mi temperatura con el calor que emana de su cuerpo, con el que me protege. Me estremezco. Siento cómo inevitablemente me rindo ante él cual sumisa ante su amo. Decenas de emociones me invaden, me subyugan; lo deseo con todas mis fuerzas y sé que mi corazón late y siente por él.

—Te deseo desde el primer día que te vi —me confiesa devorándome con la mirada mientras acaricia mi rostro.

—Has tardado tanto...

—Ha sido un suplicio verte cada día y no poder besarte ni tocarte —susurra posando su frente en la mía. Nuestras respiraciones aún son agitadas—. Y mucho más dejar que otro lo hiciera por mí o que tuviese el privilegio de ver lo que considero mío.

—¿Por eso retaste a Julián? —pregunto sorprendida inclinándome un poco hacia atrás para ver la verdad en sus ojos.

—Sí. Su único objetivo era verte desnuda. —Su respuesta me hincha tanto el corazón que no puedo evitar dejar salir un hondo suspiro.

—Siempre ha querido tener algo conmigo.

—Lo sé.

—¿Cómo...?

—Hay miradas que lo dicen todo, y él mismo se encargó de que me percatara de ello.

—¿Por qué yo?

—Hubo algo en ti que me llamó la atención; supe que no eras como las demás, y quise comprobarlo.

—En el baño —digo al recordar nuestro primer encuentro en el albergue.

—Exacto. Desde entonces, no he dejado de pensar en ti. Tu forma de ser me enloquece y saca una parte de mí que tenía olvidada. Me has hecho perder el control, cosa que hasta ahora nadie había conseguido. Cada desplante o gamberrada que me hacías sólo lograba que te deseara aún más. A veces he odiado tenerte cerca, pero no tanto como me he odiado a mí mismo por haber pretendido alejarte de mí. Por más que lo he intentado, no soy capaz de apartarme de ti, y siempre he acabado buscándote.

—Pues hazme un favor.

—El que quieras.

—Nunca dejes de hacerlo —le imploro, rindiéndome ante él.

Matthew niega suavemente con la cabeza antes de volver a besarme. Pero, a diferencia del anterior, esta vez su beso es mucho más intenso, más posesivo. Siento cómo todo mi ser se agita y cómo mi parte íntima palpita de deseo. Rendida ante él, acaricio con la lengua el interior de su boca de modo incesante y lascivo. Sediento de mí, me empotra con más fuerza contra el ladrillo que cubre la fachada del edificio. Mis piernas rodean su cintura de modo firme, como lo hacen sus manos sobre mis glúteos.

—*Ma petite* —susurra besándome el cuello entre multitud de caricias que ambos nos profesamos.

—¿Qué significa «*ma*»? —le pregunto con la cabeza inclinada a un lado.

—«Mi.»

—¿Soy *tuá petit*? —añado en un tono sensual.

Pero de pronto él comienza a carcajearse.

—No existe esa palabra. —Ríe.

—Y ¿cómo se dice?

—*Votre petite*.

—Pues me gusta más *tuá petit*, así que... —afirmo alzando los hombros.

—No puedes inventarte palabras —indica risueño y feliz como nunca antes lo he visto.

—¡Ya lo creo que puedo! Te recuerdo que soy licenciada.

—Pero en Química.

—Si supieras lo que me ha costado, no lo desmerecerías.

—No lo hago. Como tampoco te imagino con una bata en un laboratorio.

—¿Quieres hacer de rata?

—Ja, ja, ja. ¿Lo harías?

—Chato, hasta que me has besado, veía a los hombres como meros tubos de ensayo.

—¿Lo dices en serio?

—El juego ha terminado, ¿por qué habría de mentirte?

—Y ¿qué me harías en tu laboratorio? —Su mirada es picarona y sexi, pero yo empiezo a reírme a carcajada limpia, tal y como él ha hecho segundos antes—. ¿Qué te hace tanta gracia?

—Es que me he imaginado cogiéndote del rabo.

Ambos reímos.

—¡Eres maravillosa!

—Lo sé —digo juguetona justo antes de besarlo. De un modo casi mágico, me siento cómoda y radiante con él.

—Aunque debo enseñarte algo antes —añade interrumpiendo el beso.

—¿Crees que no sé coger un rabo? —pregunto divertida, frunciendo ligeramente el ceño.

—Me refiero al idioma. —Ríe—. No te iría mal conocer unas cuantas palabras antes de pisar París.

—¿Es del todo necesario? —pregunto levantando una ceja.

—Más bien un reto personal.

—Nunca me ha gustado el francés; es como si estuvierais escupiéndome a cada momento.

—¿Eso es lo que piensas de mi idioma? —Asiento con la cabeza—. Estoy seguro de que, después de tu estancia allí, no pensarás lo mismo.

—¡Está bien, me rindo! —digo alzando las manos—. Acepto, que ya me conozco yo tus retos.

Juguetón, vuelve a apresar mis labios de un modo increíblemente intenso y voraz, al tiempo que me estrecha con fuerza entre sus brazos. Ahora soy muy consciente del deseo que ambos hemos mantenido oculto. Inmersa en una vorágine de sentimientos, correspondo a sus besos mientras me aferro a él para acercarlo más a mí y, de paso, servirme de su interno calor; la lluvia no cesa, y comienzo a sentir verdadero frío.

—Ven conmigo —dice dejándome con cuidado en el suelo para agarrarme por la cintura y caminar juntos hacia el portal.

Cuando llegamos a casa, me guía en silencio hasta el baño. Una vez dentro, y con la única luz que proviene de la ventana que da al exterior, cierra la puerta tras de sí y va directo hacia el armario donde guardamos las toallas. Tiritando, observo sus movimientos, que son firmes y seguros, como lo es su rostro mientras prosigue con su tarea. Tras desplegar una toalla de ducha, me cubre con ella y me estrecha entre sus brazos para darme calor. No encuentro un lugar mejor del planeta donde estar en este momento. No conforme con tenerme cobijada en su pecho, vuelve a besarme. Su ávida lengua acaricia y lame sin pudor en el interior de mi boca. Poco a poco, voy notando cómo el frío va desapareciendo para dar paso a un excitante calor. Mi respiración se acelera, lo que consigue provocarlo aún más. Avanzando unos pasos, logra empotrarme contra el mueble del lavabo, al que me sube en un rápido movimiento; en sus brazos, parezco una simple y ligera pluma. De nuevo estamos en el baño, empiezo a pensar que las

paredes alicatadas causan algún tipo de efecto en nosotros. Aunque esta vez sí damos rienda suelta a lo que verdaderamente sentimos; a lo que ciertamente anhelamos.

Matthew apresa mi rostro con ambas manos y yo abro las piernas para recibirlo. He deseado durante mucho tiempo que llegara este momento y no pienso desaprovecharlo; sé lo que quiero. Nuestros besos aumentan y, con ellos, nuestra pretensión. Por su forma de besarme y de abocarme a él, sé que ambos ansiamos lo mismo. Con afán y, por qué no decirlo, con cierta lascivia, atrapo con los labios el suyo inferior, ese que tanto me gusta y que tanto he soñado con morder y hacer mío. Lo absorbo y tiro de él cuando, de pronto, la puerta del baño se abre y aparece Curro somnoliento. Matthew y yo nos quedamos paralizados observando al pequeñajo, que, sin encender la luz y a tientas, llega hasta el inodoro y comienza a orinar. Intento apaciguar mi excitada respiración y mi risa tapándome la boca con la mano, mientras mi hermano hace sus necesidades sin percatarse de nuestra presencia. ¡Lo que daría por hacerme invisible o convertirme en Casper, por nombrar a algún fantasma! Matthew se siente como yo; ambos mantenemos nuestros ojos abiertos como platos, aguardando y confiando en no ser vistos. Cuando mi hermano por fin acaba de expulsar hasta la última gota, y, por supuesto, sin bajar la tapa, tira de la cadena y se sube el pantalón del pijama. Puede que nos hayamos librado y no nos haya visto con la penumbra. Somnoliento aún, se arrastra hasta la puerta para marcharse, pero justo antes de salir, y sin volverse hacia nosotros, nos suelta:

—¡Ya era hora! Buenas noches, chicos.

Matthew y yo nos miramos asombrados en silencio. Y, sólo cuando nos sabemos a solas, rompemos a reír abiertamente por la pillada y la ocurrencia del enano.

¿Será posible que todo el mundo haya visto lo que ocurría entre nosotros menos yo? Él parece adivinar mis pensamientos y, colocándome dos mechones de pelo con ternura tras las orejas, me acaricia la mejilla y me susurra:

—¿Dispuesta a vivir esta aventura? —Asiento con la cabeza regalándole una amplia sonrisa—. Y ¿dispuesta a conocer mi París?

—Dispuesta a conoceros a ambos —afirmo sintiéndome enormemente feliz y sellando nuestro acuerdo con un nuevo e increíble beso.

Capítulo 15

El avión despegó del aeropuerto Adolfo Suárez Madrid-Barajas a la hora prevista. Es domingo, estamos a mediados de julio, y el sol brilla y pega con fuerza a mediodía sobre la capital. Por delante, quince días nos aguardan y, por primera vez desde que me apunté a este intercambio, no quiero que acabe. Él ha insistido en dejarme el asiento junto a la ventanilla, no quiere que me pierda el espectáculo que ofrece sobrevolar las nubes. Y es que, desde anoche, estoy descubriendo a un nuevo Matthew, o más bien al verdadero, pues nuestro juego nos había mantenido tan ocupados a ambos que no había tenido tiempo de hacerlo. Desde que nos hemos levantado esta mañana temprano para terminar de hacer la maleta, no ha dejado de estar pendiente de mí.

Conforme asciende el aparato, pienso en todo lo que ha pasado en las últimas horas. Tras la pillada de mi hermano en el baño, Matthew y yo nos fuimos a dormir, con la esperanza puesta en París. Curro no ha hecho comentario alguno en el momento de la despedida, aunque me da a mí que mi abuela, alias *doña Me-entero-de-todo*, no tardará en hacerlo. El momento ha sido muy entrañable y divertido, pues todo ha sido en español y sin mentiras. Y, pese a que sé que le debo una explicación a mi familia, he logrado postergarlo para mi vuelta.

Con los chicos también ha sido todo muy emotivo; hasta Pedro y Julián han venido a la estación a despedirse de todos nosotros, hecho que les agradezco inmensamente. Ver a Matthew y a Julián perdonándose y dándose la mano delante de todos ha sido emocionante y conmovedor. Apenas han cruzado palabra, pero, al ver cómo se miraban, intuyo que mi Napoleón, al que he decidido llamar así por su obvio triunfo en mi conquista, le ha dejado bien claro a Julián que para él debo ser sólo una amiga.

En Madrid, en cambio, la despedida ha sido mucho más dolorosa. La Cherry se ha marchado sin aprender nuestro idioma, aunque sí ha logrado llevarse consigo unas cuantas palabrotas y, por qué no decirlo, un grato recuerdo. Sé que nunca seremos amigas, pero mis últimas palabras hacia ella han sido para pedirle que cuide de mi Ainhoa. ¡Mi Zipi! ¡Cuánto la voy a echar de menos! Las dos nos hemos fundido en un largo abrazo sin poder reprimir las lágrimas. Aunque reconozco que para ella ha sido más duro: estará en Inglaterra sin mí y, sobre todo, sin su Eloy, al que no sabe cuándo volverá a ver. No se ha despedido de él desde que salimos de Zaragoza, por lo que no he podido contarle lo mío con Matthew. Bueno, a decir verdad, no he querido decírselo; bastante tiene ya la pobre con saber que no nos tendrá ni al madrileño ni a mí como para enterarse de que nosotros, en cambio, sí estaremos juntos, solos y en la ciudad del amor. La conozco y sé que eso le amargaría la estancia en la preciosa isla.

—¿Nerviosa? —me pregunta Matthew cogiéndome de la mano y sacándome de mis pensamientos. Es

la primera vez que me toca en público.

—Muchísimo.

—¿Te cuento un secreto?

—Claro.

—Yo también —confiesa regalándome una cautivadora media sonrisa.

Estoy tan emocionada que me paso las dos horas de vuelo sin moverme del asiento y sin separarme de él. Pero, cuando el avión aterriza en el aeropuerto de Orly y piso suelo francés por primera vez, mi mente sólo está en una cosa: ¡debo localizar un baño!

Matthew me acompaña hasta la puerta y, sin ni siquiera darle las gracias, me apresuro para llegar cuanto antes a mi objetivo. Nada más entrar, me sorprende al ver a una señora sentada a una mesa, con diferentes productos de aseo, a la que no hago mucho caso por la prisa que llevo. Pero, al salir, ella misma se encarga de que me pare a... ¿mirarla? De su boca sale una frase en un francés cerrado que no entiendo (aunque lo cierto es que si fuera abierto tampoco lo haría). Como buenamente puedo, le digo que no la entiendo, a lo que ella me responde cogiendo el cuenco de mimbre que tiene delante y moviéndolo para hacer sonar las monedas que contiene. ¿Debo pagar por mear? Alucinada por comprobar de primera mano lo caro que es París, abro el bolso que llevo cruzado y saco un euro. Sin apartar la vista de mí, vigila mis movimientos con cara seria, hasta que mi moneda cae junto a otras, algunas desconocidas para mí.

—*Merci* —me agradece con una sonrisa.

«¡Ahora sí, ¿eh?! ¡Me ha salido lista, la *jodía!*»

—De nada —respondo devolviéndole el gesto y demostrándole que, pese a desconocer la tradición de la «propina *meatoria*», a los españoles nadie nos gana en educación y generosidad. Vale, igual me he pasado, pero me falta poco para llegar a la ciudad del amor y me he venido arriba.

Con la enseñanza de que aquí se debe pagar por todo, aunque también con la sospecha de que la tasa de paro debe de ser muy baja, me reúno de nuevo con Matthew, que me aguarda paciente para ir a recoger nuestras maletas.

Cogida de su mano, llegamos a la parada de taxis del aeropuerto, donde mi anfitrión elige sin dudar un *crossover*, según me explica, por la gran capacidad del maletero. Mientras el taxista guarda el equipaje, él me abre la puerta trasera derecha y me invita a sentarme. Por primera vez disfruto realmente del detalle y, con una amplia sonrisa, le doy las gracias antes de meterme en el coche. Con un sol resplandeciente, y tras darle unas largas indicaciones al conductor, que por supuesto no entiendo, ponemos rumbo hacia la capital de Francia. Durante el trayecto, Matthew me explica que el tráfico de París es muy denso y que lo usual es coger el transporte público, pero, según me indica, no quiere que me pierda nada, y mucho menos las vistas que ofrece la entrada de la ciudad.

Los primeros treinta minutos se me hacen eternos; estoy deseando llegar y no veo nada que conozca. Obviamente, Francia nunca ha sido santo de mi devoción, pero ¿quién no sabe lo que es la torre Eiffel o a quién no le suena Notre Dame y Quasimodo? Al igual que he hecho durante todo el vuelo, escucho con atención todo lo que él me cuenta acerca de la ciudad. No quiero decirle nada, pero todo cuanto veo a través de la ventanilla del coche no me asombra lo más mínimo: no deja de ser una ciudad normal como cualquier otra.

—¿Falta mucho para ver la torre Eiffel? —pregunto ansiosa.

—Aún faltan unos pocos kilómetros para llegar a la ciudad más hermosa del mundo.

—Claro, eso lo dices porque eres de aquí —digo alzando una ceja por no explicarle cuatro cosas y ponerme a ensalzar mi Zaragoza.

—¿No te gusta lo que ves? —demanda asombrado.

—Bueno..., sí.

—¿No te parece romántica? —insiste.

Yo vuelvo a mirar hacia el exterior, pero sigo viendo edificios normales y corrientes como puede tener cualquier ciudad.

—Es que...

Él comienza entonces a carcajearse, llamando la atención del taxista, que nos mira a través del espejo retrovisor con una media sonrisa, lo que me confirma que entiende mi idioma y que el puñetero de Matthew se está quedando conmigo.

—Ésta me la pagas —le susurro acercándome a él para que el conductor no pueda oírnos.

—Mientras pueda decidir la forma de pago —suelta jugueteón, abocándome hacia él para darme un intenso, apasionado y largo beso, lo que hace que me olvide de la torre, del jorobado y de media Francia.

Cobijada entre sus brazos y habiendo sucumbido a sus ardientes labios, de pronto el taxista quita la emisora de radio y empieza a sonar una música de acordeón. Matthew se aparta lo suficiente para mirarme a los ojos y susurrarme:

—¡Bienvenida a la Ciudad de la Luz!

Intrigada, me vuelvo para mirar de nuevo a través de la ventanilla y me sorprendo al contemplar lo que ven mis ojos: un puente con un muro de piedra, farolas negras, un pilar alto coronado por una estatua de una mujer y, al fondo, unos preciosos edificios de piedra con el tejado negro. Si no fuese por los vehículos, juraría que he viajado en el tiempo y me encuentro en pleno siglo XVIII. Asombrada, me vuelvo de nuevo hacia él con una sonrisa para después comprobar que, al otro lado de su ventanilla, el reloj también parece haberse parado en la misma época.

—Éste es el pont de la Tournelle, y ésa es santa Genoveva, la patrona de París —dice señalando a la escultura que está en lo alto del pilar.

No sé si es por la música, por su presencia o por lo que alcanzo a ver, pero el momento me parece mágico. Maravillada, sigo observando a mi alrededor, intentando que los frondosos y altos árboles me dejen apreciar el resto del camino. Hasta que, de un modo majestuoso, un precioso y solemne edificio aparece ante nosotros: Notre Dame. Sin pensarlo dos veces, abro la ventanilla y, apoyándome en los antebrazos, asomo un poco la cabeza para poder contemplarla y percibir el olor de París. Matthew me abraza por detrás, recuesta la cabeza en mi hombro y me susurra:

—Mi abuela siempre decía que todo reluce más *Bajo el cielo de París*,^[2] que es el título de la canción que suena.

—Ha sido cosa tuya, ¿verdad? —le pregunto al caer en la cuenta de la larga explicación que le ha dado al taxista nada más subirnos.

—Lo cierto es que es la primera vez que lo hago... —me confiesa—, pero no me arrepiento.

—*Merci* —le digo en un perfecto francés, o al menos eso creo.

—*Ma petite* —susurra dándome un tierno beso en la curvatura de la oreja.

Con su pecho reposando en mi espalda, continúo maravillándome por todo lo que estoy sintiendo en

este instante. El taxi sigue avanzando y, con él, las preciosas vistas, con hermosas construcciones, a cuál más bonita y romántica. Curiosa, le voy preguntando qué es cada uno de los edificios que le voy señalando, a lo que él me va respondiendo con una paciencia infinita. Casi todos son gubernamentales o pertenecen al ayuntamiento, según me indica.

—Todo esto es la Île de la Cité, antiguo centro de la ciudad, convertido hoy en sede administrativa y lugar de turismo.

—¿Tenéis una isla?

—En realidad, tenemos dos.

—¡Ahí va! Más chulos que nadie.

—Ja, ja, ja. Por supuesto.

—Bueno, bueno, no te me vengas arriba —le suelto para pararle un poco los pies, aunque lo entiendo perfectamente: tener todo este patrimonio invita a hacerlo.

—¿Sabes qué? En París tenemos un dicho que, traducido al español, sería algo así como: «La izquierda piensa y la derecha gasta».

—¿Debo entender que este lado del río es la izquierda?

—Así es.

—Apostaría a que vives en el derecho.

—Me tomaré eso como un cumplido.

—Pues yo lo haría en la isla —afirmo sabiendo que está en el centro.

—Eres increíble —remata sonriendo y dándome un sonoro beso en la mejilla.

El taxista continúa, y yo sigo preguntando cual niña pequeña en una tienda de juguetes en plena campaña de Navidad. Imposible retener tanta información y mucho menos en movimiento y a esta velocidad, que, pese a que no es muy alta, no da lugar a un recreo exhaustivo.

—Éste es el pont Neuf, o puente Nuevo, aunque es el más antiguo de los treinta y siete que tiene la ciudad.

—Chulos y contradictorios. Si ya decía yo que la cosa pintaba turbia —me mofo.

—También es el puente más largo —prosigue ignorando mi comentario—, y al que ahora vienen las parejas a dejar sus candados.

—¿En serio? ¡Qué cursilería! —suelto sin pensarlo.

—En eso estamos de acuerdo. El año pasado tuvieron que retirarlos del pont des Arts...

—¿Puente de las Artes? —lo interrumpo.

—Veo que lo vas pillando.

—Tú dame tiempo —anuncio alzando las cejas mientras lo miro de soslayo.

—Los candados llegan a pesar varias toneladas, y el puente comenzó a resentirse.

—Y ¿ahora los han cambiado al puente Nuevo?

—De momento están al otro lado del río, aunque con tanta controversia no se sabe a ciencia cierta qué pasará con ellos.

Con su rostro pegado al mío, continuamos el trayecto admirando y contemplando las vistas, hasta que, de pronto, un imponente edificio llama poderosamente mi atención.

—¡Dios mío! Dime qué es esa maravilla.

—El museo del *Lúgubre*.

—Ja, ja, ja. ¿Lo recuerdas?

—Como para no hacerlo.

—¡Es espectacular! —afirmo embobada mientras intento retener en mi memoria la solemne fachada.

—Sin duda lo es. En su día fue el palacio Real, ahora convertido en uno de los museos más importantes del mundo.

—Estoy deseando verlo.

—Lo verás —remata en un tono que me tomo como una promesa.

Al cruzar el puente, que, según me indica, es el puente Real, miro hacia el río y observo la cantidad de barcazas que hay navegando, pero me reprimo las ganas de preguntarle; estoy convencida de que nos montaremos en una, algo de lo que yo misma me encargaré llegado el momento. Si el museo es bonito visto desde el otro lado del río, lo es mucho más al verlo de cerca una vez que cruzamos el puente; su majestuosidad impone y desconcierta al mismo tiempo. Aunque, cuando más maravillada estoy, nos adentramos en un túnel y pierdo las vistas, lo que me deja con ganas de más y un palmo de narices. Nada más salir de él, una escultura ecuestre en color oro llama mi atención, pero Matthew habla con el taxista y no me da tiempo a preguntarle. Mientras tanto, miro a cada lado intentando no perder detalle. A mi izquierda, una hermosa verja negra con puntas de lanzas doradas cerca de un frondoso y enorme jardín que no dejamos de ver, ni siquiera cuando el coche se detiene.

—Hemos llegado —anuncia con una sonrisa antes de salir por su puerta para rodear el taxi y abrirme la mía.

Mientras los dos hombres sacan las maletas, yo me quedo embobada mirando cuanto me rodea. Pronto llama mi atención que todos los edificios de esta calle son exactamente iguales, con bajos comerciales llenos de tiendas, bajo unos voladizos adornados con multitud de arcos y columnas. ¡Estoy en París!

—¿Preparada? —pregunta al llegar hasta mí arrastrando ambas maletas.

—Preparada —afirmo cogiéndole la mía y regalándole una amplia sonrisa.

El portal del edificio está justo delante de nosotros. Matthew saca una llave magnética, con la que abre la puerta y me invita a pasar. Conforme nos adentramos, me explica que el edificio es antiguo y que media ciudad tiene el mismo tipo de construcción. Se trata de una finca cuadrada, con un patio interior de la misma forma.

—¿No hay ascensor? —pregunto con los ojos abiertos como platos al ver que se detiene frente a una solemne escalera con forma de caracol. Los peldaños son anchos, en madera, y, sobre ellos, una exquisita alfombra roja nos da la bienvenida.

—No.

—Y ahora viene cuando me dices que tienes miedo a las alturas pero que vives en la última planta porque es el mejor piso.

—No sé exactamente por qué lo dices, pero sí, mi apartamento está arriba, en el tercero.

«¿No lo sabe? Nota pendiente del día: ver juntos *Pretty Woman* y que conozca algunas de sus frases más famosas, como la de la terraza del ático o la de Putanieves y el príncipe.»

—¡Genial! —suelto embargada por tanta emoción; estoy a un paso de ponerme a dar saltos de alegría.

—No te preocupes, yo te ayudaré.

Esta vez no pienso tirar, no quiero comerme ningún escalón. Él coge la maleta por el asa fija y la

levanta para comenzar a subir.

—¿Qué has metido dentro?, ¿piedras? —pregunta al comprobar lo mucho que pesa.

—¿Aún no sabes que las maletas de las mujeres están llenas de «por si acaso»?

—¡Joder! —suelta colorado por el esfuerzo.

Pese a que agradezco su galantería, me apiado de él y, juntos, subimos la dichosa maleta hasta llegar al tercer piso. Exhaustos por el esfuerzo, llegamos al lujoso rellano donde se encuentra la puerta de su casa. De forma galante, como es habitual en él, me invita a pasar, y yo respondo a su gesto. Apenas doy dos pasos cuando me paro, suelto la maleta en medio del recibidor y me quedo contemplando embobada. La vivienda supera mis expectativas. Va acorde con el edificio, es antigua y elegante, pero tiene un toque moderno, digno de una revista selecta de decoración. Unos enormes ventanales iluminan toda la estancia: es un salón con paredes revestidas de madera decorada pintada del más impoluto blanco; la parte superior la remata una moldura de escayola engalanada del mismo color, en contraste con la madera oscura del suelo, que predomina de forma solemne. Los muebles aportan el toque moderno a la casa, en colores blanco y negro. Una suntuosa chimenea, sobre la que cuelga un espejo enmarcado en lo que parece ser plata, y un rosetón de escayola en medio del techo rigen el lugar.

—Bienvenida a mi apartamento.

—¿Apartamento? Esto parece un palacio.

—Si esto te parece un palacio, espera a ver los lugares a los que pienso llevarte. Ven —dice cogiéndome la mano—, te enseñaré el resto de la casa antes de mostrarte lo mejor.

—¿Mejor que esto? —pregunto siguiéndolo con unos ojos como platos y, por qué no decirlo, con temor a tocar algo.

Durante unos minutos, me enseña la moderna cocina de diseño, el comedor, la biblioteca, los tres amplios dormitorios, el baño principal y el baño privado, que más bien parece un *spa*. Por más veces que he imaginado cómo sería su casa, jamás habría acertado. Me lo figuraba viviendo en un piso moderno, rodeado de lujo, pero moderno, al fin y al cabo, y, por supuesto, con ascensor. No obstante, esta casa tiene personalidad, carácter, y rezuma historia por cada rincón.

—Es preciosa, Matthew.

—Era la casa de mi *grand-mère*, mi abuela, donde se puede decir que me crie y donde guardo mis mejores recuerdos. —Puedo ver cómo sus ojos se humedecen al recordarla, lo que me encoge el corazón—. Ella quería que fuera para mí y la puso a mi nombre incluso antes de fallecer.

—Las abuelas y su gran corazón —digo al recordar a la mía y lo mucho que ha hecho por nosotros desde que nos falta mi madre.

—Ven, aún queda lo mejor —anuncia tirando de nuevo de mí y poniendo fin a la nostalgia que nos está empezando a invadir.

—¿Mejor aún? Imposible. ¡¡Pero ¡si hasta tienes biblioteca!

—Apuesto lo que quieras a que estoy en lo cierto —comenta guasón.

—Déjate de apuestas —remato dejándome llevar por él hasta el salón de nuevo.

Junto a una mesita redonda, en cuyo centro descansa un jarrón con flores blancas frescas, Matthew me suelta para abrir las puertas de uno de los ventanales. Feliz como nunca antes lo he visto, vuelve a tirar de mí y me guía hasta la balconada exterior para mostrarme las vistas. Rodeándome con el brazo izquierdo por la cintura, me señala hacia la izquierda, donde puedo ver la fachada del museo del Louvre,

que por culpa del túnel había dejado de ver. En silencio, escucho cómo me va explicando y señalando cada monumento, cada edificio o cada lugar destacable hasta donde la vista nos alcanza. El instante es tan mágico que siento cómo el corazón me retumba con fuerza lleno de felicidad. Inhalo aire, llenando mis pulmones e hinchando mi pecho, que acoge los fuertes latidos que resuenan en mi interior. Su voz varonil penetra en mis oídos hasta llegar a mi cerebro, que ansía memorizar y preservar el instante para siempre. Tengo ante mí la ciudad de París, la Ciudad de la Luz, y ahora comienzo a entender por qué la llaman así. Las lágrimas amenazan por salir, pero intento contenerlas con todas mis fuerzas; no quiero que me empañen las vistas. Cada lugar que me indica y me nombra aumenta en grandiosidad al pronunciarlo en su idioma, en un perfecto francés que retengo admirada por su entonación, y por la belleza que se muestra ante mis ojos. Musée du Louvre, va nombrándome; arc de Triomphe du Carrousel, también a nuestra izquierda; jardin des Tuileries, que se encuentra a nuestros pies; tour Montparnasse, situada al fondo; Jeu de Paume, musée de l'Orangerie, Les Invalides... Y, por fin, cuando nos volvemos hacia la derecha, tras una noria, allí plantado, inconfundible y maravillosamente majestuoso, tengo el monumento más famoso y símbolo de la ciudad, el que provoca que por fin mis lágrimas salgan irrefrenables de mis ojos, el que consigue que me enamore, con tan sólo mirarlo, de la región que mi familia ha odiado durante generaciones, el que me demuestra que lo que estoy viviendo no es parte de un sueño, sino de una prodigiosa realidad: la grandiosa tour Eiffel.

Capítulo 16

Matthew guarda silencio mientras doy rienda suelta a mis sentimientos; sabe que me ha impactado tanto la torre Eiffel que no ha seguido señalándome ni nombrándome más monumentos o lugares. En su lugar, se apresura a regresar al salón y entregarme un pañuelo de tela con las iniciales «VdC» en una de las esquinas. «¿Quién usa pañuelo de tela hoy día?», me pregunto y, de inmediato, me respondo a mí misma: «Él».

Una vez que seco las lágrimas, le entrego el pañuelo agradeciéndole el gesto, pero él lo rechaza e insiste en que me lo quede. Consciente de que ahora es ya de mi propiedad, me sueno los mocos en él y me lo guardo en el bolsillo del pantalón en cuanto acabo.

—¿Tienes hambre? —pregunta de pronto.

—¿Corriendo un *estúpido* velo?

—¿Por qué dices *estúpido*? ¿No es *tupido*?

—¡Serás tupido!

—¿Cómo? ¿Que si soy...? ¡Ah, ya lo pilló! Ja, ja, ja. Sí que soy tupido. Y luego somos nosotros los contradictorios. —Si lo que pretendía era arrancarme una sonrisa, lo ha conseguido—. ¿Te apetece salir a comer, o estás muy cansada y prefieres que lo hagamos en casa?

Si no fuese porque tengo hambre, juraría que me acaba de proponer echar un polvo. Cierta parte de mi cuerpo está haciendo palmas.

—Prefiero hacerlo en casa —respondo coqueta. ¡A ver adónde nos lleva esto!

—Como quieras. Vamos a vaciar el equipaje —indica volviéndose hacia el recibidor, donde hemos dejado las maletas.

Yo me limito a seguirlo; no sé exactamente qué tiene pensado para mí, pero de momento parece que pinta bien. De camino a la zona íntima de la casa, o del *apartamento*, como él lo llama, me quedo mirándolo embobada. Lleva un pantalón bermuda vaquero que le marca de forma escandalosa el trasero; a cada paso que da, la tela se le ciñe al elevar cada glúteo. ¡Es como mirar un punto fijo del que no puedes apartar la vista! No sé qué me pasa, pero desde que he visto esa torre y me he dado cuenta de verdad de que estoy en París, me noto distinta, como si de repente ansiara más, mucho más... de él. Todas nuestras rencillas en Zaragoza se quedaron allí; de camino a Madrid, acordamos ponerles fin, y desde entonces lo veo con otros ojos. Me he dado cuenta de lo mucho que me gusta, y estoy dispuesta a vivir las dos semanas que me quedan de la forma más intensa posible: visitando lugares, sí; aprendiendo cosas, también; pero, sobre todo, deseo devorarlo y que me haga el amor durante toda una noche, o durante todo un día, ¡qué más da! Estamos en la ciudad del amor, pues ¡hagámoslo sin parar! Quiero que me haga de

todo, que me bese hasta que me salgan heridas en la barbilla, que...

—Éste es tu cuarto. El armario está a la derecha. Cualquier cosa que necesites, estoy al final del pasillo —me informa con toda la tranquilidad del mundo antes de continuar su camino tirando de su maleta.

¿Mi cuarto?! ¿No vamos a dormir juntos? ¡A la mierda mis planes de desenfreno desenfrenado y lujuria lujuriosa! Cabreada como un mono, entro en la habitación que él ha decidido que sea mía. De pronto, ya no me parece tan bonito el puñetero apartamento. ¿A qué viene este cambio repentino? Sin entender nada, pero otra vez obedeciendo lo que me indica, pongo la maleta sobre la cama y comienzo a sacar ropa para colocarla en el armario. No tengo prisa; si me demoro, ¡que se joda! El estómago se me ha cerrado de la mala leche que llevo, por lo que me recreo y me tomo mi tiempo en hacerlo. Él ha terminado en su cuarto y ha pasado por aquí para decirme que va a preparar algo para comer. «¡Un sartenazo te daba yo!» No pienso salir a ayudarlo, que haga él la comida, ¿no estamos en su casa? Pues eso.

Al cabo de un rato, con toda la ropa colocada y la maleta completamente vacía, el olor que proviene de la cocina me recuerda que sí tengo hambre. Sin embargo, no quiero salir todavía, quiero hacerlo sufrir. Me siento a un lado de la cama y saco mi móvil. En la parte superior veo el símbolo del wifi, y no tardo en conectarme. No requiere contraseña, y tampoco me paro a pensar el motivo; en su lugar, abro la aplicación del WhatsApp y llamo a mi abuela para informarla de que he llegado bien. Por primera vez no me molesta que me haga un tercer grado y, una a una, contesto cada pregunta que me va haciendo. Me entretengo tanto que hasta hablo con Curro para preguntarle por qué nivel va en su juego de la consola. ¡Como si me importase lo más mínimo! Al acabar, decido llamar a Zipi para hacer más tiempo, pero no contesta; debe de estar aún en pleno vuelo o sin datos.

Doy vueltas por *mi* dormitorio, que por su tamaño más bien parece un apartamento en sí, sin saber muy bien qué hacer para ocupar mi tiempo. Me niego a salir aún, por lo que vuelvo a sentarme sobre la cama y juego un par de partidas al Candy Crush. Entre el olor que proviene de la cocina y los dichosos caramelos del jueguecito, mi estómago ruge de hambre tan fuerte como el mismísimo león de la Metro-Goldwyn-Mayer. Rendida ante los elementos, salgo de la habitación para reencontrarme con él en la cocina. Nada más verlo, vuelvo a enfadarme para mis adentros: tiene el torso desnudo, va descalzo, y tan sólo lleva un escueto delantal a la cintura cubriendo en parte su bermuda vaquera.

—¡Menos mal, ya me veía comiendo solo!

«Camino llevas, guapo. Si no fuese por el hambre que tengo...»

—El «por si acaso» lleva su tiempo —respondo desviando la vista hacia la mesa para evitar mirarle los oblicuos que le asoman por encima del dichoso delantal.

—Espero que te guste lo que he preparado —indica apartándome la silla.

Al ver la cuchara, pienso en darle con ella en la cabeza, pero en su lugar le agradezco el gesto y tomo asiento, seguida de él.

Mientras Mattew me explica el nombre de cada plato y los ingredientes que lleva cada uno de ellos, yo intento centrar la atención única y exclusivamente en la comida; sus marcados pectorales me están apuntando sin pudor frente a mí, y me está costando horrores no pensar en lo que haría con ellos.

—¿Puedo preguntarte algo? —Ahora lo miro directamente a los ojos.

—Lo que quieras.

—¿Cómo es que tienes flores frescas en el salón?

—No se te escapa una.

—Lo procuro —afirmo bebiendo de mi copa de vino.

—Verás, mi vida es..., digamos, un poco distinta de la tuya. —¡Ya salió el franchute prepotente! Otro trago de vino—. No intento hacerte sentir mal, es sólo que... —¡Ahora quieres!—. Tendría que habértelo explicado antes —esto se pone interesante. Otro trago—, pero, verás, hay una persona en mi vida... —¡¿A que le echo la copa por encima y le hago un *merdé* como al del albergue?!!—. Se trata de una mujer muy importante para mí. Ella...

No lo dejo terminar; acabo de lanzarle el resto del vino sobre la cara. Se lo ha ganado.

—¡¿Qué haces?!!

—¡Hacerte un *merdé*! —bramo enfadada.

Sólo con él me siento celosa, y no sé muy bien cómo reaccionar en estos casos.

—¿Un qué?

—¡¿Qué más da cómo lo llame?! ¿Por eso me has metido en otro cuarto? ¿No quieres que nos pille?

—¡¿De qué estás hablando?! —pregunta limpiándose con la servilleta, cómo no, de tela—. ¿Acaso crees que estaría contigo si estuviera con otra?

—¿Tú y yo estamos juntos?

—¡Eso creía hasta este momento!

—¡Pues explícamelo, porque no entiendo nada! —exijo.

—¿Qué quieres que te explique?

—Pues, mira, ya que estamos... ¡Todo! Quiero saber quién es esa mujer, y por qué te compra y te trae flores. ¿Son tuyas las iniciales «VdG»?

Matthew me mira de forma extraña, pero se niega a responderme; en sus ojos hay rabia y pena a partes iguales. En los míos, en cambio, tan sólo hay enfado y cansancio de tanto misterio.

—Es complicado de explicar.

—¿Crees que no podré entenderlo?

—No he dicho eso.

—¿Entonces?

—Ya te he dicho que es complicado de explicar. —Baja la mirada, confirmándome que es pena lo que siente y que hablar de ello le produce dolor.

Me muero por saber qué le ocurre y conocer las respuestas a mis preguntas; quiero saber quién diablos es esa mujer y resolver de una vez por todas tanto misterio. Pero, al verlo así, descubro que lo último que quiero es hacerle daño, y mucho menos echar a perder los quince días que tenemos por delante discutiendo como hemos hecho en Zaragoza.

—¡Vámonos! —suelto de pronto, levantándome de la silla.

—¿Adónde? —pregunta extrañado.

—Matthew, no voy a ser yo quien vuelva a pedirte que me cuentes tu pasado y por qué te amarga el presente. Serás tú quien venga a mí a contármelo. Pero, mientras tanto, vuelve a ser mi amigo y perdámonos en París.

Durante un instante, ambos nos miramos en silencio. Quizá ser amigos sea dar un paso hacia atrás, y tal vez sea echar por la borda todo lo que hemos conseguido, soy consciente de ello. Aun así, necesito

aferrarme a lo que en realidad quiero, que es vivir la experiencia y no desaprovechar la oportunidad que se nos brinda malgastando energía por enfrentarme a él.

Matthew, que aún continúa sin decir palabra, se levanta muy lentamente sin apartar la vista de mi rostro. Se despoja del delantal dejándolo sobre la mesa y camina despacio hacia mí. ¡Joder, reconozco esa mirada! ¿Cómo puede cambiar de un estado a otro en tan poco tiempo? ¿Será como los Gremlins, que al mojarlo se transforma?

¡No, me niego a comenzar de nuevo! Si vamos a ser amigos, mejor guardar las distancias. Doy un paso atrás para dejarle claras mis intenciones y demostrarle mi convicción de que no es lo correcto. Pero él se niega a entenderlo y continúa avanzando.

—Amigos —declaro para que desista. Cada vez está más cerca y yo doy un último paso hasta toparme con otro ventanal, en el que apoyo la espalda—. Amigos —afirmo ahora en un suave susurro.

—Consigues provocarme como nadie lo ha logrado jamás.

Trago saliva.

—Los amigos se lo perdonan todo, ¿no? —digo en apenas un hilo de voz.

—Ella es alguien importante en mi vida —anuncia desafiante llegando hasta mí y apoyando ambas manos en el cristal—. No es una asistente, porque para mí es mucho más. —Su mirada me penetra hasta lo más hondo, como lo hacen sus palabras—. Y, en cierto modo, es la única persona en la que confío. —Tengo el corazón latiendo desbocado de la mala leche que me está entrando de nuevo. Quiero retirar mi última frase, pero me temo que ya es tarde—. Ella me cuida como nadie sabe hacerlo. —No necesito tanta explicación; me estoy haciendo daño en la mano de la fuerza con la que aprieto los puños—. Tiene llave de mi apartamento desde hace años y siempre está cuando la necesito. —¡Me cago en la amistad y en su puñetera raza!—. Me quiere con locura desde hace años. —¿A que le doy un rodillazo? Eso siempre es más efectivo que un *merdé*—. Y, pese a sus sesenta y cinco años y a tener que cuidar de sus cuatro nietos, se niega a dejarme. —La mandíbula casi me golpea contra el suelo de la forma en que abro la boca. ¡Lo mato!—. ¡No quiero ser sólo tu amigo! ¿Tan *tupida* eres que no lo ves?

—¿Y lo del dormitorio? —acierto a susurrar cuando mi asombro me lo permite y deja salir un hilo de voz.

—No sabía hasta dónde estabas dispuesta a llegar.

Su respuesta me hace reflexionar más tiempo de lo debido. Mil y una cosas se me pasan por la mente en este instante. Sé que hay muchas preguntas sin respuesta, pero también sé cómo no quiero pasar el tiempo que nos queda de estar juntos. Así pues, embriagada por su influjo, acorralada por su increíble cuerpo y enamorada como una tonta de él, le respondo:

—Hasta donde París nos lleve.

Él se inclina hacia mí y apresa mis labios de un modo voraz. La intensidad con la que me besa es tan grande que hasta logra empujarme, produciéndome un leve dolor placentero. Incapaz de contenerme, le respondo de igual forma e incluso con rabia; una rabia que hasta ahora aguardaba contenida por el mal rato que me ha hecho pasar, y que en este momento mis labios y mi lengua le demuestran sin pudor. Agarrándome por las costillas, me eleva para abocarme hacia él. A horcajadas, rodeando su cadera, me agarro a su cuello mientras nuestras bocas continúan inseparables participando en su particular batalla. Sin tiempo que perder, me lleva por el blanco pasillo hasta su impoluto dormitorio, donde toma asiento a los pies de la cama.

Mientras seguimos besándonos, Matthew me despoja de mi camiseta por encima de los hombros. Su fricción logra erizarme. Mis irrefrenables manos acarician su perfecto pecho. Voy rozando cada centímetro, cada pliegue de sus rectos pectorales, que endurece a mi paso, provocándome una ahogada sonrisa. Tiene los pezones un poco más grandes de lo habitual, otra de sus perfectas imperfecciones que tanto me enloquecen. Apenas un sendero de fino vello atraviesa su costado de un lado a otro. Mis dedos se enredan en él, al tiempo que él abandona mi boca para apresar mi cuello, que lame y me besa con fervor y deseo. Me estremezco. Su ávida lengua deja un reguero de saliva por donde me va acariciando, marcando cada centímetro de mi erizada y ansiosa piel. Con la cabeza inclinada a un lado, lo dejo proceder mientras ahora me entretengo en su nuca, estrujando y sintiendo las caricias que su corto pelo me produce en la palma de las manos. El ritmo de nuestras respiraciones aumenta, como lo hace el deseo que ambos sentimos hacia el otro.

Su anhelo no se ve recompensado con el simple reguero de besos que va dejando en mi estirado cuello, y me lo hace saber dándome intensos bocados, intercalados con tiernas caricias con su impúdica lengua. Grito y dejo escapar un sonoro jadeo por la mezcla de dolor y placer que me hace sentir. Inmersa en la nueva y placentera sensación, ni me percato de que Matthew me ha quitado el sujetador, que ahora reposa en el suelo como un mero testigo de lo que hacemos. Sus manos apresan mis pechos, mientras yo me agarro a él para no perder el equilibrio ni dejarme caer, empujada por el deseo. Arqueo la espalda para darle más espacio y ofrecerle de modo incondicional mis pechos. Mi cabeza cuelga inerte hacia atrás, mientras mi cuerpo ansía expectante su boca, su ansiada y dúctil boca. Mi cadera se contonea con movimientos circulares en busca de su miembro, que empuja con fuerza desde el otro lado del pantalón.

Su reguero de ardiente saliva baja por mi clavícula hasta llegar a uno de mis pechos, que atrapa, besa y muerde. Gimo por la mezcla de sensaciones, que tan nueva y excitante resulta para mí. El placer es intenso, y noto cómo la lujuria me invade restregándose aún con más fuerza sobre él y sobre su abultado miembro. Calor..., percibo mucho calor. Matthew abandona mi pecho para morder, besar y lamer el otro, con igual o mayor intensidad que el primero. Multitud de sensaciones me invaden y dejo escapar un sonoro y profundo jadeo.

—Eso es, déjalo ir —murmura antes de volver a apresar mi pezón entre los dientes.

Obedezco complacida, jadeando y respirando agitadamente sin recato ni vergüenza por primera vez en mi vida. Sé que lo excita; a ambos, en realidad. Mi clítoris palpita con fuerza bajo mi fino tanga de tela de algodón cuando mi pantalón empuja y fricciona contra el suyo con ansia y codicia, restregándose y masturbándose con su caliente y duro miembro.

De pronto veo cómo el techo se aproxima más a mí cuando me levanta y me gira para tumbarme sobre la cama. La resplandeciente luz que entra por el ventanal me deja verlo en todo su esplendor y observo cómo se desnuda en segundos, mostrándome su enorme y gruesa polla. Tengo que esforzarme por no hacer comentario alguno ante semejante tamaño, que, hasta ahora, nunca había visto en directo. Lujuriosa, lo observo mientras me desnudo bajo su atenta mirada. Sus ojos se oscurecen al ver lo que le muestro, como creo que están haciendo los míos. Su imponente figura me estremece, me provoca y me excita hasta niveles que jamás había imaginado.

Sin demora, se abalanza sobre mí apresando de nuevo mi boca, que devora, oprime e invade con lascivia. Con verdadera maestría y sin apenas darme cuenta, oigo cómo trastea en la mesilla de noche que hay junto a la cama, de la que saca un preservativo, que no tarda en colocarse. La longitud de su miembro

es tal que se ayuda de ambas manos para enfundarse el plástico protector. Impúdica y totalmente obscena, me abro de piernas ante él, que, apoyado sobre sus rodillas, termina su labor y de nuevo se abalanza sobre mí. Arqueo la cadera para recibirlo, para que me penetre sin dilación.

—No sabes lo que te haría —murmura con voz ronca.

Sus palabras son como música para mí, y, justo cuando siento la punta de su miembro abrirse camino en mi húmedo interior, a la memoria me llega la canción de acordeón que oí en el taxi nada más avistar el centro de París. Su boca ahoga mis guturales jadeos, que salen irrefrenables de lo más profundo de mi garganta. Siento tanto placer que abro los ojos en busca de los suyos. Los encuentro observándome con ferviente deseo. Con rudos movimientos, me penetra una y otra vez, embistiéndome con firmeza, invadiendo por completo las paredes de mi interior y provocándome un placer sin igual. Aprieto con fuerza su espalda, a la que me aferro y en la que clavo los dedos como garras a su presa. Porque así es como me siento, como una gata en celo, como una fiera felina a la que morder, arañar y follar.

—Dame tu placer —me exige devorándome con la mirada mientras me penetra cada vez con más fuerza, con más ansia y mayor deseo.

Lo que siento es tan intenso que obedezco sin remedio a su petición y me dejo ir con un devastador orgasmo. Gimo sin reparo ni pudor; sé que le gusta..., a ambos, en realidad. Sus movimientos ahora son más feroces, más rudos y seguidos. Noto todo su miembro dentro de mí, palpitante, anhelante, hasta que logra también llegar al clímax. Mi parte íntima se contrae para apresarlo, para acogerlo con intensidad. Su cuerpo cae sobre el mío, cubriéndolo en plenitud. Apoyado sobre sus codos, aprisiona de nuevo mi boca, que lo recibe con anhelo. Aún continúa dentro de mí, puedo sentirlo bombeando, expulsando su líquido en el interior del protector.

Cuando nuestras respiraciones logran calmarse y nuestros cuerpos empapados en sudor reclaman nuestra atención, Matthew sale de mí, se incorpora, se deshace del preservativo y, con toda la galantería que lo caracteriza, me tiende la mano para invitarme a una ducha juntos en su enorme baño. Su mirada es dulce, tierna, a la vez que endiabladamente sexi. Sin poder ni querer resistirme a tal invitación, le doy la mano y, de un solo tirón, logra levantarme de la cama y colocarme de nuevo frente a él.

Agradecida por haber cometido el error al inscribirme en el programa de intercambio, recorro el corto trayecto que hay hasta el baño de su habitación, y es entonces cuando en mi mente, con una sonrisa implantada en la cara y con el corazón henchido de felicidad, me hago una simple y llana pregunta: «¿Qué más podría pedirle a París?».

Capítulo 17

—¡Rápido, chica, saca la hornada! —me grita un hombre al que no logro verle la cara, vestido de blanco y con un gorro en la cabeza del mismo color.

Miro a mi alrededor y somos varios los que llevamos la misma indumentaria. Hace calor, y aún más cuando me dirijo hacia el horno, del que saco una bandeja repleta de croissants recién hechos. El olor asciende por mis fosas nasales hasta invadir dulcemente mi cerebro. Con cuidado de no quemarme, trato de coger uno para llevármelo a la boca, pero el hombre que antes me ha gritado vuelve a hacerlo para prohibirme que lo haga. El aroma se acrecienta, igual que mi deseo, hasta tal punto que siento cómo unas babas descienden por un lado de mi barbilla. «¿Sólo por un lado?»

Cuando me doy cuenta de lo que ha sucedido, me apresuro a limpiarme con una mano. La risa de Matthew, que está sentado a mi lado en la cama, me devuelve a la realidad: ha estado pasándome un croissant por la nariz mientras dormía.

—*Bonjour, ma petite.*

—*Bonyú, ma hombgetón* —respondo aún adormecida y encandilada por la cantidad de luz que entra por el ventanal mientras él sonríe por mi respuesta.

—Venga, arriba, dormilona, París nos espera —me reclama poniéndose en pie.

—Vale, pero antes dame ese croissant.

—¡De eso nada! En la cama no se come —suelta marchándose del dormitorio hasta desaparecer por el pasillo.

—¡Aguafiestas! —le grito para que me oiga.

De un salto, me levanto de la cama y me dirijo al baño para asearme. Tengo ahí mi neceser, que finalmente traje del otro cuarto. La ropa, en cambio, continúa allí; pese a la insistencia de Matthew, decidí dejarla, pues prefería tener un armario para mí sola.

Mientras me lavo los dientes me doy cuenta de lo afortunada que soy: estoy de vacaciones, en París, con un hombre que me gusta y me pone a rabiar. En el espejo veo la sonrisa picarona que tengo al recordar la tarde y la noche de ayer; tan sólo salimos del dormitorio a la caída del sol para tomar algo y reponer fuerzas tras las veces que lo hicimos. Debíamos recuperar el tiempo perdido, ¡y vaya si lo hicimos!

Cuando me encuentro lo bastante decente y sin babas que cuelguen o caigan por mi cara, salgo a su encuentro embutida en mi pijama de verano. El reguero del aroma de café me guía hasta la cocina, donde Matthew está terminando de servir el desayuno, semidesnudo. ¡Dios mío, dos placeres en uno: comida y un tío bueno! Acabo de bautizarlo como mi *Gastrosexual*, la combinación perfecta entre dos cosas que

adoro. Empiezo a acostumbrarme a verlo así, sin camiseta, con sus pectorales al aire, esos enormes y musculosos brazos y esos oblicuos asomando por encima del pantalón. Me va a resultar extraño verlo vestido. ¡Yo y mis pensamientos impuros...!

—¡Qué bien huele! —comento acercándome a él para darle un beso y después tomar asiento.

—*Bon appétit!*

—*Igualement.*

—Ja, ja, ja. *Également* —me corrige.

—¿*Égalemon?*

—Más o menos —afirma arrancándome una sonrisa de triunfo.

Con el café con leche invadiéndome el paladar, cojo por fin entre las manos al responsable de mi dulce sueño y babeante despertar. Nada más cogerlo, me percató de lo tierno y crujiente que está, pero cuando me lo llevo a la boca y le doy el primer bocado, compruebo que estoy ante el mejor croissant que jamás he probado en mi vida: jugoso, sabroso y escandalosamente bueno. Mi sorpresa es tal que abro los ojos hasta esconder por completo los párpados mientras profiero un sonoro gemido de gastronómica felicidad.

—¿Te gusta?

—¿Que si me gusta? ¡Dios, es alucinante! ¡Y yo que flipaba con los croissants del Mercadona!

—¿El qué?

—Nada, olvídalo. ¿Cómo has podido hacer esto? Tienes que darme la receta —le imploro con la boca llena mientras cojo otro de los cuatro que contiene el plato que hay sobre la mesa.

—No los he hecho yo.

—¿Cuándo los has comprado?

—Mientras dormías he ido a correr a Tuileries, como todos los días, y a la vuelta me he pasado por mi panadería habitual.

—Prométeme que me traerás más de éstos cada día.

—Hecho —remata triunfante y orgulloso—. También te he traído *macarons*.

—¿Macarrones para desayunar? Sí que sois raros.

—Son estas galletas de aquí —indica señalando un plato con una especie de bizcochitos de varios colores.

—¿Esto son galletas? —pregunto mirándolas detenidamente mientras trato de adivinar qué llevan y por qué les ponen esos colores tan infantiles.

—Sí, es un dulce típico de aquí, como muchos otros. Pero iremos poco a poco, no quiero que te crezca este de aquí —suelta dándome un cachete a un lado de mi trasero. De mi pequeño, redondo y respingón trasero, ¡para que quede claro!

—Ya te encargarás tú de proporcionarme el ejercicio suficiente para que éste se quede como está —digo risueña, ganándome un apasionado beso.

Cuando acabamos de desayunar, me dirijo al lugar que más me gusta de la casa y de nuevo me quedo embelesada mirando la torre Eiffel. Mattew no tarda en acompañarme a la balconada y, abrazándome por detrás, comienza a hablarme de ella.

—¿Sabías que se construyó por motivo de una exposición con la idea de derribarla al cabo de veinte años?

—Menos mal que no le hicieron caso al idiota que lo pensó.

—Cierto. —Sonríe—. Durante la segunda guerra mundial, Hitler también intentó derribarla cuando los franceses le impidieron subir cortando los cables de acero de los ascensores. Se negó a subir a pie y, como represalia, mandó acabar con ella. Por suerte, su orden se desobedeció.

Nunca me ha gustado la historia, odiaba esa asignatura, pero escuchar estas anécdotas de él, entre sus brazos y con estas vistas, hace que quiera saber mucho más.

—¿Qué hace ahí esa noria? —pregunto señalando una enorme, situada también a nuestra derecha, y casi justo entre la torre Eiffel y donde nos encontramos nosotros.

—Llevan tantos años poniéndola que es ya casi un símbolo más de la ciudad. ¿Ves que está junto a una plaza? —Asiento—. Es la place de la Concorde, o plaza de la Concordia, desde donde se erige la avenue des Champs-Élysées, o avenida de...

—¿Los Campos Elíseos?

—Sí.

—¿Donde el Tour?

—Exacto. Es la avenida más famosa de todo París, y allí al fondo es donde está el...

—Arco del Triunfo. —Mattew me mira gratamente sorprendido—. He hecho los deberes —afirmo guiñándole un ojo.

Su sexi sonrisa me enorgullece, y mucho más cuando me abraza con fuerza y me regala un tierno beso.

—El arc de Triomphe de l'Étoile, o de la Estrella, es el arco del triunfo más famoso de los tres que se erigen en París, y representa las victorias del ejército bajo las órdenes de Napoleón.

—El amigo de mi padre —me mofo.

—Ese mismo —ríe—. Un dato curioso es que los tres arcos están en línea recta. Mira —dice señalando hacia la izquierda—, allí está el primero, el arc de Triomphe du Carrousel, conocido como el arco del Carrusel; el siguiente es el arco del Triunfo —indica de nuevo a la derecha—, que está en el centro de los otros dos, y el tercero es el Grande Arche de la Fraternité, conocido como el arco de la Defensa o el Gran Arco, que se encuentra en el distrito financiero de la Défense, y a las afueras de los veinte distritos de la ciudad.

—¿Aquí también tenéis distritos como en Zaragoza?

—Sí. Aunque allí los diferenciáis y los llamáis por su nombre, aquí lo hacemos por números, hasta un total de veinte. Sí, sé que no es muy original —se apresura a justificarse—, pero es lo que hay.

—¿En qué distrito nos encontramos?

—En el uno.

—Eso suena a antiguo..., como tú —digo divertida, ganándome uno de sus maravillosos bocados en el cuello—. Háblame de la plaza de la noria —añado para que deje de hacerme cosquillas.

—La plaza de la Concordia es un símbolo inconfundible de nuestra historia. El obelisco que ves en el centro con punta dorada es el obelisco de Luxor, fue un regalo de un virrey de Egipto. Antiguamente se llamaba plaza de la Revolución, y fue escenario de muertes bajo la guillotina, incluidas las de María Antonieta y Luis XVI.

—¿Quieres decir que en esa plaza murió gente?

—Miles de personas, a decir verdad.

—Ya no me gusta esa plaza.

—Pero si ahora simboliza...

—¿Qué parte de «No me gusta» no entiendes? No quiero que me lleves ahí.

—Pero si pillas de paso para ir a muchos lugares a los que quiero llevarte, como... la tour Eiffel —justifica risueño.

—Si no hay más remedio —claudico frunciendo el ceño y torciendo el morro.

Al ver mi expresión, no puede evitar partirse de risa.

—Sólo por verte esa cara, procuraré pasar por allí cada vez que la ruta me lo permita.

Por mucho que el franchute me ponga, no se libra del codazo que le doy en todas las costillas.

Entre risas, algún que otro beso y con un buen cachete en el culo como premio, mi perfecto anfitrión se dirige al cuarto a darse una ducha, mientras yo me quedo en el salón para llamar a Ainhoa. Aún no he hablado con ella y la echo de menos.

—¡Hola, Zipi! —la saludo con la mano. Adoro las videollamadas de WhatsApp.

—¡Zape! ¡Tía, esto es alucinante! Qué pena que no estés aquí para verlo.

—Otra vez será —pronuncio alzando un poco los hombros—. ¿Qué tal te lo estás pasando?

—¡Genial! La Cherry tiene unos amigos cojonudos; no veas cómo le pegan a la cerveza.

—Ja, ja, ja. Me imagino.

—No trasnochan mucho, pero saben montárselo bien.

—*Hello, Maica!* —me saluda la Cherry asomándose tras ella, en pijama y totalmente despeinada. Allí es una hora menos.

—*Hello, Brittany!* —Le devuelvo el saludo.

—Y ¿tú qué tal en la *ciudad del amor*? —me demanda Zipi con cierto tono de mofa al acabar la frase.

—Es precioso, tía. Mira.

Giro el móvil y le hago un recorrido para mostrarle las vistas panorámicas que hay desde la balconada.

—¡Guau! ¡Si aquí se ve impresionante, no quiero ni imaginármelo en directo!

—Tú también tienes que venir a verlo.

—¿Algún monumento destacable, aparte de la torre Eiffel?

El primero que me viene a la mente es el cuerpo de Matthew, pero omito hacer comentario alguno. Aún no hemos salido del apartamento y no he visto ni pisado suelo parisino, aparte de su estrecha calle.

—Cuando los vea te lo diré —acierto a responder.

—¿Todavía no te ha llevado a ver nada?

Ver..., lo que se dice ver, sí que he visto, pero no sé si decírselo.

—No, aún no —respondo finalmente.

—¡Uy, aquí pasa algo!

—No empieces, que te conozco.

—¡Tú has mojado!

—¡No digas tonterías!

La muy puñetera me conoce mejor que nadie.

—¡Maica Ruiz, mírame a los ojos!

¿Por qué todo el mundo cuando quiere reñirte te llama por el nombre y el apellido? Ainhoa no deja de insistir, hasta que por último accedo a su petición.

—¡Lo sabía, lo sabía! ¡Soy la repera!

—Limonera —me mofo.

—¡La Maica ha chingado, la Maica ha chingado...! —Comienza a dar vueltas sobre sí misma moviendo ambos brazos en círculos.

Tengo que dejar de mirar la pantalla del mareo que me produce el ajetreo de la imagen.

—¡¿Quieres parar?!

—Dime, ¿la tiene grande?

Afortunadamente, Matthew está en la ducha y la Cherry no entiende el español.

—No voy a responder a eso.

—Eso es que sí, ja, ja, ja

¡La madre que la parió!

—Tengo que colgar.

—Sí, sí. Colgada estás tú del francés. ¡Te dije que te enamorarías y que levantarías la pierna por un beso de amor!

—¡Aún no he hecho ninguna de las dos cosas, así que para el carro! —me defiendo.

—No tardarás, estás en la *ciudad del amoooooooooooooooooooo*.

—Adiós, no te oigo...

—*La ciudad del amoooooooooooooooooooo*...

—Lo siento, no te oigo..., se corta —remato finalizando la videollamada, mientras ella sigue dándolo todo a pleno pulmón.

Sin poder evitarlo, sonrío por ser tan afortunada de tener una amiga tan loca como ella.

* * *

—¿Adónde vamos? —le pregunto a Matthew al cabo de media hora al ver que caminamos calle arriba, en dirección contraria a la torre Eiffel.

—A por mi moto.

—¿Eres motero? —pregunto en un tono más alto de lo habitual. Descubrir su lado macarra me sorprende y me pone cachonda a partes iguales.

—El tráfico de aquí es superior al de muchas otras ciudades de Europa, así que los transportes que más usamos son el metro, las bicis y, por supuesto, las motos.

—Has elegido bien. —Le sonrío dispuesta a conocer su parte más gamberra.

Cogidos de la mano, caminamos durante un buen rato sin rastro de moto alguna.

—¿Tienes la moto en otro distrito?

—Otra cosa que vas a aprender: no es fácil encontrar aparcamiento en esta ciudad; las plazas en esta zona tienen una lista de espera de tres años.

—¡Ahí va!

—Aquí es —dice por fin cuando llegamos frente a un portón de color azul. Ni siquiera la puerta es igual que la de cualquier garaje.

Una vez dentro, me guía hasta detenerse ante una escúter de color negro. La mandíbula casi se me desencaja de golpe; la imagen de él sobre una moto de carretera, o una Harley, en plan macarra y erótico

hasta decir basta se me acaba de ir a tomar por saco.

—¿Una escúter?

—Es la más usada aquí. ¿Qué esperabas? —pregunta abriendo el maletín y entregándome uno de los dos cascos que acaba de sacar.

—Nada —me apresuro a responder—. Es sólo que...

—¿No te parece lo bastante... masculina?

Hacerme esa pregunta mientras se coloca el casco negro y las gafas de sol Ray-Ban al tiempo que me regala una endiablada sonrisa, con esos labios carnosos..., uf, cambia por completo mi respuesta.

—Ahora sí —confieso imitando su gesto.

Subidos a la moto, y agarrándome a él para no caerme y de paso aprovecharme de lo bueno que está, salimos del edificio y nos dirigimos calle abajo hasta volver a encontrarnos con el jardín de las Tullerías. Obligatoriamente, dobla a la derecha y a pocos metros me topo con la noria, que gira a nuestra izquierda. Él sigue recto en dirección a los Campos Elíseos, pero yo no puedo evitar mirar hacia la plaza que acabo de bautizar como la de la Discordia. Reconozco que la fuente que veo ante el obelisco llama mi atención y luce preciosa, pero el mero hecho de pensar en el horror que hubo allí en su día me impide apreciar su esplendor.

Conforme nos acercamos al arco del Triunfo, me olvido de la dichosa plaza y me empapo de todo cuanto nos rodea. Los edificios son asombrosos; con sus majestuosas fachadas logran trasladarte a otra época y afloran sin remedio la parte romántica que uno lleva dentro, por muy pequeña que ésta sea. Todo me parece precioso, demostrándome a nuestro paso por qué París es la Ciudad de la Luz.

Cuando cruzamos el puente que hay frente a la torre Eiffel, me conmuevo al verla imponente ante mí. Es mucho más grande de lo que me esperaba, y mucho más solemne y bonita también.

Tras hora y media haciendo cola, por fin nos adentramos en el ascensor. Siento la adrenalina corriendo a toda velocidad por mis venas y me aferro al brazo de Matthew, feliz por estar viviendo este momento con él. Desde el primer piso, donde nos bajamos, puedo comprobar con mis propios ojos que París es aún más bonita desde las alturas. Cogida por la cintura y bajo su cobijo, me dejo guiar por él por toda la planta, para después hacerlo por el segundo piso y a continuación el tercero, el punto más alto de toda ciudad. En silencio y verdaderamente embobada, escucho atenta cómo, sintiéndose orgulloso de donde vive y a donde pertenece, me indica qué es cada lugar, cada edificio, y me relata cada historia o misterio que envuelve a cada uno de ellos. Jamás pensé que una ciudad pudiese gustarme tanto y calar en mí de la forma en la que ésta lo está haciendo. Como jamás pensé que un error me llevaría a vivir la experiencia más bonita de mi vida y a sentir algo tan fuerte por alguien. Sé que las vistas son lo más maravilloso que mis ojos han contemplado hasta ahora, pero lo que en realidad anhelo y por fin hago es mirarlo a él. Necesito observarlo, divisarlo en todo su esplendor. Por un instante dejo de oír su voz, y ya no sólo por la altura, que taponan casi sin remedio mis oídos, sino porque mi cerebro tan sólo escucha a mi corazón, que late con fuerza por él, retumbando en mi interior como nunca antes lo había hecho. Y entonces, lo sé; sé que lo que siento es algo mucho más fuerte de lo que antes he sentido por nadie. Mientras lo observo, sé a ciencia cierta que no se trata de un espejismo, sino de algo real y verdadero, algo que muchos llamarían... *amor*.

«¡¡¡¿Amor?!!! ¡Joder, joder, joder! ¡Necesito aire!» Mis pulmones responden rápidos y se hinchan de forma apresurada. Mi descubrimiento me hace inmensamente feliz, pero al tiempo me aterra, me asusta,

me acojona y no sé cuántas cosas más. El temor a perderlo y a no saber adónde nos llevará lo nuestro se implanta a fuego en mí, invadiéndome de un modo extraño. En el fondo de mi ser sé que él tenía razón y puede que acabemos haciéndonos daño. Por primera vez, me preocupo y me acechan las dudas de si seremos o no capaces de vivir esto sin dolor, pese a que en el fondo conozco la respuesta. El mero hecho de pensar que dentro de tan sólo catorce días tendré que separarme de su lado...

—Abrázame —le imploro en un leve susurro cortando en seco sus palabras, que he dejado de escuchar hace un buen rato.

—¿Estás bien? —pregunta estrechándome entre sus brazos y abocándome con ternura hacia él.

Por un instante dudo si ser o no realmente sincera, pero al final decido dejar atrás el peligroso juego de la mentira.

—¿Adónde nos llevará París?

—No lo sé —responde al cabo de unos segundos al entender a la perfección mi pregunta—. Yo también tengo miedo.

Su confesión logra que alce la vista para mirarlo a los ojos. Puedo ver en ellos que ambos sentimos lo mismo.

—No quiero que esto acabe nunca.

—Eso es algo que sólo depende de nosotros.

—¿Crees que la distancia nos lo permitirá?

—Ven aquí —dice abrazándome aún con más fuerza.

No sé cuánto tiempo estamos así, pero sí soy consciente de su calidez. El temor habla por nosotros, las rencillas forman ya parte del pasado y, por primera vez, la incertidumbre es parte indiscutible de nuestro ahora presente y nuestro más cercano futuro.

Capítulo 18

Dispuestos a no dejarnos llevar por la melancolía y mucho menos a estropear el tiempo que nos queda para estar juntos en París, Mattew y yo acordamos vivir la experiencia de la forma más intensa posible con la promesa de intentar no pensar en lo que el futuro nos tenga preparado.

Esa misma tarde, tras comer en un *bistrot* típico al que él suele ir con sus amigos, a los que pronto voy a conocer, volvemos al apartamento para dar rienda suelta a lo que ambos sentimos y tanto anhelamos del otro.

Al día siguiente, y con la finalidad de, según él, verme feliz y arrancarme millones de sonrisas, vamos a Disneyland. ¡Imposible no volver a la niñez en este mágico lugar! Lo pasamos en grande, aunque es el lugar donde más echo de menos a Ainhoa, por la multitud de tiendas y, sobre todo, por las numerosas y casi infinitas atracciones en las que montarse y divertirse. Me costará olvidar el Space Mountain, el Laberinto de Alicia, el viaje en barca por las cuevas de Piratas del Caribe, el espectáculo de cómo se rueda una película con efectos especiales, el desfile de las siete de la tarde... A la noche, llegamos tan cansados al apartamento que es la primera en la que no mantenemos relaciones sexuales.

Los dos días posteriores, paseamos en moto por medio París, haciendo parada en los lugares más emblemáticos y conocidos de la ciudad, como Notre Dame y su kilómetro cero; Shakespeare and Company, la librería más famosa del mundo, donde compro un par de libros de literatura anglosajona y donde dejamos, en uno de sus rincones habilitados para ello, una nota en la que reza, dentro de un corazón, que Maica y Mattew han estado allí. También visitamos el romántico y majestuoso palacio de la Ópera y Los Inválidos, donde descansan, según dicen, los restos de Napoleón bajo siete sarcófagos de distintos materiales y tamaños. Yo no sé si es cierto o no, pero, por si acaso, le hago una foto para dedicársela y enviársela a mi padre... con mucho cariño. Aparte de esos lugares tan conocidos, Mattew me enseña rincones, plazas, jardines y demás encantadores lugares que, a su lado, aún son más maravillosos. Tengo que recargar la batería del móvil al menos dos veces al día de la multitud de fotos y selfis que ambos nos echamos.

Mattew no sólo está consiguiendo que me enamore de París, sino también de él, al que siento protagonista del indescriptible sueño en el que me encuentro, y que vivo a cada minuto con firme y absoluta intensidad. Ha logrado mostrarme una parte de mí que desconocía y, lo que es más inaudito, que aprenda un poco de francés. ¡Quién me ha visto y quién me ve! Pero, pese a que jamás lo habría creído, esta ciudad es para mí inconcebible sin esa pronunciación, sin ese acento tan característico y único, que no hace sino acrecentar aún más si cabe su grandiosa belleza.

Ainhoa, con la que hablo a menudo, insiste en decirme lo afortunadas que somos por conocer una

ciudad de mano de unos nativos, y no como meras turistas. Creo que, en parte, tiene razón: conocer sus costumbres y su forma de vivir te sitúa en otra perspectiva mucho más realista y auténtica. Nunca había salido de España, y me sorprende ver que, pese a ser todos del mismo continente, existen muchas diferencias entre franceses y españoles, como supongo que también las habrá en otros países. No obstante, también hay muchas otras que nos unen, como el orgullo hacia nuestra tierra o la pasión por una buena mesa.

—Cuéntame más cosas —le pido al caer la tarde, tumbados en la cama, tras haber hecho de nuevo el amor y haber pasado el día en Montmartre visitando la basílica del Sacré-Cœur y habernos hecho un retrato en pastel en la famosa plaza de Tertre.

—¿Sobre qué? —pregunta acariciándome el brazo mientras me rodea con el suyo, que yace bajo mi cuerpo.

—Sobre curiosidades vuestras —respondo rauda, por no ir directamente a donde quiero llegar—. Tú ya sabes mucho de las nuestras; además, conoces a Eloy desde hace años.

—Sí, eso es cierto. A ver, qué te puedo contar..., que París es la ciudad más bonita del mundo.

—¡Vanidoso! —digo dándole un leve golpe en el pecho, en el que hasta ahora me entretenía enredando un dedo en su escaso pero suave vello color miel.

—Está bien. —Ríe—. Déjame pensar..., los miércoles los niños no tienen clase.

—¡Ahí va! —suelto al pensar en la alegría que eso le daría a Curro.

—Cenamos y nos recogemos mucho antes que vosotros.

—Es que somos únicos para la fiesta, ya lo sabes.

—Eso también es cierto. Los días que hace sol —continúa—, que no son muchos, aprovechamos para salir a la calle.

En este momento me viene a la mente la cantidad de veces que mi padre nos había hablado de esto, y las ocasiones en que había defendido que Disneyland debería haberse instalado en España, tal y como quería el propio Walt Disney.

—¿Por qué hay tantas lavanderías?

—Porque la lavadora se considera un lujo por la falta de espacio de los apartamentos...

—No será en éste.

—Maica, ya te dije que ésta era la casa de mi abuela. De no haberla heredado, te aseguro que viviría en un pequeño apartamento, como la mayoría de los jóvenes parisinos.

—Pero tú no eres como los demás —me atrevo por fin a confesar.

—No sabes las veces que lo he deseado. —En su tono hay cierta melancolía.

—Háblame de ti, Matthew —le pido mirándolo a la cara.

—Soy francés, trabajo en uno de los edificios del distrito de la Défense...

—Sí, banquero y franchute, justo lo que mi padre quería para su hija.

—Ni a caso hecho me habría salido mejor.

Ambos sonreímos.

—A veces creo que no eres como yo —confieso al cabo de un rato para volver a romper el silencio.

—¿Qué quieres decir?

—No sé exactamente qué es, pero eres diferente de todos los que he conocido.

—¿Has conocido a muchos? —Siento su cuerpo en tensión y ha dejado de acariciarme de repente.

—¿Acaso eso importa?

—A mí sí.

—Yo nunca te he preguntado con cuántas has estado. Sólo me interesa el ahora y..., bueno, también lo que pasará después.

—Ya —contesta aún tenso y sin tocarme.

—Es imposible compararte con nadie porque eres distinto y no hay quien llegue a tu nivel —argumento para intentar calmarlo—. Desde que te vi por primera vez, lo supe, y desde nuestro primer encuentro lo corroboré.

—Me volviste loco. —Sonríe por fin—. Aunque me contuve..., y lo sigo haciendo.

—¿Qué quieres decir?

—Temo asustarte —confiesa.

Ahora soy yo la que está en tensión, y me incorporo apoyándome sobre un codo para mirarlo.

—Lo estás haciendo ahora. ¿De qué te contienes, Matthew? —Su silencio me está matando.

—Olvídalo.

—¡La llevas clara! Por lo que veo, aún no me conoces, aunque por tus palabras..., yo a ti tampoco.

—Maica —vuelve a mirarme, mi frase me ha hecho ganarme de nuevo su atención—, el sexo para mí tiene mucha importancia y es algo que me tomo muy en serio.

—Como todo el mundo —me defiendo. No sé adónde quiere ir a parar.

—Sí, pero tú misma lo has dicho: no soy como los demás.

—¿Por eso me has dicho en un par de ocasiones que «no sabía lo que me harías»?

—Sí —admite con sinceridad.

—Y ¿qué es, si puede saberse?

—Digamos que lo convencional... no me llena del todo. Me gusta otro tipo de juego.

—¿Te van los tríos? —pregunto con los ojos abiertos como platos. La idea de compartirlo me pone los pelos de punta.

—No, aunque no te negaré que forma parte de cualquier fantasía. —Ahí lleva parte de razón—. Es más bien una cuestión de dominio, de poder y control —¡ay, Dios, como tenga un cuarto rojo, me da algo! —, de usar *todo* lo que esté al alcance para lograr un único objetivo: un completo y desgarrador placer.

Mi entrepierna se humedece con tan sólo oírlo.

—¿Me va a doler? —pregunto sentándome sobre el colchón.

—¿Cómo? —Su rostro desencajado me responde por él—. No se trata de sado, Maica. ¿Piensas que quiero pegarte?

—Has hablado de dominio y poder, y he pensado que... —Matthew se incorpora para mirarme y cogermela cara entre las manos.

—De dominar y controlar tu placer, de poder decidir cómo y cuándo debes rendirte, llevándote hasta el extremo y usando cuanto esté en mi mano para conseguirlo. El modo de hacerlo es lo que lo hace distinto; no sólo me gusta poner a prueba a la mujer, también debo controlarme yo para que no resulte... peligroso.

—Y ¿qué te hacía pensar que eso me asustaría? —Lo miro a los ojos, sorprendida por su infundado temor. Ha sonado tan excitante y morboso que no veo el momento de que me lo muestre.

—He vuelto a cometer el error de subestimarte; lo siento.

—Por eso me cogiste del cuello en el albergue, ¿no es cierto?

—Sí, fue mi forma de ponerte a prueba. En aquel momento debí de darme cuenta; no saliste corriendo.

Ambos guardamos silencio de nuevo.

—Me encantó —confieso al final.

—¿De veras?

—¿Acaso crees que te habría permitido acorralarme después en mi cocina de no haber sido así?

—Supongo que tienes razón. Pero, aun así, seguía sin estar convencido.

—Pues ahora puedes estarlo. Quiero probarlo.

—¿Estás segura?

—¿Sabes lo que me jode que me pregunten eso? «¿Estás segura, estás segura?» —digo en tono de burla, poniendo caras.

—¿Joder, cuánto te...! —Sin acabar, me atrapa la boca de una forma feroz, brusca. Mis labios responden a los suyos mientras en mi mente me pregunto por el final de esa frase. ¿Es lo que me imagino? ¿De verdad me está ocurriendo esto a mí? ¿El hombre más maravilloso, sexi, elegante y caballeroso que conozco ha estado a punto de confesarme su amor abiertamente?—. ¡Vístete! —suelta de pronto levantándose de la cama y apartándose de mi lado.

—¿A estas horas? La luz que entra por el ventanal no es del sol, sino de la farola —me mofo sin entender muy bien por qué ha decidido cortar este momento tan romántico y una noche que prometía sexo del bueno.

—¿No has dicho que estabas segura?

—Claro, claro —claudico levantándome también, emocionada por lo que pueda venir, aunque sin comprender muy bien del todo sus intenciones.

Al cabo de unos minutos, y tras dirigirnos de nuevo hacia Montmartre, llegamos a un barrio con mucho ambiente. Cogidos de la mano, me dejo guiar por él hasta encontrarme frente al famoso Moulin Rouge.

—¿Vamos a ver cabaret? —pregunto sorprendida; no era esto lo que tenía en mente.

—Sólo nos pilla de paso, pero si te apetece puedo hacer una reserva para cualquier otra noche.

—No mucho, la verdad.

Por su cara compruebo que a él tampoco le entusiasma mucho la idea, y me alegro por ello. Matthew retoma la marcha y yo lo acompaño encantada y embobada mirándolo todo a nuestro alrededor y el gran ambiente que hay en esta zona, pese a la hora que es. Finalmente, a un par de calles del Moulin Rouge, nos paramos frente a una tienda de artículos de sexo.

—¿Un sex-shop?

—Es una galería de arte erótico.

—Claro, vosotros siempre poniendo glamur a todo lo que hacéis —vuelvo a mofarme.

—¿Preparada? —me pregunta mirándome a la cara; quiere asegurarse de que mi respuesta sea sincera.

—Preparada —respondo con una amplia sonrisa.

Si ya desde el exterior la boutique me ha dejado intrigada, en el interior tengo que hacer un esfuerzo por disimular mi cara de asombro. Matthew me explica la cantidad de servicios de los que disponen,

como saunas, salas de intercambio, cabinas..., por no hablar de los miles de artículos eróticos que llenan las numerosas estanterías que hay repartidas por todo el local. Me encuentro en territorio desconocido, por lo que lo dejo a él elegir. Lo cierto es que no sé muy bien qué es lo que al final compra, pero lo que sí sé es que deseo volver a casa cuanto antes para probarlo todo y para descubrir esa parte misteriosa suya que tanto me pone y me inquieta al mismo tiempo.

Mi deseo no tarda en cumplirse, y al cabo de pocos minutos estamos de vuelta en el salón de su apartamento.

—¿Te has traído los zapatos de la última noche?

—Sí. ¿Por qué?

Viene raudo hacia mí y, mirándome fijamente a los ojos, me abraza y me susurra:

—Maica, has dicho que estás dispuesta a conocer mi mundo. —Asiento con la cabeza—. Si quieres echarte atrás o...

—Deja de subestimarme. He dicho que sí.

—Está bien. Si en algún momento quieres que pare, tan sólo tienes que decírmelo.

—¿Aún no sabes de qué pasta estoy hecha? ¿Todavía no te has dado cuenta de los huevos que tengo?

—Esos modales, jovencita —me riñe.

—Eres tú, que me provocas —me defiendo. Pero lo que realmente me ocurre es que estoy nerviosa; demasiado, a decir verdad.

—Aún no has visto nada. —Su amenaza más bien parece una promesa, y me excito sólo de pensarlo—. Es probable que en algún momento me pidas que pare e incluso que lo supliques, eso forma parte del juego. Pero no lo haré a menos que utilices alguna palabra clave para ello.

—Tortilla.

—¿Tortilla? —pregunta extrañado y risueño.

—Es lo primero que me ha venido a la mente —me justifico—; he nombrado los huevos y me he acordado de cuánto te gusta. Ya sabes, una cosa lleva a la otra y... —Me estoy liando, los nervios me están haciendo hablar más de la cuenta.

—Ja, ja, ja. Está bien, será ésa.

—¿Para qué quieres los zapatos?

—A partir de ahora las preguntas sólo las hago yo, ¿de acuerdo? —Asiento para no abrir la boca de nuevo y no volver a decir chorradas sin sentido—. Una vez que tenemos clara cuál es la palabra clave, lo único que necesitas saber es que las órdenes las doy yo, y tú tan sólo debes obedecer. —Vuelvo a asentir—. Haz lo que tengas que hacer, pero te quiero aquí dentro de cinco minutos aseada, desnuda por completo y subida a esos tacones. ¿Entendido?

Mi entrepierna golpea con fuerza al oír su voz varonil y el modo en que me habla; estoy ante un nuevo Matthew, uno desconocido para mí y devastadoramente irresistible.

De nuevo asiento con la cabeza y, tras un escueto beso, me marcho hacia el dormitorio a obedecer sus inquietantes y autoritarias órdenes. Estoy tan nerviosa que no atino a saber muy bien qué hacer una vez que llego allí. No sé si desnudarme primero, buscar los dichosos zapatos o meterme en la ducha y dejar que el agua tibia me calme. Por suerte, opto por la última. Desconozco la hora que es, pero sé que debo darme prisa, pues Matthew sólo me ha concedido cinco minutos.

Sin tiempo que perder, me apresuro a cumplir todo lo que me ha pedido. Noto cómo las piernas me

tiemblan al oír mis tacones contra el suelo de madera cuando me dirijo a su encuentro en el salón. El corazón retumba con fuerza en mi interior, y más aún cuando lo veo a él, entre la penumbra de la sala, alumbrado tan sólo por la luz proveniente de las farolas que iluminan la noche de París. Va descalzo, se ha quitado la camiseta y tan sólo lleva puestas unas bermudas de punto en color gris. ¿De dónde las ha sacado?

—Ven —me ordena con una voz extraordinariamente masculina y autoritaria.

Estoy tan nerviosa que camino despacio hacia él por miedo a caerme y hacer el mayor de los ridículos. A su lado, la mesa pequeña del jarrón de flores frescas acoge ahora algunos de los artilugios que ha comprado hace tan sólo unos minutos en el barrio de Montmartre.

—Estás preciosa —susurra cuando llego hasta él y la luz ilumina el lado izquierdo de mi cuerpo desnudo. Un hormigueo me recorre las palmas de las manos, y me las froto para intentar calmarlo.

A medio metro escaso de él, me paro y alzo la vista para mirarlo a los ojos; intento encontrar en ellos la calma que en este instante necesito. En respuesta a mi muda petición, se abalanza sobre mí y me rodea fuertemente con los brazos para abocarme hacia él y apresar mi boca con deseo. Su ardiente beso logra apaciguarme y concederme lo que tanto me urgía. Mis manos se clavan y se aferran a su ancha espalda como un náufrago lo hace a una fuerte y robusta rama para impedir ser arrastrado por la corriente. Matthew es mi tabla de salvación, mi tronco al que arrimarme cada vez que me siento perdida, como me he sentido hasta hace un solo instante.

Cuando su calor logra que el deseo predomine sobre el temor, levanta mi barbilla para que lo mire a los ojos y me susurra con dulzura:

—Ahora vas a saber lo que quise hacerte en el instante en que te vi.

Guardo silencio; obedecer sus órdenes es parte del juego que yo misma he aceptado cumplir.

Matthew me guía y me hace retroceder un par de pasos hacia atrás, donde me deja para pulsar un mando y marcharse por mi lado derecho. La canción *Yoncé*^[3] de Beyoncé, que no tardo en reconocer, comienza a sonar por unos altavoces que descansan sobre una de las mesitas. Desde mi posición, en el centro del salón, me sorprende al observarlo abriendo un armario, que hasta ahora creía que formaba parte del ornamentado tabique. De la pared del fondo del misterioso mueble cuelga una gruesa anilla cromada en la que ata un extremo de un larguísimo pañuelo de seda en color rojo que ha cogido del mismo armario. Una vez que comprueba que el nudo es lo suficientemente fuerte, agarra la tela y camina con determinación hacia mí. Ver cómo la tela se desliza entre sus manos mientras camina hacia mí con esa mirada oscura y lasciva, al ritmo de la erótica canción, logra erizarme.

Sin mediar palabra, me besa de modo ardiente al tiempo que me levanta el brazo derecho hacia el costado hasta dejarlo estirado. Con una seguridad devastadora y sin dejar de mirarme, separa sus labios de los míos para tirar de la tela y tensarla todo lo posible antes de anudarme la muñeca con ella.

En absoluto silencio, se dirige a continuación hacia el otro lado del salón y abre otro armario para repetir cada paso y cada movimiento del mismo modo, pero esta vez con mi otra muñeca. Con los brazos en cruz y del todo desnuda, excepto por los zapatos de tacón que visten mis pies, mi respiración aumenta a causa del morbo que me produce verme maniatada por dos largos y sensuales pañuelos. La calidad de la tela es tan excepcional como lo es su intensa y pecaminosa mirada.

Por un momento lo pierdo de vista, hasta que, de pronto, lo siento detrás de mí. Con extrema ternura y dulzura, me pasa un tercer pañuelo por el cuello, que ata con un nudo en la nuca. Matthew me rodea y,

cuando se coloca ante mí, vuelve a besarme, pero esta vez con más intensidad, con más pasión. Pese a estar atada de ambas manos y a tener un pañuelo presionándome el cuello, aunque menos tirante que los que sujetan mis muñecas, me siento extremadamente excitada, y mucho más cuando él da un paso atrás para contemplarme en silencio de arriba abajo. En sus ojos ahora veo fuego, un fuego abrasador que arde por poseerme.

Sin apartar la vista de su rostro, abro un poco las piernas en señal de aprobación. Él sonrío de forma lasciva al ver mi gesto y, decidido, alarga el brazo hasta la mesita, de donde coge un pequeño objeto. La luz que ilumina París alumbra ahora su fornido cuerpo y su abultado pantalón, que muestra a la perfección su enorme entrepierna. El corazón me late con fuerza, como lo hace mi parte íntima, deseosa de él y de su particular juego erótico. Acercándose hacia mí con ojos de deseo, activa el aparato; el zumbido, entremezclado con los acordes de la canción, no hace sino acrecentar mi deseo.

—Ábrete para mí —me ordena con voz grave y profunda, arrodillándose a mis pies.

Obedezco. Mis piernas se abren aún más para él y para recibir las descargas del artilugio, que no tarda en usar sobre mi ya abultado clítoris. El placer que me proporciona su intensa vibración me provoca un imparable jadeo.

—No te reprimas.

Sus ardientes palabras me excitan hasta un nivel que desconocía. Mis rodillas flaquean ante tanto goce, y por un instante las doblo para dejar caer mi cuerpo ligeramente. El pañuelo que rodea mi cuello se tensa y tira de mí, apretándome con más fuerza, lo que provoca que me falte el aire y un leve dolor. ¡Oh, Dios! La mezcla de ambos sentimientos encontrados me resulta de lo más excitante que jamás haya vivido.

—No se te ocurra correrme —me suelta de pronto.

¿Está loco? ¿Cómo se le pasa por la cabeza prohibirme tal cosa? Quiero decirle cuatro cosas, pero conozco las reglas del juego y no debo hacerlo. Sé que sabe que estoy al límite, y no sé cuánto tiempo más podré soportarlo.

El pañuelo tira de mí cada vez que me deajo caer; lo hago en repetidas ocasiones para experimentar de forma incesante la doble sensación que me causa. El placer me invade, mis músculos se tensan y tengo la necesidad de dejarme ir. Sin embargo, él conoce el poder que ejerce sobre mí y me exige que aguante. ¡Joder, no puedo más!

Cuando estoy a punto de correrme, aparta rápido el aparato, se pone en pie delante de mí y, de manera autoritaria, me susurra mirándome a los ojos:

—Aún no.

Su firmeza me enloquece. Pese a estar a su entera merced, me siento lascivamente poderosa. Quiero entregarme a él como premio, como ofrenda a todo lo que me aporta. Su dominio lo excita tanto como a mí, y yo quiero concedérselo.

Matthew vuelve a besarme; lo hace con fuerza, de forma ruda y autoritaria. Me excito rendida ante su autoridad y ante su imponente voz. El ardiente beso ahoga nuestros guturales gemidos. Mi corazón se acelera a cada envite de su lengua, a cada empuje de sus carnosos labios.

Con su sabor aún en mi boca, lo observo dirigirse de nuevo hacia la mesita, de donde coge otro artilugio un poco más grande. La oscuridad me impide ver de qué se trata, pero lo cierto es que no me importa; por alguna extraña razón, confío en él como jamás lo he hecho antes en nadie.

Arrodillado otra vez ante mí, y sin apartar sus ojos de los míos, oigo cómo otro zumbido desconocido se entremezcla con la música que sigue sonando de fondo.

—Quiero que te abras un poco más —me exige agarrándome por el tobillo.

Obedezco sin dilación.

—Ahora —continúa—, pase lo que pase..., no puedes doblar las rodillas.

Un «¿Por qué?» amenaza con salir disparado de mi boca y romper el acuerdo. Sin embargo, antes incluso de que pueda morderme la lengua para impedirlo, Matthew me coloca el segundo vibrador en mi abultado clítoris a la vez que su dedo se abre paso hacia mi interior. El impacto es tan grande que no puedo evitar dejar escapar un sonoro jadeo.

—Eso es, déjalo ir —murmura.

Un segundo dedo me penetra para golpear con fuerza mis paredes internas, al tiempo que él decide aumentar la intensidad de vibración del juguete. Voy a estallar de placer. Mis rodillas no pueden soportarlo; necesito apoyarme en algo, pero mis manos están atadas por los largos y suaves pañuelos.

—Ahora cierra las piernas —demanda.

Extrañada por su petición, pero dispuesta a acabar con esta gloriosa tortura, obedezco, atrapando la mano con la que me sigue penetrando sin reparo. De pronto descubro que, para mi sorpresa, el placer aumenta de forma desorbitada. Sus dedos continúan golpeándome, en contraste con la quietud de su brazo. Más fuerte. Mucho más. No logro soportarlo, mis rodillas se rinden finalmente y, exhausta, dejo caer mi cuerpo hacia el único lado que puedo y quiero: hacia adelante. El pañuelo que me sujeta el cuello tira de mí, cortándome por completo la respiración. Pero, de nuevo, no me importa. Casi inerte, dejo caer todo el peso de mi cuerpo sobre los tres pañuelos que me sujetan. Siento puro fuego, pura lava recorriendo cada poro de mi piel mientras ardo en deseo. ¡No puedo más! Cuando creo que voy a romper el juego, cuando creo que no voy a poder soportarlo por más tiempo, Matthew me da una última orden:

—Entrégamelo, dame tu placer, Maica.

Sometida por completo a su poder y su dominio, saco fuerzas de donde ya pensaba que no tenía y me incorporo para coger aire. Sin poder reprimirme ni por un solo segundo más, cumplo su deseo y por último me rindo ante el más soberbio y extraordinario orgasmo que jamás haya sentido a lo largo de mi existencia.

Los espasmos de placer son mermados por sus brazos, que no tardan en rodearme con fuerza en cuanto se levanta.

—Por hoy ya está bien —susurra con voz ronca.

Agotada, cierro los ojos mientras siento cómo me libera de las suaves telas. Uno a uno, deshace los nudos hasta que me agarra por la cintura y me sube a horcajadas.

—*Je t'aime, ma petite* —declara de camino al dormitorio.

Sé que lo que acaba decirme es cierto, al igual que sé que me siento plena y absolutamente suya. Mi obediencia ha logrado que terminase la frase que unas horas antes había intentado decirme pero que, por alguna extraña razón, no había podido acabar. Embrujada por su hechizo, me aferro a su cuello para dejarme conducir hasta la cama, sobre la que me deja con ternura, y donde, dispuestos a demostrarnos que ambos sentimos lo mismo el uno por el otro, hacemos el amor una vez más, teniendo como único testigo la noche iluminada de París.

Capítulo 19

—¿Me vas a decir ya adónde vamos? —le pregunto desde el dormitorio donde guardo la ropa mientras busco el bikini que Matthew me ha pedido que me ponga.

—¡Es una sorpresa! —responde desde algún lugar de la casa.

—Tú y tus misterios —mascullo entre dientes para que no me oiga.

—En el fondo, te gustan.

Al oír su voz detrás de mí, me vuelvo para mirarlo; está apoyado en el marco de la puerta, sonriéndome con cara picarona. Atraída como un imán, me acerco a él y lo abrazo por la cintura.

—Me gustas más tú.

Matthew me estrecha como si no hubiese un mañana. Su intensa mirada y sus curvados labios no pueden ocultar sus sentimientos hacia mí. Hipnotizada y embaucada por su influjo, me pongo de puntillas para poder besarlo. Por mucho tiempo que estemos juntos, y por más veces que hagamos el amor, no logro saciarme de él. Desde anoche, y tras mi gran descubrimiento, me he declarado incondicional e irremediabilmente adicta a él.

—Démonos prisa o no pillaremos un buen sitio —me ordena apartándose de mí y volviéndome en dirección al armario.

—No vas a decírmelo, ¿verdad? —pregunto retomando la búsqueda.

—Prefiero que lo veas con tus propios ojos.

—Sí, no se lo digas a nadie, pero suelo usarlos cuando quiero ver algo —me mofo, ganándome un sonoro cachete en el culo—. ¡Au!

—Esos modales, jovencita.

—¿Los míos? —digo volviéndome de nuevo hacia él.

—Un palo de vez en cuando no viene mal; a los niños hay que enseñarlos desde bien pequeños.

—Así que soy una niña para ti —digo picarona. Si quiere juego, lo va a tener—. Eso no era lo que decías anoche.

—¿Qué pasó anoche? Refréscame la memoria, que ando escaso. —Su sonrisa lasciva me está matando.

—Claro, suele pasar. A ciertas edades, los lapsus son algo habitual. Si quieres, puedo recetarte algo.

—¿Ahora eres doctora?

—Soy química, ¿recuerdas? Dios mío, dos lapsus seguidos; estás peor de lo que creía —digo tocándole la frente para comprobar que no tiene fiebre.

—¿Sabes que me estás poniendo malo? —susurra devorándome con la mirada mientras se muerde ese

labio inferior que tanto me gusta.

—Perdona, bonito, pero que seas tan viejo no es mi culpa —digo justo antes de escaparme y echar a correr por el pasillo.

Sé que me he ganado otro cachete, pero esta vez no estoy dispuesta a ponérselo tan fácil.

Matthew sale corriendo tras de mí. Nuestros pies descalzos golpean contra la madera del suelo, retumbando por todo el apartamento. Cuando llego al salón, la idea de volver a quedarme plantada en el centro con los brazos abiertos para recibirlo me ronda por la cabeza, pero me reprimo y continúo corriendo en dirección a la cocina. Lo siento a escasos metros de mí y sé que me va a dar alcance de un momento a otro. ¡Coño, tanto apartamento y no tengo dónde esconderme! Al salir por la otra puerta, voy directa hacia el cuarto de baño principal, pero en mitad del pasillo Matthew me alcanza. Las risas y la carrera nos hacen respirar con dificultad.

—¡Suéltame, vejestorio! —le grito carcajeándome.

—Este vejestorio te ha pillado, jovencita —dice elevándome y empotrándome contra la pared del largo pasillo.

—Llevas ventaja, conoces la casa más que yo.

De nuevo con fiereza, y para dejar bien claro quién manda, comienza a besarme. Me niego a perder este juego, por lo que lo empujo con todas mis fuerzas para intentar zafarme de él. Cuando lo consigo, sus labios atrapan mi cuello, por el que se pasea sin pudor mientras me aprieta y me sujeta fuertemente por el culo.

—Estás enfermo, ¿lo sabías? —digo en un jadeo cuando noto una de sus manos restregándose en mi parte íntima, por encima del tanga.

—Tú eres mi enfermedad —balbucea excitado sin dejar de besarme el cuello.

—Pero también soy tu cura —remato rindiéndome de nuevo a su devastador encanto, aferrándome a su cuello y atrapando su lasciva boca, que tanto me enloquece.

Tras un nuevo encuentro y su consecuente culminación, logramos ponernos los trajes de baño y salir del apartamento. Matthew sigue sin soltar prenda de adónde nos dirigimos, pero lo he visto coger una bolsa grande de la cocina, lo que me confirma que vamos a tardar en volver.

Nada más cruzar la rue de Rivoli y adentrarnos en el jardín des Tuileries, compruebo que hoy hace más calor que los días anteriores, algo que me llama la atención, teniendo en cuenta dónde estoy. Cientos de viandantes, la mayoría turistas, pasean en dirección al museo del Louvre y otros tantos hacia la dichosa plaza a la que tanta manía le tengo. Nunca he sido una amante del arte, pero de camino adondequiera que vayamos, le pido que me lleve a visitar el museo antes de irnos, a lo que él responde que es algo que tiene programado en su apretada agenda.

—Bienvenida a la playa de París —me anuncia con una triunfal sonrisa cuando llegamos a la ribera del Sena.

Para mi asombro, Matthew me explica mientras paseamos que, desde hace años, en los meses de verano y a lo largo de unos pocos kilómetros, esta orilla del río se convierte en una playa. Toneladas de arena, tumbonas de color azul y palmeras simulan una ciudad costera. Decenas de familias, grupos y parejas disfrutan de diversas actividades, tanto en la arena como en el agua, donde hay una parte habilitada para el baño. Yo lo dejo hablar hasta que le cuento que en Zaragoza hacemos lo mismo.

—Ya sabes, si Mahoma no va a la montaña...

—¿Cómo dices?

—Nada, una expresión nuestra —acierto a responder.

Entre risas, baños y multitud de besos, cuando llega la hora de comer, Matthew me cuenta que la mayor afición de un verdadero parisino es ir de pícnic, o *pique-nique* en francés. Entre bocado y bocado, escucho atenta diferentes maneras y costumbres de hacerlo. Una de las que más me llaman la atención es la que suele hacerse al caer la tarde en el pont des Arts, donde multitud de jóvenes se sientan a lo largo de la pasarela de madera del puente a comer y beber con amigos. Según me cuenta, algunos van con sus guitarras, lo que ameniza el ambiente y lo hace aún más agradable.

—Quiero ir —le pido cuando acaba de relatarme la original forma de hacer botellón.

—Hace tiempo que no voy por allí.

—¿Eso es un «No»?

—Antes quiero llevarte a mi favorito: Le Dîner en Blanc.

—¿«La cena en blanco»?

—Exacto. El evento suele celebrarse un jueves de junio, pero este año, por motivos de seguridad, lo han atrasado. Será esta noche.

—He oído hablar de ella; en Zaragoza se lleva haciendo unos años, aunque a Ainhoa y a mí nunca nos ha llamado la atención.

—Vaya, ¡hoy estoy que me salgo! Pensaba que te sorprendería y que te haría ilusión.

—Sí; ahora sí —me justifico.

—Entonces doy por hecho que sabes de qué va.

—Lo cierto es que no mucho. Cuéntamelo —le pido.

—Verás, se trata de un pícnic clandestino, el más masivo al que he asistido, que reúne a miles de personas, y al que llevo años teniendo el honor de ser invitado. Los organizadores informan a los inscritos de la fecha y la hora, pero no del sitio. —El tema me interesa cada vez más; no era así como me lo había imaginado—. Cada año se hace en un lugar distinto y abierto de la ciudad, para así no dar tiempo a las autoridades de impedirlo, pues está prohibido celebrar una cena multitudinaria, pero no un día de campo improvisado.

—Y ¿cómo sabéis adónde hay que ir?

—Cinco minutos antes de la hora prevista, todos los que estamos inscritos recibimos un e-mail indicándonos el lugar exacto adonde debemos acudir.

—¿Que le den morcillas al puente! ¿Qué tengo que hacer para apuntarme?

—Ja, ja, ja. Tú serás mi acompañante. Los chicos también van; por fin podrás conocerlos.

—No te mentaré diciéndote que es algo que no me intriga.

—Te caerán bien.

—Si es que los entiendo —apostillo.

—¿Aún no sabes que tienes un traductor personal? —replica abalanzándose sobre mí.

—Supongo que sí. Aunque intento averiguar la forma de pago —respondo picarona. La cosa vuelve a ponerse picante.

—Pues a mí se me ocurre una muy buena —comenta alzando las cejas.

—Esos modales, *mesié*. Estamos en público —me mofa usando una entonación pija hasta decir basta y fingiendo ser más recatada que una monja de clausura.

—¿Sabes que me estás provocando? —pregunta con mirada lasciva.

—¡Caballero, por favor, compórtese! Una bella dama como yo no debe consentir este tipo de acoso.

—Cada vez está más cerca, y yo lo aparto con la mano.

—¡Cómo me estás poniendo! —Sus ojos emanan fuego.

De reojo, miro hacia su bañador, que parece abultarse por segundos.

—Oh, no, no, *mon amour*. —Simulo estar escandalizada mientras aparto la vista.

Pero él no hace caso de mi rechazo e insiste echándose sobre mí; no parece tener intención de parar hasta conseguir su objetivo. ¡Qué calor me está entrando! Temo empezar y ser incapaz de parar, por lo que, justo cuando me va a acorralar, me vuelvo sobre la arena haciendo la croqueta para zafarme de él y dirigiéndome hacia el agua. Oigo su risa detrás de mí.

—¡¡Te quiero!! —grita sonriente desde la arena, lo que provoca que todo el mundo nos mire.

—Yo a este tío no lo conozco de nada, ¿eh? —les digo a un grupo de personas que pasan por mi lado, que no se enteran de nada y me miran con cara extraña.

—¡¡Te quiero, Maica Ruiz!! —insiste.

—¡¡Yo también me quiero!! —le grito a mi vez para que me oiga—. Señora, no se asuste —le digo a la mujer de más edad del grupo, que es la que más escandalizada me mira.

—*Je t'aime, ma petite!!!* —vocifera aún más alto y esta vez en francés para que medio París se entere.

—¡¡Sigo sin conocerte!! —chillo risueña justo antes de lanzarme al río.

El agua está más fría de lo que esperaba pese a la temperatura que hace hoy, cosa que agradezco, dado el calentón descomunal que llevo. Durante un buen rato, nado y buceo por el río, dichosa y feliz por el momento tan maravilloso que estoy viviendo. Creyéndome observada por él, hago alguna que otra tontería dentro del agua, como salir al estilo chica James Bond, con los ojos cerrados y sexi perdida. Pero, para mi sorpresa, cuando lo busco con la mirada, lo veo hablando por teléfono con cara de pocos amigos. Ya no queda ni un atisbo del Matthew sonriente que acaba de confesarme públicamente su amor. Inquieta, nado hasta la orilla mientras observo que se pasa la mano por la cabeza con semblante serio, lo que me corrobora que algo ha sucedido.

—¿Qué ocurre?

—Nada, no tiene importancia.

—Tu cara dice todo lo contrario. ¿Le ha pasado algo a mi abuela? ¿Están todos bien? —Su silencio me atormenta, está como ido—. ¡Matthew, por Dios, dime algo! —Me he puesto histérica en décimas de segundo.

—No, tranquila. No se trata de ellos. Todo está bien —argumenta volviendo en sí.

—No, no lo está. Dime qué ocurre —le imploro sentándome a su lado.

—Era mi abogado. Debo arreglar un asunto mañana.

—¿Tu abogado? ¿Tan importante es que no puede esperar a que... me marche? —Es la primera vez que hablamos del tema desde nuestra visita a la torre Eiffel.

—Desgraciadamente, no. Debo ir el día de mi trigésimo cumpleaños.

—¿Mañana es tu cumpleaños? —pregunto asombrada; no me había dicho nada hasta ahora—. Y ¿por qué tienes que ir en el trigé..., ¡coño!, en tu treinta cumpleaños?

—No quiero hablar de eso ahora. ¿Te importa si lo dejamos para otro momento?

—Sí me importa —afirmo con seguridad. A juzgar por la cara que pone, mi respuesta no le ha gustado nada—. Pero también sé lo que dije —me apresuro a añadir—. No voy a insistirte ni a ponerte entre la espada y la pared; serás tú quien decida cuándo y cómo contarme lo que tanto te atormenta.

—Gracias —murmura.

Su cara refleja tanta pena que siento la necesidad de ayudarlo. Me muero por saber qué le ocurre, pero sé que debo cumplir la promesa que le hice. Como también sé que debo hacer algo para que esa maldita llamada no empañe el día tan maravilloso que él mismo ha preparado con tanto esmero. Así pues, decidida a retomar su anterior estado de ánimo, le pregunto:

—¿Qué quieres para tu cumpleaños?

—No quiero nada —responde cogiendo puñados de arena para después verla caer entre los dedos.

—¡De eso nada, monada! Ya se me ocurrirá algo; tú déjalo en las manos de Zape —digo en tono alegre, golpeándolo con el hombro. Por un instante veo un amago de sonrisa en su rostro, aunque no me es suficiente—. ¡Vamos al agua!

—Ahora mismo no me apetece mucho.

—¡A mí me apetece estamparte una tumbona en la cabeza, pero no lo hago! En esta vida uno no siempre hace lo que quiere, ¿lo sabías?

—No podrías, aunque quisieras.

Por fin su semblante deja de estar serio. ¡No hay nada como un poco de pique para reavivarlo!

—No me pongas a prueba, franchute.

—¿Provocándome, españolita?

—Siempre, parisinito —me mofo levantándome—. Si tienes queja, el libro de reclamaciones lo tengo en...

Mattew no me deja acabar la frase. Divertido, se levanta risueño amenazándome con la mirada. Sé lo que quieren decirme sus ojos, por lo que corro hacia el agua, entre risas, seguida de él. Nuestro estado de ánimo vuelve a ser alegre y, entre bromas, nos chapuzamos, buceamos y nos besamos sin que nada ni nadie nos estropee el momento.

* * *

Son las seis y media y Mattew no deja de mirar el reloj mientras termina de preparar la cena en la cocina de su apartamento. Yo voy metiendo en una cesta de mimbre, con la palabra «*Merci*» cosida a un lado, todo lo que él previamente ha preparado: platos, vasos, copas, servilletas de tela, velas y un largo etcétera, todo ello de color blanco. Según me ha ido explicando desde que hemos llegado de la playa, cada participante debe llevar su propia cena y menaje, así como mesa, sillas, manteles y unas bengalas. La comida es algo libre, aunque, en el caso de la bebida, tan sólo se permite agua, champán o vino. Ver con qué emoción lo ultima todo y lo alegre que está me confirma lo ilusionado que se siente con este evento y lo mucho que le gusta, algo que logra contagiarme.

Apenas queda hora y media para que dé comienzo la cena, y todavía tenemos que vestirnos. Mattew me ha contado que a este evento la gente suele ir muy arreglada, y que incluso los asistentes participan en concursos como el de la pareja mejor vestida o la mesa mejor decorada. Eso sin contar que aún desconocemos dónde se va a celebrar, y que no está permitido el uso de coche para ir, pues el objetivo es

fomentar el amor por el medio ambiente, para lo que la organización pone a disposición numerosos autobuses en determinados puntos de la ciudad.

Frente al armario, busco entre mi ropa algo acorde con el evento. Me imagino a las parisinas elegantemente vestidas, con caros tocados y perfectamente peinadas, en contraste conmigo, que tan sólo he traído un vestido corto sencillo de manga larga y escote de pico. Cuando me visto y me miro al espejo, me viene a la mente el de mi última noche en Zaragoza; sería ideal para esta ocasión, pero me lo dejé allí del todo empapado. Tampoco he traído zapatos de tacón en color blanco; mi «por si acaso» no lo es tanto como pensaba. Agachada mientras busco mis deportivas blancas, siento su presencia detrás de mí.

—Pocas vistas son mejores que ésta.

Sonrío al oírlo. Cuando acabo de calzarme, me vuelvo para mirarlo.

—¡Ahí va! —suelto nada más verlo.

Va impecablemente vestido de un blanco impoluto, con un pantalón chino, una camisa entallada, unas zapatillas blancas y un sombrero panamá.

—Estás preciosa —comenta abocándome hacia él.

—Le dijo el bello a la bestia —me mofó al sentir que desentono con su perfecta elegancia.

—Ja, ja, ja. ¿Es así como te ves?

—Es difícil no verse así a tu lado.

—Parte de razón llevas. —Mi mirada le deja claro que acaba de tocarme las narices; una cosa es que lo diga yo, y otra muy distinta que lo haga él—. Creo que te falta algo.

—Sí, un hada madrina con una varita mágica.

—Lo segundo lo tengo.

Acaba de ganarse un suave golpe por chulo y vanidoso.

—Date la vuelta.

Sin saber muy bien qué es lo que va a hacer conmigo, obedezco su petición. Con cuidado de no hacerme daño, comienza a recogerme el pelo. Tenía pensado llevarlo suelto y estoy a punto de decirle algo cuando noto cómo me coloca algo frío en el cuello.

—Ahora estás perfecta.

Dejando caer de nuevo el pelo sobre mi espalda, aguarda paciente mi respuesta. Sorprendida y sin dejar de tocar lo que me acaba de regalar, me vuelvo hacia él con el corazón acelerado.

—¿Cómo es... posible? —balbuceo.

—Te vi tirarlo al suelo y lo cogí antes de salir tras de ti.

—Pero el cierre estaría...

—Lo llevé a arreglar en cuanto llegamos a París.

—¿Cuándo? —pregunto extrañada; no sé en qué momento ha podido hacerlo.

—Madrugar tiene sus ventajas —responde triunfal.

—Yo... yo...

—Lo sé. No necesito que lo digas.

Sin ser capaz de articular ni una sola palabra más, me abalanzo sobre él y, sin importarme mi vestido, el concurso o la maldita elegancia de las parisinas, lo beso con pasión. Que guardase mi collar con el candado, que yo misma tiré al suelo justo antes de salir de la discoteca, es una prueba más de lo mucho que me quiere. Yo también siento lo mismo por él, y sé que lo sabe, él mismo acaba de decirlo. Pero por

alguna extraña razón aún no me veo capaz de expresarle abiertamente mis sentimientos. Todo esto me resulta nuevo, y sólo me queda la esperanza de que Matthew sepa reconocer en mis actos lo importante que es él para mí; comenzando por esta noche, en la que estoy dispuesta a demostrarle una vez más que puede sentirse orgulloso de su chica, lleve el vestido que lleve.

Capítulo 20

Mientras esperamos de pie en la terraza de un *bistrot* de la rue du Mont Thabor, muy cerca del apartamento de Matthew, él sigue hablándome de la cena sin que yo pueda dejar de tocar el collar que llevo colgado al cuello ni de pensar en nuestra última noche en Zaragoza. Lo que hasta este momento me parecía una estúpida fiesta, ahora, en cambio, marca un claro fin de una etapa y el comienzo de otra.

—¿Y la llave? —le pregunto de golpe, cortándole en seco su larga verborrea.

—No lo abre, pero la guardo en un cajón de mi dormitorio.

—Habría sido demasiada casualidad, ¿verdad?

—Lo cierto es que sí. Aunque lo importante no es lo que abre, sino lo que no abre.

—¿Qué quieres decir?

—Maica —susurra acercándose a mí y sujetándome la cara con las manos—, no quiero que nadie pueda abrir ese candado. Eres mía, y no pienso compartirte con nadie. Mientras esté cerrado, sabré que es así.

El corazón me da un vuelco al oír sus sinceras palabras, pero continúo sin poder confesarle que en lo más profundo de mi ser siento lo mismo por él. Nunca hasta ahora había creído en el amor, algo que pensaba que sólo unos pocos podían llegar a alcanzar. En cambio, a su lado estoy descubriendo lo equivocada que estaba y lo tremendamente afortunada que soy. ¿Por qué me cuesta tanto decirle que lo quiero con locura? ¿Por qué no puedo decírselo si tan sólo se trata de dos simples palabras?

Sin una respuesta que apacigüe mis inquietos pensamientos, me abalanzo sobre él para decirle, de la mejor forma de la que soy capaz, lo mucho que lo quiero. Dos parejas que hay a nuestro lado son los únicos testigos de nuestro tórrido beso en plena calle, y no nos importa lo más mínimo lo que puedan pensar o decir. Tan sólo el sonido de su móvil logra sacarnos del íntimo momento.

—Plaza Vendôme —me comunica nada más leer el e-mail que acaba de recibir.

Emocionada y nerviosa por vivir la experiencia y por conocer a sus amigos, asiento sonriente antes de encaminarnos hacia allí. Por fortuna, no estamos muy lejos; recorrerme media ciudad cargada como una mula no era mi idea de perderme por París.

Por el camino vemos gente vestida también de blanco, todos igual de cargados que nosotros, que van en la misma dirección. Pese a ser el que más cargado va de los dos, con las sillas en una mano y un asa de la cesta que ambos portamos en la otra, Matthew está sonriente y feliz. Todo lo contrario que yo, que a cada paso que damos me siento más nerviosa. El tema de la ropa ya no me preocupa lo más mínimo; desde que de mi cuello cuelga el collar, y desde que en el pelo me he puesto una de las flores de su apartamento, me siento ¡divina de la muerte! Aun así, me inquieta conocer a sus amigos y saber si les

caeré bien. Sé que es importante para él, como lo fue para mí que conociera a Ainhoa y a los chicos.

Cuando llegamos a la plaza Vendôme, me quedo boquiabierta. Cientos, miles de personas vestidas de blanco van llegando y son guiadas por los organizadores, que les indican dónde y cómo colocar las mesas a lo largo de la enorme plaza. Entusiasmada, miro a Matthew, que me observa sonriente y orgulloso por saberse el único culpable de que la barbilla casi me llegue hasta el suelo.

Sin dejar de mirar a todas partes, me dejo guiar hasta la puerta de la Boutique Chanel Joaillerie, o joyería Chanel, donde nos aguardan dos parejas que no tardan en saludar a Matthew en cuanto nos ven aparecer. Los chicos, ambos morenos, lo reciben con un fuerte abrazo y las típicas palmadas a la espalda. La chica morena, a la que el chico más alto sujeta por la cintura, lo saluda también de forma alegre besándolo en las mejillas. Pero, cuando llega el turno de la última, la chica rubia de pelo largo y liso, algo llama mi atención. Los besos que le da a Matthew, al igual que la intensidad con que lo mira, me tensan y me hacen ponerme en alerta, despertando mi hasta ahora dormido radar.

Uno a uno, mi anfitrión nos va presentando. Dominique es el chico alto, el marido de Carine. Gaspard es el más bajito de los tres, y Danièle es la chica rubia. Todos me reciben de un modo jocoso y cordial, excepto la última, a la que no puedo quitar el ojo y observo con todo el disimulo del que soy capaz.

Cuando la organización nos indica dónde y cómo colocarnos, con una estudiada y exquisita planificación, los seis nos dirigimos hacia el lugar correcto y comenzamos a montar nuestras mesas a continuación de otras para formar una larga. Pronto me doy cuenta de lo amable que es todo el mundo, incluso los desconocidos que se instalan a nuestro alrededor; su simpatía y su saber estar facilitan mucho el trabajo. Cuando nuestra mesa está lista, las chicas tomamos asiento en primer lugar. Gaspard se apresura a sentarse a mi derecha, y frente a él lo hace Danièle. Matthew, a mi izquierda, charla con Dominique y Carine, ambos sentados enfrente de nosotros.

Al cabo de un rato, los organizadores anuncian el comienzo de la cena, y todo el mundo, desde sus asientos, alza y agita sus servilletas elevando el brazo. Yo los imito y me contagio de la alegría que se respira.

El multitudinario pícnic empieza y Gaspard no tarda en hacerme preguntas que Matthew me va traduciendo. El chico, que, aunque no es ninguna belleza, no está nada mal, insiste en averiguar de dónde soy, a qué me dedico y un sinfín de cosas más. Él le traduce mis respuestas, que todos escuchan de forma atenta. Cuando por fin dejo de ser un poco el centro de atención, los cinco hablan entre sí animadamente en francés mientras que yo me limito a sonreír, a comer y a beber. Apenas entiendo lo que dicen, lo que me hace sentirme un tanto extraña y poco integrada. Igual no debería importarme mucho, pero no puedo evitar pensar en la clara ventaja que tuvo Matthew cuando estuvo en España; ventaja que yo ahora no tengo, al fin y al cabo.

Pronto descubro que mi instinto femenino y mi radar no me han fallado: Danièle, que, al igual que Gaspard, es la soltera del grupo, no deja de insinuarse a Matthew durante toda la cena. En cada bocado, y sobre todo en cada sorbo que da a su impoluta copa de vino, coquetea con él poniéndole ojitos y dedicándole provocadoras miradas. ¿A que le hago tragarse la copa? Matthew no parece darse cuenta de nada, mientras que yo estoy que echo humo por las orejas, conteniéndome por no darle una patada por debajo de la mesa o hacerle un *merdé* en toda regla.

De repente, la música de un grupo suena al otro lado de la plaza, librando a la rubia de mis sádicos planes.

—Toma —Matthew me entrega una de las dos bengalas que lleva—; hora del baile, *ma petite*.

Sus palabras me devuelven la sonrisa y pronto me dejó contagiado de su alegría, alzando la encendida y chispeante bengala, junto con el resto de los miles de personas aquí congregadas. Matthew me agarra por la cintura radiante de felicidad y, ante la mirada de sus amigos, y la de estupor de la rubia, me aboca hacia él y me besa apasionadamente por primera vez desde que hemos llegado aquí. Pocas veces me he sentido tan feliz como en este preciso instante.

Muchas de las canciones que el grupo interpreta son desconocidas para mí, aunque es algo que no me impide disfrutar de Matthew, con el que bailo sin descanso. Tiene tal firmeza y seguridad a la hora de guiarme en cada paso que me resulta de lo más sexi que jamás haya visto. Sin apartar la vista de mis ojos, tras cada giro o tras cada vuelta que me hace dar, vuelve a acercarme a él, aferrándose por la parte baja de la espalda para hacerme sentir su entrepierna y demostrarme su excitante dominio.

—Por fin puedo bailar contigo —susurra a escasos centímetros de mi boca.

—No sé por qué no lo hemos hecho antes —confieso.

—Te fuiste de la fiesta, ¿recuerdas? —Me separa para hacerme dar un nuevo giro.

—Si la memoria no me falla, alguien pasó de mí y me ignoró esa noche —me defiende al encontrarme de nuevo frente a él.

—Tampoco habría permitido que nadie ocupara mi lugar. —Una nueva vuelta.

—Menos lobos, Caperucita. ¿Acaso te habrías peleado con media discoteca?

—Te habría secuestrado. —Otro giro. Empiezo a dudar si lo que quiere es marearme.

—Eres un prepotente, ¿lo sabías?

—Por ti sería capaz de cualquier cosa, Maica. Te quiero como jamás he querido a nadie —confiesa parándose en seco.

En sus ojos veo el intenso amor que siente por mí, lo que me confirma nuevamente que cada una de sus palabras es cierta. Ambos nos miramos en silencio. Por un momento, siento unas ganas irrefrenables de decirle que yo también lo quiero; necesito declararle mi amor y revelarle todo lo que él me hace sentir. Separo los labios para hacerlo por primera vez, para decirle al fin esas dos palabras que tanto me cuesta pronunciar. Pero de nuevo algo en mi interior me lo impide. Lo intento por todos los medios, pero la voz se niega a salir de mi boca. Sé que él espera una respuesta, sus ojos y su cuerpo, aferrado al mío, así me lo demuestran. No quiero perder esta oportunidad ni estropear este momento mágico, por lo que, rendida a la negativa de mi declaración verbal, decido demostrarle lo que siento una vez más con hechos: atrapo su mano derecha con las mías y, sin dejar de mirarlo con todo el amor que en realidad le profeso, me la llevo al pecho. Con su palma posada sobre mi agitado corazón, ambos guardamos silencio, hasta que Matthew me susurra:

—Lo sé, *ma petite*, yo también te amo.

Sin importarme nada ni nadie que no sea él, me aferro a su hermoso y musculoso cuerpo y me fundo en un tórrido y ardiente beso. Mis labios sellan con los suyos mis mudas palabras, que con tanta paciencia él aguarda. En mi interior bendigo y agradezco haber cometido el error de no inscribirme para ir a Londres. «¡Ainhoa!» Al acordarme de ella, siento la necesidad de confirmarle lo nuestro, algo que ella ya sospecha.

—Ainhoa —manifiesto en tono de reclamación, a lo que Matthew no duda en responder regalándome una amplia sonrisa y entregándome mi teléfono, que él guardaba en el bolsillo trasero de su pantalón.

»¡Hola, Zipi! —La saludo con la mano a través de la microcámara del teléfono.

Matthew me abraza de nuevo por detrás y ambos salimos en la pantalla.

—¡Eh, holaaaaaaaaaaaaa! ¿Dónde estáis, que hay tanto ruido? —La Cherry está a su lado.

—¡En la cena en blanco! —le grito para que pueda oírme—. ¡Tía, tenemos que ir, es una pasada!

—¡Cuando quieras! ¡Hola, Matthew! —Lo saluda con la mano.

—¡Hola, chicas! ¿Qué tal Londres?

—¡Es precioso!

—¡No tanto como París! —digo girando la cara hacia él y dándole un pico.

—¡¡Por fin!! —grita mi amiga alzando los puños—. ¡Mira, Brittany!

La pelirroja nos da la enhorabuena y en su cara puedo ver que realmente se alegra por nosotros, lo que me sorprende y me complace a partes iguales. El ruido cada vez es mayor y no oigo bien lo que las chicas me dicen, por lo que me vuelvo hacia Matthew, quien, sin que le pregunte, me da un cachete en el culo y me invita a salir de la plaza para poder hablar con ellas. Con una sonrisa, le doy un beso justo antes de volverme y alejarme un poco de allí, no sin antes levantar el móvil y enseñarles a las chicas cómo está la plaza y el buen ambiente que hay.

Durante unos minutos, ellas me cuentan lo que han hecho en estos días que llevamos sin hablar. Por un instante siento un poco de envidia al darme cuenta de lo mucho que la echo de menos, y que me gustaría ser yo la que viviera todo eso con ella, pero al acordarme de mi Napoleón, se me pasa. Cuando me despido de ellas enviándoles multitud de besos con la mano, oigo una voz familiar a mi lado. Inquieta, miro hacia mi izquierda y me encuentro a Danièle enfadada y escudriñándome con la mirada. Apartadas del resto, y sin que haya nadie que pueda oírla, comienza a soltar por su boca cosas ininteligibles para mí, alzándome la voz. Nunca antes había deseado tanto conocer el maldito idioma francés. No entiendo nada de lo que me dice, pero es obvio por su cara y sus gestos que está molesta conmigo. Intento pararla diciéndole que no la comprendo, cosa que no sirve de nada y que sólo consigue cabrearla aún más. Cuando por fin se da por servida, y sin darme opción a réplica, se marcha dejándome boquiabierta y un tanto inquieta por su extraño comportamiento. Elevando los hombros y con cara de acelga, como diría mi mejor amiga, por no haber entendido nada y en el fondo sin importarme un bledo lo que quiera que me haya dicho, me encamino de nuevo a la plaza en busca del hombre al que amo.

—¡Maica! ¡Maica!

—¡Ostras! ¿Qué? —digo desbloqueando el teléfono al darme cuenta de que no he colgado la llamada y es Ainhoa quien me llama.

—¿Quién era esa hija de puta?

—¡Una amiga de Matthew! ¿Por qué dices eso?

—Tía, asegúrate de que nadie nos oye.

—¡Me estás asustando! ¿Qué pasa? —pregunto alejándome de nuevo todo lo que puedo de la plaza.

—Maica, Brittany ha escuchado la conversación, bueno, yo también, pero sólo ella la ha entendido. Esa tía te ha llamado de todo menos bonita y te ha acusado de algo muy feo.

—¿De qué estás hablando, Ainhoa? —El estómago me acaba de dar un vuelco, y siento cómo el corazón retumba dentro de mi pecho hasta casi hacerme daño.

—Tía, no sé hasta qué punto conoces a Matthew, pero sé que, de haberlo sabido, no me habrías ocultado algo así.

—¡Dime ya de qué coño hablas! —le exijo levantándole la voz; estoy dejando que el miedo hable por mí.

—Maica, esa tía ha dicho que lo único que quieres de él es su fortuna y su título nobiliario.

—¿Su qué?

La cabeza me da mil vueltas, y sé que no es fruto del champán. Noto un dolor oprimiéndome el pecho, tengo la boca seca y unas tremendas ganas de echarme a llorar.

—¡Joder! No sabes cuánto siento no estar ahí contigo. ¡Tía, dime que podrás con esto!

Durante unos segundos me quedo callada intentando asimilar todo lo que mi amiga me ha dicho y atando los cabos sueltos que mi memoria se encarga de sacar a la luz. Su saber estar, su educación, esa casa, la llamada del abogado... Ahora todo empieza a tener sentido. Pero entonces... ¿por qué siendo un noble se apuntó a un intercambio de jóvenes? Él no es como nosotros, ¿qué pintaba ahí? Y ¿por qué no acepta su posición?, ¿por qué la esconde? Las preguntas se cruzan una y otra vez como un bucle en mi cabeza, hasta que Ainhoa vuelve a sacarme de mi embrollo mental.

—Maica, tranquilízate. Sé cómo te mira, y estoy segura de que todo tiene una explicación. Habla con él. Y, por favor, no hagas ninguna tontería, prométemelo. ¡Maica, prométemelo! —insiste.

—Sí —acierto a decir—; lo haré, te lo prometo.

—¿Seguro que estás bien?

—Sí, sé lo que tengo que hacer. ¡Britanny! —la llamo.

—*Yes.*

—*Thank you so much.*

—*Welcome.*

Con la firme intención de no estropear lo que queda de noche y, sobre todo, de no darle el gusto a la rubia despechada, una vez que me despido de Ainhoa y de mi nueva amiga Britanny, me dirijo de nuevo hacia la plaza en busca de Matthew y del resto del grupo deseosa de pasármelo bien. Sé que debo cumplir la promesa que le hice y esperar a que sea él quien me cuente toda la verdad, pero con mi nuevo descubrimiento estoy segura de que me las ingeniaré para que eso ocurra antes de lo que él espera.

Capítulo 21

Matthew

Como cada mañana, me levanto temprano para salir a correr. No quiero hacer ruido, no quiero despertarla. Me visto y la miro mientras duerme; es preciosa. El corazón se me encoge al pensar el poco tiempo que nos queda de estar juntos. Sé que le debo una explicación, sé que he de contarle la verdad.

Bajo la escalera con una única idea rondándome la cabeza: saber cómo se lo tomará. El jardín está como más me gusta, casi vacío, con tan sólo unos cuantos corredores como yo. Una vez hecho un previo calentamiento, comienzo mi habitual recorrido. Intento concentrarme sólo en el trayecto y pensar en otras cosas, pero no consigo hacerlo; Maica domina y prevalece en mi cerebro como si de un chip se tratase. Es la primera persona en la que pienso al levantarme, y la última que veo al acostarme; esa pequeña ha sabido ganarme y robarme literalmente el corazón.

Mis piernas siguen corriendo sin que me percate del trayecto, mi subconsciente lo hace por mí. Tengo dudas, no sé cómo se lo va a tomar. Sé que he esperado mucho tiempo para contarle la verdad, pero lo cierto es que aún duele. Como también sé que lo que ella siente por mí es real, pese a que todavía no haya sido capaz de expresarlo. Ambos tenemos miedo, lo que me confirma que lo nuestro es de verdad y no un mero amor pasajero. Puse todo mi empeño en alejarme, intenté por todos los medios no enamorarme de ella, pero me fue imposible. La morena de grandes ojos verdes es única y maravillosa, ¿cómo no caer rendido ante ella? No sólo es su físico, que me vuelve loco, sino también su espontaneidad, su increíble forma de ser y su gran corazón. Supe que era ella desde el primer instante en que la vi, y no me equivoqué. Ha roto todas las barreras que existían entre su mundo y el mío, ha sabido adaptarse a mi forma de vida, a mi forma de entender el sexo. Ella es... la ecuación perfecta.

Con la convicción de que debo ser sincero con ella y aprovechar hasta el último segundo que nos queda, juntos, decido terminar antes de lo habitual. Tras una rápida ducha, cojo el móvil y le escribo un mensaje a mi abogado, al que le exijo que nos reunamos a primera hora. De nuevo me quedo un rato mirándola, pero esta vez le hago fotos con el móvil. Sé que nos hemos hecho cientos, miles tal vez, pero éstas formarán parte de mi colección particular. No quiero despertarla, anoche se la veía tan cansada que al llegar a casa nos fuimos directos a la cama a dormir, algo normal después del día tan agotador que vivimos ayer.

En menos de veinte minutos, estoy en el despacho de mi abogado; es un tipo muy serio, demasiado en realidad, aunque sé que forma parte del papel que debe representar. Durante un buen rato me suelta el mismo rollo de siempre, el de todos los años. Yo me limito a escucharlo; cuanto menos lo interrumpa,

antes podré irme para estar con Maica. Cuando llega el turno de las preguntas, él sólo recibe por mi parte las mismas respuestas de siempre: «Necesito tiempo», «No es lo que yo quiero» y un largo etcétera. En el fondo no sé para qué me cita cada año desde que fallecieron mis padres; llevo diez repitiendo lo mismo sin que nada haya cambiado. Tras su charla anual y mis correspondientes evasivas, me despido de él agradeciéndole su paciencia y su trabajo y me encamino hacia la panadería para darle a Maica su ración de azúcar diaria.

Conforme entro por la puerta, hago lo de cada mañana: dejo la bolsa en la cocina y cojo un croissant para llevárselo al dormitorio y pasárselo por la nariz. Adoro su buen despertar y la cara sonriente con la que me da los buenos días. Pero cuando llego me sorprende al ver la cama vacía. Juguetón, me dirijo al baño con la idea de meterme con ella en la ducha.

—¡Maica! ¿Maica? —comienzo a llamar al no encontrarla allí tampoco.

Salgo al pasillo hasta llegar al cuarto donde guarda la ropa. Con el corazón en un puño, abro el armario para ver que todo está en su sitio. Un profundo suspiro sale de mí al comprobar que no se ha ido. Sin tiempo que perder, recorro el resto del apartamento sin encontrar rastro alguno de ella, ni siquiera de ninguna nota que me indique dónde está. De vuelta en la cocina, dejo el croissant, me lavo las manos, saco el móvil de mi brazalete y marco su número. Un tono, dos tonos...

—¿Dónde estás? —Estoy tan nervioso que no la dejo ni hablar.

—En París.

—Maica, en serio, ¿dónde estás?

—Te lo acabo de decir.

—¡Dime dónde demonios estás!

—¡Te iba a cantar el *Cumpleaños feliz*, pero te aseguro que ahora me lo estoy pensando!

Su respuesta me hace darme cuenta de que he sido un completo idiota.

—Tienes razón, disculpa. Es sólo que, al ver que no estabas, yo...

—Tenía que ir de compras sin ti; he aprovechado que no estabas y me he venido hasta aquí.

—¿Dónde es «aquí»?

—Pues está muy claro..., aquí.

En otro momento, su respuesta me habría hecho gracia, pero aún estoy reponiéndome del susto de no encontrarla al llegar a casa y no logro contagiarme de su desparpajo.

—¿Puedes ser más concreta? —Intento calmarme, aunque no lo consigo.

—¿Se puede saber qué coño te pasa? —Ya salió el genio—. Estoy en una plaza, haciendo unas compras.

—Si no sabes dónde estás, dime al menos qué ves.

—¿Me tomas por idiota?

—¡Dime qué ves, joder! —Estoy pagando con ella la rabia que siento por la maldita visita que desde hace diez años logra empañar esta fecha tan señalada.

—¡Ahora mismo, el culo del caballo! —me grita ella también—. ¿Estás contento?

—¿Qué culo?, ¿de qué demonios hablas?

—¡Si no te gusta mi respuesta, no haber preguntado! ¡Quien dice lo que no debe oye lo que no quiere!
—Me acaba de derrumbar, y con toda la razón.

—Perdona mis modales —claudico al fin—. He llegado a casa lo antes que he podido para estar

contigo, y al no verte, yo...

—Has ido a ver al abogado, ¿verdad? —Mi tono ha apaciguado también el suyo.

—Sí. Maica, hay algo que debo contarte. Tenías razón y ha llegado el momento de que te... ¡Maica, Maica!

¡Joder, me ha colgado!

Tras los diez minutos más angustiosos de toda mi vida, aparece por la puerta cargada de bolsas. Ver que ha vuelto a mí, que, pese a mi ridícula actitud, sigue siendo ella misma y regresa a mi lado me hace sentir el hombre más dichoso del mundo. Corriendo, me acerco a ella y la estrecho entre mis brazos con fuerza. Necesito tocarla, olerla y sentirla. He sido un completo imbécil al temer, por un instante, que pudiera dejarme. La sola idea de que eso ocurra me desgarrar y me rompe por dentro. Ella es la persona más importante que hay en mi vida y se merece saber la verdad, aun a riesgo de que me odie por ello.

—Me vas a... romper en dos —balbucea con el rostro estrujado contra mi pecho.

—Perdona —digo soltándola al darme cuenta de que he podido hacerle daño.

Le cojo las bolsas que lleva en la mano y las dejo sobre uno de los sillones.

—¿Qué ocurre, Matthew? Esta mañana estás muy raro.

—Tengo que llevarte a un sitio.

—No quiero ir a ninguna parte, quiero que me digas qué te pasa.

—Y te lo contaré todo, pero debemos irnos.

—No pienso ir —dice cruzándose de brazos.

A cabezota no hay quien la gane, lo sé porque lo he vivido en mis propias carnes.

—Está bien. Hagamos una cosa: ¿qué te parece si desayunamos juntos y después vamos a donde quiero llevarte?

—¿Por qué no me lo puedes contar aquí? ¿Qué hay en ese lugar?

—Créeme, a nadie le cuesta más que a mí ir allí. —Agacho la cabeza y durante un instante cierro los ojos al recordarlo.

Hace años que no piso ese lugar, aunque por ella..., estoy dispuesto a hacerlo.

Su silencio me atormenta a cada segundo que pasa. Quiero desnudarme ante ella, contarle toda la verdad, una verdad que llevo ocultando desde hace tiempo y que apenas nadie sabe. Intento averiguar qué dicen sus expresivos ojos, pero por primera vez no lo logro. Quizá sea el miedo a separarme de ella lo que me provoca ansiedad por acabar con este secreto cuanto antes.

—Está bien. Iremos a ese misterioso lugar después de desayunar.

—Gracias.

—No me las des; es el premio a la paciencia que he tenido. Te dije que tú solito vendrías a mí.

El chasquido de su lengua y su ocurrencia me hacen reír por primera vez desde que me he levantado. Por esto y por un millón de cosas más, sé que hago lo correcto y que no me equivoqué al elegirla.

Mientras desayunamos, le pregunto por las compras que ha hecho para dejar a un lado el tema. Entre bocado y bocado, me cuenta que ha cargado con cosas para la familia y para Ainhoa: desde llaveros con la tour Eiffel hasta un delantal y no sé cuántas cosas más. Por un momento me imagino la cara de Paco abriendo un regalo con algo típico de París y no puedo evitar sonreír. Con el ambiente más distendido, le pregunto a qué se refería con lo del culo del caballo, y, por lo que me cuenta, sé que se refería a la estatua ecuestre de Juana de Arco. Según ella misma me confiesa, la figura le llamó la atención nada más

llegar a la ciudad y era algo que tenía pendiente. Inexplicablemente, siento celos de la puñetera estatua y de por qué no ha preferido ir conmigo, aunque evito hacer cualquier comentario al respecto y estropear el resto del desayuno.

* * *

Conforme nos adentramos en el distrito VI y nos acercamos a la casa que era de mis padres, el corazón me late con más fuerza; desde que ellos murieron apenas he pisado esa enorme mansión. Tras abrir la verja que da al frondoso jardín que precede a la vivienda, me percaté de lo mucho que han crecido los árboles y del buen trabajo que ha hecho el marido de Véronique, la mujer a la que tanto debo y que tanto me cuida y me aprecia.

—¿Es la casa de tus padres?

Contrariamente a lo que pensaba, Maica no parece muy sorprendida al ver su majestuosa fachada una vez que bajamos de la moto y nos dirigimos hacia la puerta.

—Ven —digo cogiéndola de la mano después de asentir con la cabeza.

Al abrir la puerta, miles de recuerdos bombardean mi mente. La escalera de mármol semicircular que hay nada más entrar ya no me parece tan majestuosa ni tan grande como cuando era pequeño y vivía aquí. Todo está pulcramente limpio y ordenado, aunque con esa sensación fría que tanto me pone el vello de punta.

Durante un buen rato le enseño la casa a Maica, que aguarda con increíble paciencia a que sea yo quien dé el primer paso. Desde la piscina cubierta del sótano hasta la planta de arriba, vamos pasando por cada una de las estancias. No me siento muy cómodo, pero pienso que ella necesita una explicación, y ésta es la mejor forma que se me ha ocurrido. La casa tiene ocho dormitorios, pero sólo uno consigue revolverme las entrañas: el de mis padres. Ni siquiera el mío causa algún efecto en mí, pues forma parte de un pasado que dejé enterrado hace ya tiempo.

Al pasar por la biblioteca, en cambio, logro sentirme algo más relajado, por lo que invito a Maica a sentarse en uno de los dos sillones blancos de piel que hay junto a la gran estantería. Ella accede sin reparo. Aún no ha hecho comentario alguno desde que hemos puesto un pie en la casa, lo que me inquieta aún más. Por un momento, permanezco en silencio mirando al suelo, que todavía brilla como el primer día; el diseño del parquet, colocado en punta hungría, me recuerda cómo jugaba de pequeño, imaginándome extraños circuitos para mis coches de carreras.

—No he sido del todo sincero contigo —acierto a decir por fin. Maica continúa sin articular palabra, a la espera de que me abra ante ella—. Apenas he pisado esta casa desde que murieron mis padres. Y no porque los echara de menos, que un poco sí, sino más bien porque nunca me he sentido cómodo aquí. Verás, mi familia era una de las más importantes y reconocidas de la ciudad de París; no había fiesta que se celebrase a la que no estuviesen invitados, ni inauguración que no tuviesen que agasajar con su presencia. Tantos eran los eventos a los que asistían y a los que no podían faltar que yo casi siempre estaba en casa de mi abuela, la *grand-mère*, quien prácticamente me crió y a la que debo todo lo que soy. —Por su mirada puedo entender que comprende todo lo que voy diciendo, lo que me ayuda a continuar—. Mis padres no eran lo que se podría decir... convencionales; ellos eran distintos, o al menos se empeñaban en serlo. Mi padre siempre hablaba del linaje, de ocupar una buena posición en la alta

sociedad y ese tipo de cosas. Mi madre, por su parte, era la reina de las apariencias, la que siempre estaba exigiéndome cómo debía comportarme e impidiéndome ser lo que era: un niño. Con el paso de los años, aprendí todo lo que había que saber sobre protocolo, etiqueta y formulismos, todo ello acompañado de una rigurosa elegancia y saber estar. Mi abuela, en cambio, me permitía ser yo mismo; me dejaba corretear por el que ahora es mi apartamento sin imposiciones solemnes ni ceremoniales. No quiero que pienses que fui un niño infeliz, o, al menos, no del todo. Sé que a los tres les debo mucho, pero... —El nudo que siento en la garganta me impide seguir.

—Nos falta la cocina..., ¿qué tal si bebemos algo? Tengo sed —suelta de pronto, poniéndose de pie y ofreciéndome la mano con su inconfundible sonrisa implantada en el rostro.

Detalles como éste son los que consiguen que esté loco por ella; siempre tiene un gesto, una sonrisa que ofrecer aun cuando a uno le faltan las fuerzas para hacerlo. Su positividad y su alegría me cautivan y me atraviesan hasta lo más hondo.

Una vez en la enorme cocina, lleno dos vasos de agua y le ofrezco uno. Tal y como había imaginado, ella apenas le da un pequeño sorbo, mientras que yo me lo bebo de un solo trago. Ya un poco más repuesto, continúo con mi explicación, que tanto se merece y que yo me muero por acabar cuanto antes.

—Mi padre descendía de un largo linaje que se remontaba siglos atrás, del que no quiso desprenderse y del que mi madre no le habría permitido jamás hacerlo. Era el vizconde Cuvier, título que ha ido pasando de generación en generación y que, pese a no significar nada ni tener valor alguno a día de hoy, siempre lucharon por preservar y no perder jamás. Para ellos era algo muy importante, demasiado en realidad, hasta el punto de dejarlo reflejado en el testamento de un modo conciso y claro. Ellos sabían cómo era yo y, por más que lo intenté y les expliqué que toda esa historia de ser noble era algo que no iba conmigo, se negaron a escucharme y en el testamento se encargaron de ponerme una condición: si quería heredar su inmensa fortuna, debía continuar con el linaje y aceptar el dichoso título de vizconde. Desde entonces, el abogado me llama, como cada año, un día antes de mi cumpleaños para recordarme la dichosa cláusula y que asista a la reunión anual de la ANF, la Asociación para el Bienestar de la Nobleza francesa, a la que, por supuesto, me niego a acudir. —Ella continúa en absoluto silencio. Si antes me parecía un detalle cortés por su parte, ahora, en cambio, me está matando—. Maica, di algo, por favor.

—Antes me gustaría que me respondieras a unas cuantas preguntas.

—Las que quieras —me apresuro a afirmar.

—¿Cuánta gente sabe esto?

—Lo de la herencia es algo que sólo saben mis amigos. Mis sentimientos, en cambio, es algo que sólo conoce Eloy, y ahora tú.

—¿Qué hubo entre Danièle y tú?

Su pregunta me asombra tanto que tengo que volver a llenar el vaso y bebérmelo de nuevo de un solo trago.

—Nos enrollamos hace mucho tiempo, nada serio por mi parte.

—¿La quieres?

—¡No! ¿Cómo puedes pensar eso? —No sé a qué viene todo esto ahora, creía que no le importaba mi pasado.

—Pues ella no piensa lo mismo.

—¿Qué quieres decir?

Necesito respuestas, mi mente está trabajando a mil por hora y me va a explotar la cabeza.

—Matthew, ya sabía lo de tu título: ella misma se encargó de echármelo en cara.

Estoy tan desconcertado que no sé por dónde empezar a preguntarle.

—¿Qué te dijo? Quiero decir..., ¿cómo la entendiste? ¿Te hizo daño?

«¡Joder!»

—¿Recuerdas la llamada a las chicas de anoche? —Asiento con la cabeza—. Creí que había colgado, pero antes de hacerlo, Danièle vino hasta donde yo estaba y me soltó todo lo que le vino en gana. Por supuesto, yo no entendí nada de lo que me dijo, pero Brittany estaba al otro lado del teléfono y nos tradujo a Ainhoa y a mí todas las lindezas que me escupió.

Puede dar gracias por no estar aquí delante, porque no sé de qué sería capaz. Está claro que tengo, como mínimo, una larga conversación pendiente con ella.

—¿Qué te dijo? —pregunto acercándome y cogiéndola por la cintura. La sola idea de que le hayan hecho daño me revuelve el estómago.

—Literalmente, que era una golfa que iba detrás de tu fortuna y de ser la nueva vizcondesa de Cuvier.

—Es estúpido pensar eso, sobre todo porque no lo sabías.

—Pero ahora sí.

—Siento no habértelo dicho antes, pero ni siquiera yo quiero ese maldito título. Y, antes de que me preguntes, la herencia tampoco me importa demasiado.

—Pues a mí sí me importaría —dice alzando las cejas y mirando a su alrededor.

Su gesto me hace sonreír por primera vez desde que llegamos.

—No te voy a negar que no es succulenta.

—Mejor no me digas de cuánto hablamos.

—Todo el patrimonio en su totalidad asciende a casi sesenta millones de euros, sobre todo por las obras de arte.

—¡Joder!

—Sí, lo sé; es demasiado.

—Pues sí, mucho, la verdad. No me extraña.

—¿El qué?

—Que no quiera compartirte con nadie.

—Ella no me importa lo más mínimo —confieso tomándole el rostro entre las manos—. Me importa lo que pienses tú.

—Pienso demasiadas cosas, y aún tengo dudas que no consigo entender.

—¿Como cuáles?

—¿Por qué no me lo dijiste antes?

—Temía que esto te alejara de mí.

—¿Tan superficial me ves?

—¡No! No se trata de eso. No es algo de lo que me sienta orgulloso, ni de lo que me guste alardear. Además, suma: francés, banquero y encima de la nobleza..., ¡tu padre me mata!

—Ahí tienes razón.

Ambos sonreímos.

—¿Qué más dudas tienes? —le pregunto deseando acabar con esto cuanto antes.

—Si tienes tanto dinero...

—Lo he rechazado, ¿recuerdas?

—Cierto. Pero, estando en tu posición, con tu tipo de vida..., ¿por qué te apuntaste al intercambio?

Sabía que la pregunta llegaría tarde o temprano. Maica es más lista de lo que uno podría pensar por haber repetido tantos cursos y no ser una buena estudiante. Sé que se merece una respuesta, y quiero ser yo quien le diga toda la verdad, pero aún no me siento preparado para hacerlo; aún duele demasiado.

—Ya te he dicho que intento ser una persona normal de mi edad. Necesitaba salir de mi ambiente y probar algo nuevo. ¿Tan extraño resulta?

Sé que no estoy siendo sincero del todo con ella, cosa que me recome por dentro, pero de momento todo lo que puedo ofrecerle es parte de la verdad.

—Un poco sí. Aunque supongo que, de haber estado en tu lugar, quizá yo habría hecho lo mismo.

—¿Estás molesta conmigo?

—En verdad, no. No puedo juzgarte sin estar en tu pellejo.

—¿Pellejo?

—En tu lugar. Aún hay cosas que tienes que aprender, chato. —Su sonrisa ladina me vuelve loco.

—¿Podemos irnos ya de aquí?

—Claro.

Agradecido, la cojo de la mano y, sin mirar atrás, salimos de la casa para regresar al mundo real, a la vida que siempre he querido llevar. Pero de nuevo Maica me sorprende con una de sus habituales salidas: cuando estoy subido a la moto, con el casco puesto y a la espera de que ella suba también, se para a mi lado, posa su mano junto a la mía sobre el puño y me pide:

—Prométeme que ninguna otra mujer subirá aquí.

—Te doy mi palabra —afirmo con absoluta rotundidad.

Ella sonrío feliz por mi respuesta y, sin apartar la mano que aún reposa junto a la mía, con la otra saca el móvil y hace una foto de ambas manos.

—Llevaré siempre esta imagen conmigo como prueba de tu promesa y de lo que eso significa para los dos.

Orgulloso como nunca antes y feliz por ser tan afortunado de tenerla a mi lado, arranco la moto y, sin tiempo que perder y con la voz ronca por la emoción que siento en este instante, le suelto:

—Vámonos de aquí. Necesito hacerte mía.

Capítulo 22

Matthew

El tráfico me parece más denso a cada metro que recorremos; no veo la hora de llegar al apartamento y convertirme de nuevo en el dominante dueño de su más absoluto placer. Ahora sé que Maica es la persona que he estado buscando, la que siempre he soñado con tener a mi lado. De una forma asombrosa, ha logrado entender la situación en la que me encuentro, demostrándome que siente por mí lo mismo que yo por ella. Por algún extraño motivo que todavía desconozco, ella no ha sido capaz aún de expresar sus sentimientos, pero sé que tarde o temprano acabará haciéndolo, como yo lo haré, contándole el verdadero y principal motivo por el que me apunté a este maravilloso intercambio, que tanto me está dando.

Tengo tantas ganas de llegar que aparco en la misma puerta de casa. Cogido de su mano, tiro de ella para subir la escalera un poco más rápido de lo habitual. Una vez en el tercer piso, su respiración agitada me confirma que me he pasado un poco.

—Vas a conseguir que me agote antes de empezar.

—No veo la hora de estar contigo —digo abriendo la puerta para cederle el paso y quedarme mirando su culo respingón.

—Pues me temo que vas a tardar un poco más de lo que habías planeado.

—¿Qué quieres decir?

—Aún tengo que envolver tu regalo.

—¿Me has comprado algo?

—No creas que no me ha costado dar con el regalo adecuado. Pero ahora, sabiendo lo que sé, soy consciente de que he acertado.

—Si lo que pretendías era intrigarme, ¡enhorabuena!, lo has conseguido.

—Necesitaré unos minutos. ¿Serás capaz de entretenerme tú solo mientras tanto?

—Se me ocurren unas cuantas ideas —digo jugueteando mientras la cojo de la cintura y la aboco hacia mí. Me muero por besarla. Pero ella también quiere jugar y, empujándome con la mano, me aparta para impedírmelo—. ¿Torturándome? —pregunto risueño.

—No quiero que estropees la sorpresa, eso es todo. Me largo con esto al cuarto. —Coge las bolsas que ha dejado esta mañana en la entrada—. Mientras, tú ve preparando el tinglado.

Su ocurrencia me hace reír a carcajadas por primera vez en lo que llevamos de día.

—A sus órdenes, mi general —suelto simulando un saludo militar.

—No se te ocurra venir hasta que yo te lo diga o estropearás la sorpresa, ¿entendido? —Me señala

con el dedo y yo no puedo evitar lanzarme sobre él para mordérselo de forma suave, para después lamerlo mientras con la mirada le exijo que se dé toda la prisa que pueda.

—No, no, *mesié*. Aún no —remata antes de desaparecer por el pasillo.

¡Imposible no enamorarse de esta mujer!

Durante un buen rato, preparo mi ritual mientras aguardo a que ella me avise. Apenas la he oído y no sé lo que puede estar haciendo; ignoro por qué tarda tanto, a mí me ha dado tiempo a despejar y prepararlo todo, mientras que ella parece estar empaquetando los regalos de medio París. Cuando por fin la oigo avisarme para que vaya, me voy directo hacia ella. Reconozco que me tiene intrigado, lo que corroboran mis agitados latidos. Por la cabeza me pasan multitud de posibles cosas que haya podido comprarme, que de camino a mi cuarto voy estudiando. Sin embargo, al llegar allí me doy cuenta de que, por muchas vidas que viviese, jamás habría acertado. Incapaz de reprimirme, comienzo a reír a carcajadas al verla plantada en medio de la habitación desnuda, en tacones y con una especie de pompón grande y horrible encima de la cabeza.

—¡Feliz cumpleaños!

No puedo dejar de reír; intento hablar, pero el descojone que me da al verla me lo impide.

—París está lleno de tiendas, pero el mejor regalo viene de España —añade—. Y puedes hacer con él lo que te plazca.

—¿Lo que me plazca?

—Además de vizconde, ¿ahora también eres eco? —replica risueña alzando las cejas.

Jamás en mis treinta años de vida he visto nada ni remotamente parecido. ¿Cómo en algo tan pequeño pueden haber una mente y un corazón tan inmensos? Orgulloso y muy enamorado de esta morena que tanto me enloquece, me lanzo hacia ella, la estrecho entre mis brazos y la beso con tanta ansia y deseo que temo hacerle daño. Atrapo sus labios como un felino inmoviliza a su presa demostrando su superioridad y defendiendo algo que es por derecho plena y absolutamente suyo.

—No tengo palabras para agradecerte el mejor regalo que jamás he recibido —confieso mirándola a los ojos.

—No necesito palabras, ya sabes que prefiero los hechos.

Dispuesto a demostrarle todo lo que siento por ella, le quito ese horroroso lazo que lleva en la cabeza, la cojo en brazos y me la llevo al salón, que es donde quiero y deseo con todas mis fuerzas tenerla y hacerla mía.

Sin dudarle, la coloco en el centro, de tal forma que pueda ver su querida *tour Eiffel*. Deseo que conozca mi mundo tal y como yo lo veo, dárselo todo y hacer cuanto esté en mi mano para hacerla feliz. Enciendo el reproductor de música y selecciono un grupo de canciones francesas que tengo preparadas; esta vez quiero tomarme mi tiempo, no tendré suficiente con una sola canción.

—¿Hasta dónde estás dispuesta a llegar? —pregunto mientras termino de atarle la segunda muñeca.

—Hasta el final.

—¿Estás segura?

Me coloco frente a ella mirándola a los ojos. Necesito saberlo; hoy no quiero contenerme.

—Lleva cuidado, francesito; las piernas no las tengo atadas.

Su respuesta me hace reír; sé lo mucho que detesta que le haga esa pregunta, pero necesitaba asegurarme y oírlo de sus labios.

Con la sensual canción *Je t'aime... Moi non plus*^[4] sonando de fondo, cojo el tercer trozo de seda y rodeo con él su cuello.

—Necesitaba saberlo; hoy no quiero contenerme. —Puedo sentir cómo traga saliva al oír mis palabras—. Hay ciertas partes de ti —continúo susurrándole al oído, casi rozándolo— que deseo ser yo quien las explore por primera vez.

Sé que sabe a qué me refiero, y no tarda en darme la respuesta que más ansío escuchar:

—No se me ocurre nadie mejor para hacerlo —confiesa en un tono tan sensual que logra encenderme aún más.

Apreso de nuevo su boca..., esta vez, como muestra de agradecimiento.

—¿Recuerdas la palabra que...?

—Al final te llevas el rodillazo.

—Hablo en serio, Maica —digo cogiendo su rostro—. Lo último que me apetece es hacerte daño.

—Sí, la recuerdo —claudica al fin.

Necesito asegurarme de que estará bien en todo momento; si la lastimara o le pasara algo, jamás me lo perdonaría.

—Te quiero.

Ella mira sus maniatadas muñecas. Entiendo lo que quiere decir, y, sin dudarlo, poso una mano sobre su latiente corazón, mientras yo hago lo mismo con la otra. A continuación, nos miramos en silencio, dejando que nuestros ojos hablen por nosotros, sobre todo por los suyos, que me expresan de forma clara que siente lo mismo por mí. Me hace tan feliz que me abalanzo sobre ella para atraparla entre mis brazos y besarla con fuerza. Necesito saborearla, y absorbo sus tiernos y jugosos labios al tiempo que introduzco la lengua en el interior de su boca una y otra vez. Quiero que sepa lo loco que estoy por ella y lo mucho que la deseo.

Cuando logro separarme, me acerco hasta la mesa donde tengo todo lo necesario para llevar a cabo mi propósito, cojo el artilugio más suave y me vuelvo de nuevo hacia ella. Sin dejar de mirarla a los ojos, me acerco y apreso otra vez sus labios, pero en esta ocasión de forma más calmada..., no tengo prisa. El zumbido del aparato se entremezcla con la música, aunque no tardo en ahogarlo.

—Ábrete para mí —exijo al tiempo que lo coloco sobre su clítoris.

Maica jadea en mi boca, lo que logra excitarme aún más. Siento cómo mi polla entra en calor y comienza a crecer bajo mi suave pantalón de punto. Mentalmente me pido calma a mí mismo..., aún es demasiado pronto.

Su suave piel me muestra lo frágil que aparenta ser por fuera. Tengo tanta sed de ella que no tardo en apresar su cuello para lamerlo con lascivia al tiempo que le introduzco dos dedos de golpe en lugar de uno. Su interior está caliente y húmedo, lo que facilita mucho más mis movimientos y mis golpes sobre su abultado y ardiente punto G. Por un instante me parece ver que sus piernas tiemblan, pero ella logra dominarlas, dejando caer todo su peso sobre sus altos tacones. Sus jadeos me enloquecen y la penetro con otro dedo más. Está tan dilatada que la embisto con fuerza una y otra vez mientras la miro para atrapar en mi retina su imagen invadida por el placer.

—Suéltalo todo, pero no te corras —le exijo.

Quiero que disfrute, que goce cada segundo que esté conmigo. Quizá en otro momento me incorporaría para llevármela a la cama y follarla a lo bestia, pero no quiero precipitarme, y en el fondo

quiero saber hasta dónde es capaz de llegar.

Sin concederle la más mínima tregua, continúo acariciándola con el vibrador, mientras que, con los dedos, vuelvo a golpearle las paredes internas. Su humedad baja a lo largo de mi mano, excitándome y anunciándome que está a punto de dejarse ir. Por un instante siento cómo sus rodillas pierden fuerza.

Sin tiempo que perder, alargo el brazo, dejo el aparato y cojo otro mucho más grande con forma fálica. Maica sigue jadeando cuando apreso uno de sus pezones con la boca. Me recreo absorbiendo y lamiendo su pecho sin pudor antes de hacer lo mismo con el otro, y de lamer de forma impúdica su torso, su ombligo, su blanco pubis...

—Ábrete más —reclamo con voz ronca.

Necesito saborearla. Con las manos, me abro camino, y es entonces cuando la penetro con el segundo juguete, que dejo sacudiendo de forma extenuante en su interior, mientras con la boca chupo, lamo y muerdo su hinchado clítoris. Ella jadea... y grita mi nombre:

—¡Matthew!

Conoce las normas y sabe que no se le permite hablar, pero oír de qué forma pronuncia mi nombre me excita tanto que omito comentario alguno.

Siento tanto placer al verla disfrutar que por un instante dudo si seré yo el que sea capaz de aguantar.

Ella echa el cuerpo hacia adelante, tensando el pañuelo que la tiene sujeta por el cuello. Sé que está a punto de llegar al orgasmo, sus convulsiones así me lo demuestran. Es entonces cuando decido que ha llegado el momento.

—Ahora, déjate ir.

Incapaz de resistirse más, Maica se corre finalmente ante mí, gritando en jadeos. Con la boca, lamo y acojo su placer, sin conceder el más mínimo descanso a sus impúdicos espasmos. Sin tiempo que perder, me levanto raudo para colocarme tras ella, incorporarla y liberarla del pañuelo que rodea su garganta. Ella me observa extenuada, sin hacer preguntas ni cuestionar mis movimientos.

De vuelta en la mesa, y aún con el otro artilugio vibrando en su interior, cojo otro más pequeño, sobre el que vierto lubricante.

—Eres maravillosa —murmuro mientras termino y me coloco detrás de ella—. Pero ahora es cuando realmente pondré a prueba tu resistencia. —Maica se vuelve para mirarme perpleja, y, antes de que pueda decir algo, me apresuro a añadir—: Te prohíbo de nuevo que te corras. Quiero ver hasta dónde eres capaz de llegar —remato abrazándola por la cintura y restregando mi erección por la parte baja de su espalda.

Respira de forma agitada mientras yo me recreo abocándome hacia ella y atrapando uno de sus pechos. Su pequeño y delicado cuerpo aún se convulsiona cuando la acaricio hasta llegar a su parte íntima. Sé que la estoy llevando al extremo, pero eso es algo que ella ya sabía y ha decidido aceptar de forma voluntaria. Puede parecer que es mi sumisa, pero en realidad soy yo el que se rinde ante ella, ante la diosa que es para mí y ante el increíble amor que le profeso. Ejerce un influjo sobre mí que no soy capaz de describir.

Sin poder resistirme, beso y muerdo su cuello, mientras dos de mis dedos coquetean impúdicos con su ya abultado clítoris y paseo por su cerrado y virginal ano la punta del *plug*, que sujeto con la otra mano. En cada movimiento me aseguro de que el primer artilugio continúe en su interior, algo que no me cuesta demasiado, debido a su poco peso y su particular forma.

Maica no se reprime y deja escapar unos hondos y sonoros gemidos ante la multitud de sensaciones que le estoy provocando. Su placer es también el mío, y ardo en deseos de hacerla mía. Su respiración es cada vez más agitada, más intensa... Al igual que ella, estoy tan excitado que acabo mordiéndole el hombro, al tiempo que comienzo a penetrarla muy despacio con el dilatador. Instintivamente, ella se echa hacia adelante, dejando caer el peso sobre sus maniatadas muñecas. La postura me permite una mayor entrada, y no dudo en penetrarla aún más.

—Más —me pide entre jadeos.

Asombrado por su increíble aguante y su impúdica petición, le introduzco aún más el *plug* hasta hacerlo por completo. Maica gime y grita de placer. Sus rodillas se doblan una y otra vez. Mi doble penetración y mis embestidas la están llevando al límite, haciendo que se contonee sin descanso adelante y atrás.

—Ahora, *ma petite* —balbuceo impaciente.

Maica mueve las caderas en busca de una mayor penetración y, cuando ya no puede resistirse más, se deja ir en un nuevo orgasmo, acompañado por múltiples gritos de intenso placer.

Pero el juego aún no ha terminado. Mientras ella se estremece, mis dedos continúan en su clítoris, el primer artilugio sigue vibrando en su interior y, con el segundo, la embisto por detrás sin descanso.

—Para —la oigo decir en un leve susurro.

—Aún puedes aguantar más —la reto.

Sus espasmos me corroboran que está teniendo varios orgasmos seguidos. Mis embestidas son cada vez más fuertes, más profundas. Siento calor, mucho calor.

—¡Para!

—No has dicho la palabra —bramo con voz ronca.

Estoy tan excitado que temo explotar y vencerme al placer sin ni siquiera haberla penetrado. Por primera vez quiero saltarme las reglas, romper el juego y dejarme ir. Aunque no lo hago, quiero ver hasta dónde puede llegar; hasta dónde podemos llegar ambos.

—¡Para! —vuelve a pedir. Pero yo no hago caso y aún la toco y la muerdo con lujuria—. ¡Para, por favor! —insiste—. ¡¡Tortilla!! —grita al fin.

Sin un segundo que perder, me deshago de todos los aparatos, la desato lo más rápido que puedo y la cojo entre mis brazos.

—Creí que nunca lo dirías —le confieso en un susurro de camino al cuarto, donde, con cuidado de no lastimarla, la tumbo sobre la cama.

Sin apartar mis ojos de los suyos, me desnudo con la esperanza de que se reponga cuanto antes. Ardo en deseos de tomarla, de sentir su húmedo calor recibéndome. Aún tiene la respiración muy agitada, y por un instante temo que no quiera seguir. Sé que debo darle tiempo, por lo que me limito a tumbarme sobre ella con los codos apoyados en la cama. Mi polla acaricia su parte interna, reclamando ser atendida, reclamando lo que desde hace un buen rato ansía. Sin embargo, sus ojos permanecen cerrados, y no logro saber qué piensa. Necesito que me mire, saber que está bien.

—Mírame —le exijo.

Maica obedece llenando su rostro con una amplia sonrisa, como lo hace mi corazón, que late sólo por y para ella.

—Ahora quiero que seas tú.

Sus palabras son como música para mí, y me apresuro a besarla. Haberla visto inmersa en tanto placer sin hacerla mía ha sido un deleite y un suplicio al mismo tiempo. Jamás pensé que me costaría tanto reprimirme. Es la primera vez que me ocurre algo así y eso me hace temer perderla. No sé qué me está ocurriendo, aún sigo sin entender cómo en tan poco tiempo he podido llegar a sentir algo tan intenso y fuerte como lo que siento por ella. Hoy le he demostrado lo importante que es para mí, y ahora quiero seguir haciéndolo.

Sin que ningún juego se interponga entre nosotros, sin que exista ninguna rivalidad ni impedimento alguno, me pongo la protección necesaria, me abalanzo sobre ella y, sin dejar de besarla, le hago el amor como nunca antes había hecho en toda mi larga y, hasta ahora, solitaria vida.

Capítulo 23

Tumbada sobre la cama, con la cabeza sobre su pecho, me aferro a él mientras pienso en nosotros. No quiero que esto acabe nunca; deseo parar el tiempo y quedarnos aquí... para siempre. Lo que ha sucedido hoy ha sido maravilloso. Me he entregado a él de un modo incondicional, como jamás pensé que sería capaz de hacer con ni por nadie. La forma en que Matthew proporciona placer era algo del todo desconocido para mí. En este momento, me siento la mujer más feliz del mundo, aunque de un modo jodidamente masoquista, también me siento la más desdichada. No sé qué va a pasar cuando todo esto acabe y cada uno vuelva a su anterior y monótona vida. Temo que París forme parte de un sueño y que, al despertar, duela tanto que sea incapaz hasta de respirar.

—¿Qué va a pasar? —susurro con un hilo de voz y la vista fija en la blanca pared.

—No lo sé.

—Pero ya no estarás a mi lado —confirmo aterrada—, ya no dormiremos juntos, y ya no...

—¿Crees que no lo he pensado?

Por un instante, el silencio se interpone entre ambos.

—Tengo miedo —confieso.

—Yo también, *ma petite*. —Matthew me abraza fuerte y besa mi frente con ternura—. No quiero ni imaginarme la vida sin ti.

Cierro los ojos al pensarlo.

En momentos como éste, me gustaría ser como él, tener la capacidad que él tiene para expresar lo que siente. De ser así, sé que no dudaría en salir a la balconada a gritarle a la ciudad entera lo mucho que lo quiero. Pero, por alguna extraña razón..., no logro hacerlo. Lo he intentado en más de una ocasión, he intentado abrirme a él, pues motivos no me han faltado, aunque las palabras nunca acaban saliendo de mi boca.

En su lugar, echo la cabeza hacia atrás para mirarlo a los ojos y, cuando los suyos se encuentran con los míos, me llevo la mano al corazón como muestra de mi amor por él. En respuesta, Matthew me imita. Su rostro refleja todo el cariño que siente por mí, pero también revela temor; un temor que ambos advertimos. Tengo un nudo enorme en la garganta y las lágrimas amenazan con salir. No quiero que me vea llorar, y vuelvo a bajar la cabeza para fijar la mirada en la forrada pared y martirizarme por lo mucho que lo voy a echar de menos.

Tras una ducha reparadora, y tras dejar que me ponga el delantal por primera vez desde que llegamos, le preparo su comida favorita: tortilla española. Entre bocado y bocado, y ya mucho más animados y sonrientes, Matthew me sorprende con una reveladora noticia.

—Voy a llamar a los chicos y a cancelar la cena que tenía prevista para esta noche.

—¿Y eso?

—No quiero hacerte pasar un mal rato con Danièle.

Su gesto me enorgullece, pero necesito averiguar más.

—Lo de esa cena, ¿es algo habitual en tu cumpleaños?

—Sí.

—Pues entonces olvida lo que has dicho.

—Pero no quiero que te sientas incómoda —insiste.

—No te negaré que la chica no es santo de mi devoción —confieso levantando un lado del labio superior, gesto que lo hace sonreír—, pero de ahí a que canceles la celebración de tu cumpleaños va un abismo.

—No puedo decirle que no venga.

—Ni yo te lo pediría —me defiendo. En mi cabeza busco incesante alguna manera de demostrarle a la francesita con quién ha topado—. ¿Sabes lo que más me sorprende? —pregunto entornando los ojos una vez que doy con una respuesta que me satisface.

—¿Qué?

—Que a estas alturas no sepas de qué soy capaz.

—Créeme, lo sé, por eso lo digo —se mofa echándose a reír.

—¡Serás...! —suelto amenazante, golpeándolo con la servilleta en un brazo.

—¿Qué se te está pasando por esa cabecita?

—Eso es parte de la sorpresa. Tan sólo necesito tres cosas: saber si ella también tiene algún título, tu ordenador y que me des tu palabra.

—Hasta donde yo sé, no.

—Perfecto.

—El ordenador puedes cogerlo cuando quieras, y en cuanto a la promesa..., ¿de qué se trata?

—Durante la cena, cuando te lo pida, le traducirás cada una de las palabras que yo le diga.

—Maica, ¿qué vas a decirle?

—Prométemelo —le exijo. Pero él no dice nada, tan sólo se limita a guardar silencio, lo que provoca mi inquietud—. ¡Es para hoy!

—Está bien, te lo prometo —claudica en un leve susurro.

—No te he oído.

—Que sí, que te lo prometo.

—Así me gusta —remato triunfante, alzando las cejas.

Cuando me pongo en pie para empezar a recoger la mesa, levanto mi plato, y, con la otra mano, cojo mi cuchillo y me lo quedo mirando. Sé que él me observa y, antes de dirigirme hacia el lavavajillas, musculo:

—¡Qué pena que sólo pueda usarte para cortar comida!

Su cara desencajada y su cuerpo tenso hacen que me descojone en cuanto estoy de espaldas a él.

* * *

Matthew anda por ahí y yo tengo carta blanca para llevar a cabo mi plan. Tengo su promesa, estoy

frente al portátil y sé lo que debo hacer. Echando mano de fotos que guardo en una nube de internet, un par de vídeos que encuentro, y tras bajarme un sencillo programa de edición, al cabo de un buen rato consigo mi objetivo. Satisfecha con el resultado, hago lo último que me queda pendiente y... ¡listo!

La cena se va a celebrar en un lujoso restaurante de París, por lo que, para la ocasión, elijo un elegante y ceñido vestido negro, con escote barco y manga corta, todo ello de encaje, y falda corta de tela. Como el cordón del candado no va muy acorde con el resto, decido no ponérmelo esta vez en el cuello, pero sí colocármelo de pulsera, una vez que le he dado un par de vueltas. Cuando acabo de vestirme, me calzo unos tacones negros de infarto, me maquillo en el baño y, con el pelo suelto cubriéndome media espalda, salgo al encuentro de Matthew, que me aguarda en la balconada impecablemente vestido de negro. El brillo de sus ojos al verme me hincha el corazón.

—*Mon Dieu!* Pensé que no podrías superar nuestra última noche en Zaragoza, pero veo que me equivoqué. —Coqueta, me doy una vuelta para dejarme contemplar—. Todavía estoy a tiempo de cancelar la cena —manifiesta cogiéndome por la cintura y abocándome hacia él.

—¿Y desaprovechar el tiempo que he invertido en... vestirme? Ni lo sueñes, francesito.

—Estás preciosa, cariño.

Sus palabras me hacen sentirme tan orgullosa y feliz que hasta dudo por un instante si aceptar su propuesta y mandar a hacer puñetas el vestido, el escarmiento a la franchute y no sé cuántas cosas más.

—Tú tampoco estás nada mal —declaro con mirada lasciva.

Matthew se abalanza sobre mí y me besa, en respuesta a mi provocación. Sus carnosos labios atrapan los míos con fervor, demostrando en cada movimiento, en cada caricia, lo mucho que me desea y siente por mí. Rendida ante su influjo, le correspondo con el mismo frenesí con que él me besa mientras acaricio su despejada nuca, que tanto me gusta. Al final, nos separamos, no sin esfuerzo, para poder llegar a tiempo a la cita.

Tras aparcar el coche, entramos en el lujoso restaurante, donde todos, a excepción de mi querida amiga Danièle, nos esperan en la barra. Tanto Gaspard como Dominique hacen un comentario al verme. Incluso Carine, a quien, según me traduce Matthew, le encanta mi vestido, cumplido que no tardo en devolverle.

Con una copa de vino en la mano, mientras charlo animadamente con los cuatro gracias a la ayuda inestimable de mi arrebatador Napoleón particular, Danièle se digna hacer acto de presencia. La expresión que pone nada más vernos a Matthew y a mí abrazados junto al resto deja tan clara la «desbordante alegría» que le produce que hasta temo que se ponga a gritar y a dar saltos de felicidad por todo el local. Con la imagen en mi cabeza y una sonrisa en la cara, la saludamos justo antes de dirigirnos a la mesa que tenemos reservada, guiados por el maître.

Antes de comenzar la cena, los chicos le entregan a Matthew el regalo que le han comprado entre todos. Como era de esperar, Danièle es la encargada de hacerlo y, sin reparo, pone todo de su parte por rozarlo/tocarlo/sobarlo con la mano en el momento de ofrecérselo. Lejos de demostrarle lo que realmente siento, le dedico mi mejor y más alegre sonrisa. Matthew les agradece el detalle, y más aún cuando descubre que se trata de un precioso reloj, envuelto en un enorme y elegante estuche forrado de terciopelo. Incorporándose, les da las gracias uno a uno. Todos lo abrazan de un modo comedido y cortés, como es habitual aquí. Pero cuando llega el momento de mi querida «amiga», ésta se esmera en acercarse más de lo normal y, acariciando su espalda de arriba abajo, le susurra vete a saber qué al oído.

Matthew se percata, como el resto, de su inequívoco gesto y, de la forma más educada posible, la aparta y le agradece con un desganado «*merci*». Intrigada por lo que haya podido decirle, una vez que toman asiento y los demás comienzan a hablar entre ellos, le indico a Matthew que ha llegado el momento.

—¿Tienes tu móvil a mano? —le pregunto en un susurro, olvidándome de que no pueden entendernos.

—Sí, ¿por qué?

—Ahora lo sabrás —replico.

Y, dirigiéndome hacia Danièle, doy por comenzado mi particular juego:

—Danièle, tengo que pedirte disculpas.

Ella me mira asombrada sin comprender ni una palabra, mientras que mi francesito favorito lo hace literalmente con la boca abierta.

—¿Qué estás haciendo?

—Traduce, coño —digo con una forzada sonrisa, disimulando todo lo que puedo.

—No eres tú quien debe disculparse.

—Me lo prometiste —insisto.

Al final, él obedece y comienza a traducirme. A Danièle, oír mi excusa en boca de Matthew le produce tal excitación y altanería que parece sentirse como la mismísima reina de Francia (vale, sé que no existe, pero estoy segura de que, de haber alguna, tendría su misma cara).

—Siento de veras no haberte entendido anoche, tras la cena —prosigo—. Sé que debería haber aprendido vuestro idioma hace muchos años, es algo en lo que mi padre siempre me ha insistido desde que era pequeña. —Matthew me mira tan extrañado que hasta tengo que darle un apretón en el muslo por debajo de la mesa para que continúe y sea capaz de disimular; sé de sobra el arte que tiene para eso—. Mi padre siempre ha amado este país y a sus habitantes. —Esta vez no puede reprimirse y se le escapa una tos. Yo me vuelvo hacia él y, entre dientes, mascullo—: ¡Lo prometiste! —Él asiente con la cabeza y yo reanudo mi conversación con Danièle—. Como te decía, su amor es tal que siempre ha viajado aquí por placer, ya sabes cómo son los condes cuando se les mete algo en la cabeza... —suelto simulando restarle importancia a lo que digo—. Y, para que veas cuánto lo siento, quiero invitarte personalmente a que vengas a visitarnos a nuestra casa. Ya verás, lo vamos a pasar genial. Te alojaremos en la habitación contigua a la nuestra para que no te sientas sola, aunque te aconsejo que lleves tapones, porque somos un poco escandalosos y las construcciones antiguas ya se sabe... —Matthew continúa traduciéndome pese al esfuerzo que me consta que le está suponiendo reprimirse. Yo, en cambio, gozo de lo lindo al ver la cara desencajada de ella—. ¿Quieres verla? Me hace ilusión que sepas dónde vivo. Matthew, cariño, déjame tu móvil, por favor.

Bajo la atenta mirada del resto del grupo, que no ha abierto la boca para no perderse nada, él me entrega el teléfono. Abro la aplicación de YouTube y busco el vídeo que he subido esta misma tarde desde su portátil. Con una sonrisa que sé que me va a tener todo el día de mañana con dolor de mandíbula, le entrego el móvil para que vea el vídeo que he preparado, donde salen fotos mías en el palacio de Larrinaga. Se trata de un precioso edificio, convertido ahora en restaurante, que he visitado en varias ocasiones, por lo que tan sólo he tenido que editar el montaje con un sencillo programa. No soy muy experta en la materia, pero tengo que reconocer que el vídeo me ha quedado la mar de mono y realista.

Danièle mira atónita y completamente perpleja la pantalla. Al cabo de un rato, me hace una pregunta,

que Mattew no tarda en traducirme:

—Pregunta cuál es tu título nobiliario.

—Ah, condesa de Zape —anuncio con naturalidad—; es un condado muy conocido y considerado en España. —Mi Napoleón está a punto de descojonarse y me apresuro a darle un pisotón; del dolor, consigo borrarle la sonrisa en décimas de segundo—. Proviene de un linaje muy antiguo —prosigo—, tanto, que tú ni siquiera habías nacido, pese a lo mayor que eres. Pero, por favor, no quiero que te dejes impresionar ni por él ni por el tamaño de nuestra *sencilla* casa; aunque seamos de alta cuna, en el fondo, los que tenemos título nobiliario somos personas normales y corrientes. ¿A que sí, cariño? —pregunto mirando a Mattew.

—*Oui* —responde cuando acaba de traducirme.

Danièle, incapaz de soportarlo ni un segundo más, me entrega el móvil y, con la excusa de ir al baño, se levanta y se marcha totalmente descompuesta.

—¿Es cierto todo lo que le has dicho? —me pregunta Carine en inglés en cuanto sabe que la rubia ya no puede oírnos.

—Ni una sola palabra —confieso, ganándome las risas de los tres hombres de la mesa y la cara de sorpresa de ella.

—Danièle se pasó con ella ayer en un momento de la cena —les explica Mattew.

—Has hecho bien —me confirma Carine.

—Gracias —manifiesto orgullosa.

—¡Me cae bien esta chica! —remata Gaspard, dándole una palmada en el hombro a Mattew.

Si estoy en lo cierto, al chico le gusta Danièle, y no debe de hacerle la menor gracia que ella esté tan pendiente de mi hombre.

Con la rubia desarmada por completo por mi nobiliaria revelación, el beneplácito del resto y un enamorado Mattew que no para de hacerme manitas por debajo de la mesa, terminamos la velada. Los chicos nos proponen continuar la marcha en casa de Dominique y Carine, pero él rehúsa la invitación, alegando que debemos madrugar para ir a Versalles y a no sé qué sitios más. Consciente de que puede que sea la última vez que los vea, me despido de ellos con un «Hasta siempre», sobre todo de Danièle, a la que no ha hecho falta machacar más tras mi fructífera venganza.

Una vez a solas en el coche, Mattew me confiesa:

—Esta noche te has superado.

—Tú tampoco has estado mal. Aunque por un instante he temido que se abortara la misión.

—¿La misión? Ja, ja, ja.

¡Adoro su risa!

—¿Qué es eso? —pregunto de pronto, cortando la conversación, al ver a cientos, miles de patinadores invadiendo la calle; son tantos que hasta Mattew es incapaz de continuar el trayecto y se ve obligado a detener el vehículo.

—¡Lo había olvidado! Es algo habitual los viernes y los domingos en los que el tiempo lo permite. Aquí hay mucha afición al patinaje.

—¿Por qué no me has hablado de esto? ¡Qué pasada! —En mi vida había visto a tanta gente junta patinando.

—Porque no sé patinar.

—¿Lo dices en serio?

—Tenía prohibido... rayar el suelo de madera.

Cuando acaba la frase, veo pena reflejada en su rostro.

—Dame tu móvil —suelto de pronto.

—¿Vas a enseñarme tu mansión, condesa? —se mofa.

—¡Cuidado, vizconde, mi título es superior al tuyo, será mejor que me lo des!

Con otra nueva carcajada saliendo de su boca, Matthew me entrega el teléfono. Busco en la agenda y, sin mirar, señalo un mes al azar.

—¡Ha tocado septiembre!

Tras escribir una nota en el día 3, le devuelvo el teléfono. Él lo mira intrigado y me suelta:

—¿«Ir a aprender a patinar con Maica»?

—Así es. El 3 de septiembre tendrás que venir a verme sí o sí. No lo digo yo, lo dice tu agenda —afirmo levantando las manos como muestra de mi más absoluta inocencia.

—¡Eres increíble! —suelta justo antes de abalanzarse sobre mí y comenzar a besarme. Risueña, acepto encantada su beso, hasta que las bocinas de los coches que están detrás de nosotros nos cortan el rollo. Matthew reanuda la marcha, y yo, orgullosa y agradecida por tenerlo a mi lado, cojo su mano y me la llevo al corazón en señal de declaración. Él no duda en contestar y, dedicándome una dulce, cariñosa y delicada mirada, susurra:

—Yo también te quiero.

* * *

El sábado por la mañana, Matthew me regala mi despertar habitual cuando llega de correr. Cuánto voy a echar de menos ese inconfundible olor y, sobre todo, ese rostro con el que me despierto cada día.

El destino que tiene previsto para hoy es el palacio de Versalles, que en tan sólo una mañana lo visitamos y paseamos por parte de sus preciosos jardines. Al llegar mediodía, harta de tanta exqu coastez ornamental y de escuchar mil y una historias sobre la aristocracia francesa y dormitorios secretos, de vuelta al centro de la ciudad le comento lo mucho que echo de menos la comida basura.

—¿Echando de menos a la plebe?

Su pregunta provoca que ambos estallemos en carcajadas. Es curioso que un tema que tanto lo preocupaba ahora no sólo no logre afectarlo, sino que, además, bromee sobre ello. Un hormigueo en forma de orgullosa felicidad recorre mi cuerpo.

—Sé dónde hacen las mejores hamburguesas de todo París —anuncia.

—¡Llévame ahora mismo! —lo apremio imaginándome una recién hecha, con su ketchup derramándose por los lados y..., ¡vale, tengo hambre, de eso no hay duda!

—Pues tendremos que mirar dónde están. Coge mi móvil —indica señalando hacia el salpicadero.

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunto mientras lo desbloqueo. Él sigue conduciendo.

—Las mejores las cocina un *food truck* muy conocido. Hay que buscar en la web su localización.

La idea me sorprende y me gusta tanto que no tardo en preguntarle el nombre, y mucho menos en localizarlo.

Más cerca de lo que pensábamos, encontramos el camión en el punto exacto donde indicaba su

página. Tras una larga cola entre risas y comentarios acerca de la plebe, el pueblo llano y el conde de Zape, por fin me llevo a la boca mi querida y ansiada comida basura. De nuevo, Matthew tiene razón y lo felicito por su buen gusto y por lo riquísima que está la puñetera.

—¿Sabías que las patatas fritas son genuinas de aquí? —me pregunta al verme deleitándome el paladar con una de ellas en la boca.

—¡Venga ya! —suelto cuando acabo de masticarla—. ¿Los franceses inventasteis las patatas fritas? Fueron los americanos.

—Eso es lo que piensa casi todo el mundo, pero no es cierto.

—Mira, tío. Vale que tenéis la ciudad más bonita del mundo.

—Lo reconoces...

—No tengo más remedio —digo guiñándole un ojo—. Pero de ahí a que este maravilloso invento sea vuestro...

—Pues créetelo.

—¡Acabo de caer en una cosa!

—¿En qué?

—Que después llegamos nosotros, le añadimos huevos y la convertimos en la mejor tortilla del mundo —afirmo metiéndole una de mis patatas en la boca.

Ambos nos echamos a reír, olvidándonos nuevamente del resto de los parisinos... y del resto del mundo.

Por la tarde, Matthew me sorprende llevándome a visitar el Louvre, o, como diría mi abuela, el museo del *Lúgubre*. Nada más entrar por la pirámide de cristal que tantas veces he visto desde su balconada, me sorprendo al encontrarme con un ascensor abierto y redondo para llegar a la planta de abajo, donde realmente está la entrada al museo. ¡Estos parisinos y su afición por destacar...!

La visita comienza y, conforme vamos recorriendo salas, Matthew me comenta curiosidades, como que el museo tan sólo tiene expuestas unas treinta y cinco mil obras, de las más de cuatrocientas cuarenta mil que posee. Como anécdota, me cuenta que, si dedicásemos unos quince segundos a cada una de las obras que en realidad atesora, necesitaríamos al menos tres meses enteros para poder verlas todas. Impresionada por todo lo que me va contando, escucho atenta y sin apenas hablar hasta que llegamos a una gran sala repleta de gente. En ella, admiro perpleja los enormes cuadros que cuelgan de sus altas paredes, mientras me pregunto cómo puñetas pudieron pintarlos. Aunque hay algo que llama aún más mi atención. Al fondo de la sala, justo en el centro, veo a multitud de personas apelotonadas en forma de «U», echando fotos sin parar con sus respectivas cámaras y móviles. Curiosa, me acerco a ellos junto a Matthew y, cuando me es posible ver qué obra es objeto de tantos flashes, me quedo atónita. Tras un grueso cristal incrustado en la pared, a unos metros de distancia de donde nos hallamos por culpa de una barrera curva de madera, se encuentra la mismísima *Gioconda*, de Leonardo da Vinci. Alucinada por estar ante la obra más famosa del célebre pintor, descubridor y no sé cuántas cosas más, pero más que nada por su tamaño, no puedo evitar soltar:

—¡Qué pequeña!

—Ja, ja, ja. ¿Qué esperabas?

—Más lienzo, por ejemplo. Comparada con lo que hay por aquí —digo mirando a mi alrededor.

Matthew continúa riéndose, y lo hace mientras saco mi móvil y hago lo propio, junto con un par de

gamberros selfis que no tardo en enviar y dedicarle a mi abuela.

Cuando mi cuerpo se rinde al cansancio y un imparable bostezo sale de mi enorme boca, da por concluida la visita. Él me agarra por la cintura y paseamos hasta llegar a su apartamento, donde, una vez más, damos rienda suelta a nuestro ardiente deseo antes de dejarnos caer en los cálidos brazos de Morfeo.

Capítulo 24

—¡Despierta, dormilona!

—Eh..., ¿qué ocurre? —pregunto aún sin saber muy bien dónde estoy.

Todavía es de noche, y la luz de la lámpara del techo me da de lleno en los ojos.

—Tienes que levantarte o llegaremos tarde.

—¿Tarde, adónde? Matthew, no pienso ir a correr contigo; déjame dormir —imploro metiendo la cabeza bajo la almohada.

Pero él no está muy por la labor de dejarme en paz y, quitándomela y mandándola a saber dónde para que no la coja, se lanza sobre mí.

—¡Ah! ¡Sal, que me aplastas!

—¡No pienso moverme de aquí hasta que te levantes! —Matthew se ríe, mientras que yo intento sobrevivir bajo su cuerpo. ¡Dios, cómo pesa!

—¿Qué te ha dado esta mañana? ¿Han fumigado el jardín y lo has esnifado?

—¡Arriba!

—¡Ya te he dicho que no quiero salir a correr! Si yo te dejo ventaja, y si quieres te animo: «¡Venga, que tú puedes!». Pero ¡quíateeeeeee!

Cuanto más me quejo, más se ríe él.

—¡Te advierto que, si no lo haces por las buenas, lo harás por las malas!

Cada vez pesa más, pero me lo estoy pasando pipa.

—¿Es una promesa o una amenaza? —me mofo.

—¡Tú lo has querido! —dice justo antes de apartarse, ponerse en pie, cogerme en brazos, cargarme sobre un hombro y llevarme al baño.

—¡Suéltame, franchute! —farfullo partiéndome de risa y agarrándome a su camisa para no caerme.

—Tienes diez minutos para ducharte y vestirte, o perderemos el tren. Por cierto, ponte ropa cómoda y una chaqueta.

—¿Adónde vamos? —pregunto cuando me deja literalmente en la ducha.

Abre el grifo del agua caliente y cierra la mampara.

—Es una sorpresa, españolita —responde al otro lado del cristal, guiñándome un ojo, justo antes de volverse y desaparecer por la puerta.

Obediente y puntual, me presento en la cocina al cabo de diez minutos con unos vaqueros, una camiseta blanca, unas zapatillas deportivas y una chaqueta vaquera en la mano.

—¿Así voy bien? —formulo mirándome.

—Vas perfecta —corroboraba, sentenciándolo con un ardiente beso.

Ni durante el desayuno ni durante el trayecto a la estación, Matthew me dice adónde vamos, pese a mi insistencia. Finalmente opto por hacerle caso y me dejo guiar y sorprender por él... una vez más.

Cerca de las siete de la mañana, y una vez pasado el control, Matthew me entrega su móvil, al que lleva enganchados unos auriculares.

—Ten, pónelos. No quiero que sepas ni por un solo instante adónde vamos.

Cumplidora, cojo el teléfono, cuando veo que se saca un pañuelo de seda del bolsillo del pantalón. La escena me traslada por un instante a nuestros momentos íntimos, y me excito tan sólo de recordarlo.

—Tampoco quiero que veas nada —añade.

Intrigada y divertida por tanto misterio, cierro los ojos, sobre los que me coloca el pañuelo. A continuación, cogida de su brazo, sin oír ni ver nada, caminamos hacia el andén muy despacio hasta llegar al tren y subir al vagón. Estoy tentada de volver a preguntarle, me intriga tanto secretismo, pero sé cuál va a ser su respuesta, y omito comentario alguno.

Al principio, embaucada con tanto enigma, no puedo ocultar una sonrisa, aunque, a medida que van pasando los minutos, ésta va desapareciendo. Todos sus planes, a lo largo de estos maravillosos días, me han encantado y sé que éste no va a ser menos, pero llevo demasiado tiempo escuchando música melódica, sin ver nada y, sobre todo, sin poder hablar con él, lo que me está empezando a desesperar un poco.

—Despierta, hemos llegado —me susurra de pronto, quitándome un auricular de la oreja.

—¿Cómo sabías que estaba durmiendo? —me defiende incorporándome. Me he quedado frita del aburrimiento.

—Podría decirte que tengo poderes, pero creo que me voy a decantar por la mancha que tengo en la manga de la camisa.

Me río al darme cuenta de que debo de haberlo mojado con mis babas.

—¿Cuándo me vas a quitar el pañuelo?

—Aún no —sentencia justo antes de volver a colocarme el auricular.

«Ya tiene que ser buena la visita para tanto misterio», me digo.

Desesperada por que me libere, de nuevo me dejo guiar por él para bajar del tren y pisar tierra firme. Matthew continúa sin desvelarme dónde estamos, tan sólo se limita a hacerme de lazarillo.

Por fin, tras una rampa mecánica, no sé cuántos largos pasillos recorridos y varios escalones más, nos detenemos. Mi francés favorito me libera del pañuelo y los auriculares. Instintivamente, le devuelvo el móvil que llevo en el bolsillo, mientras mis ojos intentan acostumbrarse a la intensa luz de la estación tras haber pasado tanto tiempo en penumbra.

—Me siento muy orgulloso de ti —me revela, cogiéndome de la cintura y abocándome hacia él—. Yo no habría aguantado tanto tiempo como lo has hecho tú.

—¿De cuánto hablamos?

—Dos horas y media.

—¿Qué? ¿He dormido tanto? Te habrás aburrido en el viaje.

—No ha sido el mejor de mi vida, pero puedo soportarlo. —Su sonrisa ladina me derrite.

—Más te vale que el viaje merezca la pena —digo fingiendo estar enfadada con él.

—Eres maravillosa —confiesa tomando mis labios, que atrapa sin pudor.

Mi vista vuelve a ser clara cuando retomamos la marcha. En lo primero que me fijo es en una enorme escultura de una pareja besándose. Al verla, me vuelvo hacia él, que camina a mi lado abrazándome, y le suelto:

—Los parisinos siempre empeñados en dejar claro que vivís en la ciudad del amor.

—Yo no estaría tan seguro.

—¿Qué quieres decir? —pregunto extrañada por su respuesta.

—*Welcome to London!!!* —oigo gritar a Ainhoa, que aparece de la nada y viene corriendo hacia nosotros, seguida de una sonriente Brittany.

Los ojos se me abren como platos al darme cuenta de lo que está pasando y de dónde estoy en realidad. De pronto, mi corazón se acelera y siento sus rápidos latidos retumbar con fuerza en el pecho, que se hincha por la necesidad de tomar aire.

—¡Tía, cuánto te he echado de menos! —me chilla una vez que llega a mí, separándome con brusquedad de él y estrujándome entre sus brazos.

Impresionada, agradecida y rotundamente enamorada, miro a Mattew para darle las gracias por tan precioso detalle, pero el nudo que tengo en la garganta y las irrefrenables ganas de llorar que siento me lo impiden. Zipi continúa abrazándome y diciéndome no sé cuántas cosas más, aunque no logro oír nada; todos mis sentidos están puestos en él, que me mira sonriente y orgullosamente enamorado. Intento por todos los medios devolverle el detalle, agradecerle todo lo que está haciendo por mí; quiero confesarle todo el amor que siento por él, gritarle que lo es todo en mi vida. Pero sólo mis ojos son capaces de hablar por mí, y lo miran como si no hubiese un mañana, le declaran que él es mi mundo y le revelan lo que mi corazón y mi alma sienten de verdad. Mientras Ainhoa sigue hablándome, mis labios por fin aciertan a decir un mudo, aunque sincero, «Gracias».

Cuando mi cabeza comienza a digerir el momento, logro prestar atención a lo que me dice mi rubia amiga. Está como loca haciéndome un rápido y extraño resumen de todo lo que está viviendo en la que, hasta ahora, era nuestra ciudad favorita.

Britanny habla con Mattew y le da la bienvenida, que también recibo yo cuando Ainhoa consigue centrarse y darme un pequeño respiro.

—¡Muchísimas gracias, tío! Sin ti no habría sido posible.

—No tienes por qué darlas.

—Aunque hay una cosa que me intriga bastante y me tendrás que explicar.

—¿El qué? —le pregunta sorprendido.

—Lo que has hecho con ella. Mírala, se me ha vuelto muda.

Alucino la libertad que tienen para hablar de mí así, estando yo delante. ¡Maldito nudo en la garganta!

—Habrá sido por la sorpresa —se defiende Mattew, aunque ambos sabemos cuál es la auténtica y única verdad.

—Tienes razón.

—Lo que siento es que no podamos quedarnos hasta mañana.

—Mayor motivo para que nos demos prisa y cumplamos la ruta que tenemos preparada. ¡En marcha!

—suelta Ainhoa cogiéndome del brazo y tirando de mí.

Soy consciente de que en cualquier otro momento habría gritado o pegado saltos de alegría. Pero lo cierto es que, además de sentirme abrumada por el maravilloso gesto que Matthew ha tenido hacia mí, estoy tremendamente enojada conmigo misma. Mi cabeza no para de dar vueltas intentando encontrar una respuesta, una explicación a mi incapacidad de expresarle lo que de verdad siento. Jamás alguien ha tenido el detalle que hoy él ha tenido; jamás nadie me ha amado como él y, sin embargo, aquí estoy yo, muda como una tumba, sin poder decir ni hacer nada. Inconscientemente, le echo la culpa al miedo; en el fondo sé que es él el que me enmudece, el que me impide ser yo misma, el que me imposibilita abrirme a él..., y eso me enfurece, y mucho.

—Maica, ¿se puede saber qué coño te pasa? —me interpela Ainhoa de camino hacia la calle, aprovechando que Brittany y Matthew hablan entre ellos.

—Lo siento mucho. Yo... —Por fin las palabras salen de mi boca.

—¡Joder, ya sé lo que es! ¿Se lo has dicho?

—¿El qué?

—¡No seas gilipollas! Que lo quieras, ¿qué va a ser?

Su pregunta me hace reflexionar. Lo cierto es que la necesito a mi lado más que nunca.

—No.

—Y ¿a qué esperas?

—Tengo miedo.

—¿De qué?

—Tía, ¿qué va a pasar después, eh? ¿Si te he visto no me acuerdo? —Sólo de pensarlo, siento un dolor en el pecho.

—Matthew no es de éstos.

—Y ¿tú cómo lo sabes?

—¡Dadnos un segundo! —les dice entonces mostrándoles el dedo índice y apartándome a un lado para tener más intimidad—. Tía, no te conozco —continúa cuando estamos a solas y no pueden oírnos—. ¿Sabes todo lo que ha organizado hoy para ti? —Guardo silencio—. Maica, se nota a kilómetros cuando un tío te quiere a centímetros, y él es uno de éstos: te quiere con locura.

—¿Acaso crees que no lo sé? —Ignoro cuánto tiempo podré reprimir las lágrimas.

—¿Cuál es el problema, entonces?

—¡Que aún no me he separado de él y ya lo echo de menos, Ainhoa! —confieso al fin. Es justo lo que necesitaba—. ¡Lo quiero tanto que duele! Cuento los días y las horas que me quedan para estar junto a él. Por un lado, soy tremendamente feliz, pero por otro me siento la tía más desdichada del mundo.

—¡Eres afortunada!

—Lo sé. Sé que él es el hombre de mi vida. Pero mi vida no tiene sentido si no está conmigo, a mi lado. ¿De qué me sirve enamorarme de él si vamos a estar tan lejos? Dímelo.

—Y tú, ¿por qué lloras antes de que te peguen? Maica, siempre he querido que te enamoraras, que sintieras esto, pero no quiero que sufras. El amor también es dolor, es parte de su magia. Pero es lo más maravilloso del mundo.

—Tía, hablas como si lo hubieses vivido, y tú y yo sabemos que no es cierto. Al menos..., no así.

—Sé que mis enamoramientos han sido pasajeros, por eso me da más rabia todavía que no lo

disfrutes como te mereces. Sé que son las novelas y las películas románticas las que hablan por mí, pero quiero creer que algún día viviré lo que estás viviendo tú hoy. ¿Por qué no disfrutas de lo que tienes en lugar de sufrir por ello? Deja de ser tan egoísta, ¡joder!

—Tienes razón. Ven —digo alargando los brazos para acercarla a mí y abrazarla con toda la fuerza de la que soy capaz. Sus palabras y su aliento son justo lo que necesitaba. Sé que debo dejar a un lado el miedo, que sólo consigue paralizarme y no me permite ver lo que realmente tengo ante mí—. Te quiero, tía.

—Y yo a ti. ¡Quién te ha visto y quién te ve! —Ambas reímos.

—¿Tanto se nota?

—¡Joder, si parece que hayan pasado años! ¿Quién eres y qué has hecho con mi Zape? —Sonrío—. No sé, es que estás hasta más... mayor.

—¿Me estás llamando *vieja*?

—Vieja no, pero... Tía, has madurado un huevo —afirma apartándose para mirarme a la cara.

—Yo también lo he notado —digo volviendo a abrazarla.

—Mattew te viene bien.

—Lo sé —reafirmo estrujándola mucho más fuerte.

Los chicos nos esperan fuera, en la puerta de la estación, junto a un taxi londinense de color negro. Sin dejar de mirar a Mattew, me acerco hasta él, me cuelgo de su cuello y, con una enorme y sincera sonrisa, le suelto:

—*Merci, mon amour.*

—*De rien ma, petite* —responde antes de regalarme un increíble beso de los suyos.

Con las tres sentadas en la parte trasera del taxi, y con Mattew en el asiento plegable que hay frente a nosotras mirando en nuestra dirección, observo embobada por la ventanilla las calles de Londres tras abandonar la estación de St. Pancras. Brittany no tarda en empezar a contarme cosas de la ciudad, comenzando con el dato curioso de que todos los taxis de Londres son coches del mismo modelo, y que el motivo de que sean tan altos se debe a una antigua norma que surgió para que los hombres no tuvieran que quitarse el sombrero para entrar ni salir de ellos. Se la ve tan feliz contándolo que ninguno la interrumpe.

Dispuesta a disfrutar al máximo de esta maravillosa aventura, escucho intrigada todo lo que me cuentan ella y los demás, incluidas las historias y los nombres de los edificios más emblemáticos que vamos viendo de camino a Westminster, que es a donde nos dirigimos.

La primera parada es One Great George Street, junto al Parlamento y la famosísima torre donde está el Big Ben. Impresionada por tanto que ver y disfrutar, al pasar junto a la cabina de teléfonos más conocida de toda la ciudad, les propongo immortalizar el momento con numerosos selfis. Con la torre y el palacio de fondo, nos echamos fotos durante un buen rato.

Esperando a que el semáforo de peatones se ponga verde tras pulsar el botón, requisito imprescindible para que cambie de color, me doy cuenta de un dato curioso: en el asfalto hay pintada una frase que te indica hacia dónde debes mirar; aunque todos sabemos que aquí se conduce por la izquierda, no está de más que nos lo recuerden, y la frasecita me resulta chocante.

Mi móvil saca humo de tanta foto que voy echando a diestro y siniestro; no quiero perderme nada, y mucho menos cuando estamos en el puente de Westminster, sobre el río Támesis. Las vistas son preciosas, y en cierto modo me recuerdan a París.

A la izquierda, el gran London Eye, u Ojo de Londres, nos da la bienvenida, y yo me pongo a dar saltos de alegría cuando me confirman que es el lugar al que nos dirigimos. El primer pase es a las diez y, con puntualidad británica, nos presentamos a esa misma hora. Brittany nos cuenta que cada vuelta dura aproximadamente unos treinta y cinco minutos, y que sus treinta y dos cabinas tienen cabida para ochocientas personas en un solo viaje. El interior, de hierro blanco y enormes cristales, me recuerda a una nave espacial. Con tan sólo media cabina ocupada, la noria se pone en movimiento, pero lo hace tan despacio que apenas nos damos cuenta. Sus más de cien metros de alto permiten una impresionante vista cuando llegamos a la parte más alta.

—¿Te gusta Londres? —me susurra Matthew cogiéndome por la cintura.

—Mucho.

—¿Más que París?

—¿Celoso, monsieur Cuvier?

—Extrañamente, sí —confiesa. Yo me limito a sonreír—. ¿No vas a decírmelo?

—¿Acaso tiene importancia?

—Para mí sí.

—Si tan importante es para ti, estoy segura de que podrás esperar.

—¿A qué?

—A que lleguemos a casa.

—No veo la hora —susurra antes de besarme con ferviente deseo.

En otras circunstancias habría gritado «¡Paren, que me bajo!», pero creo que, por esta vez, me voy a contener. Tenerlo comiendo de mi mano y sentir cómo me desea me divierte bastante.

Sin tiempo que perder, cuando por fin la noria acaba de dar la dichosa vuelta, bajamos y las chicas nos apremian para aligerar el paso y llegar cuanto antes a Westminster Abbey, o abadía de Westminster, iglesia conocida por ser testigo de coronaciones, bodas reales, y donde están enterrados personajes tan famosos como Shakespeare, Dickens o Isaac Newton.

El día es corto y hay muchos más lugares a los que ir, por lo que no tardamos en visitarla y en subirnos de nuevo a otro taxi para dirigirnos hacia The Mall, la gran avenida de asfalto rojo que precede a Buckingham Palace. El cambio de guardia comienza a las once y media, y debemos apresurarnos para poder coger sitio. Mientras esperamos a que la guardia de palacio haga su particular desfile acompañada de su banda, Brittany me relata la anécdota de la bandera de palacio. Según me cuenta, pues a ciencia cierta afirma que nadie lo sabe, cuando la reina Isabel está en palacio, la bandera que se iza es la del Reino Unido; mientras que, si es la de los Windsor la que está en lo alto del mástil, significa que la reina se encuentra de vacaciones en su residencia de Escocia. Ahora se iza esta última, por lo que deducimos que está fuera de palacio.

En Londres se come muy pronto, y a las doce y media, los chicos me llevan hasta Trafalgar Square antes de ir a almorzar a Covent Garden, una especie de centro comercial lleno de bares, pubs, restaurantes, multitud de tiendas, y con mucha variedad de gentes y actuaciones callejeras, al igual que en París.

Mientras degustamos el típico *fish and chips* londinense, las chicas me hablan de la multitud de lugares que han visitado durante estos días. Ainhoa me cuenta emocionada lo mucho que le gustaron los barrios de Notting Hill y del Soho. Entre bocado y bocado, me enseña la foto que se hizo la semana

pasada en Abbey Road, en el famoso paso de cebra de la inmortalizada imagen de los Beatles. Pero no sólo me habla de lugares, sino que también lo hace de lo mucho que le gusta que la ciudad esté llena de gente joven y de que sea marcadamente multicultural; se la ve feliz relatando cuanto está conociendo.

—Y ¿tú qué? —me interpela Zipi cuando acaba—. ¿Qué has hecho en París?

«Si tú supieras», pienso al recordar la particular forma en que Matthew concibe el sexo.

—Un poco de todo —respondo al final—. Hemos visitado lugares increíbles, París tiene monumentos preciosos.

—¿Cuál te ha gustado más?

El cuerpo desnudo de Matthew, pero de nuevo me reservo esa información para mí.

Durante un buen rato les cuento a las chicas que la torre Eiffel es mi favorita, y mi impresión acerca de la ciudad. Debo de hacerlo con cara de bobo, porque hasta Brittany me pregunta si me gusta más que Londres. Contrariamente a lo que cabía esperar, y pese a que durante años he querido venir a conocer esta preciosa ciudad, en realidad se me llena la boca al hablar de París; la capital francesa me ha robado literalmente el corazón.

—Si te oyera tu padre —comenta riéndose Ainhoa en un perfecto inglés, idioma que llevamos usando desde que hemos puesto un pie en esta hermosa isla para que la pelirroja nos entienda.

—Pues espera a ver la cara que pone cuando vea lo que le he comprado.

—¡Sorpréndeme! —Matthew me mira intrigado también; él tampoco sabe lo que compré el día de su cumpleaños, cuando desaparecí.

—Unas cuantas tonterías y una camiseta en la que pone: «Yo también amo París».

Los tres reímos a carcajadas, excepto la pelirroja, a la que no tardo en contarle el odio acérrimo que mi padre siente por los franceses, para que se una a nosotros.

Una vez que terminamos de comer y pasamos por una tienda, de donde salgo cargada de regalos para mi familia, volvemos a coger un taxi para dirigirnos hacia el barrio de Greenwich. En el trayecto, cruzamos el famoso puente levadizo de la Torre, que me quedo embobada mirando. Brittany me cuenta que el puente debe su nombre a la Torre de Londres, famosa fortaleza donde decapitaron a Ana Bolena, convertida ahora en museo y en uno de los lugares más visitados de la capital inglesa. Nada más oír que en ese lugar fue donde asesinaron a la segunda mujer del rey Enrique VIII, dejo de mirar por la ventanilla y mi vista se centra en Matthew, que sé que es el único y verdadero artífice de que la visita a ese lugar no haya sido incluida en el plan preparado para hoy. Ambos nos miramos en silencio y, creyéndome no observada, me llevo la mano al corazón como demostración de agradecimiento por el gesto. Él intenta imitarme, pero mi amiga, a la que parece no escapársele nada, se nos queda mirando extrañada. Ante la pillada de la rubia, Matthew acaba rascándose el pecho como si le picase una teta.

—Aquí alguien tiene que contarme muchas cosas —susurra Ainhoa.

—No sé de qué hablas —digo juguetona sin quitarle ojo a él, que mira por la ventanilla con una risilla cómplice.

—Te libras porque no tenemos tiempo, pero pasado mañana, en cuanto lleguemos a Madrid, me lo estás contando todo con pelos y señales.

Su comentario me devuelve de un plumazo a la dichosa realidad: sólo me quedan dos días para estar junto a Matthew. Mis pulsaciones se aceleran, como me parece que lo hace el tiempo, que avanza sin piedad con la mera intención de separarnos. De pronto me doy cuenta de que no quiero seguir en esta

isla. Durante años, Ainhoa y yo soñamos con visitar Londres, siempre nos pareció un lugar maravilloso y el mejor sitio al que ir. Pero ahora ya tengo la respuesta a la pregunta que me ha hecho en lo alto del London Eye. Ahora sé lo que quiero y deseo realmente: volver cuanto antes a París; aprovechar cada instante, cada segundo que me queda a su lado, y confesarle de una vez por todas lo que siento por él.

La visita al Observatorio Real de Greenwich, cuya pronunciación suena como «Gruinich», me parece de lo más pesada y lenta. Lo que iba a ser una visita divertida sobre las placas del Meridiano, con medio cuerpo en un huso horario y el otro medio en el otro, se convierte para mí en algo desesperante. Matthew conoce mis pensamientos, que le transmito una y otra vez apretando y acariciando su mano, a la que me aferro como una tabla de salvación.

Finalmente, cerca de las seis de la tarde, hora inglesa, nos despedimos de las chicas en la estación de St. Pancras, lugar donde ha comenzado nuestra visita londinense. Sin lágrimas, pero sí con mucho cariño, les decimos adiós antes de subirnos de nuevo al tren que nos llevará de vuelta a París, a la indiscutible y por excelencia ciudad del amor.

Capítulo 25

- Gracias —susurro aferrada a su brazo, acurrucándome contra él en el asiento del tren.
- Con una vez me era suficiente.
- Ya, pero ahora tocaba en voz alta —me mofo.
- Pues... de nada.
- Por cierto, ¿cómo localizaste a Ainhoa para planearlo todo?
- Eloy.
- Claro, no había caído. Ha sido increíble visitar Londres. Pensé que nunca lo haría.
- Eso es porque aún no me conoces.
- ¿Eso crees?
- Tú misma lo has dicho.
- Venga, ponme a prueba —digo incorporándome para mirarlo a la cara.
- No necesito hacerlo. —Ríe—. Sé que no.
- Me estás tocando las narices, franchute —mascullo arrugando el morro y frunciendo el ceño.
- Si he de elegir, prefiero tocarte otras cosas. —Su tono es juguetón.
- Para tu información, también me estás tocando los ovarios.
- Pero ¡qué grande eres!
- Está bien, ya que tú no quieres, empezaré yo. —He llamado su atención, ahora es él quien se vuelve hacia mí—. Eres un perfeccionista redomado, culto, inteligente, escandalosamente glamuroso y educado, pero al mismo tiempo tienes un lado oscuro, malo y perverso que me vuelve loca. —Él continúa en silencio, mirándome asombrado—. Tu mayor felicidad es hacer felices a los demás, por no hablar del placer que obtienes a través del que le proporcionas a tu pareja. Ah, y te ponen los pañuelos de seda.
- Ja, ja, ja. —Sus carcajadas son tan sonoras que me hinchan el corazón—. No está nada mal, aunque te equivocas en un par de cosas.
- Vuelvo a ponerme seria.
- ¿En qué, si se puede saber? —Estoy más que intrigada.
- No son los pañuelos lo que me pone, y... aún no sabes de lo que soy capaz sin ellos.
- Su respuesta logra despertar mi parte íntima, que con sólo de imaginarlo da una fuerte sacudida, pidiendo ser atendida y gritando «¡Aquí estoy yo!» a los cuatro vientos. Encaprichada como nunca, me abalanzo hacia él para tomar sus labios mientras acaricio su rostro.
- Si el trayecto hacia la capital inglesa se me ha hecho relativamente corto al pasarme durmiendo la gran parte del tiempo, el camino de vuelta se me está haciendo exorbitantemente eterno. Mattew y yo nos

besamos sin parar, pero no me es suficiente; quiero más.

Por fin llegamos a París, donde subimos al coche y ponemos rumbo al apartamento. En completo silencio, lo observo sin apartar la vista de su hermoso rostro y sus carnosos labios, que tanto me gustan y me excitan. Cuando el tráfico se lo permite, él me devuelve el gesto y me aprieta con fuerza el muslo, que acaricia con la mano derecha. Las luces de la ciudad entran por los cristales de las ventanillas, iluminando nuestros cuerpos llenos de deseo.

Anhelante por sentirlo, me acerco aún más a él y comienzo a tocarle la entrepierna mientras conduce. Su erección no tarda en responder a mi opresiva caricia. Por un instante, cierra los ojos y deja salir un ronco jadeo. Me excito. Su coche es lo bastante alto como para no ser vistos, por lo que me permito desabrocharle unos pocos botones para dejar salir lo que tanto lo oprime. Él aprieta con tanta fuerza mi pierna que hasta siento algo de dolor, pero no me importa, me excita.

Con cuidado de no convertirme en un estorbo para manejar el vehículo, logro sacar su enorme polla, que comienzo a masturbar sin pudor. La respiración de Matthew se acelera, al igual que la mía; estamos sincronizados hasta ese punto. Su mano asciende por mi muslo, en respuesta, hasta llegar a mi parte íntima, que estruja y restriega con vigor. Por un instante pierde el control del coche y, sin darse cuenta, invade el carril contiguo. Un coche nos pita y él da un rápido volantazo para regresar a la vía, aunque el susto no nos impide continuar con nuestro particular juego, que va *in crescendo* a cada segundo que pasa.

Sin tiempo que perder, en cuanto llegamos al aparcamiento, Matthew para el motor y, sin bajar del coche, pasa al asiento trasero.

—Ven aquí —me ordena con esa voz ronca y endiabladamente sexi que tanto me pone.

Mientras se apresura a desabrocharse el pantalón, yo obedezco su excitante orden. Las lunas son tintadas, por lo que nadie podrá vernos, aunque poco me importa en este momento; estoy tan impaciente como lo está él. Matthew no tarda en colocarse un preservativo que saca de no sé muy bien dónde, y yo me doy prisa en desprenderme de mi pantalón y mi tanga. Subida a horcajadas, comienzo a besarlo como llevo horas queriendo hacer. Sin pasajeros ni ojos que puedan ser testigos de nuestra pasión, omito los preliminares y me abro incitante para él. De un solo empujón, me penetra con brusquedad, arrancándome un sonoro jadeo. Mi parte íntima lo recibe deseosa y húmeda. Nuestros cuerpos se unen y se rinden ante nuestro desmesurado y lascivo deseo. Ayudándome de mis piernas, arqueo la cadera para una mayor penetración. Matthew me sujeta por ambas nalgas, que aprieta con ardor. Su lengua invade mi boca, proclamándose dueña y señora de la mía. Siento tanto placer que apenas tardo en llegar a un maravilloso orgasmo. Él atrapa mi cara entre las manos, absorbiendo cada uno de mis gemidos, como yo hago con los suyos en el instante en que él llega también al clímax. Abrazados, aguardamos a que nuestras respiraciones se calmen. Pero, extrañamente, no lo logramos.

—Aún no he terminado contigo —confiesa sujetando mi rostro y atrapando de nuevo mis labios.

Una vez vestidos, salimos del coche y él me ofrece la mano. Yo acepto encantada, aunque no lo estoy tanto cuando me veo obligada a correr para intentar seguir sus pasos; soy mucho más baja que él, y me cuesta mantener su ritmo.

Cuando nos adentramos en su edificio, y justo cuando estamos frente a la solemne escalera, se detiene en seco, se coloca delante de mí flexionando un poco las rodillas y me suelta:

—Sube.

—No.

—¡Sube! —Su tono y su inquisitiva mirada me están poniendo aún más cachonda.

—No vas a poder subir los tres pisos conmigo.

—Deja de subestimarme, españolita.

—Vas a quedarte sin fuerzas y no me servirás —me mofo.

Pero Matthew tiene prisa por llegar al apartamento, lo que me hace saber con su oscura mirada. Aún más ardiente por su arrebatadora actitud, cojo impulso y, de un salto, me subo a su espalda, rodeando su cintura con las piernas y aferrándome a su cuello para no caerme.

—¡Arre, caballito! —suelto al llegar al primer piso.

—¡Joder, con la españolita! —se queja con genio, lo que me hace reír aún más.

—Los caballos no hablan. ¡Arre! —Me he venido tan arriba que hasta le doy golpecitos en el costado.

—¡Pienso borrarle esa sonrisa! ¡Y no es una promesa! —me advierte.

—No me das miedo, franchute.

Me lo estoy pasando tan bien que ni me doy cuenta de que ya estamos en la segunda planta.

—No es miedo precisamente lo que quiero que tengas.

El muy puñetero ha llegado a la puerta del piso sin que se le note. De ser yo, estaría hiperventilando, arrastrándome por el suelo y con la lengua colgando hasta la planta baja.

—Y ¿qué es, si puede saberse?

—Ni más ni menos que lo que te mereces —sentencia una vez que entramos, cierra la puerta y me deja en el suelo—. ¡Desnúdate! —me ordena en la oscuridad con una voz tan grave, autoritaria y sexi que logra estremecerme.

Como si se hubiera convertido en otra persona, como si delante de mí tuviese al mismísimo Hulk, de un solo tirón logra desabrocharse la camisa y mostrarme su musculoso torso. La luz que entra por los ventanales me permite ver su mirada, que ahora es aún más oscura y lasciva. Excitada, obedezco su orden y comienzo a desnudarme sin apartar la vista de sus provocadores ojos. Su superioridad y su seguridad me ponen tanto que tengo que contenerme para no empezar a jadear delante de él aunque todavía no me haya puesto un dedo encima.

Matthew termina antes que yo y es él quien me arranca la camiseta, desgarrándola y partiéndola por la mitad. Mi pecho se hincha por mi agitada respiración. En un rápido movimiento, me quito el sujetador y me quedo completamente desnuda ante él, cumpliendo así su impúdica orden. Sin tiempo que perder, se abalanza hacia mí y empieza a besarme de un modo rudo y obsceno. Arrastrada por su devastadora fuerza y su influjo, me rindo ante él, dejándome guiar hasta nuestro ventanal favorito del salón. Sólo las luces de la calle iluminan nuestros desnudos cuerpos, que se aferran y se funden en uno solo. Sus labios atrapan mi cuello, que llenan de un empapado reguero de calcinante saliva. Mi corazón late con fuerza. Siento los pezones duros e hinchados apuntando hacia su musculoso pecho. Jadeo.

Es tanto el deseo que ambos sentimos que nos besamos de forma violenta, brusca e incluso grosera. Nuestras manos no dejan de apretar, tocar y estrujar cada centímetro de la piel del otro. Su entrepierna empuja con fuerza mi pubis mientras yo araño con nervio su rígida y estimulante espalda. Nuestras bocas entran en una encarnizada e implacable batalla. Ambos sentimos tanta pasión y lujuria que ni el daño que nos producimos nos afecta lo más mínimo, sino todo lo contrario: nos enciende aún más.

Matthew está fuera de sí, y no tarda en volverme y empotrarme contra el vidrio del ventanal, en el que

me apoyo con las manos y el pecho. Echándome el pelo hacia un lado, vuelve a apresar mi cuello, besándolo, mordiéndolo y estrujándolo sin pudor alguno. Sus fuertes brazos me rodean y me encierran, convirtiéndose así en mi máspreciado dueño. Sus manos magrean mi blanco pubis hasta abrirse camino entre mis apretados muslos para alcanzar mi clítoris, que palpita abultado reclamando una caricia suya. Siento el cuello arder; una mezcla de dolor y placer me invade recorriendo cada poro de mi piel. Ambos gemimos.

Por un instante lo noto trastear en la mesita de los juguetes con la otra mano. No sé muy bien cómo diablos lo hace, pero, sin que apenas me dé cuenta, de repente siento algo que vibra.

—¡No abras las piernas! —me ordena con voz ronca.

Me acaba de colocar un juguete en el clítoris, que sostengo yo misma con los muslos. De pronto noto un fuerte cachete en el culo, que, lejos de molestarme, me excita aún más. Impaciente, arqueo un poco la espalda para dejarlo hacer. Matthew entiende mi gesto y no tarda en abrir mis nalgas para penetrarme de un modo brutal e incluso salvaje. El placer que siento es tan intenso que gimo alzando el tono.

—Eso es, suéltalo —me incita con su profunda voz.

Siento su enorme polla atravesando las paredes de mi interior, empujándolas en cada fuerte envite. El artilugio se agita a una velocidad exorbitante, como lo hace él penetrándome y empotrándome frente al frío cristal.

—Abre los ojos —me ordena.

Sin dilación, obedezco a lo que me dice, y me asombro con lo que alcanzo a ver. La ciudad de París brilla con fuerza bajo nuestros pies, con la tour Eiffel presidiéndola al fondo, y con el reflejo de nuestros desnudos cuerpos frente a nosotros. Siento tanta felicidad en este instante que las lágrimas amenazan con salir y rodar imparables por mi obsceno rostro.

Matthew me empuja y me penetra aún más fuerte, agarrándome por la cadera, controlando cada movimiento y dominando por entero mi deleite. El sonido y la imagen de nuestros cuerpos al tiempo que chocan uno contra otro me excitan hasta unos límites desconocidos hasta ahora para mí. El placer es tan intenso que las piernas comienzan a flaquearme; temo caerme al suelo extasiada de tanto placer. Pero de nuevo ahí está él, adelantándose a mis actos, impidiéndome hacerlo mientras me agarra de las manos, que me estruja abiertas frente al cristal.

—Responde a mi pregunta —suelta de pronto con un fuerte empujón.

—¿Qué pregunta? —acierto a decir. Apenas me sale la voz.

Él continúa empujando y penetrándome sin descanso, como lo hace el juguete que aún sigue vibrando contra mi clítoris.

—¡Responde!

—No sé a qué te refieres.

¿Cómo pretende que pueda pensar en este momento?

—¡Contesta a mi pregunta, Maica! —Su voz suena tan autoritaria y sexi que temo perderme ante el éxtasis—. ¡No te vas a correr hasta que me des lo que quiero!

Sus palabras me estimulan de un modo grandioso, casi sobrehumano. En mi mente busco la pregunta una y otra vez, pero no logro dar con ella. El placer me impide pensar, y su rudeza tampoco ayuda mucho. Mi cuerpo se tensa, estoy al borde de un nuevo orgasmo.

—¡¡Aún no, no hasta que me lo digas!! —Sus embestidas son aún más fuertes e intensas—. ¡¡Dilo,

Maica, dilo!! —me exige de nuevo.

—¡¡París!! —grito al fin cuando recuerdo su pregunta—. ¡¡París!! ¡¡Siempre será París!! —me reafirmo clavando los ojos en la torre más bonita del mundo, al tiempo que, juntos, nos rendimos a un devastador, indescriptible y lujurioso orgasmo que nos deja exhaustos y sin aliento.

Capítulo 26

El sol entra tímido por la ventana; hoy es el día que el cielo está más cubierto de nubes desde que pisé por primera vez esta maravillosa ciudad. De fondo suena la misma música francesa que siempre tiene puesta Matthew; al final, hasta me va a acabar gustando. Aún llevo mi pijama de verano; por extraño que pueda parecer, no me apetece salir. Hoy me gustaría que nos quedáramos en casa, aprovechando cada segundo que nos queda. Lo pasaría abrazada a él, como hicimos anoche tras nuestro erótico encuentro, justo donde estoy ahora.

Descalza, salgo a la balconada, desde donde miro por penúltima vez las maravillosas vistas que desde aquí tengo de la ciudad. Hace algo de frío, y me abrazo para darme calor. El bullicio de los coches que circulan por la rue de Rivoli en dirección a la place de la Concorde se entremezcla con los acordes de las canciones que suenan por los altavoces del equipo de música. Fuera, todo parece normal, un día como otro cualquiera en la capital francesa.

—¿Sabes de qué me acabo de acordar? —pregunta Matthew cuando llega hasta mí, abrazándome por detrás y apoyando la barbilla en mi hombro.

—¿De qué? —Pego mi cabeza a la suya mientras juntos contemplamos la tour Eiffel.

—Del día que me quitaste las toallas en tu cuarto de baño. Al salir de la ducha no había ninguna a mano, y no he podido evitar recordar aquel momento.

—Aún no sé cómo se te ocurrió hacerte un pañal con el papel.

—¿Qué querías que hiciera? Si tu padre me llega a ver como Dios me trajo al mundo...

—¡Calla, calla! —digo antes de echarme a reír.

—¿Crees que me aceptará? —plantea después de un breve silencio.

—Eso espero —afirmo tras un hondo suspiro.

Durante un rato ambos nos quedamos mirando la ciudad, abrazados y en absoluto mutismo. Jamás había deseado tanto tener una máquina del tiempo: pararía este instante para que permaneciéramos congelados por y para siempre, dejando París como único testigo de nuestro absoluto y sincero amor.

—¿Cómo puedo hacer tu día más feliz? —pregunta en un susurro.

—Quedémonos aquí.

—Me temo que no tenemos las suficientes reservas. Véronique no llega hasta mañana, le dije que esperara a que...

—Puedes decirlo..., a que me vaya. —Apenas me sale un hilo de voz.

—Hagamos un trato —dice volviéndome hacia él para mirarme a los ojos—. El resto del día nos quedaremos aquí; haremos todo lo que tú quieras. Pero esta noche te dejarás llevar; tú y yo tenemos una

cita que llevo planeando desde hace tiempo.

—Y supongo que no me dirás ni media palabra de en qué consiste.

—¿Alguna vez te he dicho que me gusta lo lista que eres?

—¿Alguna vez te han mandado a la *merde*?

—Esa boca, señorita.

—No quiero misterios, ni restaurantes; no quiero más visitas, ni quiero subirme a las alturas... Sólo quiero...

—¿Qué quieres, Maica? —Su pregunta me hace tanto daño que me vuelvo para darle la espalda de nuevo y mirar hacia Tullerías.

«A ti», respondo para mis adentros.

—Te daré lo que me pidas..., pero hasta esta noche.

—¿Adónde coño hay que ir esta noche que no me hayas llevado ya? —Sé que no estoy enfadada con él, pero, de un modo u otro, le estoy haciendo pagar mi enojo.

—Confía en mí.

—No he hecho otra cosa desde que llegamos.

—Y ¿por qué esta noche debería ser distinto? Maica, mírame.

Esta vez me niego a hacerle caso; no quiero que me vea llorar.

—Maica, por favor...

Mis lágrimas resbalan desconsoladas por mis frías mejillas. La brisa helada que entra por la ventana las enfría aún más.

—*Ma petite*. —Sus brazos vuelven a rodearme y su pecho templaba mi espalda, aportándome el calor que en este preciso instante necesito—. No te dejaré ni un solo segundo; pero, por favor, ven conmigo a la cita.

Mis suspiros siguen sin encontrar aliento. Matthew me abraza mucho más fuerte, aferrándose más a mí. Siento su respiración en el lóbulo de la oreja.

—Cariño, te prometo que no me separaré de ti ni hoy ni nunca. —Coge mi mano y la lleva a mi pecho, sobre el corazón—. Yo siempre estaré aquí. No importa dónde estemos porque siempre estaré aquí, contigo, latiendo a tu lado.

—¿Dejarías esto por mí?

Siento tanto dolor que ya no temo su respuesta.

—Tanto como tú dejarías tu tierra por mí.

Sus palabras son como puñales atravesándome de lado a lado. ¿Cómo puede ser tan cruel?

—Sabes que mi familia aún depende de mí —afirmo rabiosa, volviéndome hacia él.

—¿Estás segura? —Sabe cuánto odio esa pregunta.

El dolor y la ira se apoderan de mí, y conozco la fórmula cuando ambas se juntan en la misma probeta.

—¡Tú no tienes a nadie que te ate! —Siento la extraña necesidad de hacerle daño.

—¡No quiero hablar de esto!

—¡Ahora eres tú quien no quiere hablar! ¿Qué me escondes, Matthew?

—¡Te conté lo de mis padres!

—Tú mismo lo has dicho hace un momento: no te gusto por ser una idiota, precisamente. ¿Acaso

crees que no sé que hay algo más?

Mis lágrimas siguen cayendo solas, y tengo que limpiarme los ojos con las manos.

En su rostro puedo ver el dolor que está sintiendo, que ambos sentimos. Pero, a diferencia de mí, él no contesta a mis preguntas. No sé qué diablos me oculta ni por qué lo hace, pero lo que sí sé es que, sea lo que sea, nos está destruyendo a ambos.

Matthew endurece su semblante y, sin decir nada, se marcha hacia la entrada. Paralizada, observo cómo coge las llaves y se dirige a la puerta.

—¿Adónde vas?! —pregunto fuera de mí.

Tiene la mano puesta en el pomo y está a punto de salir y dejarme sola. Mi pregunta logra pararlo durante unos segundos, pero en lugar de conseguir que regrese a mis brazos, se vuelve hacia mí y me suelta:

—¡¡Te quiero elegante a las siete en punto, no se te ocurra retrasarte!! —sentencia justo antes de desaparecer dando un tremendo portazo.

¿Qué coño acaba de pasar?! ¿Cómo hemos podido llegar hasta aquí? Doy vueltas por el salón, intentando procesarlo todo y tratando de recordar en qué momento ha empezado la dichosa discusión. Maldigo para mis adentros mis miedos y mis temores, que son a los que hago únicos responsables de la situación en la que me hallo. Cuando me percato de la cruda y dura realidad, salgo corriendo a su encuentro con la vaga esperanza de pillarlo aún por la escalera. Pero él ha sido mucho más rápido que mis pensamientos, y sólo el eco me responde cuando grito su nombre una y otra vez desde el rellano del tercer piso.

Dolida y destrozada, regreso al apartamento y cierro la puerta tras de mí. Oigo el sonido del resbalón arrastrándose, como lo hacen mis pies sobre la oscura madera del suelo de camino al baño. Guiada por el subconsciente, me meto en la ducha y dejo que el agua caiga sobre mi cuerpo sin percatarme siquiera de que aún llevo puesto el pijama. Mi mente es un torbellino de pensamientos, un sinfín de posibles hipótesis acerca del misterioso secreto de Matthew.

No sé cuánto tiempo tardo en salir del shock en el que me encuentro, pero después de darme una buena ducha, esta vez desnuda, y de varios paseos por la casa, busco mi móvil para llamarlo. Oigo el sonido y el zumbido en el salón; se ha dejado el teléfono. Dispuesta a dar con él, le envío un mensaje a Ainhoa para pedirle el número de Eloy. Por un instante estoy tentada de mirar en su agenda, pero no creo que sea el momento ni la ocasión más idónea para ello. Mi rubia amiga no tarda en facilitármelo, tras inventarme una mala excusa de una sorpresa para Matthew. No sé si se percata de mi mentira, pero en este momento no necesito un hombro sobre el que llorar..., sino a él.

Eloy, siempre tan atento y servicial, responde a la llamada tras el segundo tono.

—¿Sí?

—Eloy, soy Maica.

—¡Hola, guapa! ¿Cómo te va por tierras francesas?

—Eloy, siento tener que ir al grano, pero ahora no es el mejor momento.

—¿Qué ocurre? ¿Matthew está bien?

—De eso quería hablarte. Me da vergüenza pedirte esto, pero créeme que no he tenido más remedio.

Necesito que me digas adónde iría él si tuviese algún problema.

—¿Qué ha pasado, tía? Me estás empezando a acojonar.

—Hemos discutido, nada que no pueda solucionar.

—¡Joder, haber empezado por ahí!

—Sí, claro: Eloy, he discutido con... Tienes razón, perdona. Son los nervios.

—Debe de haber sido gordo para que te haya dejado sola. —¿Por qué todo el mundo se empeña en decirme lo mucho que Mattew me quiere?

—Perdona, Eloy, pero... es para hoy. ¿Podrías decirme si tiene algún lugar al que ir cuando está mal? ¿O si va a ver a alguien que...? —La sola idea de que le cuente a alguien nuestra discusión en lugar de hablarlo conmigo me recome y me mata por dentro.

—Prueba en Luxemburgo.

—¡No me jodas! ¿Luxemburgo? —Me llevo la mano a la cabeza—. ¿Te has vuelto loco?

—¿Yo, por qué? No me digas que no te ha llevado en todo este tiempo.

—¿Tiene que irse del país para pensar? ¿No le basta París, con lo grande que es? —¿O con irse al bar, como hacen el resto de los mortales?

—Ja, ja, ja. Me refiero a los jardines de Luxemburgo, al sureste de la ciudad. —Al menos, uno de los dos sonrío; yo no tengo fuerzas ni ánimos para hacerlo.

—¡Gracias, tío! —acierto a decir justo antes de colgarle y salir corriendo por la puerta.

Espero que sepa disculpar mis modales, pero ahora sólo puedo pensar en una cosa, y no tengo tiempo para preocuparme por ello. En cuanto piso la calle, busco en el GPS del móvil la dirección. ¡Joder, está a más de media hora a pie! Sin tiempo que perder, sigo las indicaciones hasta que, casi tres cuartos de hora después, me encuentro frente a la fachada del palacio de Luxemburgo. Si en algo estoy de acuerdo con Eloy es en que ninguno de los dos sabemos por qué Mattew aún no me ha traído aquí. Ante mí tengo un precioso e impresionante jardín, presidido por un pequeño estanque rodeado de hermosa vegetación y las características sillas verdes parisinas.

Con el corazón acelerado por la larga caminata y por mi afán por encontrarlo, comienzo a recorrer el enorme jardín en su busca. Miro a ambos lados sin reconocer a ninguna de las numerosas personas que me encuentro a cada paso. Recuerdo que llevaba su pantalón largo gris de punto y una camiseta básica negra, pero no veo a nadie vestido así. Cada vez estoy más nerviosa; si no está aquí, no sé dónde diablos puede estar. Continúo buscando, hasta que, de pronto, lo veo sentado de espaldas, casi al final del jardín. Corro hacia él sacando unas desconocidas fuerzas, pese a lo agotada que estoy mental y físicamente. Mientras mis pies avanzan acortando la distancia que nos separa, sólo pienso en una única cosa: decirle de una vez por todas lo mucho que lo quiero.

—¡Mattew! —lo llamo deteniéndome tras él.

Todo mi ser aguarda desesperado a que se vuelva, me abraze y podamos dejar atrás el pasado. Pero él no reacciona, no se mueve ni se inmuta. Rota de dolor por su pasiva quietud, me acerco aún más y le toco el hombro. Entonces se vuelve y... no es él.

Abatida, me marchó de allí sin ni siquiera disculparme con el chico con el que lo he confundido. Mis lágrimas resbalan imparables por mi rostro, y yo doy vueltas sobre mí misma intentando verlo, intentando dar con él y poner fin a este ridículo enfado. Desolada por no conseguir mi único objetivo, me arrastro hasta una de las sillas, donde me dejo caer, y permanezco llorando en silencio durante minutos... o tal vez horas.

Son las seis y media, según marca el reloj que hay sobre la repisa de la chimenea del salón, y aún no sé nada de Matthew. Llevo más de treinta minutos arreglada con un vestido negro elegante, tal y como él me ha pedido. Tapada con una chaqueta, aguardo en la balconada a verlo aparecer por la puerta. Apenas he comido, y la tarde la he pasado pensando y recapacitando acerca de la situación. He recordado las palabras que Ainhoa me dijo en Londres: debo vivir el momento, y a eso es a lo que estoy dispuesta, lo que quiero en realidad.

El sonido de la cerradura me hace volverme. Matthew aparece por la puerta en un estado lamentable: se lo ve triste, apagado e incluso sucio; jamás lo había visto tan demacrado. No me muevo de donde estoy, quiero que sea él quien diga la primera palabra. Pero él no parece estar por la labor y, tras mirarme sólo de soslayo, desaparece por el pasillo para marcharse en dirección al dormitorio. Con un hondo suspiro, me vuelvo de nuevo para seguir viendo la ciudad que tanto me ha dado y que tanto me ha hecho sentir.

A las siete en punto, Matthew reaparece en el salón impecablemente vestido de negro, afeitado y brillando como sólo él puede hacer. En sus ojos aún hay dolor, algo que ninguna ducha, por muy buena que ésta sea, logra borrar.

Yo continúo quieta, a la espera de su reacción, que no tarda en llegar. Se acerca despacio hacia el equipo de música, trastea durante un rato, hasta que por los altavoces comienza a sonar una canción desconocida para mí. La voz de una mujer en francés, acompañada de un piano, logra ponerme los pelos de punta, pese a no entender nada de lo que dice. Camina hacia mí sin apartar la vista de mi rostro y, sin decir nada, me coge de la cintura y me lleva hasta el centro del salón, donde empezamos a bailar.

—Todo lo que siento por ti es esta canción —susurra mirándome a los ojos mientras bailamos al ritmo lento que nos marca la melódica música.

Estoy tentada de decirle que no la entiendo, pero opto por guardar silencio y dedicarme sólo a sentirla.

—Maica, tal y como reza el título, *Je vais t'aimer*,^[5] siempre te amaré, pase lo que pase.

Sus palabras logran atravesarme el alma, es justo lo que necesitaba y quería escuchar.

—El tiempo que he estado sin ti ha sido el más amargo y doloroso de toda mi existencia; me ha hecho ver la realidad y darme cuenta de que debo mirar hacia adelante. —Incapaz de responderle por el intenso nudo que me atraviesa la garganta, comienzo a llorar sin importarme que me vea. Cada una de sus palabras las hago mías, porque yo también siento lo mismo que él—. He sido un cobarde y un necio al marcharme de ese modo —continúa—. No estaba preparado para contarte lo que...

—Da igual —lo corto, incapaz de verlo sufrir como lo está haciendo; me importa él y sólo él—; forma parte del pasado.

—Pero tú eres mi presente y mi futuro. Sé que te he hecho daño, y eso me destroza, porque, al hacértelo, yo me lo hago aún en mayor medida.

—No necesito saberlo, créeme. —Matthew sabe que no le estoy mintiendo.

—Si no quieres escucharlo, al menos déjame que me disculpe ante ti.

—No; no eres tú el que debe disculparse..., soy yo —confieso aferrándome a él, acercando mi rostro aún más al suyo. Sé que ha llegado el momento que tanto he estado postergando, y quiero que vea en mis

ojos que lo que le voy a decir es la única y auténtica verdad—. Siempre te he dicho que tu pasado no me importa, y quiero demostrarte que es cierto. Siento haber dejado que el miedo actuara por mí y no haber sabido expresarte mis verdaderos sentimientos. Jamás he creído en el amor; pensaba que era algo que sólo unos pocos afortunados podrían llegar a sentir, y que yo nunca sería uno de ellos. Pero me equivoqué. Ahora sé que no puedo imaginarme la vida sin ti; que no puedo imaginarme sin estar a tu lado, sin despertarme cada mañana entre tus brazos y sin un croissant pegado a la nariz. —Por un segundo, él sonrío—. Te quiero, Matthew —confieso con una mano sobre su corazón—; te quiero como jamás pensé que la vida me daría la oportunidad de querer. Te amo con todo mi ser, y lo hago tanto... que me asusta y me aterra.

—*Ma petite* —susurra limpiándome con dulzura las lágrimas antes de abocarme hacia él y comenzar a besarme.

Sus labios absorben los míos con pasión e incluso con miedo a apartarme de su lado. Quiero sentirlo tan cerca de mí que lo abrazo con todas mis fuerzas, rindiéndome y entregándome a él como jamás imaginé, anhelando fundirnos en un solo ente, en una única persona. Nuestras manos recorren nuestros cuerpos deseosas de caricias, declarando así el sincero y verdadero amor que nos une. Por primera vez he abierto mi corazón y me he desnudado ante él, sin importarme ni temer las consecuencias, y sin dejarme llevar por el estúpido miedo que hasta este instante me ha estado dominando y al que me he visto sometida.

Con la canción sonando una y otra vez y el sol despidiéndose de nosotros para dar paso a un romántico atardecer, Matthew empieza a desnudarme. Lo hace con tal suavidad y ternura que consigue erizarme con el roce de la tela sobre mi piel. Mis manos responden de igual forma hasta que ambos nos quedamos desnudos y abrazados en medio del salón.

—*Je t'aime, ma petite* —susurra a centímetros de mi boca.

—Yo también —confieso antes de volver a apresar sus carnosos y tiernos labios.

Matthew me agarra por la espalda, al tiempo que con la otra mano eleva mi pierna hasta la altura de su cadera. Sus labios apresan mi cuello, y yo me arqueo hacia atrás para dejarlo hacer. Su ardiente lengua atrapa uno de mis endurecidos pezones, que lame y chupa con suavidad.

—*Dieu* —lo oigo jadear cuando me levanta y me sube a horcajadas.

Sujeta a su nuca, continúo besándolo hasta que, despacio, se inclina y me posa sobre nuestra desparramada ropa, que descansa sobre el cálido suelo de madera. Matthew me dedica la mirada más sensible que jamás he visto en sus ojos. Mi corazón da saltos de alegría y late con intensidad, festejando la felicidad inaudita que siente.

Con los codos apoyados, se abalanza sobre mí y me besa de un modo extremadamente dulce. Mis manos reposan en su ancha espalda, al tiempo que las suyas acarician y me apartan el pelo de la cara. Siento su entrepierna desnuda rozando mi parte íntima, reclamándola con anhelo. Por un instante, él deja de besarme para intentar alcanzar de la mesita lo que creo que va a buscar.

—No —manifiesto cogiéndolo del brazo. Él me hace la pregunta que tanto odio con la mirada, y yo asiento con la cabeza. Para hacerle saber hasta qué punto estoy segura, me llevo la mano al corazón y le susurro—: Siempre estarás aquí.

Matthew entiende lo que le digo y, sin dudar ni un solo segundo, vuelve a apresar mis labios, acariciando mi rostro... y me penetra. Yo me abro para él del mismo modo que lo han hecho mis

sentimientos. Con cada suave embestida, ambos nos miramos y nos besamos, demostrándonos el uno al otro lo mucho que nos amamos. Nuestros cuerpos se funden en uno solo y, desnudos en cuerpo y alma, hacemos el amor con la mayor de las ternuras, invadidos por la más pura de las pasiones, y completa y profundamente enamorados.

Capítulo 27

Matthew mira el reloj y me apremia para vestirnos. Debemos darnos prisa, según él, si queremos llegar a tiempo.

—No vas a decirme adónde vamos, ¿verdad?

—¿Y perderme la cara que pones cuando te sorprendo? Ni loco.

—¿Qué cara pongo? —pregunto extrañada mientras termino de asearme.

—La mejor del mundo —confiesa agarrándome por la cintura y abocándome hacia él. Su beso es tan intenso que temo volver a sucumbir. Ya me veo tirada en el suelo en plan gata salvaje, dedicándole mi más...—. ¡Vamos, démonos prisa! —me apura.

¡A hacer puñetas mi plan B!

El *taxi parisien* nos espera al volver la esquina; que no cojamos ni la moto ni el coche me intriga aún más. Cuando llegamos al puente del Alma, el taxista baja por una rampa de adoquines hasta llevarnos a un muelle en plena ribera del río Sena.

—¿Vamos a hacer un crucero? —pregunto emocionada. No dejo de mirar a ambos lados. Hay muchas barcas, o *bateaux-mouches*, como aquí se los llama.

Matthew paga la carrera y, cuando nos bajamos, viene hasta mí, me toma por la cintura y me responde:

—Espero que también tengas hambre, porque he reservado mesa para cenar.

—No sé qué decir —confieso mirándolo con ternura.

Me siento tan afortunada que la palabra *gracias* no me es suficiente.

—A esto era a lo que me refería antes: tu cara lo dice todo.

Abrazándome a él, le doy un tierno beso antes de dirigirnos hacia la barca que nos asignan. Mientras esperamos, me doy cuenta de lo arreglada que va la gente, la mayoría parejas como nosotros. Todo me parece tan romántico que no puedo evitar sonreír todo el tiempo.

Cuando embarcamos, la persona encargada nos acompaña hasta el restaurante, al que se accede tras una pequeña zona al aire libre. La mesa que Matthew ha reservado está en una zona íntima, bastante apartada del resto, y junto a las acristaladas paredes. Todo el restaurante está cubierto por cristal, tanto a los lados como en el techo, para unas mejores vistas y para no perder detalle. En el interior, la iluminación es tenue y proviene tan sólo de unas pequeñas lámparas que descansan sobre cada una de las mesas. Las canciones francesas que suenan de fondo acaban por convertirlo en algo extremadamente romántico.

No puedo evitar mirar a mi alrededor una y otra vez, captando cada detalle, intentando retener cada imagen en mi retina para que perdure en el tiempo, o tal vez para siempre.

En dirección contraria a la tour Eiffel, la barca inicia su recorrido. Estoy tan emocionada que apenas pruebo bocado de la exquisita y refinada cena que nos sirven. Matthew sonrío al verme; debo de tener cara de tonta mientras miro a través del cristal. París comienza a iluminarse, y sus calles, edificios y puentes aumentan en belleza. En todo este tiempo no hemos parado de visitar lugares yendo de un sitio a otro, pero hasta ahora no lo habíamos hecho con esta calma; una calma que invita a enamorarse aún más si cabe de esta hermosa ciudad, sobre todo cuando el agua acoge el reflejo de sus innumerables luces.

Nada más pasar el puente de los Inválidos, ante nosotros se presenta el majestuoso puente de Alejandro III, el más ornamentado de cuantos cruzan el Sena. Matthew me va contando la historia de cada puente que hasta ahora no me había explicado. Yo lo escucho atenta a todo lo que me relata, sin dejar de mirar y admirar cada detalle.

Sentados a lo largo de la ribera del río, observo a multitud de grupos de jóvenes que beben y charlan entre ellos, con numerosas bolsas cargadas de lo que parecen ser botellas y demás suministros. Sé que aquí lo llaman pícnic, pero esto en mi tierra es un botellón de toda la vida. ¡Los parisinos y su empeño en ponerle glamur a todo!

Casi al finalizar la cena, la barca ya va de regreso hacia el punto de partida. Ni por un segundo dudo de la elección de Matthew en reservar este lado de la embarcación, que ofrece las mejores vistas, sobre todo al acercarnos hacia mi preferida: la tour Eiffel. Nunca hasta ahora la había visto iluminada tan de cerca. Si en su día me impresionó visitarla, tener la oportunidad de observar cómo resplandece de noche es algo realmente mágico. Él me está contando la historia del Zuavo, una escultura de piedra que hay en el puente del Alma que sirve para medir el nivel del río, pero yo sólo tengo ojos para ella.

El recorrido continúa y sigo encantada mirando a mi alrededor. Pero cuando me quedo realmente embobada es en el momento en que la barca llega al final de la isla de los Cisnes para dar media vuelta.

—¿La estatua de la Libertad? —pregunto curiosa.

La imagen de la enfocada escultura, con el iluminado puente de Grenelle tras ella, y con una colosal tour Eiffel de fondo, se convierte, sin lugar a dudas, en una de las mejores vistas con las que me he encontrado desde que llegué a París.

Matthew me ve echar fotos con el móvil con la cara de tonta que pongo y no puede evitar reírse.

—Es la hermana pequeña de la que hay en Nueva York. De hecho, mira hacia ella.

—Es una pasada —suelto al contemplarla en todo su esplendor. Al verla tan bonita y rodeada de agua, me imagino por un instante que estoy en la Gran Manzana.

—Como dato curioso, te diré que hay dos más en la ciudad.

—¡Guau!

—Y que la antorcha que hay sobre el túnel donde falleció Lady Di es una réplica exacta a tamaño real de la de Manhattan.

—¡Guau al cuadrado! —Él ríe, y yo me siento la mujer más feliz de cuantas navegan por el Sena.

—Ven —me propone incorporándose tras mirar su reloj.

—¿Adónde?

—¿Por qué siempre tienes que hacer preguntas?

—Porque eres un misterioso redomado. —Sonrío picarona.

A continuación, él se inclina y me susurra al oído:

—Cuando te comportas así, te ataría y te castigaría.

Sus palabras despiertan mi parte íntima, y una risilla tonta sale de mi boca.

Como el perfecto caballero que es, Matthew me ayuda a colocarme la chaqueta y juntos salimos a la parte descubierta de la barca. Ha refrescado bastante, y al llegar junto a la barandilla empiezo a tiritar. Él, que no pierde detalle, me abraza y me atrae hacia sí para darme calor.

—¿Preparada? —pregunta mirándome a los ojos.

—Sí. —No sé a qué se refiere, pero esta vez no hago preguntas, tan sólo me limito a mirarlo orgullosa y feliz.

—Mira —dice volviéndose hacia la torre Eiffel.

De pronto, la torre, ya iluminada, comienza a brillar. Unas luces parpadeantes se encienden de forma alternativa, incrementando el resplandor con intensos destellos. La música que proviene del interior de la barca convierte el momento en algo realmente mágico.

—En cuanto cae el sol —me susurra con su indiscutible voz masculina—, la *tour* comienza a iluminarse; al principio lo hace de forma tenue, y a medida que el cielo oscurece, aumenta en intensidad. Una vez que anochece, los primeros cinco minutos de cada hora en punto, la torre brilla para demostrar al mundo su belleza y lo espectacular que es.

Yo escucho del todo alucinada y embobada sus palabras. Ahora entiendo por qué ha insistido tanto en acudir a esta cita. Pese a que hemos discutido y permanecido separados durante horas, no ha querido que me perdiera este instante mágico por nada del mundo. Enamorada como jamás en mi vida lo he estado, me vuelvo hacia él y, cogiéndolo de la nuca, lo beso con tal pasión que siento todo mi cuerpo temblar. Matthew me abraza con más fuerza, pero no es frío lo que noto; simple y llanamente..., es amor. Sin que pueda controlarlo, mi rodilla se dobla y de forma instintiva levanto el pie hacia atrás. Sólo cuando acabamos nuestro apasionado beso me doy cuenta de lo que acabo de hacer y recuerdo las palabras de Zipi en el campus; ¡cuánta razón tenía, la puñetera! Sonríó al pensarlo.

Una vez que desembarcamos, Matthew me lleva hasta Trocadero, desde donde se aprecia la torre en su máximo esplendor. Al igual que junto a la barandilla minutos antes, me abrazo a él y me dejo embaucar por las destellantes luces. No quiero que esto acabe nunca, de nuevo quiero que el tiempo se pare, justo aquí, en este preciso instante.

—Ven, demos un paseo —me propone, y lo hace con tal sonrisa que no puedo resistirme.

No sé muy bien a qué altura del trayecto, pero al cabo de un rato encontramos unos puestos de comida rápida. Entre ellos, un cartel que asoma de entre la multitud de personas que hacen cola llama mi atención.

—¿Qué es eso? —pregunto divertida al ver que pone en letras bien grandes la palabra *CHICHI*.

—Churros con chocolate; es como muchos los llaman aquí. Si quieres, nos acercamos y pedimos. —Yo me descojono al oírlo—. ¿Qué te hace tanta gracia? —Matthew me mira extrañado. Siento que se está impacientando, pero yo no puedo evitar reírme a carcajadas—. ¿Me lo vas a contar ya?

—¡Ahora entiendo lo de mojar el churro! —logro decir para, a continuación, seguir partiéndome de risa.

—Claro, les echan chocolate por encima. Pero no veo dónde está la gracia —replica al ver que aún sigo descojonándome.

Matthew cada vez está más tenso, aunque sólo cuando el estómago comienza a dolerme le explico que, en España, uno de los muchos nombres o motes que tiene la parte íntima femenina es *chichi*. Una vez que

acabo de explicárselo, él relaja por fin la mandíbula y acaba riéndose conmigo.

Un poco más adelante, ya más calmados, pero con la sonrisa aún reflejada en nuestros rostros, encontramos a dos mujeres que se paran a saludarlo. Rápidamente me doy cuenta de que entre ellos hay mucha familiaridad tras los pertinentes besos que se dan en ambas mejillas; los franceses no son muy expresivos que digamos, y sólo tienen este tipo de acercamiento cuando hay cierto grado de confianza. Las dos parecen muy simpáticas y, a diferencia de Danièle, me fijo en que ninguna de ellas lo mira con ojos más allá de una mera amistad. Para mi sorpresa, tras unas breves palabras que apenas entiendo en francés, Matthew comienza a hablarles en español.

—Éline, Gisèle, os presento a Maica, mi novia.

La cara que pongo debe de ser digna de enmarcar. Acabo de sentir cómo la mandíbula me golpeaba los pies.

—Encantada —dice la primera, acercándose a mí para besarme en las mejillas. Yo sigo paralizada, intentando reaccionar.

—Encantada —dice a continuación la segunda, que repite el mismo gesto.

Debo de parecerles la española más estúpida del mundo, pero sólo cuando Gisèle me da el último beso consigo reaccionar.

—Mucho gusto en conoceros, chicas.

Matthew aprieta mi mano, que no ha querido soltar en ningún momento.

—Maica —me explica—, ellas son unas muy buenas compañeras de trabajo; están en el departamento internacional.

—Bueno, mirad quién fue a hablar —comenta Gisèle.

Durante un breve instante hablan entre ellos, mientras yo finjo prestarles atención. Me siento tan feliz en este momento que hasta noto como si en cada pestañeo me saliesen luces parpadeantes; la tour Eiffel es una mera luciérnaga a mi lado. Vale, puede parecer cursi, pero lo de presentarme como su «novia» me ha calado hondo.

—Y ¿hasta cuándo te quedas? —me pregunta Éline.

Eso me devuelve de pronto a la cruda realidad y me hace tanto daño que mis luces se apagan de golpe.

—Me marcho mañana a primera hora —susurro rota de dolor.

Matthew me aprieta fuerte la mano.

—¿Tan pronto? —Asiento con la cabeza.

—Pues la próxima vez que vengas a visitarnos, recuérdale que nos llame, para que podamos pasar más tiempo juntos.

—Cuenta con ello —digo haciendo un enorme esfuerzo por sonreír. Las chicas son realmente agradables, y no se merecen menos.

Tras despedirnos de ellas y ver cómo se marchan cogidas de la mano como nosotros, me doy cuenta de lo afortunado que es Matthew por tenerlas como compañeras y, sobre todo, de lo afortunada que soy yo por no tener que preocuparme por sentir celos de ellas.

Desechado el malestar, y sintiéndome dichosa al saber que el hombre más maravilloso del mundo me considera su novia, me abrazo a él y le propongo regresar cuanto antes al apartamento. Entendiendo a la perfección mi proposición y con una amplia sonrisa en el rostro, Matthew me besa y tira de mí para parar

el primer taxi que pasa junto a nosotros.

Durante todo el trayecto, nos besamos sin pudor en los asientos traseros hasta llegar al portal del edificio. Sin tiempo que perder, subimos la alfombrada escalera parando cada cierto número de escalones para volver a besarnos y tocarnos. Una vez en el rellano del tercer piso, y sin abandonar mis labios, Matthew logra sacar la llave del bolsillo y abrir. Nada más entrar, me quita la chaqueta y me empotra contra la puerta que acaba de cerrar. Su lengua recorre con apremio el interior de mi boca, acariciándolo con anhelo. Cogiéndome las manos, me las sube por encima de la cabeza para apresármelas fuertemente por las muñecas contra la cálida madera. Con la otra mano atrapa mi muslo y tira de él. Mi pierna rodea su cadera, que se arquea de forma fiera para restregarse contra mí. Jadeo. Mis pezones se endurecen con su tacto fiero y su impúdica lengua. Su dura entrepierna golpea mi parte íntima una y otra vez por encima de mi vestido.

—Llevo toda la noche queriendo hacer esto —murmura entre jadeos.

—No sé... qué... te lo ha impedido —susurro en su boca.

—Me vuelves loco, Maica —dice atrapando el lóbulo de mi oreja, que lame y muerde con ardor—; me haces perder el control, y eso es algo que hasta ahora no me había permitido.

Sus labios bajan hasta mi cuello, que besa y muerde mientras me levanta el vestido hasta la cintura. Siento sus dientes clavados en mi piel, y me producen un fuerte aunque excitante dolor. Mis sonoros jadeos logran incitarlo aún más, y se apresura a desnudarme, olvidándose de mis muñecas. Siento los rápidos latidos bombeando en mi interior, acompañados de mi acelerada respiración.

Matthew intenta quitarme el vestido por encima de la cabeza, pero en un susurro logro advertirle que lleva cremallera en la parte de atrás. Al oír mis palabras, me agarra por la cintura y, de forma ruda, me vuelve hacia la puerta, contra la que de nuevo me empotra. Sus hábiles manos consiguen bajarme la cremallera en apenas unos segundos en cuanto me echa el pelo hacia un lado y lo posa sobre uno de mis hombros. Nada más conseguir su objetivo, me vuelve de nuevo para mirarme y volver a apresar mi boca. Sus manos inquietas se apresuran a bajarme y a quitarme la braguita de encaje de color negro que hasta ahora llevaba puesta.

—No te muevas —me ordena.

La transformación que Matthew sufre cuando se relaciona con el resto del mundo, en comparación con cuando estamos a solas, es algo que me enloquece y me excita hasta niveles extraordinarios. Si bien es el hombre más educado y correcto que he conocido, en el instante en que nuestros cuerpos tienen la oportunidad de encontrarse desnudos uno frente al otro, se convierte en el ser más lascivo y lujurioso que jamás he conocido.

Sin quitarme el sujetador, del que mis duros pezones afloran empujando la suave tela de encaje, Matthew deja un reguero de ardiente saliva a su paso mientras desciende hasta llegar a mi parte íntima. Arrodillado, me abre las piernas con ambas manos y empotra la cabeza contra ella. Su abrasadora lengua invade con maestría mi hinchado clítoris, lamiéndolo y rozándolo con apremio. Yo tengo que agarrarme a su cabeza para no derrumbarme y dejarme caer. Gimo. Mi pecho se hincha para coger aire, un aire que me falta en cada roce, en cada caricia que me proporciona de forma ardiente y lujuriosa. No puedo soportarlo más, voy a correrme.

Pero él me conoce lo suficiente para saberlo y, justo cuando voy a dejarme ir, para de masturbarme y se incorpora para apresar mis labios. Jadeo furiosa en su boca y noto cómo sonrío.

Acto seguido, se desabrocha un poco el pantalón y, de una forma que no logro comprender, se coloca un preservativo sin que apenas me dé cuenta. De igual manera, me agarra por el culo y me sube a horcajadas para penetrarme de un solo y certero empujón. Yo me aferro a su cuello mientras ahogo mis gemidos en su lasciva y estimulante boca.

—¿Qué estás haciendo conmigo? —dice. ¡Dios, cómo me excita su voz ronca!

Intento responderle, pero me es imposible. Matthew me penetra fuerte, de un modo que jamás había hecho antes. Mi parte íntima se acopla a él gracias a la humedad y al ardor que noto, pese al enorme tamaño de su polla. Siento cómo invade mi interior, apoderándose y proclamándose único y absoluto dueño de él. El deseo es tan fuerte que la necesidad de apretarlo, de arañarlo, se apodera de mí. Clavo las uñas en su espalda, haciéndolo gritar. Nuestros ojos se encuentran entonces y ambos nos retamos con la mirada. Es tanto el placer que sentimos ambos que necesitamos hacérselo saber causándonos algo de daño. Él me estruja fuertemente las nalgas, mientras mi cuerpo choca una y otra vez contra la madera. Nada nos importa, ni siquiera el ruido que sabemos que estamos haciendo. Sólo estamos él, yo y nuestro ardiente deseo. Su respiración acelerada se acompasa a sus certeros movimientos, con los que me penetra sin descanso. Voy a estallar de placer; ambos, en realidad. Nuestros labios se estrujan, se lamen y se absorben de un modo inusitado, como si quisieran dejar constancia de quién de los dos es el que más siente.

—Te quiero —jadeo en su boca.

—Repítelo.

—Te quiero.

—Dilo otra vez. —Estoy a punto de correrme y me cuesta hablar—. ¡Dilo! —me exige penetrándome más fuerte y rudo.

—¡Te quiero! —grito con lujuriosa rabia, dejándome llevar por un increíble y devastador orgasmo.

—*Dieu, ma petite!* —logra decir él justo en el instante en que se deja ir, derramando su semilla en mi interior.

Acoplados el uno al otro, permanecemos durante un largo rato abrazados, hasta que nuestras respiraciones consiguen calmarse, como lo hacen también nuestros latidos.

—Prométeme que siempre tendremos esto —le pido con la cara hundida en su cuello.

—Te lo prometo, amor mío —dice cogiéndome del rostro y apartándome el pelo de la cara—. Siempre estarás aquí, Maica —confiesa llevándose la mano al corazón.

Ambos sabemos lo que eso significa para nosotros y, sin apartar mis ojos de los suyos, yo también hago lo mismo, demostrándole así mi infinito, sincero e incondicional amor.

Capítulo 28

Entrelazados bajo las sábanas, nos abrazamos incapaces de conciliar el sueño. Ninguno quiere desaprovechar ni un solo segundo del poco tiempo que nos queda de estar juntos. A través del ventanal, observo cómo el cielo comienza a iluminarse tímidamente, devolviéndome al presente, recordándome que las dos semanas de ensueño ya pertenecen al pasado, y presentándome un incierto y doloroso futuro.

—Ya te echo de menos —susurro con la cabeza apoyada sobre su pecho, sintiendo su respiración. Matthew me estrecha con fuerza—. ¿Qué va a pasar ahora?

—Nos toca vivir esto en la distancia. Pero te prometo que haré todo lo que esté en mi mano para ir a verte cuanto antes.

—¿Va a ser siempre así? —No quiero volver a tocar el tema de la discusión, pero es inevitable.

—Aún no puedo asegurarte nada.

—Los dos sabemos que la distancia hace el olvido.

—Aunque me obligaras a olvidarte, no podría, aunque quisiera.

—Nunca te lo pediría —murmuro aferrándome aún más a él. Ambos guardamos silencio hasta que de nuevo decido romperlo—: Algún día, la distancia se morirá de celos al vernos juntos.

—Elige una hora —me exige de pronto.

—¿Para qué?

—Para nuestra cita virtual de cada noche.

Sonríó al saber lo que quiere decir.

—¿Qué te parece a las diez? ¿Te va bien, o necesitas más tiempo para arreglarte? —me mofo; aún no sé cómo me las apaño para buscar algo de humor.

—Esa hora me parece perfecta. Me esperan semanas de mucho trabajo.

—Lo había dicho de coña. Si no recuerdo mal, sales a las cuatro; ¿qué otra cosa tienes que hacer hasta las diez de la noche?

—Sí, pero he estado de vacaciones más tiempo del habitual; tendré que echar horas extras. —Ambos guardamos silencio unos segundos—. Mírame —me exige entonces—. Te doy mi palabra de que algún día estaremos juntos y no necesitaremos tener que hablar por Skype cada noche, porque todos los días serán nuestra cita. No sé dónde ni cuándo será; eso aún no puedo asegurártelo.

—¿Lo dices en serio?

—No he hablado más en serio en toda mi vida. ¿Qué me dices, Maica Ruiz?, ¿aceptas tener una cita conmigo el resto de tu vida?

Siento tantas ganas de llorar en este instante que recurro a lo que suelo hacer en estos casos.

—Consultaré mi agenda y te digo.

—¡Serás...!

Matthew comienza a hacerme cosquillas y yo me parto de risa.

—¡Para, para!

—¡No hasta que me hagas hueco en tu *apretada agenda*! —dice enfatizando las últimas palabras.

—¡Es que soy una mujer muy ocupada! ¡Para, por favor!

—Cuando me digas que sí.

—¡Sí, sí, sí!

Sus manos atrapan mi rostro para besarme con dulzura. Yo acaricio su corto cabello mientras sucumbo a su morboso sabor. Así permanecemos un buen rato, hasta que el despertador de su móvil suena. Él se vuelve hacia su mesilla para apagarlo, y, al volverse de nuevo hacia mí, me regala una mirada triste. Los dos nos fundimos en un fuerte abrazo, sabemos que el momento está cada vez más cerca.

* * *

Tras darnos una rápida ducha y llenar mi maleta, aguardo a Matthew para ir a desayunar fuera. Frente a mi ventanal favorito del salón, me despido por última vez de esta hermosa ciudad, de las preciosas vistas y de la maravillosa tour Eiffel. Abrazándome por detrás, él me acompaña durante un corto instante, hasta que me indica que debemos irnos. Antes de salir por la puerta, me vuelvo y dejo escapar un hondo suspiro cuando echo un último vistazo al apartamento que tanto me ha dado y en el que tanto he sentido.

El tráfico de París es tremendo en un día laborable. De camino al aeropuerto, miro por la ventanilla con los ojos anegados en lágrimas. Matthew aprieta mi mano y entrelaza sus dedos con los míos cada vez que la conducción se lo permite. Por la radio suena una preciosa canción.

—¿Cómo se titula? —le pregunto curiosa al comprobar que es Céline Dion cantando en francés.

—*Pour que tu m'aimes encore*,^[6] «Para que me sigas amando» —traduce.

Aprieto su mano con más fuerza y vuelvo a mirar a través de la ventanilla, dejándome embaucar por la maravillosa canción que, para mí, pone melodía a los recuerdos que pasean por mi mente.

El aeropuerto es un ir y venir de gente. Aún quedan unos minutos para que salga mi vuelo, por lo que aguardamos de pie, abrazados y en silencio, junto a la puerta de embarque. Con la cabeza hundida en su pecho, una imagen llama mi atención: a unos metros de nosotros hay un hombre mayor, de unos setenta y tantos años, de pelo blanco y ligeramente encorvado, con un ramo de flores en la mano. De pronto, su cara se ilumina y, alargando un poco el ramo, comienza a dar pasitos muy muy cortos arrastrando los pies. Una señora, más o menos de la misma edad, llega hasta él, le coge las flores y ambos se funden en un tierno abrazo tras darse un dulce beso. La imagen me parece tan enternecedora y triste al mismo tiempo que me encoge el corazón y no puedo evitar romper a llorar emocionada.

—No llores, cariño —me susurra Matthew, abrazándome aún más fuerte, ignorando de lo que acabo de ser testigo.

Pero no puedo evitarlo, las lágrimas caen solas de mis ojos al imaginarnos a los dos en la misma situación que la enternecedora pareja, en la que inevitablemente nos veo reflejados. ¿Será así siempre? ¿Nos pasaremos el resto de nuestra vida reencontrándonos en aeropuertos?

—Me haré parisina —digo cuando el llanto me lo permite.

—¿Qué? —pregunta desconcertado.

—Lo dejaré todo por ti, aprenderé francés y me vendré a vivir contigo.

—No estoy dispuesto a que dejes a tu familia.

—Pero puedo encontrar trabajo aquí.

—Sólo te pido un poco más de tiempo.

—¿De cuánto hablamos?

—No lo sé con certeza.

—Sí, sé que lo necesitas para resolver eso que tanto te inquieta.

—Quise decírtelo, pero...

—No era el momento de saberlo —lo interrumpo—, no así. Te dije que lo harías cuando estuvieses preparado. —Él asiente—. No quiero que te sientas forzado a ello. Sólo espero que lo entiendas.

—Claro que te entiendo. Y créeme que espero poder hacerlo muy pronto. Te doy mi palabra.

—Está bien, pero, mientras tanto, me apuntaré a una academia de francés.

Matthew me aferra aún más contra él y me regala un tierno beso en la frente. Puedo sentir su leve sonrisa.

—Cuánto te quiero, *ma petite*.

Por los altavoces anuncian el último aviso para mi vuelo. El momento que más he estado temiendo durante todo este tiempo, para mi desazón, ha llegado. Con todas las fuerzas de que soy capaz, me abrazo de nuevo a él, impregnándome de su olor. Sé que debo decirle un «Hasta pronto», o puede que tal vez un «Adiós», quién sabe. Pongo todo lo que está en mi mano para no despedirme de él llorando como lo estoy haciendo, por lo que me limpio las lágrimas y ceso en mi llanto. El dolor que siento es tan grande que me desgarran por dentro. Por más veces que he pensado en este instante y me he machacado a mí misma con él, nunca había sido tan doloroso y triste como lo está siendo ahora. El deber tira de mí hacia la puerta de embarque, donde sé que mi familia me espera con los brazos abiertos. Pero mi corazón me grita que me olvide de todo y me quede con él.

—Te quiero, mi Napoleón —confieso mirándolo a la cara; la barbilla me tiembla con cada una de las cuatro palabras.

Quiero que me recuerde como siempre, con una sonrisa en la cara, y no con el rostro destrozado, como en realidad me siento por dentro.

—*Je t'aime, ma petite* —susurra con los ojos anegados en lágrimas.

Lo veo tragar saliva por el nudo que tiene en la garganta justo antes de besarme por última vez. Sus labios se funden con los míos con ternura para acabar haciéndolo con fuerza, mezclada con rabia y dolor. En mi mente guardo su sabor, un sabor que me recordará a él mientras estemos separados y que siempre añoraré.

Cuando logro separarme de él y encaminarme hacia la pasarela de embarque, me vuelvo para mirarlo por última vez. Él lo hace sin moverse de donde está, tan guapo, alto y arrebatadoramente sexi como siempre. Sé que guardaré esta imagen para el resto de mi vida, y mucho más cuando, con todo el amor que me profesan sus ojos, Matthew se lleva la mano al corazón para decirme en secreto lo mucho que me quiere. Yo hago lo mismo hasta que desaparezco en el túnel, con la canción de Céline Dion rondando aún por mi cabeza.

En el asiento que hay a mi lado en el avión se acomoda una señora de mediana edad. Parece buena gente, pero no me apetece darle conversación, sólo quiero recordar y flagelarme por lo que me espera a partir de ahora. Hace unos días le pedí a Matthew que me grabara las canciones que solía poner cuando hacíamos el amor en el salón, canciones que llevo en el móvil y que escucho ahora con los auriculares puestos. El avión despegó y yo intento centrar la vista al otro lado de la ventanilla. París se extiende bajo mis pies, pero yo apenas puedo verlo, las lágrimas me lo impiden. Todo cuanto me he reprimido frente a él en el aeropuerto lo dejo ir ahora sin censura y con la intensa amargura que me invade.

—Cuesta mucho dejarlo —susurra la mujer del asiento contiguo, ofreciéndome un pañuelo.

Sorprendida, me vuelvo hacia ella al comprobar que es española. Debe de haber visto algo en la pantalla de mi móvil que le haya dado la pista.

—Más de lo que me imaginaba —comento aceptándolo para limpiarme con él la horrible cara que debo de llevar—. París es precioso.

—No me refería a la ciudad. —Su comentario y su cándida mirada me reconfortan de un modo asombroso.

Tenía pensado pasar todo el tiempo que durara el vuelo compadeciéndome por dejar atrás al hombre de mi vida, pero el destino me ha puesto en mi camino a esta mujer, con la que acabo desahogándome y entablando una corta aunque intensa amistad. Carmen, que así es como se llama, me cuenta que es de Albacete, y que suele venir cada vez que puede a visitar a su hijo, que vive con su nuera y sus dos nietos. Ambas charlamos sin parar, nos enseñamos fotos y, de una forma casi mágica, pronto nos hacemos amigas. Cuando llegamos al aeropuerto de Madrid, ya nos hemos intercambiado nuestros números de teléfono, con la promesa de volver a reencontrarnos.

Una vez que cojo mi maleta, y mientras aguardo a Ainhoa en el punto de encuentro, miro de nuevo las fotos que he hecho durante estas dos semanas. Entre todas ellas hay una que llama mi atención: la de nuestras manos juntas sobre el puño de la moto tras su promesa. Sé que podría elegir cualquiera de las muchas que guardo en el teléfono, como la de las vistas de su apartamento, por ejemplo, pero, por alguna extraña razón, elijo ésta para ponerla como foto de perfil en todas mis redes sociales, al igual que selecciono la canción de Beyoncé como tono de llamada.

Zipi aparece tan feliz y sonriente como siempre. De camino a la estación de Atocha para coger el AVE y durante casi todo el trayecto en el tren de camino a Zaragoza, me cose a preguntas acerca de mi relación con Matthew. En más de una ocasión tengo que parar por el nudo que se me forma en la garganta, y para limpiarme más de una lágrima que cae sin pudor. Ella intenta consolarme, pero ambas sabemos que no va a ser fácil para mí. Entre puchero y puchero, le pregunto por lo suyo con Eloy.

—No quise decirte nada cuando nos vimos en Londres, pero lo dejamos dos días antes de que vinieras a visitarnos.

—¿Qué? —pregunto asombrada, terminando de limpiarme las lágrimas con el pañuelo que mi nueva amiga Carmen me ha dado en el avión y que aún guardo en el bolso.

—Te vi tan enamorada e ilusionada con Matthew que no quise estropearte el día.

—Pero ¿tú eres tonta o qué coño te pasa? ¿Por qué no me llamaste para contármelo?

—¿Me llamaste tú cuando te liaste con él?

¡La madre que la parió! Se me había olvidado lo astuta que es, la *jodía*. ¿Tanto me han cambiado estas dos semanas?

—Vale, tienes razón. Empezamos de nuevo: ¿por qué rompiste con Eloy?

—Tía, sitúate: Londres, jóvenes y tíos buenos por doquier, la Cherry a mi *lao* y yo con ganas de fiesta.

—Ja, ja, ja. —Por primera vez desde que ha comenzado el día, sonrío—. ¡Vaya con la mosquita muerta!

—De mosquita no tiene nada, y de muerta menos todavía. ¡Es una ninfómana de mucho *cuidao*!

—¡No jodas!

—¡Y mi ídolo!

Ambas reímos.

—Entonces ¿llevas bien lo de Eloy?

—Claro que sí. Le pedí que no le dijera nada a Matthew, no quería que te preocuparas por algo que no debías.

—Vale, pero la próxima vez me llamas —la riño.

—Ha sido increíble esta aventura, ¿verdad, tía?

—Mucho más de lo que jamás imaginé.

—Aunque hay algo que me jode.

—¿El qué? —pregunto frunciendo el ceño.

—El haberme perdido cómo levantabas la pierna al besarlo. Porque estoy segura de que lo has hecho.

¿A que sí? —No puedo disimularlo, la risilla me delata—. ¡Lo sabía! Ja, ja, ja...

—Igual no te lo crees, pero me acordé de ti cuando lo hice.

—¡No jodas! —Su cara es de descojone total.

—No, ya no jodo, y no sé cuándo podré volver a hacerlo —respondo contagiándome de su buen humor y ayudándome de él para sobrellevar mejor mi separación.

Cuando llegamos a nuestra maravillosa ciudad, nos bajamos del tren y, tirando de nuestras maletas, nos dirigimos hacia la salida, donde nuestras respectivas familias nos esperan. Entre la gente, distingo a mi padre y a mi abuela, que, más que saludarme, hacen aspavientos con el brazo. A su lado, mi hermano aguarda impaciente y con una amplia sonrisa.

Tras los achuchones, besos y abrazos pertinentes, nos encaminamos hacia el coche para llegar cuanto antes a casa. Todo me parece distinto, las calles, los coches, los edificios... Aunque en realidad sé que no son ellos los que han cambiado, sino yo. Me es difícil asimilar que hace tan sólo seis horas estaba a más de mil kilómetros de aquí, que estaba en la ciudad de París, y que estaba con Matthew. Un nudo en la garganta y un intenso dolor en el pecho se encargan de recordarme que no ha sido un sueño y que todo forma ya parte de mi vida, como lo forma él, pese a que la maldita distancia se empeñe en interponerse entre nosotros.

—¿Qué tal en Francia, hermanita? —me pregunta Curro, al que, por cierto, veo mucho más grande y alto que la última vez.

—Muy bien, hermanito.

Mi padre y mi abuela nos escuchan desde los asientos delanteros del coche.

—¿Es tan bonita París como dicen?

—No...

—¡Lo sabía! —suelta sin dejarme acabar la frase—. ¡Si como España no hay *na!*

—¡Di que sí, hijo! —lo anima mi padre.

—Es mucho más bonita —remato.

—¡Toma! ¡Lo sabía! —suelta ahora mi abuela, ganándose la reprochadora mirada de mi padre.

¡Vale, no todo ha cambiado tanto! Sonrío al pensarlo.

—¿Qué tiene de especial? —continúa el pequeñajo.

«¡Matthew!», pienso, aunque mejor me callo esa parte.

—Todo. —Tengo que hacer un esfuerzo por no dejarme llevar por la melancolía que en el fondo siento—. La llaman la Ciudad de la Luz y la ciudad del amor, y puedo asegurarte que lo es. —Siento cómo mi padre se revuelve en su asiento—. Tiene unos edificios preciosos y unos jardines de ensueño. Todo eso sin contar con la *magnifique tour Eiffel*.

—¿La qué? ¿Qué te pasa en la boca? —Río al escucharlo.

—Te he dicho en su idioma «la torre Eiffel».

—¡Hala! ¿Has aprendido a hablar francés tan rápido? ¡Yo también quiero! ¿Me vas a enseñar?

A través del espejo retrovisor, puedo ver la cara seria de mi padre; comienza a ponerse colorado.

—Claro que sí, campeón.

—Con el inglés que le enseñan en la escuela tiene más que suficiente —suelta al fin mi padre; o interviene, o le da algo al hombre.

—Paco, cuanto más sepa el chico, mejor será —lo increpa mi abuela—. Los idiomas son el futuro.

—Sí, ya sé yo lo mucho que en esta familia gusta probar... otras lenguas.

¡Menudo dardo envenenado me acaba de lanzar!

—Claro, Paco. Besar es cultura —replica mi abuela, pero la mirada fulminante de mi padre hace que se apresure a rectificar—: Quiero decir que conocer otras lenguas es ampliar cultura.

Yo me limito a guardar silencio. Si a mi padre no le hizo gracia en su día meter al enemigo en casa, saber que éste ahora está con su hija debe de revolverle las entrañas. Con la firme intención de desviar el tema de lenguas, besos y demás, le digo a Curro que he traído regalos para todos, y así pasamos el tiempo hasta llegar a casa.

Conforme entro en el salón, me dejo invadir por esa sensación que sólo te proporciona tu hogar. Al igual que la ciudad, aquí también está todo como siempre; aunque con una pequeña gran diferencia: Matthew no está. A mi mente regresa el instante en que se lo presenté a mi abuela por primera vez, nuestras retadoras miradas, o su imagen saliendo del baño con el pañal improvisado de papel higiénico. Una melancólica sonrisa curva mis labios.

Una vez que les doy los regalos y, tras las risas que nos echamos al observar la cara de mi padre al ver los suyos, me quedo en silencio contemplando a mi familia. Sé que debería alegrarme por haber vuelto a casa, y sé que en el fondo lo hago, pero no puedo evitar pensar en él. Sin Matthew, me siento incompleta. Sé a ciencia cierta que ya no soy esa chica que se apuntó a un intercambio. Él me ha abierto un camino hasta entonces desconocido para mí. Con él he descubierto lo que es el verdadero amor y lo equivocada que estaba. Y ahora, tras conocer las mieles que sólo él me ha dado, viene lo más duro: debo encontrar un trabajo, debo retomar mi vida y, sobre todo, aprender a vivirla... sin él a mi lado.

Capítulo 29

La tarde que llegué a Zaragoza la pasé respondiendo a las mil y una preguntas que mi familia me hizo acerca de París, Mattew y los idiomas. Mi abuela y mi hermano fueron los que más quisieron saber, todo lo contrario de mi padre, que se limitó a fruncir el ceño, a mostrarse escueto y parco en palabras, para rematar soltándome un «Ya hablaremos». Por la noche, Mattew cumplió su promesa y me llamó vía Skype, como lo ha estado haciendo cada noche, a la hora acordada. Al principio me costaba menos no estar con él, no tenerlo a mi lado, pero a medida que ha ido pasando el tiempo lo echo cada vez más de menos. Y más aún cuando me repite que le es imposible venir a verme por la cantidad de trabajo que aún tiene pendiente, y al que tantas horas le está dedicando.

El mes de agosto se me está haciendo eterno. Aún no he tenido la charla con mi padre, que sigue yendo y viniendo de sus viajes. Curro, por su parte, continúa con su escuela de verano, y mi abuela, con sus quehaceres. Ainhoa se ha marchado a Salou, como cada verano, y yo estoy recorriendo empresas con laboratorio para dejar mi currículum. Pedro y Julián también se han marchado, por lo que, las veces que salgo de casa, además de para buscar trabajo, lo hago con mi hermano para ir a Puerto Venecia o a las playas artificiales. Habituarme a la vida diaria no me está siendo nada fácil; la última vez que visitamos la mayoría de esos sitios Mattew estaba conmigo. En cada rincón que miro, cada establecimiento al que vamos, me acuerdo de él. Nunca antes había experimentado algo así; pensar tanto en la persona a la que amas desgasta, y mucho.

Hoy tengo una entrevista de trabajo y estoy más nerviosa de lo habitual. Cuando me han llamado esta mañana temprano, no podía creérmelo. Y mucho menos cuando he sabido de qué empresa se trataba: una fábrica de alimentación, concretamente, de churros y crepes congelados. En cuanto he colgado el teléfono he llamado a Ainhoa para darle la noticia y decirle que puede que acabe fabricando chichis. Su risa era justo lo que necesitaba en ese instante; toda yo era pura gelatina.

Cuando llego a la fábrica, y mientras aguardo en la sala de espera al jefe de personal, no puedo evitar sonreír al ver las fotos enmarcadas de los productos que aquí se preparan. Los churros y, sobre todo, los crepes me transportan por un momento a París y a mis largos paseos con Mattew.

En la entrevista me preguntan que si además de dominar el inglés domino el francés. Por un momento estoy tentada de decirle que el francés me domina a mí o yo a él, dependiendo del momento y de si hay pañuelos de por medio, pero al final me contengo. Intentando ser yo misma, sin dejarme dominar por el nerviosismo, contesto una a una las preguntas que me va haciendo, hasta que, para mi sorpresa, me invita a acompañarlo para visitar la fábrica y presentarme al jefe de laboratorio. El hombre resulta ser bastante serio, tirando a hosco, aunque aparenta ser muy profesional y un ferviente amante de su trabajo.

Con una agradable sensación y buenas vibraciones, me despido de todos ellos al cabo de un rato y me voy lo más rápida que puedo a casa; estoy deseando llamar a Matthew y contarle lo bien que me ha ido la entrevista. Conforme entro por la puerta, y sin poder aguantar a que lleguen las diez de la noche para nuestra habitual cita, cojo el teléfono fijo del salón y me voy a mi cuarto para llamarlo a la oficina. Al segundo tono, una voz femenina descuelga y dice algo que no logro entender en un rápido y perfecto francés.

—Hola, soy Maica. ¿Podría hablar con monsieur Cuvier, por favor? —Al acabar la frase me doy cuenta de que la he dicho en español.

—Hola. ¿De parte de quién?

—¿Éline?

—Sí. ¿Eres Maica?

—Sí, soy yo.

—¡Hola! ¿Qué tal estás?

—Muy bien, ¿y tú?

—También muy bien. Matthew está reunido ahora mismo. ¿Quieres que le deje algún mensaje?

—Si eres tan amable, ¿podrías decirle que me llame en cuanto le sea posible? Sé que está muy liado y que sale tarde de trabajar, pero me gustaría contarle algo.

—¿Matthew, tarde de trabajar? Ja, ja, ja. Si es de los primeros en irse...

«¿Qué?!» Su frase es como un jarro de agua fría, o más bien como un puñetazo en el estómago; él siempre me ha dicho que trabaja hasta tarde. Tengo que sentarme en el borde de la cama, las piernas me tiemblan.

—Termináis a las cuatro, ¿no? —pregunto con la respiración agitada.

—Sí, como cada día, de lunes a viernes. ¿Por qué?

Mi cabreo va en aumento.

—Por nada. —Guardo silencio un segundo—. Mejor no le digas que lo he llamado. Prefiero darle una sorpresa esta noche; ¿me harás el favor?

—Claro, tranquila. Cuídate mucho, Maica.

—Tú también. Un beso, Éline.

—Otro para ti —dice antes de colgar.

Durante lo que me parece un instante, aunque tal vez sean minutos, por no decir horas, me quedo paralizada pensando e intentando encontrar el motivo por el que Matthew me ha estado mintiendo. Creía haberle entendido que era en la oficina donde se quedaba trabajando hasta tarde y que por eso ha estado postergando el venir a verme. Sé que todo esto tiene algo que ver con el misterioso secreto que guarda, y me pregunto una y otra vez qué puede ser, sin hallar una respuesta que me satisfaga o que dé sentido a su extraña actitud.

Cuando llega la noche, por fin tengo la oportunidad de verlo ante mí a través de la pantalla del portátil.

—Quería contarte que esta mañana he ido a una entrevista de trabajo.

—¡Eso es genial! Y ¿cómo ha ido?

Con todo el disimulo del que soy capaz, le explico uno a uno los detalles de mi visita a la fábrica y lo contenta que he salido de ella. Él se alegra mucho por mí, puedo verlo en sus expresivos ojos.

—¿Cuándo podrás venir? —No quiero resultar pesada, pero necesito conocer algunas respuestas.

—No lo sé. Aún tengo que dejar cerrados ciertos asuntos.

Me muerdo la lengua y maldigo el día en que me negué a que me lo contara.

—No deberías echar tantas horas en el trabajo. La esclavitud está abolida, no sé si lo sabes —ríe con mi comentario.

—Ellos no me obligan, soy yo el que quiere dejarlo todo resuelto.

—Y ¿a qué hora sueles salir? —me atrevo por fin a preguntarle. Me tiemblan hasta las pestañas y noto cómo el sudor me cae por la nuca.

—A las cuatro, como siempre. Aquí hago el resto. —El suspiro que suelto es tan grande que hasta él se da cuenta—. Maica, ¿qué ocurre?

Debo de ser un libro abierto, o que él me conoce más de lo que pensaba.

—Quiero pedirte disculpas. Siempre me dices lo mucho que tienes que trabajar y pensé que lo hacías en la oficina. Esta mañana, cuando te he llamado y Éline me ha dicho que no te quedabas a echar horas extras, he pensado...

—¿Me has llamado a la oficina?

—Sí, me ha dicho que estabas reunido y no he querido molestarte.

—*Ma petite*, te di mi palabra y la cumpliré. Para mí tampoco está siendo nada fácil, pero sé que lo vamos a conseguir.

—Ainhoa y Eloy han roto —suelto de pronto. La idea de que nos ocurra lo mismo me desgarró el alma.

—Lo sé; él me llamó para contármelo. Maica, a nosotros no nos va a pasar.

—¿Cómo estás tan seguro?

El nudo que siento en la garganta amenaza con no dejarme continuar durante mucho más tiempo la conversación.

—Porque lo nuestro es real. Contigo me siento vivo y todo tiene sentido. —Su mirada tierna logra calmar un poco mi acelerado corazón—. Maica, pronto la distancia dejará de interponerse entre nosotros, te doy mi palabra.

—*Je t'aime* —digo en un suave susurro cuando logro vencer un poco el nudo que me presiona y que empuja con fuerza las lágrimas que contienen mis húmedos ojos.

—*Je t'aime, mon amour* —responde llevándose la mano al corazón.

* * *

Los días pasan lentos, tediosos y pesados. A veces creo que he entrado en un bucle, viviendo las mismas cosas un día tras otro. Pero, a final de semana, recibo una llamada que consigue sacarme de mi triste y apagada rutina. Cuando cuelgo, salgo de mi cuarto como una loca, dando gritos y con las manos en alto.

—¿Qué ocurre? —pregunta mi abuela exaltada; la pobre estaba tan tranquila leyendo en su sillón favorito.

—¡Que me han seleccionado!

—¿Para provocar infartos?

—¡Tengo trabajo! ¡El lunes comienzo en...!

—¡Ay, qué alegría más grande! —me corta—. ¡Paco, corre, corre!

—¿No quieres saber dónde?

—No creo que sea en las calles. ¡Paco, ¿quieres venir, puñeta?!

—¿Qué pasa, tanto alboroto? —pregunta mi padre cuando aparece por el pasillo.

—¡Maica tiene trabajo, el lunes empieza en...! Niña, ¿dónde era?

Resoplo mientras pongo los ojos en blanco; mi abuela no tiene remedio.

—En una fábrica de chi... de churros y crepes.

—¿No había otra empresa? —suelta mi padre enfadado.

Sabía que iba a poner reparos. Ambos nos retamos con la mirada en silencio.

—¿Qué tiene de malo una fábrica de churros? —pregunta mi abuela, que no ha captado nada.

—¿He oído *churros*? —Curro aparece emocionado de repente.

Pero mi padre y yo estamos tan ocupados con nuestro particular reto que no le contestamos.

—No, no había otra —le respondo cabreada.

—¿Estás segura?

¡La preguntita de marras! Estoy cabreándome tanto que temo echar humo por las orejas. Su odio por los franceses me está tocando las narices.

—Sí. Es la única que me ha dado la oportunidad. Pero si quieres los llamo y les digo que no acepto el empleo porque a mi padre no le hace gracia que se fabrique nada que tenga que ver con Francia.

Mi abuela por fin capta de qué va el tema y decide intervenir. Deja el libro sobre la mesita, se levanta hecha una furia y, colocándose entre él y yo, le suelta:

—¡El amor no conoce fronteras ni conoce lenguas! ¡Así que haz el favor de madurar de una puñetera vez y felicita a tu hija por encontrar un trabajo decente, y más con lo difícil que es eso hoy día! ¡¿Entendido?!

En todos los años que conozco a mi abuela, es decir, toda mi vida, jamás la he visto ponerse así. Su tono ha sido tan firme y autoritario que hasta a mí me ha puesto firme. ¡Ahora sé a quién he salido!

—Lo siento, hija —claudica al fin mi padre—. La abuela tiene razón. Me alegro mucho por ti —remata antes de desaparecer por la puerta y marcharse de casa sin despedirse siquiera o decir adónde va.

Mi abuela y yo nos miramos y nos fundimos en un corto abrazo, y entonces, en un leve susurro, le digo un sincero «Gracias».

* * *

Tras revolucionar a mi familia y comunicárselo a Matthew, por la noche salgo con Ainhoa, que ya ha vuelto de sus vacaciones, como la mayoría de la gente; el mes está acabando, y ya comienza a notarse en la ciudad. En la *City*, nos cruzamos con Pedro y Julián, que también han regresado y están donde siempre. Pero, para nuestra sorpresa, los vemos acompañados de dos chicas a las que no conocemos. Tras los típicos saludos, ellos nos las presentan, y pronto me percató de que algo no cuadra. Zipi capta lo mismo que yo y, sólo cuando estamos a solas, al cabo de un buen rato, hablamos sobre ello.

—¿Soy yo o la tía que está con Julián pasa de él? —me pregunta dándole un sorbo a su Coca-Cola.

—No eres tú. ¿Has visto cómo mira a Pedro cada vez que él la toca?

—¿Como para no verlo!

—No sé bien lo que es, pero esa chica tiene algo que...

—Que no te gusta, lo sé. Hasta sin radar, soy capaz de verlo.

—¿Crees que le hará daño?

Sé que mi amistad con Julián ya no es la misma desde lo que pasó aquella noche en su casa, pero, a pesar de todo, sigue siendo alguien importante en mi vida, y la idea de que se rían de él no me gusta nada.

—No me cabe la menor duda. Deberíamos hacer algo por él.

—Esta vez no cuentas conmigo, Zipi —manifiesto.

—Sí, ya sé que no debemos meternos en medio de una pareja...

—Amén.

—Pero es nuestro amigo.

—Lo sé, tía. Pero tú lo has dicho: no debemos meternos —remato haciendo ademán de levantarme para ir a pedirme otro refresco.

—¡Quieta ahí! —Ainhoa tira de mi brazo y me obliga a volver a sentarme.

—¿Qué te pica? —pregunto extrañada.

—¿Dónde está mi Zape y qué has hecho con ella?

Su pregunta me hace reír.

—Estoy aquí, petarda.

—No, de eso nada. Podrás engañar al resto del mundo, pero a mí no. —Su tono es más serio de lo habitual—. Tía, ¿cómo has podido cambiar tanto? En otro momento habrías tardado un segundo en planear algo, en organizar cualquier estrategia para desenmascarar a la chota esa. Y, sin embargo, ahora, mírate, no sólo no mueves un dedo, sino que además ni siquiera eres capaz de idear algo. En serio, no me lo esperaba de ti —suelta molesta.

—No me gustaría que me lo hicieran a mí, eso es todo —me defiendo, acordándome de Danièle.

—¡Joder, estás más enamorada de lo que yo pensaba!

Su actitud me está tocando las narices, y de qué manera.

—¿Acaso creías que era de broma? —No puedo creer que a estas alturas tenga dudas al respecto. ¿Qué diablos le pasa?

—No, pero... Joder, tía, pensé que...

—¿Que con el tiempo lo olvidaría? ¿Que se me pasaría? —Me estoy enfadando con ella por primera vez en años. ¿A qué viene esto ahora?

—Un poco sí —confiesa de mala gana.

—Si no recuerdo mal, tú misma fuiste quien me dijo que viviera el momento y me dejara llevar. ¿Qué ha cambiado?

—No creí que fuese a darte tan fuerte.

—Pues... ¡sorpresa! Me ha dado. —Noto la tensión en todo el cuerpo.

—Pero, Maica, él está a mil kilómetros de aquí. Las relaciones a distancia no suelen funcionar. ¿Cómo...?

—¿Cómo vamos a vivir lo nuestro? —Tengo hasta los nudillos blancos de la presión que ejerzo al cerrar el puño. Primero mi padre, y ahora ella—. Pensé que tú más que nadie entenderías lo mío con Mattew. ¿No eras tú quien defendía las relaciones imposibles? ¿No eras tú quien creía en el amor y en el

romanticismo? ¿Qué coño te pasa ahora?

—Maica, no te enfades.

—¿Que no me enfade? ¿Cómo puedes ser tan egoísta? ¿Tú sí puedes tener una relación con alguien de fuera y yo no?

—¿Por qué te crees que terminé con Eloy?! —grita fuera de sí.

—¿Y yo qué sé, si me lo ocultaste!

—¿Igual que tú hiciste conmigo!

—¿De qué coño hablas? —A estas alturas ya no sé ni qué pensar.

—¿Una de las dos decidió apartar a la otra, y no fui yo!

—¿Yo nunca te he apartado! Ni yo misma supe lo que sentía por él hasta pasados unos días.

—¿Eso no te lo crees ni tú!

—¿Crees que te estoy mintiendo?

—Sí. Desde que estás con él ya no eres la misma.

—¿Sabes qué? Creo que no soy yo la única que ha cambiado —remato cabreada mientras me levanto, pero no para ir a la barra, sino para marcharme de aquí cuanto antes.

—¿Lo que tú digas!

¿Tan difícil es de entender que desee con todas mis fuerzas que lo mío con Matthew funcione? ¿Tan difícil es apoyarme y creer que algún día estaremos juntos? Unas lágrimas de rabia caen por mi rostro mientras camino a paso ligero sin rumbo concreto. Sólo quiero alejarme todo lo posible de aquí, alejarme de sus duras acusaciones, que revolotean ácidas en mi incansable cerebro.

Sé que en parte tiene razón, y puede que sea algo imposible; yo misma no dejo de pensarlo una y otra vez. Pero conozco a Matthew y sé lo intenso y fuerte que es lo nuestro. ¿Adónde nos llevará París? Quién sabe. ¿Acabaremos juntos? Quiero pensar que sí. Todo esto está resultando ser mucho más duro de lo que me imaginaba. Aunque esperaba al menos que mi mejor amiga, a la que ahora mismo no reconozco, estuviese a mi lado. No sé qué debe de haberle sucedido estos días mientras ha estado fuera de la ciudad, pero, sea lo que sea, la ha alejado de mí. Y eso... lo hará todo mucho más difícil.

Capítulo 30

El fin de semana lo paso encerrada en mi cuarto leyendo y dando rienda suelta al dolor que albergo; no puedo evitar sentir que me falta la que ha sido mi gran apoyo y mi otra mitad durante muchos años. Ainhoa no ha dado señales de vida, ni una llamada, ni un triste mensaje..., ni yo tampoco.

El trabajo resulta ser de lo más estresante, aunque muy motivador. Levantarme cada mañana pensando en que por primera vez voy a ser independiente y podré ahorrar el suficiente dinero para ir a ver a Matthew me da ánimo y fuerza para seguir adelante. Cada día aprendo más del jefe de laboratorio, el cual, a medida que voy conociéndolo, ya no me parece tan hosco, sino que estoy descubriendo que es un excelente y meticuloso trabajador como la copa de un pino. Con las compañeras de la fábrica he hecho algo de amistad, son buenas chicas, aunque procuro mantener las distancias y no intimar demasiado. Ainhoa sigue sin hablar conmigo y mi único escape y consuelo lo tengo al caer la noche, cuando Matthew y yo hablamos durante horas y... damos rienda suelta a lo que ambos sentimos.

Septiembre llega lento pero firme. El jueves día 1, aún con un calor que no suele ser habitual en esta época, me entretengo con mi abuela en el salón viendo una película de las que tanto nos gustan, hasta el punto de que se me olvida mi cita con mi Napoleón. Sólo cuando recibo un mensaje suyo preguntándome dónde estoy me doy cuenta de lo que ha ocurrido y me apresuro a ir a mi cuarto a encender el portátil.

—¿Dónde estabas, *ma petite*?

—Viendo una peli con mi abuela —digo aún con la lengua fuera y la respiración acelerada. ¡Qué guapo está hoy, con esa sudadera azul marino que lleva!

—No jadees así o corro el riesgo de perder la cabeza —confiesa juguetón.

Sus palabras y su lasciva mirada logran encenderme en décimas de segundo.

—¿Tienes miedo de no encontrarla? —replico en un tono extremadamente sensual.

—Joder, Maica. Para o no respondo —dice echándose las manos a la cabeza y dejando escapar un profundo resoplido.

Con ganas de jugar, me incorporo de la silla, que tengo frente al escritorio, y me inclino para enseñarle el escote a través de la microcámara.

—¿Te ocurre algo, chato? —pregunto alargando cada palabra, coqueteando todo lo que puedo con él. Matthew se muerde el labio, ese que tanto me pone.

—No sabes lo que te haría ahora mismo. —Su voz grave enciende mi parte íntima, que comienza a palpar reclamando atención.

—Dímelo —susurro.

—Primero te desnudaría, te ataría... —gimo—, para después lamerte... toda.

—¿Toda? —digo estrujando mis pechos, juntándolos, para hacer más grande el escote.

—¡Joder, Maica!

—¿No te gusta lo que hago? Si quieres, paro —murmuro provocativa, simulando una falsa y lasciva inocencia.

—Te mordería cada uno de esos pechos.

—¿Éstos?

De forma pausada, los libero por encima del sujetador y la camiseta. Mi agitada respiración los acerca indulgentes hacia él.

—Enséñamela —lo apremio. Echo de menos sus partes íntimas, hace días que no me las muestra.

Obedeciendo mis palabras, se incorpora para comenzar a desnudarse poco a poco. Lleva el mismo pantalón de punto que solía usar en nuestros encuentros. Trago saliva. La cámara capta a la perfección su abultado bóxer blanco. Mi parte íntima responde con la misma rapidez que lo hacen mis latidos. Yo me contoneo y me agarro fuerte los pezones hasta hacerme un poco de daño, como él solía hacerme.

Al igual que con el pantalón, se deshace del calzoncillo de un modo arrebatadoramente sexi, despacio, hasta liberar su enorme polla. Jadeo al imaginarla dentro de mí. A continuación, empieza a masturbarse de forma suave, sin prisa. Gime, y yo me excito con cada movimiento.

—Eso es, apriétate —susurra tocándose aún con más intensidad y ritmo.

Estrujo con más fuerza mis pechos, y todavía más mis erguidos e hinchados pezones, que se erigen indulgentes hacia él. Quiero mostrarle cuánto lo deseo, y lo hago de un modo lascivo, jadeante y arrebatadoramente sexi.

—Maica, ¿me llevas un momento a la nave, que tengo que...? ¡¡¡Hostias!!!

—¡¡¡Papá!!! —grito cubriéndome los pechos con los brazos. Mi padre cierra los ojos y gira la cabeza para otro lado—. ¡¡¡¿Qué haces aquí?!!!

—¡¡¡Estoy en mi casa!!! —grita volviéndose hacia mí. Con los nervios, he olvidado cerrar la pantalla y él no puede evitar mirar hacia ella—. ¡¡¡Matthew, tápate, por Dios!!! —suelta alargando el brazo, interponiendo la mano entre la pantalla y él, al tiempo que aparta de nuevo la vista.

—Pero ¡¡¿cuándo has llegado?!! —Me apresuro a vestirme muerta de vergüenza mientras maldigo para mis adentros no haberme acordado de cerrar la puerta con pestillo.

Mi padre se vuelve de nuevo para contestarme.

—¡¡¡Cuando me ha salido de los... huevos!!! —exclama mirando la pantalla y las partes íntimas de Matthew. Yo me percato y, antes incluso de que él se vista y se guarde sus buenas partes, me precipito a cerrar de un golpe el portátil—. ¡¡¡Ay, que me da!!!

—¡Papá, lo siento! —Todo está sucediendo muy rápido, apenas tengo tiempo de reaccionar.

—¡¡Yo sí que lo siento!! ¡¡Menuda verga, digo..., menuda mierda!! —grita colorado, ya no sé si por la rabia o por la bochornosa situación.

—Papá, yo...

—¡¡¡Tú, bien contenta!!! Digo..., ¡¡¡contento me tienes!!! ¡¡¡Joder!!! ¡¡¡Ya hablaremos, jovencita!!! —suelta antes de volverse y salir del dormitorio.

Estoy tan nerviosa que comienzo a dar vueltas por la habitación. Es la primera vez que me ocurre algo así, básicamente porque Matthew es el primero con el que he hecho este tipo de cosas. ¿Cómo he podido ser tan estúpida de olvidar cerrar la puerta en condiciones? Está claro que ahora mi padre no sólo

odiará a los franceses, sino también sus... Me echo las manos a la cabeza; intento encontrar un modo de solucionarlo, aunque me temo que poco puedo hacer, excepto hablar con él y hacerle entender que Matthew forma parte de mi vida, y, claro, en mi vida debe haber sexo. ¡Ay, Dios! ¡Que cuando lo vea, lo mata!

De pronto, mi móvil suena. Es un mensaje de WhatsApp:

Matthew:
¿Me has colgado?

Yo:
Va a ser que sí.

Matthew:
¡¿Me has colgado?!!

Yo:
¿Qué querías que hiciera? Te lo estaba viendo TODO. Tú no lo has visto, casi le da un infarto.

Matthew:
Pero estaba vistiéndome y no me has dado tiempo a disculparme.

Yo:
¡Joder, lo siento!

Matthew:
¡Que sea la última vez que me cuelgas!

Yo:
¿Qué me vas a hacer? ¿Azotarme?

«No estaría mal.» Sonrío al pensarlo. Pero, antes de que la cosa vuelva a ponerse «peligrosa», decido acabar la conversación. Necesito hablar con mi padre cuanto antes e intentar suavizar lo que acaba de ocurrir.

Yo:
Tengo que dejarte. Debo calmar a la fiera. Hasta mañana. T. Q.

Pongo el móvil en silencio y regreso al salón dispuesta a hablar con mi padre. Por el pasillo, pienso de qué manera más tonta ha acabado algo que estaba siendo divertido en casi una tragedia. He conseguido cabrear de un solo plumazo a los dos hombres más importantes de mi vida, y sólo he tenido que sacarme las dos tetas. «¡Maica, para!»

No veo a mi padre al llegar al salón. Mi abuela me cuenta que se ha marchado, y no precisamente vistiendo la banda de Mister Simpatía. Hasta que termina la película, me quedo con ella, momento en el que me deja sola para irse a dormir. En la tele reponen una serie que me gusta, y decido verla mientras espero a mi padre. Aunque, en realidad, no logro enterarme de nada; mi mente está en otra parte. Sé que debo hablar con él, y cuanto antes lo haga, mejor será para ambos.

En mitad del capítulo, oigo la cerradura de la puerta. Al verlo, compruebo que ya no está tan enfadado.

—Te estaba esperando —digo firme, dispuesta a acabar de una vez por todas con el muro que nos separa. Últimamente tengo demasiados frentes abiertos, y todos con un único nexo en común.

—¿Los demás? —pregunta mirando hacia el pasillo.

—Durmiendo.

Mi padre se dirige a la cocina, se sirve un vaso de agua, y vuelve para sentarse a mi lado.

—Empieza tú —digo con firmeza.

Él toma aire, llena los pulmones y suelta un largo y profundo suspiro.

—¿Va en serio lo vuestro?

—Sí. —Mi afirmación suena muy rotunda, pero intento hacerle ver que ahora las cosas son de otro modo, y que ya no soy esa chica alocada que era hasta hace unos pocos meses. Bueno, o al menos, no tanto.

—¿Qué pasa? ¿No hay suficientes españoles?

—46,7 millones, para ser exactos.

—¿Entonces? ¿Ninguno te vale?

—Si quitamos a los niños, a los ancianos, a las mujeres, a los tontos, a los sinvergüenzas y a los que no me gustan..., sólo me queda Matthew.

—¡Joder, Maica!

—Papá, uno no decide de quién se enamora.

—Uno debe saber cuándo parar.

—Díselo a los embarazos no deseados —murmuro mirando hacia otro lado.

—¡¡¿Estás embarazada?!! ¡¿Yo, un nieto franchute?! ¡¡Ahora sí que me da!! —brama llevándose la mano al pecho. Cuando se pone melodramático, no hay quien lo gane.

—¡Que no, papá! —afirmo, aunque la idea me arranca una leve sonrisa; sólo lo hicimos una vez sin protección, pero no pasó nada, la regla me vino a los pocos días de regresar de París—. Papá, no se puede ir contra los sentimientos —añado para desviar de nuevo el tema a lo que nos concierne.

—Sí cuando no llevan a ninguna parte.

—¿Lo dices en serio? —Sus palabras me hieren.

—Totalmente.

Ambos guardamos silencio.

—Cuando te enamoraste de mamá, ¿pudiste controlarlo? —me atrevo a preguntar.

—¡No metas a tu madre en esto!

Soy consciente de que nombrarla nos hace daño, pero pienso que es la única manera de que pueda ponerse en mi situación, aunque sea por un solo segundo.

—No lo hago por ella, sino por ti. Contéstame, ¿pudiste controlarlo?

—Eran otros tiempos, otras circunstancias, y es... era española.

—Contéstame, por favor.

—¡No, no pude controlarlo!

—Entonces ¿por qué debo hacerlo yo?

—¡Porque es francés, coño! ¿Por qué va a ser? En esta familia siempre se ha odiado a los gabachos. Sabes perfectamente el daño que nos hicieron.

—No te lo hicieron a ti, ni a mí tampoco. Y eso forma parte del pasado.

—¡El pasado marca nuestro presente y nuestro futuro, Maica!

—Pues espero que comprendas que mi presente y mi futuro es él.

De nuevo guardamos silencio, clavando la mirada en el suelo. Cada día soy más consciente de lo mucho que me parezco a él.

—¿Sabes lo que me estás pidiendo? —dice él al cabo.

—Sí.

—¿Tanto te gusta?

—¿Crees que sólo es eso?

—¡Joder, si sólo tienes veintiséis años, por el amor de Dios!

—¡Ya no soy una niña, papá!

—No, si ya... —reconoce apartando la vista y mirando de nuevo al suelo. Sé a qué se refiere, y de forma instintiva me cruzo los brazos. Sólo quiero que entienda que mis sentimientos por Matthew son reales, y no un mero capricho de niña pequeña—. No puedes pedirme que lo acepte, hija —suelta tras otro silencio echándose las manos a la cara con los codos apoyados sobre las piernas.

—Con que lo respetes me es más que suficiente.

—No puedo prometerte nada, Maica.

—Déjame hacer esto, papá —digo acercándome a él, tocándole el antebrazo—. Si me equivoco, deja que sea yo quien cometa el error.

—Que lo cometerás.

—Pero si funciona, y creo firmemente que así será, déjame al menos que lo viva.

—¿En qué momento te has hecho mayor? —pregunta asomándose tras sus manos.

—Papá, lo quiero como jamás pensé que se podía querer a nadie.

—¿Cómo puedes decir eso? ¡Si apenas os conocéis! —replica estirando de nuevo la espalda y apartándose las manos.

—Nos conocemos mucho más de lo que crees —me defiendo.

Por un instante recuerdo el misterioso secreto que Matthew guarda, aunque decido no decir nada al respecto y guardarlo para mí. En mi interior, y pese al misterio que lo envuelve, sé que es el hombre de mi vida, y que no habrá nadie como él.

—¡Ya, no hace falta que lo jures! —apostilla componiendo una mueca al tiempo que alarga el brazo, como ha hecho hace una hora en mi cuarto.

Tengo que hacer un esfuerzo por contener mis rebeldes labios, que empujan con fuerza para curvarse.

—Papá, hasta que lo he conocido a él no he sabido lo que es enamorarse de alguien. Matthew me ha enseñado tanto...

—De más, diría yo —me corta.

En esta ocasión, no me reprimo y sonrío sin importarme que me pille haciéndolo.

—Quizá deberías aprender a llamar antes de entrar, tú mismo me lo enseñaste.

Él asiente con la cabeza.

—Y ¿se puede saber cómo pensáis llevarlo a cabo? —pregunta transcurridos lo que parecen ser unos largos segundos. Pero, al darse cuenta de lo que ha dicho, se apresura a rectificar—: ¡Calla, no me lo digas! —dice llevándose la mano a la frente—. Es que creo que voy a tardar un tiempo en borrar la imagen de mi mente.

Esta vez, suelto una carcajada.

—Siento que hayas tenido que verlo.

—Créeme, hija, yo más.

El viernes me despierto con la satisfacción de haber acercado posiciones con mi padre, aunque con la tristeza aún rondándome por mi enfado con Ainhoa. Matthew confía en que pronto lo solucionaremos, pero yo no estoy tan segura, pues ninguna de las dos hemos hecho nada por poner fin a nuestra recién estrenada enemistad. En más de una ocasión he estado tentada de llamarla, hablar con ella y solucionarlo, pero el orgullo me lo ha impedido. ¿Cómo es posible que mi mejor amiga no comprenda que me he enamorado de él? ¿Por qué le cuesta tanto entenderlo y apoyarme en mi decisión? Sé que las decisiones nos marcan, pero ¿por qué no está de mi lado, sea cual sea el resultado final? Echo de menos sus bromas, su sonrisa..., la echo de menos a ella, como echo de menos a Matthew, al que tengo que conformarme con ver a través de una pantalla, y al que anoche dejé más enfadado de lo normal.

A media mañana, en el trabajo, mis pensamientos acerca de mi Napoleón y de cómo debo limar asperezas también con él a la noche, tras haberle colgado, se esfuman en cuanto el jefe de laboratorio descubre que algo no va bien. En pleno examen rutinario, comprueba que la masa de la segunda partida de churros no ha salido como era de esperar. Por alguna cuestión que aún desconocemos, el análisis ha dado un nivel de contaminación alto. Me pongo nerviosa sólo con ver su cara de preocupación y su forma de moverse. En silencio, pero con los oídos y los ojos bien abiertos, observo cómo se dirige a la oficina y le da la mala noticia al jefazo. Éste, cabreado como no lo había visto hasta ahora, nos grita exigiéndonos al químico y a mí que demos cuanto antes con la solución, para después bajar a la fábrica y ordenar a los encargados que paren las máquinas hasta encontrar la solución. Las compañeras con las que me reúno en los descansos no dejan de hacerme preguntas, pero yo apenas puedo darles los pocos datos de los que dispongo; aún queda averiguar el verdadero motivo de la mala partida.

A mediodía, y aún sin aclarar lo sucedido, llamo a mi abuela para decirle que no iré a comer; no quiero irme hasta que resolvamos el problema.

Todo el mundo está nervioso, incluso el jefazo, que ha bajado un par de veces más a meternos prisa y nos ha dado a entender que la culpa ha sido nuestra. Afortunadamente, mi jefe de laboratorio y yo no tardamos en hallar el problema, tras descartar la calidad de las materias primas, cosa que ya habíamos hecho en su debido momento. Al parecer, la máquina encargada de amasar está estropeada y está soltando pequeñas gotas de aceite industrial, suficientes para estropear toda la producción.

A media tarde, una vez que hemos dado con el problema, y mientras el mecánico de la fábrica hace su parte, me permito el lujo de llevarme algo a la boca. El jefazo nunca lo admitirá, pero tanto él como mi jefe químico y yo sabemos que nosotros no hemos sido los culpables, y que hemos salvado una partida a tiempo.

Gracias a la cantidad de material sobrante que guardamos en la nevera, y a una pequeña línea de fabricación que podemos llevar a cabo tras el arreglo de la máquina, a última hora de la tarde se puede servir el pedido pendiente. Todos estamos exhaustos al finalizar la jornada, y, al salir, es el tema de conversación en el corro habitual que formamos a un lado de la fachada de la nave.

—Ha sido un día agotador —comenta la más veterana del grupo.

—Ya lo creo. Menos mal que habéis encontrado la rata —dice otra compañera, dirigiéndose a mí.

—El jefe de laboratorio es muy profesional —afirmo.

—Tú también habrás tenido algo que ver.

—Créeme, aún me queda mucho que aprender de él.

—Pues espero que no se te pegue su cara seria —manifiesta la más joven de todas.

—Me pregunto cómo será fuera de aquí —interviene otra compañera, una mujer divorciada a la que tengo cariño desde el primer día.

—Tú, como siempre, pensando en lo mismo —la riñe la mayor.

—Claro, como tú tienes marido y tienes quien te arroje...

—Si quieres, te lo presto.

—No, gracias. Prefiero al químico. Tiene un morbo... —Sus ojos en blanco nos hacen reír a todas.

—Yo no se lo veo —afirmo.

—¡Chica, tú debes de estar ciega o algo! Mira que no fijarte en ningún chico de la fábrica...

—Tendrá novio, porque con esa cara y ese cuerpo... —replica la joven.

Aún me cuesta soltarme con ellas, y bajo la vista hacia el suelo.

—¡Con esa cara y ese cuerpo ya puedo yo morirme! —suelta la veterana.

Están empezando a hacer que me ruborice.

—¡Joder, cómo está...!

Debo de parecer un tomate ahora mismo, pero no me atrevo a mirarlas.

—¿Cómo se puede tener ese porte?

Yo no creo que sea para tanto.

—¡Dios, qué estilazo tiene!

Yo sigo mirándome sin ver nada de lo que dicen; suelo venir muy normal a trabajar.

—¿Estilazo? ¡Un polvazo es lo que tiene!

¿Se han vuelto locas? Alzo la cabeza para mirarlas.

—Pero ¿se puede saber qué os pasa? —les pregunto cada vez más sorprendida. Cuchichean entre ellas y apenas me entero de nada.

—Shhh, calla, que viene. ¡Y no te vuelvas o sabrá que hablamos de él! Disimula —susurra la divorciada.

—Pero ¿de quién habláis?

—Con permiso, señoritas... —¡Esa voz! Noto cómo me coge de la mano, tira de mí y me hace chocar contra su pecho—. ¡Que sea la última vez que me cuelgas!

Capítulo 31

Matthew me saca de allí dando pasos agigantados. Yo tengo que correr para seguirle el ritmo, como lo hace mi corazón, que late desbocado, flipado y alucinado como lo estoy yo en este momento. Miro hacia atrás para despedirme de mis compañeras, pero las veo tan pasmadas que tan sólo puedo sonreír.

—¡Sube al coche! —me ordena abriéndome la puerta. Es un vehículo pequeño, en cuyo parabrisas lleva la pegatina de una empresa de alquiler.

—¿Qué... haces... aquí? —pregunto al cabo de un rato, cuando mi agitada respiración me lo permite. Me siento tan feliz en este instante que hasta me falta el aire.

—Ya te lo he dicho, no me gusta que me cuelguen —responde sin apartar la vista de la carretera.

—¡Coño, si lo sé, lo hago antes! —me mofo.

No puedo ni quiero disimular la amplia sonrisa que llevo implantada en la cara; me siento la mujer más afortunada del mundo y no me importa que el planeta entero sea testigo.

Al oír mis palabras, Matthew da un volantazo, lleva el coche a un lado y para el motor.

—¡Esa boca! —gruñe simulando estar enfadado conmigo mientras me atrapa el rostro con las manos y se abalanza sobre mí.

Acto seguido, me besa con tal ardor que me tiembla todo el cuerpo y se me eriza el vello. Sus carnosos labios apresan los míos con fuerza e incluso con rabia; una rabia contenida por haber dejado que la distancia se interpusiera entre nosotros durante tanto tiempo. Yo me dejo embaucar por él y su influjo; había olvidado lo bien que sabe. Nuestras lenguas se buscan sin remedio, anhelantes la una de la otra, reclamando lo que durante semanas se nos ha negado. Intento aferrarme más a él, pero el coche es tan pequeño que acabo clavándome el freno de mano en el muslo. Mi quejido de dolor logra, para mi desazón, separarnos.

—¡Cuánto te he echado de menos, *ma petite!*

—Y yo a ti, mi Napoleón. No puedo creer que estés aquí.

Ambos nos miramos sin soltarnos.

—Quise decírtelo anoche, pero las circunstancias me han... ayudado a darte una sorpresa.

—¡Vivan las circunstancias! —suelto para volver a besarlo en un vago intento de saciarme de él.

Incómodos por la escasez de espacio y la extraña postura, salimos del polígono y ponemos rumbo a... la pasión.

—¿Sabes adónde vas? —pregunto al ver que estamos saliendo de la ciudad.

—La duda ofende, señorita.

—Perdone usted, caballero —digo con sorna.

—Encontré por internet un precioso hotel y no lo pensé dos veces.

—¿Me llevas a un hotel? ¡Mmmm!

—No se me ocurre mejor forma para recuperar el tiempo contigo.

Me siento tentada de decirle algo grosero de alto voltaje erótico, pero al final decido reservarme para más adelante, cuando no haya un puñetero freno de mano de por medio.

El hotel resulta ser de lo más encantador. Es del todo nuevo para mí y desconocía por completo su existencia.

—¿Te gusta? —pregunta cuando bajamos del coche.

Yo estoy tan asombrada mirando cuanto hay a mi alrededor que no me da tiempo a ver cada rincón y cada detalle. ¡Es como si nos hubiésemos trasladado al mismísimo Haití! Hay plantas y arbustos diversos por todas partes, lo que lo hace asombrosamente acogedor e íntimo.

—¿Estás de broma? ¡Es precioso! —afirmo embobada.

Matthew me besa y, posando la mano sobre la parte baja de mi espalda, me invita a entrar. La recepción es enorme, de estilo sobrio y elegante, mezclado con detalles puramente caribeños. Al fondo, unos grandes ventanales dan a una terraza y a un precioso jardín, que me muero por ver más de cerca. Pronto me doy cuenta de que es un lugar que invita a la relajación; todo está bastante en silencio para ser una recepción, y a las personas que hay en las distintas zonas de asientos y sofás apenas se las oye.

Matthew le dice algo al chico que hay al otro lado del mostrador y enseguida nos encaminamos hacia el fondo, que es por donde se accede a las distintas suites. Antes de girar a la derecha y dirigirnos hacia el ascensor, siento la necesidad de parar para admirar las hermosas vistas. Si la entrada era bonita, el jardín trasero es sencillamente encantador. Abrazada a mi Napoleón, me quedo durante un instante embobada mirando la abundante vegetación y cómo la luz del atardecer reposa sobre las tranquilas aguas del lago que preside el cautivador lugar. El momento me parece fascinante y mágico, hasta que algo llama mi atención. Junto a la orilla, una pareja, de espaldas a nosotros, pasea abrazada de forma melosa. Él la tiene cogida de la cintura, pero de repente baja la mano y le da un cachete en el culo.

—¿Por dónde se sale ahí fuera? —le pregunto probando a abrir uno a uno los ventanales, sin resultado. Miro de un lado a otro, tratando de localizar una dichosa puerta entre tanto ventanal.

—Pensaba que deseabas llegar a la habitación cuanto antes.

—¡Matthew, por favor, dime cómo se sale! —le exijo nerviosa. La pareja se está alejando y no quiero perderlos de vista.

—Ven, por aquí —dice cogiéndome de la mano y guiándome hacia una enorme puerta, que me abre con cortesía—. ¿Qué ocurre, Maica? —pregunta al verme la cara. Debo de ser un puñetero libro abierto.

—Eso es lo que quiero averiguar —afirmo contundente mientras camino con paso firme para alcanzar cuanto antes a la pareja. Ahora es Matthew el que tiene que aligerar el paso para pillarme.

Cuando me coloco justo detrás de ellos, el hombre le sujeta el culo ahora con fuerza y se lo estruja, provocando la fina risilla de ella. Siento que el corazón se me va a salir del pecho y tengo que hacer un gran esfuerzo por coger aire y respirar, y mucho más cuando me armo de valor y, con los dedos índice y corazón, le doy al hombre dos golpes en el hombro. Él se vuelve, pero, para mi gran sorpresa, en lugar de hablar conmigo, se vuelve de nuevo tirando de ella y acelerando el paso para zafarse de mí.

—¿Quién es? —le pregunta ella en un murmullo.

—No lo sé —responde él de la misma forma.

Siento tanta furia dentro de mí que no tardo nada en alcanzarlos. Repito la operación otra vez, aunque esta vez el hombre ni se molesta en volverse, sino que, tirando de la mujer, a la que abraza, echa literalmente a correr. Cabreada como nunca antes en mi vida, me dirijo hacia ellos hecha una furia, hasta el punto de que me olvido del pobre Matthew, que guarda silencio persiguiéndome un paso por detrás de mí.

—¡¡¡Papá!!! —grito desesperada para poner fin a este estúpido juego.

—¡Hola, Maica, no te había visto! —suelta al pararse y volverse hacia mí.

Mi cerebro va a mil por hora intentando procesar todo lo que están viendo mis ojos.

—¡No es cierto! —me defiendo. ¿Qué coño le pasa?

Matthew se coloca de nuevo a mi lado, me agarra por la cintura y lo saluda ofreciéndole la mano.

—Hola, Paco.

Durante un momento, mi padre duda si devolverle o no el gesto, pero finalmente lo hace.

—Hola, Matthew.

Hay tanta tensión en el ambiente que se podría cortar con un cuchillo.

—Bueno, nosotros nos vamos —suelta mi padre de golpe, intentando escaparse de nuevo.

—¡Un momento! —digo con los brazos cruzados—. ¿No nos vas a presentar?

—Esto..., sí, claro. Maica, Matthew, una amiga —dice señalándonos a los tres. ¡Una amiga, dice el puñetero, si lo acabo de ver tocándole el culo!

—Mucho gusto en *conocegos* —interviene ella alargando también la mano—. Yo soy Françoise.

«¿Ha dicho “*Fransuás*”? ¡¡¡Dime que no es cierto!!! ¡¡¡Que alguien me pellizque para saber que esto no es un sueño!!! O, mejor aún, ¡¡¡que alguien me sujete, porque me lo cargo!!!»

A mi lado, Matthew está tan atónito como yo, pero no puede evitar soltar una risilla, lo que me enciende aún más. Con la mano en mi espalda, intenta en vano calmarme, al tiempo que la saluda. Mientras, yo me dedico a fulminar, asesinar y aniquilar con la mirada a mi padre. A estas alturas me da igual que se convierta en un tomate, en un pimiento o en un pepino, porque, sea lo que sea, me falta el canto de un duro para convertirlo en un gazpacho andaluz.

La mujer, que parece ser de trato muy agradable, se acerca hasta mí para darme dos besos. El shock en el que me hallo hace que permanezca quieta, incapaz de moverme, como si estuviese anclada al suelo.

Matthew, al que ya le cantaré las cuarenta en cuanto me sea posible, al igual que a don Odio-a-los-franceses-por-eso-les-toco-el-culo, la situación lo divierte demasiado y, sin dudar, comienza a hacerle preguntas a la mujer en un perfecto e impoluto francés. Ella, como buena gala que es, y tras la alegría de saber que él también es de su mismo país, le responde y no tardan en entablar una amena conversación. Mi padre y yo, en cambio, seguimos en nuestra particular batalla, donde tan sólo nuestros ojos hablan por nosotros. Ni en mil vidas que hubiese vivido habría pensado jamás que mi padre, con su odio acérrimo hacia los galos, pudiese tener una relación con una de ellos, hecho que le dejo más que claro con mi taciturno gesto, frente a su avergonzada mirada.

—¡Enhorabuena, Paco! —Matthew le sonríe apretándole el hombro—. Me alegro mucho por ti, Françoise es encantadora. Qué casualidad que también sea *francesa* como yo, ¿no? —suelta enfatizando la palabrita de marras y apretándolo con más fuerza—. ¡Hay que ver, qué pequeño es el mundo! Claro, si es que el amor no tiene fronteras, ¿verdad, Paco?

Su sonrisa contrasta con la cara de mala leche que tiene mi padre, que lo mira de mala gana, con la

mandíbula tensa e hinchado como un pavo.

—Por supuesto, cariño —intervengo cuando veo sus intenciones, aferrándome a él y sin dejar de mirar a mi querido progenitor—. Uno no puede controlar de quién se enamora. ¿Verdad, papá? —pregunto llamando de nuevo su atención. El hombre ya no sabe dónde meterse.

—*Pog* supuesto —responde ella, con ese acento característico de alguien que no lleva mucho tiempo hablando español; o, al menos, no lo habla tan bien como mi Napoleón.

—Maica, cariño —me dice Matthew—, ¿sabías que Françoise lleva dos años viviendo aquí, en Zaragoza, y seis meses saliendo con tu padre?

Si me muerdo más la lengua, fijo que me la parto.

—¿Qué me dices? —pregunto enseñando dientes, simulando alegría, cuando en realidad estoy a punto de pegar un grito de la mala leche que llevo y por el dolor que yo misma me estoy haciendo al apretar el puño y clavarme las uñas.

—Bueno, os dejamos, que tendréis muchas cosas de que hablar y que hacer. Un placer conocerte, Françoise; espero poder verte antes de mi vuelta a París.

—Tiene muchas cosas que hacer —escupe mi padre de mala gana. Ella lo mira atónita, sin saber muy bien qué decir.

—¡Ah, no, no, de eso nada! —suelto en un tono un poco más alto de lo normal—. Tenemos que conocerla. ¡Se me está ocurriendo una idea! ¿Por qué no vienes mañana a casa a cenar? —le propongo directamente a ella.

—Mañana no puede. —Está empeinado en darse a la fuga, pero no se lo voy a permitir.

—¿*Pog* qué no, *caguiño*? —Ella lo mira atónita, sin entender nada.

—Eso, ¿por qué no? —La idea me divierte, aunque tengo que reconocer que oírla llamarlo *cariño* me ha revuelto un poco el estómago; necesito mucho más tiempo para asimilarlo.

—Porque tenía pensado llevarte a un sitio —suelta él de mala gana. Lo conozco, y sé que no es cierto y que no tiene nada planeado.

—¡Lo pasaremos genial! —insisto—. Así podrás conocer al resto de la familia. Serás bien acogida, y mucho más siendo *francesa*, como lo es mi Matthew. —La última frase la digo mirando a mi padre, que ya se está quedando sin recursos.

—*Segá* un *placeg* —responde ella.

—Perfecto. ¿Mañana a eso de las nueve?

Ella asiente con la cabeza, pero antes de contestar, mira a mi padre. Los tres lo hacemos, en realidad, todos esperamos a oír su respuesta, que, en mi caso, espero que no sea negativa, pues no estoy dispuesta a rendirme por nada del mundo.

—De acuerdo. Mañana a las nueve —remata al fin.

—¡Genial! Bueno, hasta mañana, entonces. Nosotros nos marchamos, Matthew ha reservado una suite para los dos.

Sé que eso lo revienta, como también sé que no puede poner reparo alguno al respecto.

—Hasta mañana, pareja —añade mi Napoleón.

—Hasta mañana —responde ella.

—¡Adiós! —suelta de mala gana mi padre, que no tarda en dar media vuelta y seguir con su particular caminata.

Capítulo 32

—¿Cómo puedes pedirme que me calme?! —grito dando vueltas de un lado a otro por toda la suite.

—Porque no quiero verte así. —Matthew está tan tranquilo, acostado de lado en la cama, apoyado sobre un codo y sin quitarme ojo.

—Tú más que nadie deberías apoyarme; tú mismo has vivido en carne y hueso el odio que os tiene.

—Por supuesto que te apoyo y te entiendo. Pero sólo voy a estar aquí dos días, y no me gustaría perder el tiempo precisamente hablando de él. —Sus ojos recorren de arriba abajo mi cuerpo.

—¡Matthew, concéntrate! —le exijo señalándome los ojos para que deje de mirarme las tetas y todo lo demás—. ¿Darme consuelo es perder el tiempo?

—¡Eh, eh! —dice levantándose y acercándose a mí para abrazarme—. Estoy contigo, ahora y siempre; ya lo sabes.

—Ya, pero es que... siento tanta rabia... ¡Nos ha estado engañando, Matthew! ¡Mi padre nos ha engañado!

—Tu padre ha hecho teatro como hiciste tú conmigo. De tal palo, tal astilla.

—Tú tampoco te quedaste corto —me defiendo.

—Me estoy planteando formar una compañía de teatro —se mofa.

—Tonto —digo dándole una suave palmada en la espalda.

—Hagamos una cosa.

—¿El qué? —La pregunta me ha salido en un tono tan de niña pequeña que hasta yo sonrío al darme cuenta.

—Preparemos una cena *especial* —expone alzando las cejas y enfatizando la última palabra.

Por un instante me cuesta entender qué quiere decir, hasta que, al cabo de unos segundos, caigo en la cuenta y mis ojos se abren como platos con su magnífica idea. ¿Cómo he podido tardar tanto en pillarlo? Y, lo peor, ¿cómo no se me ha ocurrido a mí?

—¡Eres un genio! —digo abrazándolo de nuevo y colgándome de su cuello.

—Por eso las chicas se vuelven locas por mí, porque cumplo sus deseos.

Mi mirada reprochadora lo hace reír a carcajadas.

—Mira qué te digo, franchute. Voy a hacer una llamada imprescindible, pero, cuando acabe, me vas a explicar a quién puñetas le das tú la lamparita para que la frote.

Matthew se ríe y yo tengo que volverme para no hacerlo también. Saco el móvil del bolsillo y, en Favoritos, pulso el botón para iniciar la llamada.

—¡Abuela! Soy Maica.

—Ya lo sé, lo dice la pantalla.

Me siento tentada de responderle algo, pero estoy más concentrada en apartarle las manos a mi Napoleón, que lo tengo pegado en plan pulpo.

—Escucha, esta noche no iré a dormir, ha venido Matthew.

—¡Ay, qué alegría más grande!

—Sí, mucha —reconozco intentando disimular mi tono de voz. Se está restregando en mi culo, sobándome las tetas y besándome el cuello al mismo tiempo.

—Y ¿por qué no ha venido a vernos?

Estoy por contarle todo lo que ha pasado, pero me niego a perderme su cara cuando se lo diga en persona; no quiero hacerlo por teléfono.

—Ha llegado tarde y han surgido un par de... imprevistos. —Intento disimular todo cuanto puedo. Ha comenzado a desnudarme: me ha quitado los zapatos, los pantalones y ya va por la braguita tipo culote.

—¿Ocurre algo, hija?

—No..., abuela. —Entre una palabra y otra, se me escapa un pequeño gemido. Mi Napoleón está acariciando sin pudor ni vergüenza mi parte íntima. La situación me parece terrible a la vez que morbosa —. Todo está bien. Mañana te cuento, ¿vale?

—Vale.

—Recuerdos de Na... de Matthew.

Sé que tiene prisa por estar conmigo, pero no dejarme ni hablar con mi abuela es para ahogarlo.

—Igualmente. Que disfrutéis.

—Gracias.

—¡Ah! Y dile a tu novio que se corte un poco la próxima vez que me llames, que una es vieja, pero no tonta. —La cara que se me queda debe de ser digna de un museo de cera—. Hasta mañana, cielo. —Antes de colgar, la oigo reírse de forma picarona.

—¡Nos ha oído! —digo volviéndome de nuevo hacia él.

—Lo sé —responde sin dejar de besarme el cuello, el hombro, la clavícula...

—Y ¿no... te... importa? —Apenas me salen las palabras de lo cachonda que me tiene.

—No —remata seco, cortante y con esa voz que tanto me pone.

Miro a mi alrededor buscando algún lugar donde dejar el móvil para poder concentrarme en exclusiva en él. Lo más cercano es un sillón que está a un par de metros de nosotros. Me hago a un lado y me estiro todo lo posible para llegar a él y lanzar el teléfono sobre su mullido cojín, pero Matthew aprovecha mi postura para morderme la cintura.

—¡¡¡Au!!! ¡Me has hecho daño!

—Es que estás tan rica —se justifica cogiéndome en brazos y llevándome hacia la cama, a la que literalmente me lanza. Es tan erótico y lo he echado tanto de menos que todo se me olvida, logrando centrarme sólo y en exclusiva en él.

Tumbada boca arriba, observo cómo se desnuda mientras me dedica su mirada más salvaje y oscura, esa que tanto conozco y que sé lo que conlleva. Me apresuro a buscar la lista de canciones en el móvil antes de dejarlo sobre una de las mesillas. Las canciones que tantas veces poníamos en su apartamento suenan ahora en esta preciosa habitación; tanto él como París han venido a verme.

Su forma de quitarse la ropa me provoca hasta el infinito y más allá. Me humedezco sólo con verlo.

De forma firme y pausada, se desabrocha uno a uno los botones de la camisa, dejando entrever su fibroso pecho, en el que tantas veces me he apoyado, perdido y acariciado. Recostada en ambos codos, observo concentrada y excitada la escena. Tengo ante mí al hombre más sexi del mundo, y mi gran suerte es que es mío, única y exclusivamente mío. Siento cómo la felicidad recorre mi cuerpo erizando cada poro de mi piel. Cuando se desprende del pantalón y me muestra su abultado bóxer, me muerdo el labio, reprimiéndome para no abalanzarme sobre él.

Aún estoy vestida por la parte de arriba, de la que no tardo en despojarme. Matthew termina de desnudarse, y yo creo estar en el cielo; está más hermoso que nunca. Mis piernas se abren indulgentes para él, reclamando lo que durante tiempo la distancia me ha negado. La música continúa sonando y, por un instante, puedo visualizar la tour Eiffel a través de la ventana. Todo vuelve a ser mágico como hace dos meses. ¡Dos meses! ¿Cómo hemos podido resistir tanto tiempo sin vernos?

Mi Napoleón se inclina, posa las manos sobre la cama, después una rodilla y luego la otra. Viene hacia mí cual tigre hacia su presa, despacio, amenazante, controlando cada movimiento y sin dejar de observarme con ojos oscuros cargados de auténtico deseo. Trago saliva y me humedezco el labio superior. Mi cuerpo lo reclama como nunca antes, como un atleta reclama su medalla al llegar primero a la línea de meta.

—Te voy a comer entera.

Jadeo al oírlo, pero mi expresión extenuada dura menos de lo esperado, pues es acallada con un beso ardiente, casi salvaje, cuando se abalanza sobre mí y atrapa mi cuerpo.

«¡Dios, qué bien sabe!», me digo entretanto nuestras lenguas se funden la una con la otra en el interior de nuestras anhelantes bocas. Matthew me toca de un modo impúdico, sin recrearse más tiempo del necesario. Mientras que con una mano acaricia mi rostro, con la otra recorre libre mi cuerpo, apretando, estrujando cada trozo de piel por el que se pasea de un modo dominante y fiero. Me estremezco. Mis piernas intentan rodearlo por la cadera, pero él se resiste presionando con fuerza sobre uno de mis muslos y apresando ambos bajo su fibroso cuerpo. Su imposición me excita aún más, y él es consciente de ello.

Abandonando mi boca, su ardiente lengua comienza a descender por mi barbilla hasta llegar al cuello, dejando un abrasador rastro a su paso. Intento abrazarlo, pero él me lo impide atrapando mis muñecas por detrás de mi cabeza. Jadeo. Mi pecho sube y baja con fuerza por mi agitada respiración. Me tiene a su merced, atrapada bajo su cuerpo y sin poder maniobrar. El sometimiento me enciende tanto que trato de moverme arqueándome, pero sólo logro excitarnos aún más a los dos. Echo la cabeza hacia atrás para entregarme a él, proporcionándole mis indulgentes pezones, de los que no tarda en apoderarse lamiéndolos con lujuria. Gimo dejando salir el inmenso delirio que albergo.

—Me vuelves loco, *ma petite* —susurra empujando y clavándome su enorme polla entre mis cerradas piernas.

Lucho por intentar abrirlas, lo quiero dentro de mí, pero él tiene sus propios planes. Matthew tiene su particular y singular forma de llevar a una mujer hasta el extremo, y sé que no me lo va a poner nada fácil. Me estremezco al pensarlo.

—Quieta —me ordena haciendo presión en mis muñecas al tiempo que me dedica de nuevo su oscura mirada. Asiento entendiendo lo que me pide y siendo consciente de lo que va a hacer. Sé que ambos estamos igual de excitados, pero conozco su autocontrol; todo lo contrario que el mío, pues ardo en

deseos de que me penetre y me haga suya.

Simulando los pañuelos de seda de su apartamento, me coloca las manos a ambos lados. Los dos sonreímos cómplices con el gesto. Apoyado sobre sus rodillas, continúa su reguero de pasión por mi pecho hasta llegar a mi ombligo. Con la punta de la lengua, traza círculos alrededor mientras posa una mano sobre mi palpitante cuello. Nuestra diferencia de altura y su largo brazo le permiten seguir descendiendo hasta llegar a mi parte íntima, que lo aguarda extremadamente ansiosa. Cuando su boca se hace dueña y ama de mi hinchado clítoris, me arqueo invadida de placer. Gimo extasiada notando el temblor que provoca en su mano el aire al pasar por mi garganta. Él aumenta un poco más la presión, como lo hace su impúdica lengua, que empuja y lame con fuerza mi parte íntima, mientras su otra mano libre presiona mi cálido pubis. Mis piernas apenas están abiertas, él me lo impide, para aumentar así el placer que me está proporcionando. Quiero tocarlo, estrujarlo, sentirlo, pero sé cómo es Matthew y mi esfuerzo será en vano.

Cuando obtiene lo que anda buscando —mi orgasmo—, me libera el cuello para que pueda tomar el aire que ambos sabemos que necesito. Me convulsiono y jadeo invadida por el inmenso placer, que él no tarda en acallar con sus carnosos y ardientes labios. Con las piernas otra vez libres, abrazo su cadera y me arqueo otra vez para recibir lo que tanto anhelo. Pero, de nuevo en un rápido movimiento, logra levantarme, sentarse a los pies de la cama y subirme sobre su regazo. Sintíendome por fin libre de tocarlo, me aferro a su nuca y comienzo a acariciarle su pelo rapado mientras lo beso con arrebatado y pasión.

—Te quiero —murmura en mi boca, al tiempo que de una sola estocada logra penetrarme.

Comencé a tomar la píldora nada más llegar a Zaragoza, sólo para poder vivir este momento, y por fin ha llegado. Grito de placer sin que nada ni nadie pueda contenerme.

—Yo... también... te quiero —jadeo en sus labios, aferrándome a él.

Lo abrazo aún con más fuerza. No deseo que esto acabe nunca. Cada centímetro de mí, cada poro de mi piel lo quiere con locura. Lo amo tanto que sería capaz de hacer cualquier cosa que me pidiera.

Nuestros cuerpos se funden, totalmente pegados el uno al otro. Mis senos se aplastan contra su torso. Agarrándome por la cintura, Matthew me alza y me baja, marcando el ritmo de las embestidas. Ambos gemimos. El erótico sudor que emanamos se funde, provocando un mayor y suave contacto entre ambos. La postura hace que note aún más el gran tamaño de su miembro, que golpea sin recato en las paredes de mi interior.

—*Dieu!* ¡Cuánto te quiero! —resuella abrazándome con fuerza.

Sus palabras me hinchan el corazón, que late impulsado por el prodigioso amor que le profeso. Hasta que lo conocí, mi vida era como un sueño, vivía dormida, ajena a la intensa unión que puede haber entre dos personas; ajena a la magnitud con la que el verdadero amor puede hacerte llegar a sentir. Sólo ahora soy capaz de entender la desinteresada generosidad, la magnificencia con la que un ser puede entregarse a otro, sin pedir nada a cambio.

—Te amo —confieso aferrándolo aún más, estrechándolo entre mis brazos, como si necesitase fusionarme con él. Él es todo mi mundo.

Matthew entiende lo que esas palabras significan para mí. Con él he logrado ser yo misma, sincerarme y abrirme de un modo que jamás me creí capaz de conseguir.

Apartándome el pelo de la cara con las dos manos, me mira con ferviente cariño y me besa con

pasión. Sus embestidas se calman durante unos segundos para dar paso a la ternura y a la suavidad con la que ahora hacemos el amor. Sólo él es capaz de pasar de un extremo al otro sin que apenas me dé cuenta, haciendo que todo tenga sentido, consiguiendo que todo sea verdadero y real. Lo que siento por él es tan intenso y fuerte que no puedo evitar echarme a temblar.

—Matthew... —digo invadida por el estallido de sensaciones que recorre mi cuerpo.

Sé que oír su nombre lo lleva hasta el extremo y, cogiéndome de la cadera para alzarme en rápidos movimientos, logra correrse y verter en mi interior su cálida semilla. Abocándome hacia él, hunde la cabeza en mi pecho, al que se aferra mientras su cuerpo experimenta la agradable sensación de llegar a un deseado y añorado clímax.

—Mi Maica —susurra en un hilo de voz.

Capítulo 33

El sábado amanece lluvioso, y las gotas que chocan contra el cristal de la ventana de la suite son las encargadas de aportar la música y la postal romántica a nuestro despertar. Dormir abrazada a él ha sido lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo. Con él, todo se impregna de un halo de magia y de un brillo especial, como si todo se volviese más reluciente y vivo.

Una vez que nos duchamos, bajamos a desayunar al restaurante del hotel. Mi Napoleón lleva una bolsa grande de tela y se niega a desvelarme lo que contiene. «Tú y tus misterios», le digo dándole un corto beso en el coche antes de poner rumbo hacia mi casa. Tras nuestro ardiente encuentro, urdimos un plan que queremos llevar a cabo; sobre todo yo, que siento una necesidad intrínseca por contárselo a mi abuela, y por devolvérsela al recién desenmascarado *Toca-culos-galos*.

—¿Quién hay por aquí? —pregunto nada más llegar. Rezo para mis adentros para que mi padre no esté.

—¡Mattew, hermoso! —suelta mi abuela, que viene directa hacia él con los brazos abiertos. A mí ni siquiera me mira—. ¡Cuánto tiempo sin verte! ¡Ven a mis brazos!

Mientras lo estruja, él me mira socarrón.

—¡Hola, Isabel! ¿Cómo estás?

—No tan bien como tú —afirma tocándole/sobándole los brazos—. ¿Qué tal tu viaje? ¡Ay, pero no te quedes aquí; pasa, hombre, pasa!

Arrastrado por mi incansable abuela, Mattew gira la cabeza para guiñarme un ojo y dedicarme una de sus maravillosas sonrisas.

En mitad del tercer grado, ella da un grito y llama a Curro para que se apresure a venir al salón con nosotros. Mi hermano no tarda en aparecer, como lo hace una enorme sonrisa en su cara.

—¡¡Mattew!! —suelta tirándose a sus brazos. Ver cómo lo han recibido y cuánto lo aprecian me ensancha el corazón.

—¡Hola, campeón! ¿Cómo estás?

—Muy bien. ¿Sabes qué? ¡He superado el nivel y ya tengo poderes!

—¿Subiste al castillo y conseguiste la pócima?

Mi abuela me mira sin entender nada; yo me limito a sonreír.

—¡Y no sólo eso! He conseguido un ejército y ahora todos me temen —argumenta Curro poniendo los brazos en jarras y alzando las cejas.

—¡Choca esos cinco, tío! —Ambos lo hacen.

—¿Qué llevas en esa bolsa?

—¡Curro! —lo riñe mi abuela.

—Unas cosas que he traído para...

—¿Me has comprado algo?

—¡Curro, hijo!

—Déjalo, Isabel —lo defiende Matthew—. Es listo y sabe que una de las cosas que llevo aquí es para él.

—¡Sí, sí, sí! —Está tan emocionado que hasta se pone a dar botes; eso sí, sin apartar la vista de la bolsa.

—Aunque, claro, como me has dicho que estás tan ocupado dirigiendo un ejército, igual no tienes tiempo para...

—¡Qué va, estoy libre! Mira, estoy aquí —se justifica cruzándose de brazos y mirando al techo.

Los tres nos echamos a reír.

—Quería esperar para después de la cena...

—No dejes para mañana lo que te puedas comer hoy...

Mi abuela se echa las manos a la cabeza.

Matthew rebusca dentro de la misteriosa bolsa hasta que saca un regalo, que no tarda en entregarle a Curro.

—Ábrelo.

Mi hermano obedece y, en el instante en que descubre de qué juego se trata, comienza a dar gritos y saltos de alegría por el salón.

—¡Sí, sí, sí!

—Pero ¿qué es? —interviene mi abuela.

—Es la última versión de su juego favorito —aclara mi Napoleón, que no tarda en sacar otro regalo para mi abuela—. Toma, esto es para ti.

—¿Yo también tengo regalo? No tenías por qué molestarte, pero... ¡qué gustico me da! ¡Trae acá! —Casi se lo arranca de la mano.

Cuando se desprende del papel que lo envuelve y ve que es la última novela de Alissa Brontë, se la lleva al pecho y comienza a darle las gracias emocionada.

—¿Cómo sabías que le gusta esa autora? —le pregunto al ver que se trata de una de sus favoritas.

—De la misma forma que sé que le gustan Iris T. Hernández, Loles López y Lola P. Nieva —me susurra guiñándome un ojo.

Tengo la boca tan abierta que temo que se me desencaje la mandíbula.

Cuando consigo cerrarla, sonrío por lo feliz que me siento por ellos y por la suerte que tengo de que Matthew esté en mi vida. De igual modo, aguardo intrigada a que saque mi regalo. No tengo ni idea de lo que ha podido comprarme; mis pensamientos se apresuran a dar con la respuesta, aunque no la encuentro. Matthew me devuelve la sonrisa; pero, de repente, aparta la mirada, cierra la bolsa y le suelta a mi abuela:

—Bueno, Isabel, Maica y yo queremos contarte algo.

Con cara de tonta y, por qué no decirlo, cabreada por quedarme sin regalo, me vuelvo hacia mi hermano.

—Curro, ¿quieres ir a estrenar el juego?

—¡Eso no se pregunta, hermanita! —suelta echando a correr hacia su cuarto.

—Abuela —digo cuando nos quedamos a solas los tres—, tengo que contarte algo.

—Eso ya lo ha dicho él —apostilla señalando a mi Napoleón.

—¡Calla y escucha! —Entre que me ignoran y me he quedado sin regalo, no estoy para muchos farolillos—. Anoche, cuando Matthew y yo llegamos al hotel...

—Hija, no necesito que me des los detalles.

—Como veo que no me dejas hablar, te lo soltaré de carrerilla: papá tiene novia.

—¡No me digas que lo has *pillao*!

—¿Lo sabías? —Tengo la sensación de que últimamente llego tarde a todo.

—¡Ay, cariño, cuánto te queda por aprender! Ya serás madre y lo entenderás. Aunque no hay prisa —aclara mirando a Matthew.

Él no puede evitar sonreír.

—¿Qué sabes de ella?

—Nada —se defiende—. Tu padre cree que lo guarda en secreto, pero lo sé desde hace tiempo.

—Entonces no sabes de dónde es.

—A tanto no llega mi información. ¿Por qué lo dices?

—Abuela, la novia de mi padre es francesa.

—¡¡¡¿Qué?!!! —De un salto, se levanta del sillón y se pone a dar vueltas por el salón, como es habitual en nuestra familia—. ¡¡¡Que después de tanto despotricar, de tanto atacar, de tanto maldecir, cagar y aguantar portazos..., ¿me estás diciendo que tu padre está con una francesa?!!! No va por ti, hijo —se excusa con Matthew.

Él asiente.

—Sí, abuela, ¡es francesa!

—Me vais a perdonar, pero ahora soy yo la que tiene que ir a cagar.

—Tápate los oídos —le advierto a Matthew.

—¡¡¡Me cago en mi hijo!!!

—Eso es, suéltalo todo —la animo.

—¡¡¡Si es que quien más habla es quien más tiene que callar!!! ¡Si no falla!

—Amén a eso.

—¡Con las veces que lo he tenido que reñir! ¡¡¡Yo lo mato!!! ¡¡¡Lo mato!!!

—Nosotros tenemos un plan mejor.

—No, hija; tú eres muy joven para ir a la cárcel, y con lo bonita que eres, serías carne de cañón.

—Abuela, siéntate y haz el favor de escucharme.

De soslayo, miro a Matthew, que se reprime para no descojonarse.

Ella por fin parece empezar a calmarse, y yo aprovecho la coyuntura para explicarle la invitación a cenar y nuestro plan. Cuando acabamos de contárselo todo, los tres reímos a carcajadas y nos repartimos las tareas para ponernos manos a la obra.

Justo antes de levantarnos, mi abuela nos abraza a los dos y nos dice:

—Muchas gracias, chicos. Y, Matthew, bienvenido a la familia.

Por la tarde, una vez que tenemos todo lo necesario, regresamos a casa cargados de bolsas. Mi padre se ha marchado esta mañana temprano, a sabiendas de lo que lo esperaba, por lo que, al llegar, encontramos sólo a mi abuela, que está sentada en su sillón favorito leyendo su último libro, lo que me recuerda que sigo sin regalo.

Matthew y yo somos los encargados de cocinar; bueno, más bien él, pues mi misión es ser su mera ayudante y deleitarme contemplándolo mientras faena con el delantal puesto. A veces me cuesta asimilar que alguien tan excitante y escandalosamente sexi pueda ser mi pareja. Me lo imagino con el torso desnudo como cuando estábamos en París, y por un instante tengo que desviar la vista para poder concentrarme y no babear aquí mismo, y mucho menos delante de mi abuela.

—¿Por qué yo no tengo regalo? —le pregunto en un susurro para que nadie pueda oírme mientras bato unos huevos.

—¿Quién ha dicho que no tengas?

Paro en seco lo que estoy haciendo para mirarlo fijamente a los ojos. No sé muy bien si reír o darle con el tenedor en la cabeza, algo que, estoy segura, le traería algún que otro recuerdo.

—Y ¿cuándo piensas dármelo? —Igual sueño infantil, pero es que... ¡quiero mi regalo!

—Lo bueno se hace esperar, *ma petite* —murmura dándome un beso en la frente.

De la impotencia, suelto tal soplido que hasta me levanto el flequillo. ¡A freír puñetas la imagen de *gastrosexual* que hasta hace unos segundos tenía de él! Ahora sólo veo lo cabezota, terco y jodidamente misterioso que es.

A la hora prevista, la cena está preparada y mi padre hace acto de presencia, acompañado de Françoise. Es una mujer que aparenta cuidarse mucho; es delgada, con el pelo rubio, y un corte por los hombros que la hace joven y atractiva.

Los tres nos acercamos a ellos para darles la bienvenida y recibirlos con una sonrisa, gesto que contrasta con el de mi padre, al que se lo ve acojonado no, lo siguiente.

—Mamá, te presento a Françoise. Ella es mi madre, Isabel.

—*Achántate* —suelta mi abuela al ir a darle dos besos.

—*Enchanté*, abuela —la corrijo.

—Eso quería decir —se defiende—. Bienvenida a nuestra humilde casa.

—Encantada de *conosegla*.

—¡Por favor, tutéame, que me salen arrugas nuevas cada vez que alguien me trata de usted!

Ella la mira extrañada sin entender lo que acaba de decir y busca auxilio en la mirada de mi padre. Matthew y yo, cogidos de la mano, hacemos todo lo posible por no echarnos a reír aquí mismo.

—A ellos ya los conoces —dice mi padre señalándonos. Está tan en alerta y tan asustado que apenas lo reconozco.

—Bienvenida, Françoise. —Le doy dos besos.

—*Bienvenue, Françoise*.

—Entonces tú, ¿de dónde eres? —le pregunta mi abuela agarrándola del brazo y llevándosela hacia el salón.

—Papá, espero que te guste lo que Matthew ha preparado —anuncio cogiéndolo del brazo al igual que ha hecho mi abuela con su novia.

—¿Has hecho tú la cena? —le pregunta extrañado.

—Me temo que sí, Paco. Aunque tu hija me ha ayudado, he de reconocerlo. —Ambos se miran desafiantes.

Mi Napoleón sabe perfectamente lo que mi padre ha querido dar a entender con esa pregunta, pero se ha hecho el longuis y ha logrado desviar el tema.

Cuando llegamos a la zona de comedor, a mi padre casi se le desencaja la cara. Sobre la mesa, cubierta por un mantel con imágenes de los lugares más emblemáticos de París, hay una gran variedad de comida típica francesa. La quiche Lorraine ya no humea, pero aguarda calentita junto a la bandeja de quesos variados, el foie, la ensalada y la tortilla de patatas.

Mientras mi abuela, como buena anfitriona, les indica uno a uno dónde deben sentarse, yo aviso a Curro y enciendo el equipo de música del salón; las canciones de Édith Piaf comienzan a sonar para acompañarnos durante la velada. Desde donde estoy, puedo ver la cara de mala leche que tiene mi padre por la encerrona, lo que me provoca una amplia sonrisa.

—Curro, ven que te presente a una amiga especial de papá —digo alargando el brazo y colocándome tras él.

—Hola —la saluda él ofreciéndole la mano con su habitual simpatía.

—Hola, guapo. Encantada.

—Curro, siéntate aquí —le ordena mi abuela, que lo pone en un extremo de la mesa, entre Françoise y Matthew.

—¿Voy a presidir la mesa?

—Eso parece —le responde—. Esta noche, tú y yo vamos a dirigir el cotarro.

—Al final le voy a coger el tranquillo a esto de mandar y dirigir.

Los tres sonreímos con la salida del pequeñajo, excepto mi padre, que cada vez está más perdido.

Todos tomamos asiento a las órdenes de mi abuela antes de que ella también lo haga en el lugar que suele ocupar mi padre, al otro extremo de la mesa. Con el rabillo del ojo miro a Françoise, que, frente a mi Napoleón, aguarda condescendiente a que dé comienzo la cena. Mi padre se dispone a ello lanzándose directamente a por su plato favorito, cuando mi abuela lo interrumpe.

—¡Ay, qué cabeza tengo! ¡Espera, que falta un plato! —suelta de pronto, levantándose y yendo hacia la cocina.

A su regreso, se sitúa en medio de la nueva pareja y, colocando un plato frente a mi padre con una mísera tortilla francesa, añade:

—Toma, hijo, que te la he hecho con mucho cariño.

—¿Tortilla fran... sin patatas? —pregunta él enfadado. Está tan colorado que temo que explote de un momento a otro.

—¡Claro que sí! Sé cuánto te gusta todo lo *francés* —suelta mi abuela dándole una sonora colleja y alargando la última palabra.

—¡Ahí va! —suelta Curro tapándose la boca con las manos.

Matthew y yo, en cambio, nos la tapamos para disimular nuestra risa. Mi padre está a punto de decirle algo, cuando ella continúa:

—Françoise, tú no te asustes, que esto es una tradición en la familia; es una forma cariñosa que tenemos de comunicarnos en *España*, ¿verdad, Paco? —declara dándole otra colleja y enfatizando el nombre de nuestro país antes de sentarse definitivamente a la mesa.

—¿Eres francesa? —pregunta Curro con la caradesencajada. El pobre se está enterando de todo ahora mismo.

—Claro, cariño, igual que él —digo señalando a mi Matthew.

—Pero si papá odia a los...

—Y, cuéntanos, Françoise —lo interrumpe mi abuela para evitar que nadie chafe el plan—, ¿cómo conociste a mi hijo?

—Somos *compañegos* de *tgabajo*.

—¡No me digas! ¡Ay, hijo, qué callado te lo tenías! —dice cogiéndole el moflete y apretándoselo con ganas. Mi padre está a punto de decir algo, cuando ella interviene de nuevo—: ¡Si es que a mi Paco todo lo que venga del país vecino le encanta! ¿A que sí, hijo?

—¡Claro, mamá! —murmura entre dientes mientras se limpia la frente con la mano; está empezando a sudar de la mala leche que está cogiendo.

Matthew me aprieta la mano por debajo de la mesa y ambos tenemos que hacer un gran esfuerzo por no descojonarnos delante de todos. Curro está tan flipado que no es capaz ni de probar bocado.

—Y ¿cuánto tiempo hace que conoces a mi hijo? —Vuelve a la carga.

—Siete meses.

—¡Así que fue amor a primera vista! Si es que no me extraña, con el cariño que os tiene mi Paco de toda la vida. ¡Hijo, cuéntale a Françoise lo emocionado y feliz que te sientes cada vez que tu jefe te manda a hacer un porte a Francia!

—¿No tienes hambre, *mamá*? —ruge él entre dientes parándose en cada sílaba.

—No mucha, hijo. Pero tú cuéntale, cuéntale —lo apremia.

—No creo que quiera escuchar eso.

—No me *impogtagía*.

—¿Ves, hijo? Si a ella no le importa, a ti tampoco, ¿a que no? ¡Ay, si es que estoy tan emocionada en este momento! —dice mi abuela levantándose y colocándose de nuevo entre ellos dos—. Por fin mi hijo está haciendo realidad su sueño: tener, no a uno, sino ¡a dos galos en casa! ¿Verdad, cariño? —suelta dándole otra colleja.

—¡¡¡Bueno, basta ya!!! —Por fin ha explotado. Mi abuela sonrío y toma asiento—. ¡¡¡Vale, lo siento!!! ¡¡¡¿Estás contenta?!!!

—Yo sí. ¿Y tú?

Ver el duelo de ambos en directo es algo por lo que incluso habría pagado.

—¿Qué *ocugue*, Paquito? —pregunta Françoise sin quitarle ojo a mi padre, a la espera de una explicación.

¡¡¡¿Acaba de llamarlo *Paquito*, como el chocolatero?!!! Esta vez no me aguanto la risa y comienzo a descojonarme delante de todos.

—Cariño, tengo que contarte algo...

—¿Sois novios? —lo interrumpe Curro con la boca y los ojos tan abiertos que ni parece él. Los cinco miramos a mi padre a la espera de una respuesta.

—Hijo, somos amigos..., digamos que... especiales.

—Y ¿eso no es lo mismo que ser novios? —La cara de «Me cargo al pequeñajo» que pone mi padre me hace reír de nuevo, aunque esta vez intento disimularlo.

—Podría llamarse así, sí.

—¿Es tu novia... y es francesa?

—¡Sí, coño, sí! —responde él de mala gana.

—Entonces ¿también quieres a Matthew? —pregunta Curro emocionado.

¡Joder, con el pequeñajo, cómo sabe dar en el clavo! Me ha cortado la risa de golpe. Mi padre mira al aludido durante unos segundos en silencio y ambos se retan con la mirada.

—Estábamos hablando de nosotros —se justifica a continuación, revolviéndose en la silla.

—Contesta a su pregunta —le exijo.

—Maica, déjalo —me susurra Matthew.

—No, quiero que conteste.

En esta ocasión, el duelo es entre mi progenitor y yo; en el fondo he querido organizar esto para que lo acepte delante de todos y le ofrezca la disculpa que desde hace tiempo se merece.

—Es otro querer, obviamente —se justifica.

—¿Eso es un «Sí»?

—Puede.

—No entiendo nada —interviene Françoise.

—Cariño, verás..., en mi familia desde hace casi dos siglos hemos...

—Habla por ti —se defiende mi abuela.

Mi padre toma aire y continúa.

—Los hombres de mi familia, y en concreto yo, hemos «odiado» —dice dibujando unas comillas en el aire con los dedos— a los franceses.

—¡¡¿Me odias?!!

—¡No, a ti no! —responde él cogiéndola de la mano—. Es más bien una herencia.

—¿Aquí no *hegedáis dinego*?

—Sí, eso también. Me refiero a que es algo que me han enseñado desde pequeño.

—Pero ¿*pog* qué?

—¡Porque Napoleón quiso invadirnos y conquistar nuestro país, porque le salió de los...!

—*Pego* eso pasó hace mucho tiempo.

—Lo sé.

—Y ¿sigues pensando igual?

—No, ya no.

—¿Desde cuándo?

—Desde que te conocí.

—Entonces todo esto ha sido *paga*... —Él asiente—. Vale, ya lo entiendo. Pues pide disculpas y *podgemos senag*.

—Lo siento, cariño.

—¡A mí no..., a él! —le contesta ella señalando a Matthew.

¡Esta mujer acaba de conquistarme y acabo de autoproclamarme su fan número uno!

—¡Está bien! —Mi padre carraspea y, volviéndose para mirarlo de frente, le dice—: Matthew, aunque sigue sin hacerme gracia lo vuestro, quiero decirte que lo siento. Siento haber sido tan necio y cabezota. Te pido disculpas si te he ofendido en alguna ocasión.

—Gracias, Paco. Te las acepto.

Ambos se dan la mano por encima de la mesa.

—¡Coño, ya está bien, con el hambre que tengo! —suelta mi abuela llevándose un trozo de tortilla a la boca, haciéndonos reír a todos y comenzando, ahora sí, por fin la cena.

Capítulo 34

—¿Adónde vamos? —pregunto al ver que Matthew no toma la salida en dirección al hotel cuando nos marchamos de casa tras la cena.

—A por tu regalo.

—Pensaba que me lo habías traído de París.

—Y así es.

Su contundencia y su media sonrisa me desconciertan.

—¡Don Misterioso ataca de nuevo!

—Nunca he dejado de atacar —afirma dedicándome una ardiente mirada.

Si me preguntasen ahora mismo si prefiero el dichoso regalo o comérmelo a él, tendría clara mi respuesta.

—Lo de la botella de vino que le has regalado a mi padre era fácil de adivinar, pero ¿me puedes decir cómo sabías lo de mi abuela?

—Te lo resumiré en una palabra: Curro.

—¿Has hablado con mi hermano en este tiempo?

—Sí, ambos jugamos online con la consola. ¿Cómo, si no, te crees que ha conseguido ese ejército?

Me derrito al pensarlo; este hombre cada día me gusta más. ¡A la mierda el regalo, me lo quiero comer ya!

—Eres increíble.

—¿Ya no soy don Misterioso? Vaya, qué pronto he perdido el rango —se mofa, y yo me quito el cinturón y me abalanzo sobre él cual gata en celo.

—Te he subido de categoría —susurro coqueta en su oído.

Él traga saliva y noto cómo se revuelve en el asiento del conductor.

—¿A cuál, si puede saberse?

—¿Tanto te intriga? —Respiro en su cuello.

—Un rango siempre es un rango —balbucea con dificultad. Sé que lo estoy encendiendo.

—Eso tendrás que adivinarlo más adelante —suelto volviendo a mi asiento y mirando hacia la carretera.

—¡Y luego dices que el misterioso soy yo! —se defiende, haciéndonos reír a ambos.

Cuando aparcamos el coche, y una vez que me abre la puerta del pasajero como es habitual en él, entramos en una cafetería. Su mano descansa en la parte baja de mi espalda en el instante en que ponemos un pie en el local y me quedo paralizada al ver lo que, según él, era mi regalo. ¡No me lo puedo creer!

—¿Esto para ti es un regalo? —mascullo.

—La primera parte.

—No tengo por qué estar aquí —remato volviéndome para marcharme cuanto antes.

Ver a Ainhoa después de tanto tiempo y esperar a que Matthew haya tenido que dar el primer paso para reconciliarnos me parece el colmo.

—¿Adónde vas? —pregunta agarrándome por el brazo.

—¡Suéltame!

—¡Te estás comportando como una cría!

—¡Y tú como un tocapelotas! ¿No querías saber cuál era tu nuevo rango? ¡Ahí lo tienes!

De nuevo en la calle, comienzo a andar inmersa en mis pensamientos. ¡No sé en qué demonios estaba pensando para organizar esto! ¡No necesito que nadie me haga de alcahueta con la que, creía, era mi amiga! En todo este tiempo no ha sido capaz ni siquiera de enviarme un mísero mensaje. La amistad no debe ser forzada, debe nacer del corazón de una forma altruista, y, a mi parecer, ella no ha sabido demostrarla.

Una parte de mí me dice que quizá debería haberla llamado y olvidar nuestras diferencias, pero otra me recuerda sus hirientes palabras, que aún siguen imborrables en mi mente, machacando incesantes cualquier posibilidad de perdón. ¿Cómo es posible que mi mejor amiga no entienda que quiera luchar y que tenga fe en mi relación con Matthew? Sé que estaba dolida, he podido verlo en sus ojos, pero si ha de haber una reconciliación, no creo que deba ser así.

—¡Maica, espera! —Oigo cómo viene hacia mí y no tarda en alcanzarme.

En el fondo sé que su intención no ha sido mala, aunque mi orgullo me impida reconocerlo.

—¿Por qué me has hecho esta encerrona, Matthew? —Me enfrento a él.

—Lo que tú llamas *encerrona* yo lo llamo *hacer las paces*. ¿No crees que ya va siendo hora de que habléis?

—¡No así! —me defiendo.

—Maica, sólo sé que tuvisteis una discusión, pero no creo que merezca la pena echar por la borda tantos años de amistad.

—¡Tú qué sabrás! —La rabia empuja con fuerza mis incomprendidas lágrimas.

—Sé que no lo estás pasando bien, y es lo último que quiero. Pero creo que...

—¡Sácame de aquí! —le exijo.

Él guarda silencio por un momento; tiene la mandíbula tensa y sé que le cuesta entenderlo, pero también sé que esconderle el porqué de mi actitud le evitaría un dolor innecesario.

—¡Tú lo has querido! —brama cogiéndome de la mano y tirando de mí con fuerza.

Sabe que mi petición es firme, como lo es su intención ahora, arrastrándome de un modo salvaje para llevarme no sé muy bien adónde. Su paso es tan ligero que tengo que correr para alcanzarlo. Sé que está enfadado; su regalo no ha surtido el efecto que esperaba. Yo también lo estoy, aunque no con él; no es precisamente enfado lo que siento por él en este momento.

Sin decirnos ni media palabra, llegamos hasta el hotel, donde, tras dejar el coche en el *parking*, vuelve a tirar de mí para entrar. Su semblante es serio, y así se lo muestra al recepcionista, al que saluda de mala gana cuando pasamos por su lado. Es tarde y no vemos a nadie. En cuanto doblamos la esquina que lleva hacia el pasillo y desaparecemos del campo de visión del chico del mostrador, Matthew me para

en seco y me empotra de un modo brusco contra uno de los grandes ventanales que dan al jardín. Extrañada por su actitud, aguardo con la espalda apoyada en el frío cristal. Al igual que en nuestro primer encuentro, descansa las manos por encima de mi cabeza y me atrapa con la mirada segundos antes de apresar mi boca con rabia. Mi cuerpo responde pronto a su repentino y excitante acercamiento. Sus labios empujan con fuerza los míos de un modo salvaje y feroz.

—¿Es esto lo que quieres? —pregunta con voz ronca.

Estoy tan excitada y cabreada al mismo tiempo que sólo acierto a asentir con la cabeza. Amo su parte dulce y tierna, pero venero su parte ruda y tosca. El corazón me late con fuerza. Me dispongo de nuevo a probar sus labios cuando, de pronto, se separa y vuelve a tirar de mí cogiéndome de la mano para entrar en el ascensor. Su mirada es salvaje y oscura, lo que logra agitarme aún más.

Tan sólo dos plantas nos separan de nuestra habitación, pero entre la primera y la segunda, Matthew vuelve a pulsar el botón. El ascensor se detiene en seco y yo me esfuerzo por respirar lo más hondo que puedo. Sus ojos se encuentran con los míos con una agresividad y una saña difíciles de describir. Nuestras sonoras y rápidas respiraciones retumban entre las cuatro paredes, que están siendo testigo de nuestro particular duelo. Avanzando despacio hacia mí, se mete la mano en el bolsillo y, sin que pueda ver muy bien de qué se trata, me coge nuevamente de la muñeca y me coloca una preciosa pulsera plateada con dos bonitos colgantes: una torre Eiffel y un candado, ambos semiadornados con unas diminutas circonitas.

—¡Ésta es la segunda parte de tu regalo! —Su voz suena seria, ronca y extremadamente sexi.

Mis ojos vuelven a encontrarse con los suyos. Los dos nos retamos en un indescriptible duelo de dominio y sometimiento. Quiero darle las gracias por el precioso detalle, pero en lugar de eso, le suelto:

—¿Y el tercero?

Matthew frunce el ceño y se abalanza sobre mí, atrapando mi rostro con las manos con tal fuerza que el ascensor se sacude cuando me empuja hacia el otro lado. Mi espalda y mi cabeza rebotan contra el metal que recubre la pared. Lejos de sentirme molesta con él, ardo en combustión por el increíble deseo que me despierta.

Sin dejar de besarme, me coge por la cintura y me sube a horcajadas. Llevo unos *leggings* con botas altas, lo que me permite abrazar su cadera y aferrarme a él sin dificultad. Matthew está tan excitado como yo, y me lo demuestra restregándose con ímpetu su abultada parte íntima a través de la fina tela que cubre la mía. Su lengua entra una y otra vez en mi boca para demostrarme su ardiente pretensión y su firme poder. De igual modo, le respondo sin dejarme amilanar, agarrada a su cuello y besándolo con un vigor y una presión inauditos en mí. Sé que ambos descargamos con este beso la pasión que sentimos, pero también la frustración y el disgusto por no haber acertado con la primera parte del dichoso regalo.

De pronto noto cómo me desgarran el pantalón por la costura, justo en mi parte íntima. Matthew se siente salvaje, y me lo está transmitiendo de un modo seductor y fascinante. Con la misma rabia y el mismo deseo, mientras mi trasero es empujado con fuerza contra la pared, él logra liberar su miembro, que busca con anhelo y codicia el mío. Su mirada es aún más oscura e incluso su rostro muestra ira por el interés que le despierto. Sin tiempo que perder, aparta con los dedos a un lado mi nuevo tanga y, del mismo modo que su lengua penetra en mi boca sin compasión, lo hace su polla en mi interior. Jadeo con su fuerte empujón. Nuestras respiraciones son cada vez más fuertes, más rudas, como lo son nuestros actos, fruto de la lujuria que ambos sentimos en este instante.

—Sabes que eres una maldita cabezota —murmura en mi boca al tiempo que me embiste pausada pero robustamente.

—Y tú, un maldito metomentodo —me defiende de igual forma; no pienso dejarme amedrentar.

—Te mereces unos azotes —masculla mordéndome el labio inferior mientras incrementa la agresividad de sus acometidas. Noto tanto placer y me siento tan salvaje que quiero que lo haga.

—No hay huevos —lo incito.

En respuesta a mi provocación, Mattew me agarra de los muslos y me lleva hacia la pared contraria, donde me vuelve a empotrar, con azote en el culo incluido. Gimo al sentir su mano en mi trasero, con lo que consigo avivarlo aún más.

—Me enciendes como nadie —confiesa.

Estoy tan excitada que siento la necesidad de morderlo. Él entiende mi intención y apresa mi cuello con una mano. Está siendo tan salvaje que temo explotar de un genuino placer.

—Apriétame —le suplico recordando la presión del pañuelo de seda en su apartamento.

Él obedece al tiempo que me penetra más fuerte, más rápido y rudo. Ambos notamos cómo el ascensor se mueve a nuestro compás. Nuestros jadeos retumban en el pequeño espacio, aumentando la lujuria a la que nos hemos rendido.

—¡Dios, Maica, no puedo más! —Sus palabras y su gesto de inaudito placer logran que me corra tras un asombroso y bárbaro orgasmo.

Sólo cuando comprueba que he llegado al clímax, cuando confirma que ha logrado su objetivo, Mattew me libera el cuello y se deja ir de un modo atroz, casi brutal, en mi interior.

Ambos nos quedamos abrazados durante un instante, en silencio, cuerpo con cuerpo, a la espera de que nuestros latidos se calmen y recuperen así la normalidad. Una vez más, nuestro amor ha sabido manifestarse de una de las muchas formas en que la pasión, el deseo y la lujuria permiten hacerlo.

El resto de la noche, ya más calmados por el repentino y extenuante encuentro en el ascensor, lo pasamos encerrados en su habitación sin dejar de hacer el amor entre algún que otro baño juntos, íntimas palabras y románticas confesiones.

Sin pegar ojo, llega el domingo y, con él, el momento que menos deseamos: el de la despedida. Por extraño que parezca, cuando lo beso por última vez en el aeropuerto, no siento la misma pena que cuando me marché de París. El hecho de que haya venido a verme, de que hayamos podido estar juntos un corto pero intenso fin de semana, me hace sentir que lo nuestro es real, que tiene futuro y que merece la pena luchar por ello. Con la mano puesta en nuestros respectivos corazones, ambos nos miramos por última vez, aunque en esta ocasión algo dentro de mí me asegura que no tardaremos en volver a vernos.

Al llegar al coche, recibo un mensaje:

Se nos han olvidado las clases de patinaje.

Feliz y enamorada como una tonta, le contesto:

Se te habrán olvidado a ti.

Los días van pasando y a mí se me hacen largos y tediosos. Las compañeras de trabajo no dejan de hacer comentarios sobre Mattew, sobre lo bueno que está y acerca de lo callado que me lo tenía. Yo intento zafarme de todas sus preguntas como buenamente puedo sin llegar a ser descortés con ellas. En el fondo, son buenas chicas, pero aún no me siento preparada para entablar una amistad fuera de las puertas de la empresa.

La fiesta del Pilar, o los Pilares, como aquí la llamamos, pasan sin pena ni gloria. Por primera vez desde que era pequeña, las disfruto en familia y con Françoise, a la que hemos acogido como ella se merece. Mi padre está feliz como hacía años que no lo veía. Me consta que en el fondo se alegra de haberse liberado de esa gran losa que pesaba sobre su conciencia, y su comportamiento diario así lo refleja.

En alguna que otra ocasión he quedado con Pedro y Julián. Ellos también insisten en lo mío con Ainhoa, lo que hace que nuestros breves encuentros me resulten algo tediosos. Ambos siguen adelante con sus relaciones, aunque Julián nos ha confesado que no confía demasiado en que lo suyo con su chica vaya a durar mucho más tiempo. Al oírlo, vuelvo a acordarme de Zipi y de nuestra última conversación.

Gracias a la rutina, de lunes a viernes apenas me machaco mentalmente por la ausencia de mi mejor amiga y Mattew. Pero los fines de semana se me hacen eternos y me resultan mucho más duros de sobrellevar. Él hace todo lo posible por animarme, manteniendo largas charlas conmigo a través de Skype, aunque no es nada comparable a tenerlo conmigo, sentirlo a mi lado acariciándome, atándome, besándome, o tan sólo abrazándome.

Una noche, a principios de noviembre, vestida con mi pijama de invierno por el frío infernal que hace, debido a una gran nevada que cayó hace dos días en la capital, aguardo en mi cuarto para hablar con Mattew cuando oigo que llaman a la puerta.

—¿Se puede?

—Claro, papá; pasa.

—¿No interrumpo nada? —pregunta mirando la pantalla de mi portátil. Sonrío al recordar la bochornosa escena.

—Aún no —me mofo.

—Mejor, hija, mejor.

Sonrío aún más al tiempo que me siento a los pies de la cama y lo invito a hacer lo mismo. Él toma asiento, sube una pierna doblada y se vuelve hacia mí.

—Tú dirás —digo adoptando la misma postura que él.

—Maica, sé que he tardado mucho en hacer esto y que debería haberlo hecho antes, pero... —Me está empezando a asustar, su semblante es un poco más serio de lo normal—. Hija, siento mucho todo lo que te dije sobre Mattew y sobre los franceses.

—Lo sé, papá.

—No me interrumpas —me pide. Yo levanto las palmas de las manos en señal de rendición—. Desde pequeño, oí de tu abuelo las historias de nuestros antepasados y, sin que pudiese evitarlo, me inculcó el odio hacia ellos. Yo nunca había conocido a ninguno y tampoco tuve la oportunidad de comprobar si era o no cierto todo lo que despotricaba de ellos, hasta que la empresa me envió, como bien sabes, a hacer mi primer porte a Francia. Yo iba con miedo, me metía en terreno enemigo y no sabía lo que podía encontrarme. Por caprichos del destino o por una mala coincidencia, el único porte que pararon en la

frontera, de todos los españoles que en aquel momento estábamos allí, fue el mío. Nunca antes lo he dicho, pero lo cierto es que, debido a mi *herencia*, yo ya iba predispuesto a que algo sucediese, estaba tenso y quizá eso no ayudó mucho en mi favor. Mi actitud caldeó los ánimos, y supongo que, por ello, acabó la cosa como acabó. —Estoy tan alucinada con lo que me está contando que no soy capaz de interrumpirlo—. A mi vuelta intenté eludir cualquier viaje allí, y por supuesto evité contar esta parte de la historia, pero el trabajo es sagrado, y no tuve más remedio que tragarme mi orgullo y regresar. Eso sí, procuré por todos los medios no volver a mostrarme tan hosco delante de ellos para evitar que me volcaran el camión de nuevo, y así fue. Con el tiempo, tuve que tratar con muchos de ellos, conocer algunas de sus costumbres, descubrir su maravillosa gastronomía e incluso aprender algo de su idioma, aunque seguía sin apreciarlos lo más mínimo. —Mi padre suspira, lo que me recuerda que debo tomar aire y respirar; esto está siendo una confesión en toda regla—. Cuando me dijiste que ibas a traer a una francesa a casa —continúa—, mi primera reacción fue asustarme. —Mi ceño fruncido le formula la pregunta por mí—. Sí, hija, me asusté porque pensaba que la coartada que durante tantos años he preservado se iría al traste. Me sentía responsable de dejaros sin vacaciones y, cuando dijiste que te habías apuntado al intercambio, en realidad me alegré mucho por ti; me pareció una preciosa forma de acabar y celebrar tu graduación. —Sonrío al oírlo, pero mi sonrisa desaparece cuando se apresura a continuar—: Aunque, cuando vi que se trataba de Mattew, ahí supe que no sería un mero intercambio. Soy hombre, pero no estoy ciego, y era consciente de que tarde o temprano acabaríais juntos. No hacía falta más que veros para saber que entre vosotros había algo, llámalo química o instinto paterno, me da igual. El caso es que no me equivoqué. No quería que te fueras, sopesé mil maneras de impedirte el viaje, pero no lo hice.

—Pero tú ya estabas con Françoise —me defiendo.

—Sí. Pero ella no vive a mil kilómetros de mí, ni yo de ella.

—¿Es sólo por eso?

—Tu abuela me soltó la charla el primer día que Mattew vino a casa. —Sonrío al imaginármela—. Entre ella y Françoise intentaron hacerme razonar y finalmente lo consiguieron, como también lograron que te impidiera marcharte a París con él.

Durante unos segundos, ambos guardamos silencio.

—Papá, ¿crees que funcionará? —Apenas me sale un hilo de voz; el temor esconde mis palabras.

—Hija —me coge una mano—, estoy absolutamente seguro de que sí. Sólo hay que veros para saberlo, y créeme, eso con los años... se sabe.

—¿Tenéis una bola de cristal o algo así? —Una vez más, recorro al humor para conseguir calmarme.

—No, tenemos edad y experiencia, algo mucho más valioso que cualquier bola o que cualquier otro medio adivinatorio. Maica, la forma en que Mattew te trata sólo es síntoma de una cosa. —Levanto los hombros de manera interrogativa—. De lo mucho que te quiere y te respeta.

—Pero él vive allí y... —Agacho la cabeza, este tema es demasiado doloroso para mí.

—En eso no tengo más remedio que darte la razón —afirma apartándome un mechón y colocándomelo detrás de la oreja—. Pero no puedes tener todo el día esa cara de acelga.

—¡Papá! —me defiendo en un susurro. Estoy haciendo un esfuerzo tremendo por no romper a llorar.

—Ponte como quieras, pero es cierto. Entre lo de Ainhoa y esto, ya no sonrías como antes. —Me siento tentada de preguntarle cómo diablos se ha enterado de lo mío con ella, pero pronto encuentro la

respuesta: mi abuela—. Así que, como quiero volver a ver esa risa a la que nos tienes acostumbrados, aquí tienes mi regalo de graduación. —Se lleva la mano al bolsillo trasero del pantalón, del que saca un sobre que no tarda en entregarme—. Sé que llego un poco tarde, pero...

—¡Gracias, papá! —digo mostrándole una tímida y falsa sonrisa.

—Ábrelo, anda; a ver si eres capaz de darme una verdadera sonrisa y no esa mierda que me has *dao*.

—¡Tonto! —le suelto al verme descubierta mientras abro el sobre ante su atenta mirada—. ¿En serio?!! —pregunto al ver lo que contiene—. ¿Esto es lo que creo que es?!!

—¡Coño, hija! ¿Te has *graduao* y no sabes leer? Voy a tener que quejarme al Ministerio de Educación —se mofa.

—¡¡¡Te quiero, papá!!! —grito abalanzándome sobre él para abrazarlo.

—Y yo a ti, cielo, y yo a ti.

Cuando acabo de llenarlo de incesantes y sonoros besos, me apresuro a salir del cuarto en busca de mi abuela. Pero, una vez más, ella me sorprende cuando, al abrir la puerta, me la encuentro con la oreja pegada.

—Hola, ¿qué tal? Pasaba por aquí y no he oído nada —intenta justificarse, de un modo tan patético que, por primera vez en mucho tiempo, acabo riendo a carcajadas.

—¡Joder, mamá, lo tuyo es de traca! —la riñe mi padre levantándose e intentando aparentar enfado.

—Vale, soy la única de la familia que no vale para actriz, dejémoslo ahí —se defiende ella con una enternecedora sonrisa.

Siento tanta felicidad y tanto orgullo por mi familia que, tras abrazarla con todas mis fuerzas hasta casi espachurrarla, salgo pitando hacia la habitación de Curro para darle la buena noticia, y, de paso, preguntarle si quiere que le traiga algo... de París.

Capítulo 35

El avión está a punto de despegar y yo me agarro fuerte a los apoyabrazos del asiento. No es que me dé miedo volar, pero estoy tan nerviosa por ver a Matthew que siento la necesidad de aferrarme a algo. El estómago se me contrae en el instante en que el aparato se eleva, lo que me confirma que esto es real y que, por fin, después de más de dos meses, volveré a estar junto a él. Apenas he pegado ojo en toda la noche, aunque en realidad no lo he hecho en los tres últimos días, desde que mi padre me entregó el sobre. Pero ¿a quién le importa? Voy a ver al hombre de mi vida, a la persona que más quiero en este mundo, la que me ha demostrado y enseñado lo que es amar y vivir por y para alguien.

Él aún no lo sabe, no ha sido fácil disimular ni reprimirme las ganas de contárselo, pero quiero darle la sorpresa. Además, estos últimos días ha estado muy raro, cansado, diría yo, dadas las ojeras que se le veían, por lo que el motivo de querer impresionarlo es aún mayor. Me muero por ver su cara cuando me descubra de nuevo allí, en la Ciudad de la Luz, en la ciudad que tanto nos dio y en la que tantas cosas vivimos juntos.

El avión aterriza en Orly al cabo de poco más de una hora. Me he venido con lo imprescindible en mi *trolley* de viaje, por lo que no tengo que esperar en la cinta a recoger ninguna maleta. Al salir del aeropuerto, cojo el Orlybus, que me lleva hasta el barrio de Montparnasse, lugar donde se encuentra la gran torre que tan poco gusta a los parisinos, pero que a mí me recuerda a las vistas de su apartamento.

Nada más poner un pie en París, me quedo petrificada. ¡Joder, qué frío! Ahora entiendo qué quiso decir Matthew cuando me contó lo de la ley que prohíbe desalojar a los inquilinos en estas fechas. Me muero de ganas de pasear y recordar los momentos vividos con él, pero por mi salud y para evitar una posible congelación, cojo un taxi.

La ciudad está muy diferente de la última vez que la vi; el paisaje ha cambiado bastante. Los árboles, que en verano estaban rebosantes y llenos de vida, ahora están desnudos sin hojas que los cubran. Los que conocí como resplandecientes rincones verdes ahora están de un color marrón, apagado y oscurecido por la cantidad de nubes negras que encapotan y opacan su brillo. No obstante, la ciudad del amor es bella incluso en días grises como el de hoy, y disfruto de ella durante todo el trayecto, embebiéndome de su maravillosa majestuosidad y su particular encanto.

Al cabo de quince minutos, el taxi me deja junto a la estatua dorada que tanto me gusta, la del «culo del caballo», en el distrito I, el suyo. Sonrío en cuanto la veo. Es casi mediodía, por lo que me dirijo a uno de los restaurantes que hay cerca del Louvre para tomar algo y, de paso, entrar en calor.

Una vez que tomo asiento y le pido al camarero lo que quiero en mi ya avanzado francés, saco el móvil para avisar a mi familia de que he llegado bien.

—Hola, papá, ya estoy en París.

—Hola, hija. ¿Qué tal el vuelo?

—Bien.

—Y ¿qué tal está Matthew?

—Aún no lo he visto; sale a las cuatro de trabajar.

—Y ¿dónde estás?

—En un acogedor restaurante junto al Louvre, muy cerca de su casa.

—Está bien. Disfruta, y dale recuerdos de mi parte.

—Descuida. Un beso a todos.

—Otro para ti, cariño. Adiós.

—Adiós, papá.

Al finalizar la llamada, no puedo evitar sonreír de nuevo..., mi padre mandándome recuerdos para Matthew. ¡Cómo ha cambiado el cuento!

A pocos minutos de las cuatro de la tarde, vuelvo a abrigarme cual esquimal para salir del local y dirigirme hacia su apartamento. Conforme camino por la calle, mi nerviosismo aumenta. Aún no me puedo creer que esté en París y que vaya a verlo. Estoy tan emocionada que aligero un poco el paso para llegar cuanto antes, pese a que sé que aún no ha salido del trabajo.

Cuando llego a la esquina de la larga rue de Rivoli, me paro en seco para tomar aire; la carrera me ha mantenido caliente, pero también estoy al borde de una taquicardia. ¡Llegó el momento! Con un temblor de piernas increíble, que más bien parezco Chiquito de la Calzada en plena actuación, cruzo la calle y llamo al interfono de su portal. Sé que todavía es pronto y no me equivoco al presagiar que aún no ha llegado del trabajo. Nadie contesta, por lo que vuelvo a cruzar la calle y me planto en la acera de enfrente, desde donde tengo una mejor perspectiva, a esperar el gran momento.

Mientras aguardo junto a mi pequeña maleta de cuatro ruedas, miro a derecha e izquierda sin parar; sé que aparecerá en cualquier momento y no quiero perdmelo por nada del mundo. Estoy tan nerviosa que muevo el pie sin cesar, dando pequeños golpes sobre la acera. Noto el corazón laténdome incesante y rápido en la garganta. Oigo una moto venir calle abajo, ¡creo que es la suya! ¡Sí, es él! La sonrisa eleva mis colorados mofletes hasta entornar mis grandes ojos. Separo la espalda de la fría pared para echar a andar hacia él y sorprenderlo. Pero, de pronto, la curva de mis labios desciende vertiginosamente con lo que ven mis ojos: no va solo. La promesa que me hizo de no montar a nadie más en la moto regresa a mi mente a una velocidad que ni yo misma puedo controlar. Como tampoco puedo hacerlo con mis latidos, que retumban y hasta golpean con fuerza dentro de mí.

Cuando llega al portal, Matthew para la moto, le pone la pata, se baja y se quita el casco. Sin reparo, y sin saberse observado, se abalanza sobre ella, le levanta la visera del casco y la besa justo antes de volverse y entrar en el edificio. Siento tanto dolor y rabia que apenas logro moverme. Conozco el casco que lleva ella, tiene la visera oscura y no puedo verle la cara, pero su pelo rubio liso asoma por debajo, y sé que es... ¡Danièle!

La garganta me arde y el estómago se revuelve intranquilo en mi interior. Tengo ganas de vomitar. Por un instante me siento tentada de cruzar, abalanzarme sobre ella y arrancarle hasta el último pelo de su rubia cabeza. Pero de nuevo mi fuerza interior me sorprende y, sin darme cuenta, y como una autómatas, me cubro aún más con el gorro para no ser descubierta, me quito un guante y saco el móvil del bolsillo.

Mi subconsciente actúa por mí, quiere recabar pruebas.

Matthew aparece de nuevo por la puerta, esta vez con un bolso mochila que le entrega a ella. Como un acto reflejo, mi dedo reacciona por mí y comienzo a echar fotos con el móvil sin perder detalle. Ninguno de los dos se percata de mi presencia, por lo que dan rienda suelta a su confundida libertad, volviendo a besarse antes de que él se ponga el casco, se suba a la moto y se marchen en dirección a la plaza de la Concordia.

«¿Qué ha pasado?»

Cuando consigo reaccionar y me doy cuenta de la realidad, guardo el móvil, vuelvo a ponerme el guante y comienzo a andar. Mis pies se arrastran por el suelo como lo hace mi alma. El dolor que siento es tan agudo y fuerte que me oprime el pecho y me impide respirar. Sin darme cuenta, al cabo de un rato, me percato de que me encuentro atravesando el jardín de las Tullerías. Apenas hay gente, y nada comparado con lo que suele haber en verano. Pero lo cierto es que ya nada es igual que en verano; ya nada es igual en París, y ya nada es igual con Matthew.

Con la cabeza gacha y la mirada perdida, camino hasta rendirme al dolor que mi corazón alberga en este momento, dejando brotar las lágrimas que descienden sin consuelo por mi frío rostro. ¿Cómo ha podido hacerme esto? Habría preferido que rompiera conmigo mil veces antes que destrozarme de esta manera. No era necesario que me fuese infiel, tan sólo debía cortar los lazos que nos unían, o que más bien yo pensaba que nos unían. No sólo me siento utilizada, sino además como un mero juguete, un mero entretenimiento vacacional. Y justo ahora que mi familia había conseguido aceptarlo como a uno más. ¡He sido una idiota, una mísera y completa imbécil que se ha dejado embaucar por un actor de primera!

El frío aumenta, y mucho más con la lluvia que empieza a caer. No obstante, me siento tan triste, tan abandonada y maldecida que lo que menos me importa es que el agua traspase la ropa y cale en mis huesos. Miles de imágenes pasan por mi mente, cada una haciendo que me sienta más desgraciada y triste que la anterior. Me flagelo y me castigo a mí misma rememorando los instantes en los que me confesaba su amor, en los que me hizo creer en él y en una relación. Siempre me había negado a enamorarme, y ahora entiendo por qué. Ningún sufrimiento hasta ahora ha sido comparable a lo que siento en este momento.

La lluvia cae con más fuerza, al contrario que yo, que me debilito a cada segundo, a cada momento que paso aplastándome y despedazándome por dentro. Comienzo a temblar como nunca antes; tiritito tanto que siento el rechinar de mis dientes golpeándose con fuerza. Mi cabeza masoquista me recuerda la canción *Je vais t'aimer*^[7] una y otra vez en forma de bucle. Las pocas personas con las que me cruzo y me tropiezo evitan decirme palabra alguna. Mi vista sigue anclada en el suelo, apenas a unos centímetros por delante de mí, lo suficiente para que mi subconsciente sepa por dónde debo pisar. Con los guantes, limpio las lágrimas de mis ojos, que, entremezcladas con la lluvia, me hacen perder la visión en más de una ocasión.

Oigo los coches circular junto a mí, lo que me confirma que he salido del jardín, aunque sigo sin saber dónde estoy. Camino y me arrastro sin parar, tan sólo acompañada del dolor tan agudo que siento y de mi triste maleta, que, al igual que yo, se ha quedado sin subir las tres plantas que llevan a su apartamento, pero que ha sido testigo a mi lado de lo que mis ojos, ahora ciegos por el dolor, desgraciadamente han visto.

Mis fuerzas se agotan, siento cómo me rompo por dentro y, por último, caigo de rodillas, rendida ante

tanto dolor. La humedad empapa toda mi ropa y mi fría piel. Mi llanto es desgarrador, como desgarrados están mi ser y mi alma, que lloran por lo injusto que ha sido Matthew conmigo. Tiemblo como lo hace una hoja en medio de una ventisca. No sé dónde estoy ni qué hacer. La pena me invade y no logro pensar con claridad. Mi cuerpo se ha rendido.

Aun así, en algún lugar de mi mente, no sé muy bien cómo ni dónde, encuentro una pequeña resistencia, un diminuto impulso que tira de mí, que me obliga a sacar de nuevo el móvil y a marcar el número de Carmen.

Capítulo 36

Carmen resultó ser mi mayor aliada y mi ángel de la guarda durante los dos días que estuve en París. Nada más llamarla, ella y su hijo vinieron a por mí y me llevaron a su casa, donde me acogieron con los brazos abiertos. Desde que nos conocimos en el avión de vuelta a Zaragoza no nos habíamos vuelto a ver, pero habíamos mantenido el contacto, lo que me dio pie a llamarla cuando más la necesité.

En un momento de intimidad entre ambas, le conté lo que me había pasado. Al principio le costó creerme, pues ella estaba al tanto de mi relación con Mattew y de lo bien que nos llevábamos..., hasta ese fatídico día. Cuando le enseñé las fotos, su cara de asombro lo dijo todo.

Encontré en Carmen el consuelo que necesitaba; con ella pude desahogarme y conseguir, al menos, recuperarme un poco para poder regresar a casa lo más entera que me fuera posible. Sus sabios consejos me ayudaron mucho, como su hospitalidad y la de su familia, que no me dejaron sola en ningún momento y se volcaron en mí hasta el instante de despedirme en el aeropuerto el domingo. Antes de eso, el mismo viernes por la tarde conseguí, con su inestimable ayuda, enviarle un mensaje a Mattew excusándome por no poder hablar con él en varios días debido a una avería que había en la zona que nos mantendría sin línea de teléfono y de internet. Él me hacía en Zaragoza, y yo debía seguir sosteniendo la coartada; aún no estaba lo suficientemente preparada para enfrentarme a él y acabar con lo nuestro como era debido.

En el camino de vuelta me dio tiempo a reflexionar de nuevo sobre todo lo vivido el fin de semana. A mi lado, un señor de mediana edad leía un libro en francés; al verlo, sonreí apenada al compararlo con la dicharachera y simpática Carmen, a la que siempre estaré agradecida y llevaré en mi corazón. Si unos meses antes me hubiesen dicho que una mujer de mediana edad iba a convertirse en mi mejor amiga, me habría echado a reír. Pero ahora todo era distinto, demasiado en realidad.

* * *

Con las fuerzas que cogí gracias a la ayuda de Carmen, he podido aguantar y disimular los primeros días de vuelta en casa y a la normalidad. No se lo he dicho a nadie, ni creo que lo haga, pero cada noche, al acostarme, doy rienda suelta a toda la pena que en realidad siento y que creo disimular frente a los demás. Refugiada en el trabajo, y pese a estar casi siempre rodeada de gente, tanto allí como en casa, últimamente siento que la soledad es mi verdadera y única compañía; una soledad impuesta y amarga de la que no consigo desprenderme y que me atormenta y me aflige sin consuelo alguno.

Mattew ha intentado contactar conmigo, pero yo rechazo cada una de las llamadas que me hace; también he desconectado los datos del teléfono y he desinstalado la aplicación de Skype del portátil. Sé

que tarde o temprano llegará el momento que tanto intento retrasar, pero aguardo a estar más preparada y fuerte para ello.

Una mañana, al entrar en el trabajo, veo a Ainhoa subida en un coche, junto a un chico al que no conozco. El instante no dura mucho, pero lo suficiente para apreciar la complicidad que hay entre ambos y para saber que la que era mi mejor amiga no está sola y tiene pareja. En mi corazón me alegro por ella, pero en mi mente no puedo evitar sentirme dolida y, por qué no decirlo, incluso celosa. No es que desee estar con nadie ni nada por el estilo, pero ella parece haber conseguido lo que tanto ansiaba, mientras que yo... siento que lo he perdido todo.

Los días pasan y yo me hundo cada día más. La sonrisa a la que, como me dijo mi padre en su día, los tenía acostumbrados ha dado paso a una cara amargada, triste, y a unas marcadas ojeras que no son otra cosa más que el resultado de las noches que paso llorando. Hasta que una de esas noches...

—Maica, ¿puedo pasar? —me pregunta mi abuela tras tocar a la puerta. Es la hora en la que solía hablar con Matthew por Skype, y en la que me encierro en mi cuarto para disimular que todo sigue igual que siempre.

—¡Espera! —grito desde mi escritorio, donde ando mirando cosas por internet—. ¡Ya, puedes pasar! Ella entra sigilosa y se sienta tras de mí, a un lado de la cama.

—Hija, ¿podemos hablar?

—Claro, abuela. ¿Qué ocurre?

—Tú eres lo que ocurre.

—No sé de qué me hablas.

Sólo con cinco palabras ha conseguido que me retumbe el corazón con fuerza en el pecho.

—Maica, cariño, te conozco y sé que no lo estás pasando bien. Aunque lo que no sé es por qué te empeñas en intentar disimularlo.

—Estoy bien. ¿A qué viene esto, abuela?

—¡Basta, niña! Deja de hacer teatro, conmigo no lo necesitas. Dime, ¿qué ha pasado entre Matthew y tú?

—Ya veo que contigo no ha surtido efecto.

—Suele pasaros a los jóvenes, que nos subestimáis porque nos veis viejos, pero nada más lejos de la realidad.

—Supongo que tienes razón.

—¿Me lo vas a contar?

—Es largo de explicar, pero te lo resumiré: me ha puesto los cuernos.

—Hija, Matthew no es de esos.

—Ah, ¿no?

—No.

—Y ¿yo sí? —pregunto enfadada.

—Yo no he dicho eso.

—¿Por qué no crees lo que te digo, abuela?

—Porque él no sería capaz de algo así, no es su estilo, y hasta un ciego puede ver lo mucho que te quiere y está por ti.

—Ya veo que don Perfecto ha sabido camelarnos a todos. Incluso a papá, que era el más reticente.

—Maica, no digas eso e intenta razonar.

—¿Qué es lo que tengo que razonar, abuela? Yo misma lo pillé besando a la estúpida engreída de su amiga Danièle.

—¿Lo viste?

—Con estos dos —afirmo señalándome ambos ojos.

—No dudo de lo que hayas podido ver, pero... es que me cuesta tanto creer que Matthew haya sido capaz de...

—¿Quieres verlo por ti misma?

—¿A qué te refieres?

Mientras ella frunce el ceño sorprendida por mi ofrecimiento, me vuelvo para coger el móvil del escritorio, buscar en la galería y enseñarle las dichas fotos. Mi abuela se queda de piedra al ver las imágenes, sobre todo en las que la besa justo después de entregarle la mochila y antes de desaparecer montados en la moto. Durante unos segundos, guarda silencio.

—¿Me crees ahora?

—No sé muy bien qué decir.

—Una disculpa no estaría mal —indico cogiéndole el móvil de las manos.

—Tienes razón, hija. Siento haber dudado de ti.

—No, más bien deberías decir «haber confiado en él» como lo hice yo, como hemos hecho todos —digo agachando la cabeza sin apartar los ojos del teléfono, única e irrefutable prueba de su traición.

—¿Cuándo te has hecho tan mayor?

Su pregunta logra arrancarme una leve sonrisa y la fuerza suficiente para incorporarme de nuevo para mirarla y comenzar a contarle todo lo que pasó en mi último y fatídico fin de semana en París. Ella escucha atenta cada uno de los momentos que viví, hasta que decide interrumpirme.

—Vale, y ¿a qué esperas para mandarlo a la mierda?

—¡Abuela!

—Abuela, ¿qué? ¡No vas a estar así toda la vida!

—No pensaba hacerlo.

—¿Entonces?

Durante unos segundos me quedo mirándola a los ojos. La candidez que desprenden, acompañada de la firmeza y la seguridad de sus palabras, hacen que finalmente me dé cuenta de que ha llegado el momento de poner punto y final a lo mío con Matthew.

—Gracias, abuela. Eres la mejor —remato acercando la silla hacia ella para fundirnos en un cálido abrazo.

Una vez que se marcha y me quedo de nuevo sola en mi cuarto, decido cómo hacerlo. Sé que podría resolverlo enseguida con una simple llamada de teléfono o enviándole un claro mensaje de WhatsApp. Pero, en lugar de eso, y de entre las posibles alternativas que tengo para llevarlo a cabo, por último me decanto por la más correcta, elegante y mejor forma posible; además de que es la que más me apetece utilizar.

Despacio, y con la mejor letra de la que soy capaz, le escribo una carta a mano donde le dejo claro lo mucho que siento que lo nuestro tenga que acabar así. Conforme voy avanzando, me reafirmo en el inmenso dolor que albergo por lo engañada y utilizada que me siento. Uno a uno, le dedico toda clase de

improperios habidos y por haber, no sin un amargo acompañamiento en forma de lágrimas que, a menudo, debo limpiar para poder ver el folio de papel reciclado en el que le escribo. Pero no hay odio sin amor, como no hay reproche sin sentimiento, por lo que acabo la carta expresándole lo mucho que lo he amado, reafirmando así en mis profundos y verdaderos sentimientos hacia él, algo que le agradezco de todo corazón, pues, de no haber sido por Matthew, jamás habría tenido la oportunidad de sentir. Conocí el verdadero amor y la pasión en el instante en que entró a formar parte de mi vida y, por ironías del destino, ahora debo apartarlo de mi lado y sacarlo de ella.

Con un escueto «Hasta siempre» y una simple firma, pongo el punto final a la carta más dura que en mis veintiséis años he tenido que escribir. En silencio, suelto el bolígrafo y comienzo a doblar la hoja, que introduzco en un sobre, acompañada de unas cuantas fotos que previamente he impreso y de algo mucho más duro para mí: el collar con el candado. Aún recuerdo cuando me lo entregó y me dijo que sería suya mientras permaneciera cerrado. Pero ya no soy suya, no soy de nadie.

No tengo la llave, pero no tardo en ir al armario del pasillo, abrir la caja de herramientas y sacar un cortaalambres. La rabia me da la fuerza suficiente para partirlo en dos, y es entonces cuando regreso de nuevo a mi cuarto.

Una vez que compruebo que está todo dentro, tiro de la cinta que recubre el adhesivo y cierro el sobre; es entonces cuando me percató de que ya no hay marcha atrás. Matthew forma parte del pasado, aunque en el fondo de mi corazón..., sé que siempre habrá un hueco irremplazable para él.

* * *

Los dos siguientes días son aún peores que cuando volví de mi segundo viaje a París. Por más que intento aparentar normalidad, sólo logro hacerlo en el trabajo. Al llegar a casa, mi coraza se rompe en pedazos, consiguiendo con ello que toda mi familia esté ya al tanto de la noticia. Todos me muestran su apoyo incondicional, como lo hace Carmen, que me ha llamado en un par de ocasiones interesándose por mí.

Aún es pronto para que Matthew haya recibido la carta, pero yo me siento cada vez más nerviosa y triste a medida que van pasando las horas. Sé que debo ser fuerte por mi familia, pero voy sintiéndome más y más decaída y deambulo por casa como un alma en pena, arrastrando los pies a cada paso, sin apenas apetito y descargando mi dolor sobre la cama en la soledad de mi cuarto siempre que tengo ocasión, donde me rindo y doy rienda suelta a mi verdadera pena en forma de desgarradores llantos. He llorado tanto estos dos últimos días que tengo los ojos muy hinchados, casi deformes. Trato de mirarme en el espejo lo menos posible; la imagen devastadora que muestra su reflejo logra asustarme, y me limito a centrarme simple y llanamente en el pelo o en la ropa que llevo en ese momento.

Son casi las diez de la noche, la hora en la que solíamos hablar, y mi llanto aumenta imparable sin que yo pueda ni quiera refrenarlo. Una parte de mí disfruta con el masoquismo que yo misma me inflijo al recordar una y otra vez los mejores y más bonitos recuerdos que albergo de él.

En medio de un ronco gimoteo, oigo que llaman a la puerta.

—¡Abuela, déjame en paz! ¡No tengo ganas de hablar con nadie!

—¿Ni siquiera conmigo?

—¿Ainhoa? —suelto al verla aparecer por la puerta.

Tengo que limpiarme dos veces los ojos para comprobar que no es una visión ni fruto de mi maquiavélica imaginación.

—La misma que viste y calza.

—¿Cuándo has...? ¿Qué haces aquí? —pregunto incorporándome y en un tono más serio de lo normal. Ella se acerca hasta mí y se sienta a un lado de la cama.

—Tus llantos se oyen hasta en mi casa.

—Si has venido para regodearte, ya puedes marcharte otra vez.

—He venido por muchos motivos, y uno de ellos es apoyarte.

—¿Ahora? Llegas un poco tarde. —La pena que sentía ha dejado paso a la ira.

—Maica, lo siento.

En sus ojos puedo ver que lo que dice es cierto, pero estoy tan dolida que soy incapaz de apreciarlo o de tenerlo en cuenta en este momento.

—¿Qué es lo que sientes, Ainhoa? ¿El no haberme apoyado? ¿El haber dejado que el orgullo venciera a nuestra amistad? ¡Dime! ¡¿Qué coño es lo que sientes?!

—Tener celos de ti.

—¿Qué? —Su respuesta me ha dejado tan descolocada que apenas le formulo la mía en un leve susurro.

—Maica, tú nunca habías creído en el amor; siempre te burlabas de mí y de mis ganas por echarme un novio. Tú, en cambio, nunca has necesitado a un hombre, siempre has sido una tía independiente, fuerte y capaz de desenvolverse sola. Por eso, cuando vi que lo tuyo con Matthew iba en serio, creí morirme de celos. Tenías lo que siempre había ansiado: tenías pareja, un hombre que te amaba, pese a que nunca lo habías deseado. Y yo, que me moría por conseguirlo, no tenía a nadie a mi lado.

—Cortaste con Eloy.

—Porque sabía que lo nuestro no tenía futuro, estaba demasiado enamorada de él y quise acabar antes de que me hiciera daño, como...

—Como yo ahora.

—Sí —susurra. Está siendo sincera por primera vez en mucho tiempo.

—¿Por eso dijiste todo eso de él?

—No lo pensaba realmente; sólo intentaba que cortaras con él para que volvieses a estar conmigo y no me dejaras sola.

—¿Te das cuenta de lo egoísta que suena eso?

—Mucho.

—Pero tú y yo nunca hemos sido así.

—¡Lo sé! —se justifica—. Pero te estoy diciendo que los celos me comieron, creí que iba a perderte y me comporté como una imbécil.

—Y una gilipollas.

—Eso también. —Ambas guardamos silencio—. Maica —continúa—, no sé qué ha pasado entre tú y Matthew, pero cuando contactó conmigo para que hiciéramos las paces, me di cuenta de que te quería de veras, y de que, por mucho que me doliera verte con él, nada era más doloroso que estar sin ti.

—No deberías haber permitido que mediara entre nosotras, deberías haberlo hecho tú sola.

—Fue su gesto el que me hizo ver la realidad. Por favor, perdóname.

—Pensé que no querías apoyarme, que ya no me querías ni querías mi felicidad.

—Tu felicidad es la mía, pero no es completa si no estamos juntas.

Sus palabras logran arrancarme una nueva lágrima. Comienzo a acostumbrarme a sentir el rostro húmedo.

—No te imaginas el daño que me has hecho.

—Que nos he hecho —me corrige.

—Te jodes.

—Lo sé.

—Nunca más —le pido.

—Nunca más.

—Siempre nos lo hemos dicho todo, por mucho que nos doliera; siempre ha sido así y debe seguir siendo así.

—Estoy de acuerdo.

—¿Tienes algo que contarme? —le pregunto. En el fondo quiero ponerla a prueba.

—He venido principalmente por ti. ¿No deberías ser tú quien me contara?

—No desvíes el tema —la apremio.

—No sé si es el mejor momento para...

—¡Es para hoy!

—Aparte de que el trabajo me encanta, salgo con alguien.

—¿Te pone los cuernos?

—¡Maica!

—Contesta a mi pregunta.

—¡Que yo sepa no, joder!

—Tú lo has dicho: que tú sepas.

—Siento lo tuyo con Matthew.

—Ha sido mi abuela, ¿verdad?

—Sí. Está muy preocupada por ti, no se lo tengas en cuenta.

—Entiendes que no has venido por ti misma, ¿verdad?

—He conducido yo, por si vale de algo —se justifica arrugando el morro. El gesto me hace sonreír.

—Te odio.

—Yo también a ti.

—Y mucho.

—Lo sé.

Por primera vez en mucho tiempo, estrecho entre mis brazos a la que tanto he echado de menos: a mi auténtica y gran amiga. Pese a haber estado alejada de ella, jamás he dejado de quererla, como sé que ella a mí tampoco. Y, aunque finalmente ha venido por una llamada de mi abuela, en el fondo sé que ambas estábamos deseando que llegara este momento para poner fin al enfado y a la distancia que el egoísmo, disfrazado de celos enfermizos, nos ha obligado a mantener. La quiero con locura, y sé que ella a mí también. Ahora, fundidas en un tierno y cariñoso abrazo, ambas sabemos que siempre estaremos juntas y, sobre todo, que ningún hombre se interpondrá en nuestro camino para impedir que así sea.

Capítulo 37

—¿Quieres darte prisa? ¡Llegamos tarde! —me apremia Ainhoa desde el coche en cuanto me ve salir por la puerta.

Es sábado, son las nueve y media de la noche pasadas, y hace un frío que pela.

—¡Tía, no me agobies! —me quejo entrando por la puerta del pasajero—. Nunca nos ha preocupado llegar tarde a una cita. ¿Por qué ha de cambiar eso ahora?

—¡Será la edad, yo qué sé! ¡Cierra, que hace frío! —me ordena con la marcha metida para salir acelerando.

—¿La función no empieza a las diez, Fernando Alonso? —pregunto agarrándome a la puerta en cuanto toma la primera curva.

—Sí, pero quiero coger un buen sitio.

Desde que Ainhoa y yo hicimos las paces, hace ya más de quince días, está muy pesada y cansina conmigo. Nada más llegar del trabajo, ya la tengo en casa esperándome para irnos a cenar, al cine, o simplemente para ver una película juntas. Se niega a dejarme sola y a que me compadezca de mí misma por mi situación y por la ausencia de noticias de Matthew.

Aún no he sabido nada de él, pese a que ya han pasado dos semanas y dos días desde que le envié la carta. Y en realidad no sé si quiero, pues soy consciente de que no escucharía ninguna de sus lindezas ni de sus vanas explicaciones. Tengo claro lo que vi, y gracias a las fotos que hice, no soy la única. Intento por todos los medios borrar de mi mente aquella devastadora imagen, pero, de un modo maquiavélico, me acompaña día y noche adondequiera que voy. Al igual que cuando una canción pegadiza se nos mete en la cabeza y nos tiramos horas y horas canturreándola, yo veo a Matthew besando a Danièle montada en la moto en la que me hizo una promesa. ¡Y luego él era el caballero y yo la alocada! Cierro los ojos con fuerza intentando borrar los malditos pensamientos que me invaden sin descanso. Sé que merezco una explicación, una disculpa, al menos, pero también sé que mi orgullo y mi mal genio no le darían la oportunidad de hacerlo. ¿Estaré volviéndome loca? Las incongruencias de mis pensamientos y la ausencia de señal por su parte están convirtiendo mi vida en un verdadero infierno.

Ainhoa y yo, en cambio, retomamos nuestra amistad donde lo dejamos en el mismo momento en que aclaramos nuestras diferencias aquella noche cuando vino a verme a casa. Nuestra amistad siempre ha sido sincera y real, por lo que no me costó mucho perdonarla y concedernos a ambas una segunda oportunidad. La quiero con locura, y sé que ella también a mí, motivo por el cual la tengo ahora pegada como una lapa, dispuesta, como ella misma ha dicho, a hacer lo que haga falta para sacar a la luz a la Zape que llevo dentro, aunque eso incluya estar más tiempo alejada de su nueva pareja.

Si ayer fuimos al cine a ver una película de acción, pues me ha prohibido las de género romántico, hoy toca ir a ver unos monólogos de humor a una de las salas del casco viejo. El primero en actuar es Paco Calavera, un monologuista de Almería, un tío grande con cara de pillo y de buena gente. Su repertorio escogido para esta noche se basa sobre todo en las relaciones de pareja, con lo que me resulta inevitable acordarme de nuevo de Matthew, aunque con una salvedad: sus comentarios y la figura masculina tal y como él la describe son la antítesis de mi Napoleón, hecho que agradezco y que logra arrancarme más de una carcajada.

El segundo en actuar, y el último por esta noche, es Chema Ruiz, un cómico de Murcia. Si el primero tenía cara de pillo, este otro la tiene de bicho directamente. Sus monólogos versan también sobre las relaciones de pareja, pero, a diferencia del anterior, el simpático murciano se explaya con los mensajes de WhatsApp o con las mujeres. En más de una ocasión, Ainhoa y yo nos miramos con cara de «A este tío me lo cargo», aunque como suele pasar en estos casos, lo que cuenta es tan real que acabamos descojonándonos como hacía tiempo que no hacíamos. Con dolor de barriga y con lágrimas de risa cayendo por mi cara, me limpio más de una vez por las divertidas ocurrencias del monologuista, que, con o sin pretenderlo, consigue que mi mente se evada y deje de pensar en Matthew por primera vez en muchos días.

Al acabar las actuaciones, Ainhoa y yo nos acercamos a ellos para felicitarlos por lo bien que lo han hecho. Si sobre el escenario ya parecían buena gente, al tener la oportunidad de hablar con ellos y de echarnos unas fotos juntos, comprobamos de primera mano lo bellísimas personas que son.

—Venga, vámonos, que ya estás preparada —me dice mi amiga cogiéndome del brazo al salir de la sala.

—¿Preparada para qué?

—¡Tú confía en mí!

—Mucho me estás pidiendo —apostillo levantando una ceja.

—¿Cuándo te he defraudado yo? —Su pregunta hace que la mire con cara de «¿En serio me lo estás preguntando?», y ella rápidamente se apresura a responder—: Me refiero a antes de... ¡Da igual! ¡Estás preparada y punto!

—¿Me lo dices ya o espero a que me salga una cana?

—¡Para cogerte una buena cogorza! —grita con alegría, apretando el paso y tirando de mí para que le siga el ritmo y el buen rollo.

Durante el resto de la noche, me dejo guiar y me llevo a la boca todo lo que Ainhoa va pidiendo. Tras los primeros cubatas de ron, llega el turno de los mojitos, que no tardan en subírsenos a ambas a la cabeza. Como hacíamos hace ya unos cuantos meses, que a mí me parecen una eternidad, las dos reímos, bailamos y bebemos sin importarnos nada ni nadie, hasta que se nos traba la lengua y el suelo se mueve bajo nuestros pies.

—Tía, yo... creo que... ya he... *llegao* al lími... te —digo agarrándome a la barra con la mano que me queda libre para no acabar encima de un chico que tengo a mi espalda, mientras con la otra sostengo aún mi último mojito.

—¡La noche es... fiesta..., digo..., es jovvvven! —suelta levantando los brazos. No sé muy bien cuál de las dos va más perjudicada.

—Nosotrasssss... ya no somos tannnn jóvennnnes —confieso moviendo el dedo índice de un lado a

otro cuando lo que intento es negar con él.

—¿Intentas hip... no... tizzzzarme?

—Coño, eso mola... ría.

—Venga, Zzzape, prueba.

—Sigue mi... dedo —propongo moviéndolo de un lado a otro, ahora sí, con intención.

—¿Cuál de ellossss? Veo tressss.

—Tú has bebido... *musho*.

—¿Que me... quieres *musho*? ¡Yo también.. te quiero, aaaaamiga! —suelta levantando los brazos con la intención de abalanzarse sobre mí.

—Espera que deje... esto... aquí —la interrumpo poniendo el mojito sobre la barra—. ¿Zipi?

«No está. ¿Dónde se ha metido?», me pregunto mirando de un lado a otro despacio, para no marearme.

—*Merde! Podgías llevag más cuidado.* —Oigo una voz tras de mí.

—Típico de las *mujegues*, no saben *bebeg*. —Ahora es otro chico el que habla.

Cuando me vuelvo, me encuentro a Ainhoa tirada en el suelo intentando levantarse, pero la tajada que lleva es tan grande que no puede hacerlo sola. Los dos chicos que se burlan de ella no hacen amago alguno de ayudarla, sino todo lo contrario. Como puedo, me abro paso entre ellos y le ofrezco la mano para que se levante.

—*Hasegos un favog a vosotgas mismas y laggagos de aquí.*

—Y ¿por qué no te largas tú a tu puto país? —Me vuelvo hacia él, fuera de mis casillas. La mala leche me ha aclarado la lengua de un solo plumazo.

—Tía, déjalo; no merece... la pena.

—*Hasle caso a tu amiga. Mejog segá que lo dejes.*

«¿Es que en Francia se ha puesto de moda venir a Zaragoza?», me pregunto mientras aparto a Ainhoa de los dos mequetrefes. Pero, cuando pasamos de nuevo por su lado con la firme intención de volver a nuestro sitio, oigo que uno de ellos dice:

—¡Me ha manchado mi camisa de Saint Laurent! *Pute!*

No es que en este tiempo me haya vuelto una experta en el idioma, pero hasta un cateto entendería lo que me acaba de llamar. Cabreada como un mono por su insulto, su acción, y con el género masculino francés en general, le pido a Ainhoa que salga del local lo más rápida que pueda. Cuando lo hace, cojo mi mojito, que anteriormente había dejado sobre la barra, y, volviéndome hacia él, le hago un *merdé* en toda regla, derramando sobre su carísima camisa todo lo que lleva el vaso, hojas de hierbabuena incluidas.

—¡Francés tenías que ser! —le suelto justo antes de salir escopetada del bar, al tiempo que los dejo a ambos despotricando en su perfecto idioma.

A dos calles de allí, Ainhoa y yo nos paramos un instante para tomar aire y, de paso, reír a carcajadas por lo sucedido con los dos pijos. Entre una risotada y otra, comentamos el nuevo vocablo para llamar a la acción de lanzarle la bebida a alguien. Ella se parte de risa recordando lo del albergue, y yo hago lo mismo hasta que recuerdo el que le hice a Mattew en su cocina. De nuevo, y sin que pueda evitarlo, el que hasta hace poco era mi Napoleón vuelve a ser el protagonista de todos y cada uno de mis pensamientos, lo que me provoca un agudo dolor en el pecho y acaba con mi buen humor.

Para regresar a casa, decidimos coger un taxi; ya se encargará ella de volver mañana a por el coche. Durante el trayecto, lejos de que el alcohol me haya servido para olvidarlo, lo recuerdo aún con más fuerza, lo que logra que me vaya encendiendo y cabreando cada vez más.

—Todos los tíos sois iguales —le digo al taxista de pronto en cuanto dejamos a Ainhoa en su portal y reanuda la marcha hacia mi casa.

—¿Cómo dice, señorita? —Me mira a través del espejo retrovisor.

—¡Que todos los tíos sois iguales! ¡Sois unos sinvergüenzas! —El hombre calla y yo sigo envalentonada—. ¡Prometéis y prometéis hasta que la metéis! —Cada vez estoy más enfadada y levanto más la voz.

—Tiene toda la razón.

—¡Pues claro que la tengo! ¡Y no podéis negarloooo! —digo echándome un poco hacia adelante, señalándolo con el dedo y con una voz tan ronca que hasta yo me asombro al oírme.

—Para qué negar la evidencia —me responde.

¡Joder, este tío no me rebate nada de lo que le digo, así poca emoción va a tener esta conversación! No obstante, estoy envalentonada y con ganas de desahogarme, por lo que continúo mi retahíla hasta llegar a la puerta de casa.

—¿Tienes hijas? —le pregunto mientras le pago la carrera.

—Sí, tengo dos.

—Pues si quieres un consejo: asegúrate de que no se echen novio, y menos si es francés —suelto justo antes de salir del taxi, no sin dificultad, por la borrachera que aún llevo.

* * *

A la mañana siguiente me despierto con un terrible dolor de cabeza. Si anoche todo me daba vueltas, hoy, directamente, está todo del revés. Con los ojos entreabiertos por lo molesta que me resulta la luz que entra por la ventana, me arrastro a tientas hacia el baño, donde hago mi ritual matutino. De reojo, me miro en el espejo y yo misma me espanto al descubrirme en él. «¡Coño, qué fea!», me digo al verme con el pelo revuelto, las ojeras que me cuelgan hasta el suelo y el maquillaje corrido que no me quité anoche. Como el dolor de cabeza me importa más que mi monstruosa apariencia, me voy hacia la cocina en busca de algo para desayunar y una pastilla.

Todo está en silencio, parece que la familia se ha ido a algún lado. Del mismo modo que he salido de mi cuarto, llego hasta la cocina y me preparo un vaso de leche.

—Maica —oigo a mi abuela llamarme desde el salón—, ven, tenemos que hablar. —Su tono es más serio de lo normal.

—Abuela, no creo que éste sea el mejor momento para hablar —digo mientras busco en el cajón donde sé que ella guarda las medicinas. Si lo que quiere es echarme una bronca por llegar tarde y borracha a casa, paso.

—Hija, haz el favor de venir —me pide/exige mi padre.

Confusa porque los dos quieren hablar conmigo y por su extraño tono de voz, comienzo a preguntarme si le habrá sucedido algo a Curro. Nerviosa, decido abandonar mi búsqueda y hacer lo que me piden. Pero cuando me vuelvo y me dirijo hacia ellos, mis hasta ahora lastimados ojos por la intensidad de luz

se abren de golpe al ver a Matthew de pie junto a ellos.

Capítulo 38

—¿Qué coño hace él aquí? —les pregunto parándome en cada sílaba para enfatizar aún más mi pregunta. Me niego incluso a tener que mirar a la cara a esa sabandija.

—Maica —se adelanta mi padre—, Matthew nos ha contado lo que ha pasado y...

—No quiero saber nada de ese tío.

—Hija, haz el favor de escuchar lo que...

—¡Abuela, creía que tú me apoyabas!

—Sí, cariño. Pero créeme que tienes que escucharlo.

—Maica, por favor —interviene el susodicho, que por primera vez se ha atrevido a abrir la boca, la misma con la que lo vi besando a la arpía de Danièle.

—¡Habrás logrado engañarlos a ellos, pero te aseguro que conmigo no lo vas a conseguir! ¡Lárgate de mi casa! —le exijo con el brazo estirado, señalando hacia la puerta.

—Maica, escúchame.

—¡¡¡Fuera!!! —le grito a pleno pulmón. La cabeza me duele aún más por lo que acabo de hacer, pero no me importa.

Estoy tan nerviosa y cabreada que temo que se me salga el corazón por la boca. Hasta mi abuela y mi padre se han quedado mudos al verme fuera de mis casillas y con la determinación con la que se lo he dicho. Matthew, al que he desarmado y dejado sin posibles aliados, avanza hacia la puerta acatando mi orden. La situación es tensa, como lo está mi mandíbula y mi brazo, que aún sigue estirado a la espera de que desaparezca de mi vista. Enmudecido, él avanza de modo lento, como tantas veces ha hecho conmigo en muchos de nuestros encuentros íntimos. Su mirada es extremadamente triste, en contraste con la mía, que se muestra enfurecida, tal y como me siento por dentro.

Al pasar por mi lado, se para frente a mí. Su inconfundible olor penetra en mis fosas nasales, lo que provoca que miles de recuerdos invadan mi cerebro, ahora castigado por el inmenso dolor que su presencia y la resaca me están dando. En silencio, ambos nos miramos durante unos segundos, los suficientes para confirmar que aún lo amo con toda el alma, al tiempo que lo odio por el daño tan grande que me ha hecho. Por un segundo pierdo las fuerzas y mi brazo, que hasta hace un momento permanecía estirado y firme invitándolo a salir, ahora cae desplomado junto a mi tembloroso cuerpo.

—Maica, tienes que escucharme —susurra.

Está tan guapo e irresistible como siempre; la barba pulcramente recortada que lleva lo hace aún más interesante si cabe. Su porte es impecable, como lo es la ropa que lleva. Todo en él es elegancia, glamur y perfección, como perfecto es el guantazo que le doy con todas mis fuerzas.

De fondo, oigo cómo mi padre y mi abuela cogen aire asombrados por lo que acabo de hacer. Matthew, en cambio, sigue parado ante mí sin inmutarse lo más mínimo y sin ni siquiera llevarse la mano a la cara. Sabe que se merece eso y más, aunque, para empezar, me doy por satisfecha. Le he dado con tanta fuerza que hasta me pica la palma de la mano. Su mirada ha dejado de ser triste para dar paso al ardor y a la más pura de las pasiones; la reconocería entre un millón. No sé muy bien cuál es la mía ahora, pero, con la firme intención de lograr mi cometido, vuelvo a estirar el brazo para señalarle la puerta. Por fin, tras unos segundos que a mí me parecen la vida eterna, Matthew se vuelve y, sin mirar atrás, sale de la casa.

Pasados unos segundos, tomo aire, suspiro con fuerza y, justo antes de dirigirme de nuevo hacia la cocina para continuar con el objetivo con el que había ido en un principio, le suelto a mi familia:

—Ya he sacado la basura, voy a desayunar.

* * *

A mediodía, y con una imagen muy mejorada de mi espantoso aspecto matutino, la comida se me atraganta con la pesada insistencia de mi padre y mi abuela. Afortunadamente, Curro y Françoise se mantienen al margen.

—No quiero que sigáis insistiendo, no tengo nada que hablar con él.

—Hija, te aseguro que todo tiene una explicación.

—Sí, que Danièle es una golfa y él un cabrón —afirmo de mala gana.

—¿Puedes pensar por un segundo lo que tu padre y yo intentamos decirte?

—¡Aún no puedo creerme que estés de su parte, abuela!

—No se trata de estar de parte de nadie, sino de que él no...

—¡Mamá! —la interrumpe mi padre.

—¿«Él no» qué, abuela?

—Maica, no debemos de ser nosotros quienes te lo digamos.

—¡Pues no pienso quedar con él! ¡No quiero volver a verlo! ¿Por qué os cuesta tanto asimilar eso?

—¡Siempre tan cabezota!

—¡Mira, igual me parezco a alguien! —bramo levantándome y mirando a mi padre con furia—. ¡No tengo hambre!

Tras dejar con mala leche la servilleta sobre la mesa, me voy a mi cuarto a llamar a Ainhoa. Necesito salir de aquí y alejarme un poco de mis nuevos traidores. ¿Qué mentira les ha podido contar para que estén así conmigo? ¿Acaso no se fían de mi palabra? ¿Acaso las fotos dejan algún género de duda?

Cabreada a la vez que dolida, consigo hablar con mi amiga, quien me cuenta que está fuera de la ciudad pasando el día con su chico. Tras desearle lo mejor y prometerle que estaré bien, cojo la llave del coche de mi padre, ahora más mío que suyo, y me largo de casa sin saber muy bien adónde ir.

Durante minutos conduzco sin rumbo fijo y sin concentrarme mucho en la carretera. La rabia invade cada poro de mi piel, como lo hacen el dolor y el inmenso sentimiento que aún albergo hacia él. A veces temo no poder superar lo nuestro; a pesar de que el tiempo avanza, no logro curar la cicatriz tan grande que su traición me ha dejado, como tampoco logro olvidarme lo más mínimo de él, de sus caricias, de nuestros encuentros íntimos, de...

—¡Joder! —suelto al tiempo que clavo el pie en el freno bruscamente. Un gato se ha cruzado por delante del coche.

«¡Ay, dime que no me lo he *cargao!*», me digo parando el coche en el arcén para comprobar que no he dejado un cadáver espachurrado sobre el asfalto.

Cuando salgo, miro en varias direcciones, incluso debajo y delante del vehículo, donde no veo rastro alguno del gato. Aliviada por no ser la última asesina del país, vuelvo a subir al coche y reanudo la marcha. Conforme avanzo, intento calmar un poco mis latidos, que no han tenido descanso desde que he puesto un pie en el suelo al despertarme.

Al cabo de unos minutos, y casi a las afueras de la ciudad, aparco en un descampado, donde paso el resto de la tarde permitiendo que mis verdaderos sentimientos salgan a la luz. Por mucho que me haga la fuerte, en el fondo me siento débil como una hoja y frágil como un volátil diente de león. Me gustaría tener la fórmula mágica para sobrellevar el dolor que siento, para seguir adelante con mi vida y lograr avanzar sin amargarme cada día y cada noche pensando única y exclusivamente en él.

Sé que ha venido hasta aquí para hablar conmigo, pero también conozco su capacidad para actuar y lo inteligente que es. De un solo plumazo ha logrado meterse a mi familia en el bolsillo, aunque conmigo no lo va a tener tan fácil, pese a que me muero por besarlo y volver a sentirme entre sus brazos. Verlo hoy ha sido devastador para mí; ansiaba castigarlo como lo he hecho, pero también abalanzarme sobre él y decirle cuánto sigo queriéndolo. Aún no sé cómo hemos podido llegar a esto, qué circunstancias me han llevado hasta donde estoy, pero lo que sí sé es que Matthew Cuvier me ha roto literalmente el corazón.

* * *

La casa está en absoluto silencio y en penumbra cuando llego por la noche. Me ha llevado horas recapacitar qué es lo que debo hacer y cómo debo afrontar que él haya decidido venir a darme una explicación. Cuando me acuesto en la cama, por primera vez en mucho tiempo, me quedo dormida de forma plácida, sin derramar una lágrima y con la firme convicción de seguir adelante con mi vida... sin él.

La semana comienza por la punta y yo me centro en el trabajo. Cada día avanzo más y es lo que más satisfacción me da últimamente. Pero la sonrisa se me borra de la cara cuando, al llegar a casa, todos los días me encuentro algo relacionado con Matthew. Mi familia no deja de insistir para que hable con él, a lo que yo me niego en rotundo. Se están poniendo tan pesados que hasta los he amenazado con irme unos días de casa si no cesan en su cansino repertorio de frases. Con ello he conseguido no oír la misma cantinela cada noche, pero hay miradas que lo dicen todo, y la suya es clara como el agua.

Matthew no está dispuesto a rendirse, me ha dejado varios mensajes en el móvil y en el correo electrónico pidiéndome que hable con él, que le dé la oportunidad de explicarse y de contarme su versión de los hechos. Al principio me molestaba en contestarle que me dejara en paz, pero ayer y hoy me he limitado a ignorarlo, tal y como él hizo con su promesa de no subir a nadie en su moto y con sus engañosas palabras de amor.

Ainhoa es la única que me apoya y comprende mi postura. Ella está al tanto de todo y, pese a que en más de una ocasión me ha dado a entender que quizá debería hacerle caso a mi familia, al final ha optado por defenderme y apoyarme en mi decisión.

El viernes, tras darme una ducha después de una dura jornada en el trabajo, Curro entra en mi cuarto.

—Maica, ¿puedo hablar contigo?

—Claro, pequeñajo, pasa. —Se sienta a un lado de la cama, frente a mí, que estoy sentada ante el escritorio—. Dime, ¿qué te pasa?

—¿Me prometes que no te vas a enfadar? —Con esa pregunta de entrada, mal vamos.

—Depende de lo que hayas hecho —respondo cruzándome de brazos. Viniendo de él, me puedo esperar cualquier cosa.

—No he sido yo..., sino tú.

Su frase me deja boquiabierta.

—¿Qué he hecho yo, si puede saberse?

—¿Por qué ya no quieres a Matthew?

¿Mi hermano también? ¡Esto es el colmo!

—Y ¿quién ha dicho que yo no lo quiera?

—Oí cómo lo echaste de casa —confiesa bajando la mirada.

—Tuve que hacerlo, Curro.

—Pero él es mi amigo —se defiende.

Su mirada es triste, y temo que comience a llorar de un momento a otro. Siento cómo mis tripas se revuelven en mi interior y tengo que respirar hondo para no empezar a gritar lindezas hacia el francés de las narices por ser el único y verdadero responsable de mi pena, y ahora también de la de mi dulce hermano.

—Cielo, vosotros podéis seguir siendo amigos —explico cuando logro encontrar las palabras adecuadas para dirigirme a él sin hacerle más daño del que ya tiene.

—Pero no podemos ser amigos si lo echas.

«¡Joder, con el pequeñajo!»

—Eso fue porque... se lo merecía.

—¿Qué ha hecho? —Su mirada es tan tierna que me está rompiendo en dos.

Por un instante pienso en decirle la verdad, pero rápidamente lo descarto al imaginarme contestando miles de preguntas que no debo ser yo quien le responda.

—Digamos que fue malo conmigo.

—¿Te gritó?

—No.

—¿Te pegó?

—¡Nooooo! —digo alarmada.

—¿Entonces?

«¡A ver cómo salgo de ésta!»

—Curro, Matthew y yo nos peleamos y ya no somos novios; no le des más vueltas.

—Pero ¿por qué os peleasteis?

—¿No tienes que irte a matar marcianitos?

—No, ya he llegado al final del juego. Ahora tengo que esperar hasta Navidad para tener otro.

Si no fuese tan tarde, yo misma iría corriendo a una tienda a comprarle uno. «¡Joder!», me digo al recordar que, gracias a Matthew, él avanzó más rápido en el juego.

—¡Me alegro mucho, campeón! —finjo.

—¿Me vas a decir por qué ya no sois novios?

—Pues porque nos peleamos. Curro, cariño, eso son cosas de mayores, déjalo estar.

—Y ¿por qué no lo perdonas como tú me obligas a hacer con mis amigos?

Estoy por echarlo de mi habitación de una patada o comérmelo a besos; no sé muy bien por qué opción decantarme.

—Porque de niños todo es más fácil.

—Y ¿por qué lo complicáis los mayores?

Definitivamente, me inclino por la patada en el culo.

—Porque somos así de gilipollas.

—¡Pues vaya un rollo! ¡Yo no quiero hacerme mayor si me voy a volver gili...!

—¡Eh, la boca! —lo interrumpo.

—¿Ves? —pregunta incorporándose—. ¡Ser mayor no mola!

—Ahí tengo que darte la razón —claudico regalándole una sonrisa. Está de pie frente a mí y ambos estamos a la misma altura.

—Maica.

—Dime.

—Cuando estabas con él estabas más guapa y eras más guay.

—Sí, supongo que es el efecto que él causa en cada uno de nosotros —confieso.

—Y no llorabas.

—Ya —susurro en un hilo de voz. Aunque ahora estoy a punto de hacerlo.

—Y ¿por qué no haces algo para volver a ser guay?

Su simple y llana pregunta logra dejarme por primera vez en semanas sin palabras, y, acompañada de su cándida e inocente mirada, logra destruir en millones de pedazos la coraza que durante tanto tiempo he tratado de mantener. Poniendo todo lo que está en mi mano por no romper a llorar delante de él, alargo los brazos y lo acerco hacia mí para darle un abrazo.

—Lo haré, te lo prometo.

Con sus palabras resonando incesantes en mi cabeza, una vez que vuelvo a quedarme sola en mi cuarto tras despedirlo con un cariñoso cachete en el culo, cojo el móvil que tengo sobre la mesa, lo busco en la agenda y le envío un escueto mensaje:

Dime hora y sitio.

Capítulo 39

Matthew

Por fin ha accedido a quedar conmigo, ahora tendré la oportunidad de contarle toda la verdad. No sé qué la habrá hecho cambiar de opinión, pero lo que sí sé es lo cabezota que es, una de las muchas cualidades que lograron que me enamorara de ella. Estaba convencido de que no me lo iba a poner fácil, y me habría defraudado que lo hiciera. Estar separado de ella durante tiempo ha sido muy duro, aunque nada comparado con lo que sentí cuando recibí aquella carta. Tuve que leerla al menos diez veces para asegurarme de que no era una visión lo que tenía ante mí. Saber que ella estuvo allí, que estuvimos tan cerca el uno del otro... me revuelve el estómago cada vez que lo pienso. Ella es lo mejor que me ha pasado jamás, y que no esté conmigo es para mí el mayor de los castigos, la mayor de las penas a las que se me podría condenar.

Apenas faltan cinco minutos para la hora acordada, lo he preparado todo y tiemblo como un chiquillo. Sé que es mi última carta, mi última oportunidad de explicarle toda la verdad y de volver a recuperarla. Ella lo es todo para mí, y hoy más que nunca quiero demostrárselo.

Suena el timbre del portal y me apresuro a abrir. Es un segundo piso, por lo que ella no tarda en llegar a la puerta, donde la espero en el rellano. ¡Joder, qué guapa está! Lleva un vaquero ajustado, un jersey de cuello alto y una chaqueta de cuero negra. La última vez que la vi, en su casa, iba hecha un adefesio, pero a mí no me importó lo más mínimo; el mero hecho de tenerla ante mis ojos es un regalo, además de que, lleve lo que lleve..., para mí siempre estará preciosa.

—Gracias por venir —me apresuro a decirle al tiempo que me acerco para darle dos besos.

Pero ella me rehúye y me hace la cobra.

—Dáselas a Curro —responde de mala gana.

«¡Bendito crío!», pienso mientras le cedo el paso para adentrarnos en el piso. Cierro la puerta tras de mí y veo cómo ella avanza hasta colocarse en medio del salón para, girando sobre sí misma, observar con detenimiento cada detalle de la vivienda. ¡Es un espectáculo de mujer! Me abalanzaría sobre ella sin dudar, la estrecharía entre mis brazos y le diría cuánto la amo y la he echado de menos. Pero sé que no sería la mejor forma de llegar hasta ella, y mucho menos de ganármela. Así pues, me acerco lo suficiente, guardando una distancia considerablemente correcta, y le pregunto:

—¿Quieres tomar algo?

En mi fuero interno quiero que me diga que me tomaría a mí.

—Una Coca-Cola —me responde sin mirarme a la cara. Está siendo escueta, distante y fría, tal y

como esperaba.

—Voy a traértela. Puedes sentarte, si quieres.

—Ahora no, gracias.

Al cabo de menos de dos minutos, regreso al salón, junto a ella, con dos refrescos en las manos. Al entregarle el suyo, ella hace todo lo posible por evitar cualquier contacto conmigo, hasta tal punto de que, por no tocarme ni rozarme un dedo, casi se le cae el vaso. Su gesto me hace gracia, y me apresuro a beber para que no note la risilla de mis curvados labios. Ella no sólo no se percata, sino que además da dos pasos hacia atrás con la firme intención de alejarse de mí. ¡Joder, esto va a ser más difícil de lo que creía!

—¿Temes por tu seguridad? —pregunto inquieto y molesto por su reacción.

—No, en realidad lo hago por la tuya. —Esta vez, el trago lo doy mucho más grande—. ¿De quién es esta casa? ¿Puedo verla?

—¡No! —Su pregunta me ha pillado por sorpresa y he levantado un poco la voz, con lo que consigo ganarme su reprochadora mirada—. Será mejor que hablemos antes, ¿te parece?

—De acuerdo, las tiritas mejor arrancarlas de golpe.

El piso es de estilo moderno, muy parecido a mi apartamento de París, demasiado incluso. Aun salvando las distancias, vuelvo a invitarla a tomar asiento en un segundo intento, y nuevamente me llevo la misma respuesta.

—Dime lo que me tengas que decir; tengo muchas cosas que hacer —me apremia. Sé que está tan nerviosa como lo estoy yo, lo sé por sus golpecitos en el suelo con la punta del pie.

—Prométeme que no me interrumpirás y me dejarás que te lo cuente todo.

—Imposible.

—¡Joder, Maica, no me lo estás poniendo nada fácil!

—¿Acaso debería?

—Sí, cuando sepas la verdad.

—¡Te vi con mis propios ojos, Matthew! No hay nada que puedas explicarme.

—Créeme que sí.

—¿El qué? ¿Que te pillé en un día malo? ¿Que estabas con la regla?

—Maica, aunque te cueste creerlo, ese día no era yo.

—¡No, claro, ahora me dirás que estabas ebrio y no controlabas! Aunque sí lo suficiente para conducir, incumplir una promesa y ponerle los cuernos a tu novia con la pija de Danièle.

—Aún me cuesta creer que puedas pensar que yo tendría algo con ella.

—¡Y a mí que seas tan cínico! ¡Sabes perfectamente que se muere por cazarte!

—Ella puede desear lo que quiera; se trata de lo que queramos nosotros.

—Pues si se trata de eso, ve tomando nota: ¡no quiero que te acerques a mi familia, ni que la utilices, ni que te acerques a mí!

—¡Yo no he utilizado a nadie! —me defiendo.

—Lo hiciste en el momento en que entraste por la puerta para metértelos en el bolsillo y ponerlos de tu parte. No sé qué diablos les dijiste, pero a mí no vas a engañarme con tanta facilidad.

—¡Necesito que me dejes explicarte!

—¡Y yo necesito que dejes de hacerme daño y que desaparezcas de mi vida!

—¿Es eso lo que quieres? —pregunto tras una breve pausa. Sus palabras me están hiriendo demasiado.

—¡Sí!

—¡Pues siento decirte que no voy a hacerlo hasta que me dejes explicártelo todo de una puta vez!

—Vaya, hasta don Perfecto dice palabrotas!

—No soy perfecto y nunca lo he sido. ¿Vas a dejarme ya de una vez por todas que te explique?

—Me lo estoy pasando bomba echándote cosas en cara, ¿por qué habría de parar?

Ambos guardamos silencio, hasta que decido romperlo.

—¿Has venido a hacerme reproches o a escuchar la verdad?

—Las dos cosas. Me gusta aprovechar el tiempo, así mato dos pájaros de un tiro.

Vuelvo a beber. La muy puñetera tiene una jodida maestría en cabrearme y hacerme reír al mismo tiempo...

—Engañaste a mi familia, pero conmigo no lo vas a conseguir.

—Yo no he engañado a nadie, simplemente les conté la verdad porque tú te negaste a escucharme.

—¿Me tomas por imbécil? Vi cómo la besabas, Matthew. No sé qué les dijiste, pero a mí no me la das.

—Ese «qué» es lo que intento explicarte a ti también, pero ¡no me dejas, joder!

—¡Tienes razón! —afirma al cabo de un rato—. He venido para eso. Ya me callo. ¿Estás contento?

—Sé que, desde tu punto de vista, soy el malo de la película.

—El monstruo, más bien. —Maica levanta una mano en señal de paz cuando le dedico una mirada de reproche.

—Una vez me dijiste que vendría a ti cuando estuviese preparado, y ya lo estoy.

—A buenas horas mangas verdes —la oigo murmurar, pero decido obviar el comentario y proseguir.

—Ya sabes que entre mis padres y yo nunca hubo una buena relación, siempre me sentí mejor con mi abuela. Cuando ella se fue, creí que el mundo se me venía encima; sin ella, me quedaba completa y absolutamente solo.

—No me vendas la imagen de hombre traumatizado, no te pega nada.

Estoy por decirle algo, pero continúo:

—Tardé varios días en poder superar su ausencia y en poder recoger todas sus cosas del apartamento. Me negué a ver a nadie, salir a la calle o tener cualquier tipo de vida social. Fueron días muy duros, pero nada comparado con el día en que encontré este documento.

Del bolsillo trasero del pantalón, saco un papel arrugado, desgastado por el paso de los años, que no dudo en entregarle. Ella al principio se muestra reticente a cogerlo, pero por fin accede, tras dejar el vaso sobre la mesita de café que hay junto al ventanal. El asombro no tarda en reflejarse en su precioso rostro.

—Así me quedé yo cuando lo encontré. Al principio creí que no tenía nada que ver conmigo, que sería un papel más de los muchos que mi abuela guardaba en su caja fuerte. Aún recuerdo el dolor que sentí al caer de rodillas al suelo cuando supe que estaba equivocado y que todo lo que ahí decía era por mí. Creí volverme loco, desmantelé el apartamento en busca de respuestas, pero no encontré nada más y lo único que conseguí fue destrozarlo. Viví entre escombros una temporada, hasta que hallé la fuerza para seguir adelante, y gracias a la tenacidad de Véronique, mi asistente. Ella no sabía nada de lo que dice en ese papel, pero no se dio por vencida y no paró hasta que me convenció para reformar el piso y volver a

ser el que era. Desde entonces, no he dejado de buscar una respuesta a ese documento, alguien que pudiera aportarme alguna pista. Cuando reuní las fuerzas suficientes y me armé de valor, quise venir a España cuanto antes, y fue entonces cuando conocí a Eloy. Él me ayudó desde el primer momento, fue mi ángel de la guarda y quien me enseñó a hablar español.

—¿Él lo... sabe?

—Sí, aparte de Véronique, él era el único que lo sabía. Tardé un tiempo en confesárselo; al principio me avergonzaba, pero, cuando me atreví, se convirtió en mi mayor apoyo. Él fue quien me habló del intercambio...

—Pero él es de Madrid y...

—Allí fue donde empezó todo. Recorrimos media España hasta que supimos que debía venir aquí, a Zaragoza.

—Ahora todo cuadra.

—No quería preocuparte, quería contártelo cuando recabara toda la información y estuviera seguro de todo. Las dos semanas que estuve aquí las pasé yendo de un lado a otro.

—¿Por eso salías todas las mañanas a correr con una mochila?

—Sí. Eso era lo que os decía. Al salir me cambiaba de ropa en cualquier lugar que pillara. Siento haberos mentido, pero en realidad iba a...

—¿Lo conseguiste? —En su mirada ya no hay odio, aunque todavía puedo ver algo de rencor.

—No. Pero conseguí algo que jamás pensé que encontraría.

—¿El qué?

—A ti.

—¡Basta, Matthew! —suelta devolviéndome el papel—. No he venido hasta aquí para compadecerme de ti.

—Lo sé, eso es lo último que quiero.

—Pues no juegues sucio. Volvamos al tema que nos atañe.

«¡Dios, cómo adoro ese carácter!»

—Ya conoces la primera parte de la historia. Pero quiero que conozcas a alguien para comprender la segunda parte.

—Tú y tus partes —se mofa.

—¿Puedes prometerme algo? —Ella guarda silencio y yo me lo tomo como un «Sí»—. ¿Podrías abrir tu mente?

—¿Abrir mi mente? Matthew, me considero muy moderna, pero si me has traído aquí para conocer a alguna chica, créeme que te lo voy a hacer pagar caro.

—Necesito que estés receptiva para lo que te voy a desvelar.

—Me estás poniendo nerviosa. ¿Por eso no querías que viera el piso? ¿Quién coño hay ahí, Matthew?

—¿Me lo prometes? —insisto.

—Si con eso terminamos antes... —claudica al fin.

—Aguarda un momento, por favor.

Apresurado, me acerco al dormitorio, donde les digo a los dos que ya pueden salir. Cuando los tres aparecemos en el salón, Maica se queda pálida, blanca como la nieve, y no tiene más remedio que dejarse caer sobre uno de los sillones de piel. En sus ojos puedo ver el más absoluto de los asombros,

sorpresa y desconcierto que jamás he visto. Sé cómo se siente, por lo que intento hacerlo con el mayor cuidado posible. Los dos están a mi izquierda, de pie, a la espera de que sea yo quien diga la primera palabra.

—Maica, te presento a Rubén y a su novia, Laura.

—Encantado de conocerte —dice él intentando darle dos besos. Ella está en estado de shock y apenas logra moverse.

—Mucho gusto, Maica —la saluda Laura, que no duda en sentarse a su lado.

Ella guarda silencio. Su desencajado rostro es la muestra de cómo se siente por dentro. Sabía que el impacto iba a ser fuerte, como lo fue para mí en su día. Sentándome sobre la mesita de centro frente a ella, le tomo la mano y me la llevo a la boca para darle un tierno beso.

—Maica, cariño. —Ella no deja de mirarlos, sobre todo a Rubén—. Laura es funcionaria en la Diputación Provincial de Zaragoza. Después de dejar varias tarjetas, mensajes y avisos en diferentes lugares de la administración pública, ella fue la única que me hizo caso y se puso en contacto conmigo unos días antes de que tú vinieras a París. Yo estaba tan asustado cuando me lo contó todo que fui incapaz de coger un avión para venir a conocerlo. Gracias a Laura, nuestro encuentro fue posible, y los invité a que pasaran unos días allí conmigo, en mi apartamento.

—Por eso estabas tan raro esa semana —murmura. Apenas le sale la voz.

—Sí. No fue fácil de asimilar. De la noche a la mañana descubro que no estoy solo, que tengo familia... y que tengo un hermano gemelo.

—Fue a vosotros a quienes vi ese día —dice con un hilo de voz, mirando el pelo rubio de Laura.

—Sí —contesta la novia de mi hermano—. Me moría por ver París, y Mattew nos dejó la moto para poder visitar cada uno de sus maravillosos rincones. Fue entonces cuando tú nos viste. Había olvidado mi mochila y Rubén subió a por ella.

—Sois como dos gotas de agua —afirma mirándonos a mi hermano y a mí.

—Él nació primero, y minutos después nací yo.

—A mis padres les dijeron que había muerto —interviene Rubén.

Maica finalmente se derrumba y comienza a llorar. Por un instante tengo que tragar saliva para suavizar el nudo que siento en la garganta. Verla así me destroza el corazón. Yo acaricio y beso su mano intentando por todos los medios consolarla.

—¿Fuiste un niño... robado? —Oírlo de su boca me desgarró el alma.

—Sí. Mis padres..., bueno, los vizcondes de Cuvier —no puedo ni quiero disimular el tono con el que los nombro— no podían tener hijos. Esquivaban el tema cada vez que les preguntaba por qué yo no tenía hermanos. —Por un momento, tengo que parar. Las sensaciones se me acumulan en la garganta en forma de un considerable nudo. Maica es ahora la que besa dulcemente mis manos—. Mi padre era un hombre muy testarudo que, como ya te dije, daba demasiada importancia a la estirpe y a las apariencias —continúo—. Sabía que ansiaba proteger a toda costa el apellido y el título nobiliario de la familia, pero jamás pensé que llegaría a tanto. Por aquel entonces, la adopción era muy complicada, y se les ocurrió la *genial* idea de venir a España a tomar lo que no era suyo. Por desgracia..., hay gente que cree que puede comprarlo todo con dinero.

—¿Cómo...?

—Ellos eran muy influyentes, tenían amigos que también lo eran y no les faltaba el dinero, aunque sí

escrúpulos: la combinación perfecta.

—Por eso no querías saber nada de la mansión ni del título.

—Nunca quise el dichoso título, y menos cuando encontré el documento y comenzaron mis sospechas. Ellos fueron capaces de destrozar una familia con tal de poder continuar con la suya y no perder un título que, según ellos, era demasiado importante.

—¿Y tus verdaderos padres?

—Se mueren por conocerlo —interviene Rubén—. Todos estamos deseando que llegue el gran encuentro.

—¿Cómo es que no os habéis visto todavía? —Maica vuelve a dirigirse a mí.

—Matthew se niega a hacerlo si no es contigo —responde mi hermano por mí.

—¿Es eso cierto? —me pregunta ella a continuación.

Por más vidas que viviese, jamás imaginaría la cara con la que Maica me está mirando en este preciso instante. Sus ojos son el reflejo del más puro amor.

—Maica, todo está siendo demasiado duro para mí. Te necesito a mi lado —le confieso abriéndole mi alma, desnudándome ante ella y sucumbiendo al dolor que ha significado para mí estar apartado de su lado. Sin poder soportarlo más, empiezo a llorar como un chiquillo, como cuando era pequeño y mi abuela era la única que realmente me consolaba—. Sin ti, nada tiene sentido, y yo...

—Te quiero más que a mi vida —me confiesa de pronto abalanzándose hacia mí.

Rubén y Laura se marchan en silencio del piso para dejarnos a solas. Maica junta su frente con la mía mientras me acaricia el rostro; ahora es ella quien limpia mis lágrimas.

—¿Eso significa que me perdonas? —le pregunto entre sollozos.

—Eres tú quien debe perdonarme a mí.

—No tengo nada que perdonarte. —Le cojo la cara entre las manos. ¡Dios, cómo lo deseaba!—. Has sido valiente, luchadora y cabezota como sólo tú eres capaz de serlo. Y no sabes cuánto te admiro por ello. Tú eres lo mejor de toda esta historia, tú eres lo mejor que me ha...

—Bésame —me exige.

Su voz es como un salvavidas para mí, y me lanzo intrépido hacia ella. Con un inusual deseo y con una incontrolable fuerza, me apresuro a tomar sus labios con una pasión abrumadora incluso para mí. Echaba de menos su sabor, su jugo y sus carnosos labios como el río busca desesperado una desembocadura. Con anhelo, me abalanzo sobre ella para tomarla en brazos, necesito tocarla, sentirla cerca de mí. De pie, sus piernas rodean mi cintura y sus manos se aferran impetuosas a mi cuello. Todo el inmenso amor que le profeso se lo demuestro en forma de un largo y sincero beso. ¡Joder, cuánto la he echado de menos! Jamás pensé que dolería tanto estar sin ella. Por ella lo daría todo..., lo haría todo.

—Siento haber dudado de ti —confiesa.

—Cualquiera en tu situación habría hecho lo mismo. ¿Cómo ibas a imaginar la verdad?

—Siento el guantazo que te di.

—Estás más fuerte de lo que creía.

—También siento decirte esto, pero tus padres eran unos sinvergüenzas.

—Ellos no son mis padres.

—Tienes razón —afirma volviendo a apresar mis labios.

Sin darme cuenta, comienzo a dar vueltas por el salón, con ella aún subida a horcajadas. La

intensidad de nuestros besos aumenta, y no logro quedarme quieto. El amor que sentimos el uno por el otro empieza a manifestarse ahora en deseo y pasión.

—¿Me he ganado ya poder ver el piso? —Su pregunta me pilla por sorpresa. Una vez más, Maica siempre tiene la frase exacta para que mi alma sonría.

Lleno de dicha por tenerla de nuevo entre mis brazos, camino por el corto pasillo sin apartarme de sus labios. Acabo de recuperar a la persona que más quiero en el mundo y no estoy dispuesto a dejarla marchar. Una a una, vamos recorriendo las estancias, hasta que de nuevo regresamos al salón.

—Una casa preciosa —murmura en mi boca.

—Me alegra que te guste —logro decir, no sin dificultad—, porque es donde vamos a vivir a partir de ahora.

Sorprendida, deja de besarme. Tiene sus preciosos ojos verdes abiertos como platos y clavados en los míos.

—¿«Vamos»?

—Cuando te dije que tenía cosas que resolver no sólo era averiguar la verdad sobre mi nacimiento, sino que también estuve viendo qué podía hacer para venirme a vivir aquí. Maica, ya no hay nada ni nadie que me ate a París, mi mundo está aquí, contigo. Después de nuestras dos semanas juntos allí, supe que eras para mí, y no paré hasta conseguir que me concedieran el traslado. Tuve que echar muchas horas extras y dejarlo todo atado. Mis jefes no me apoyaron en mi decisión e intentaron disuadirme de que no abandonara las oficinas principales y lo dejara todo por dirigir una simple sucursal. Pero no les sirvió de mucho: yo lo tenía claro y empiezo pasado mañana. En cuanto lo supe, comencé a buscar piso, y fue en esos días cuando Laura contactó conmigo y me visitaron.

—¿Cómo fue el encuentro?

—Ella me advirtió antes, así que no fue tan dramático como el tuyo. El nuestro fue... extraño, a la vez que tierno.

—No puedo ni imaginarme lo duro que debió de ser para ti.

—Fue mucho más duro recibir tu carta. Le estaré eternamente agradecido a Laura por que estuviesen allí; ellos fueron mi mayor apoyo en aquel momento. Verás, ella... —Trago saliva al recordarlo—. Ella me contó que mi familia es muy humilde y que Rubén no podía costearse el viaje. Yo insistí en vernos aquí, me quedaban pocos días para dejarlo todo cerrado, pero Laura me dijo que ya tenía los billetes comprados y que era un regalo que ella quería hacerle a mi hermano.

—Esa mujer es un ángel.

—Me recuerda mucho a ti.

—Te recuerdo que soy morena, chato.

—Ja, ja, ja. Ella no se rinde y es luchadora como tú.

—Yo sí me rendí, Matthew —afirma agachando la cabeza.

—Ante la evidencia. No puedo culparte por lo que viste, aunque me habría arrepentido toda la vida de no haberme dado la oportunidad de explicártelo.

—Ahora entiendo la insistencia de mi familia.

—Sabía que debía contárselo o me negarían la entrada a tu casa por el resto de mis días. Pero les hice prometer que no te dirían nada; quería ser yo quien te lo contara todo.

—Entonces ¿desde cuándo estás en Zaragoza?

—Llegamos hace unos días, aunque el piso lo alquilé una semana antes, como te he dicho. Sólo le faltaban unos retoques y los muebles necesarios para dejarlo a mi gusto. Quise que quedara lo más parecido al apartamento de París, para que nunca olvidaras nuestros días allí.

—No podría, aunque quisiera.

—Me alegra oír eso.

—¿Así que llegaste antes de venir a casa y tuviste que pillarme el día que más horrible he estado en toda mi vida?

—Sí. Y.. estabas preciosa.

—¿Tienes bien los oídos? —pregunta de pronto tocándome las orejas.

—Sí, ¿por qué? —inquiero extrañado.

—¡Me alegro! Por lo menos mantienes intacto tu sentido auditivo, porque lo que viene siendo la vista, me temo que la has perdido del todo.

Su comentario me hace reír a carcajadas por primera vez en mucho tiempo. Maica es única para hacerme sentir así de bien.

—¡Joder, *ma petite!* No puedo quererte más —digo apresando de nuevo sus labios. Pero esta vez, con fiereza.

De igual forma, la despojo de su chaqueta y ambos acabamos tumbados sobre el cálido suelo de madera. Apoyado en los codos para no aplastarla, mi cuerpo descansa encima del suyo. Aún me cuesta asimilar que la tengo debajo de mí, tal y como he soñado y deseado cada noche que no ha estado a mi lado.

—Necesito hacerte mía —confieso con voz ronca. Estoy muy excitado y me muero por follármela aquí y ahora. Demasiado tiempo sin ella.

—Permiso concedido.

De forma lasciva, le quito el jersey y se lo coloco debajo de la cabeza a modo de almohada.

—¿Estás bien?

Ella asiente al tiempo que atrapa mi rostro entre las manos para que vuelva a besarla.

Verla de nuevo semidesnuda, dispuesta para mí, logra sacarme de mis casillas. Llevo tanto tiempo sin sentir su sabor, sin tenerla conmigo, que temo no poder controlarme. Con premura, le beso el cuello y se lo muerdo. Mi mano inquieta saca uno de sus pechos por encima del sujetador para estrujarlo y hacerme con su erguido pezón. Siento cómo mi polla late reclamando entrar en ella. No sé cuánto voy a poder aguantar. Nervioso e impaciente, desciendo hasta llegar a su pantalón, del que no tardo en deshacerme, como lo hago de sus sexis botines de cuero negro. ¡Joder, está más buena que nunca!

Cuando consigo tenerla en ropa interior, me incorporo para comenzar a desnudarme. Sus ojos se clavan en mi miembro, lo que provoca que bombee aún con más fuerza y deseo. Antes de volver a tumbarme, alargo el brazo hasta el cajón que hay debajo de la mesita, pero ella me lo impide cogiéndome del brazo.

—No he dejado de tomar la píldora.

Sonrío al oírla.

—¿Guardabas esperanza?

—En el fondo, nunca la he perdido.

—¿Sabes lo orgulloso que estoy de ti? —pregunto tumbándome sobre ella, apartándole el pelo de la

cara y embebiéndome de sus increíbles ojos.

—Ya te lo dije en una ocasión: te amo con todo mi ser, y sé que nunca dejaré de hacerlo, por más gemelos que vea.

—Eres increíble.

—Por cierto, no seréis trillizos, ¿verdad?

—Ja, ja, ja.

—Dímelo para que esté preparada, porque, si es así, tengo que...

La quiero tanto que no la dejo acabar la frase. La amo tal y como es, con su humor, su cabezonería, su pasión, sus ganas de lucha... Podría seguir así durante mucho tiempo, pero, en realidad, prefiero demostrárselo con hechos, no con palabras. Y uno de ellos es hacerle el amor como nunca antes se lo he hecho. Ella es mía; yo soy suyo. Así de simple.

Epílogo

—¿Voy bien? —preguntó Maica a Matthew conforme salían por la puerta de casa de ella. Aún no había hablado con su padre para darle la noticia de que iba a mudarse al apartamento con él, aunque sí le había dicho que volvían a estar juntos, algo de lo que toda la familia Ruiz se alegró enormemente.

—Estás preciosa —respondió él, abalanzándose sobre ella para besarla.

—Y nerviosa —añadió Maica al llegar al ascensor. Ambos se dirigían a conocer a los verdaderos padres de Matthew, tras aceptar la invitación que Rubén les había hecho esa misma noche—. ¡Estoy hecha un flan! ¡Joder, qué egoísta soy! Lo siento, cariño; tú debes de estarlo mucho más, al fin y al cabo, son tus padres.

—Lo cierto es que sí lo estoy.

—Pues qué bien lo disimulas, coño. ¡Perdón! Sé que no te gustan los tacos.

Tras una picarona sonrisa, Matthew no dudó en pulsar el botón y el ascensor se paró de golpe. En silencio, y con una oscura mirada, se acercó hasta ella decidido a acorralarla contra la pared. Le encantaba hacer ese tipo de cosas, demostrar su masculinidad, su poder, y el gran deseo que sentía por ella. Había sido así desde el principio, desde el instante en que sus miradas se habían encontrado hacía ya unos cuantos meses en aquel albergue juvenil. Él nunca se había relacionado con mujeres con carácter como el de Maica y, desde que la conoció, supo que sería única e incondicionalmente suya.

Apoyando las palmas de las manos en la pared por encima de su cabeza, Matthew acercó su boca a la suya y, con voz grave, declaró:

—Punto número uno: me gustas tal y como eres, tacos incluidos. Punto número dos —hizo una breve pausa al verla tragar saliva. No había en el mundo otra cosa que le gustase más que provocarla y jugar con su placer—: procura calmarte o no responderé de mis actos. —Ella era incapaz de moverse. Sentirlo tan cerca y tan varonil era algo que la hacía perder la razón—. Y punto número tres —continuó Matthew—: ese vestido que llevas me está provocando mis instintos más primitivos.

—¿Piensas cogermelo del pelo y arrastrarme hasta tu cueva? —preguntó ella desafiante.

Si a Matthew le gustaba provocarla y jugar con ella, a Maica le encantaba demostrarle que era una digna rival del tórrido juego.

Su pregunta, acompañada de la pertinente mofa y el atrevido desafío, no consiguió otra cosa más que avivar el deseo del francés, que no tardó en volver a pulsar el botón para reiniciar el descenso.

—Tú lo has querido —dijo atrapando su mano y tirando de ella para salir juntos del ascensor y arrastrarla hasta el lugar adonde tenía pensado llevarla.

Maica se sorprendió al comprobar que no estaban en la planta baja del edificio, sino en el garaje.

Seducida por su rudeza, sonrió mientras se dejaba llevar; su determinación y su brusquedad en los momentos ardientes, en contraste con su elegante porte y su distinguido comportamiento cuando estaban en público, era lo que más la incitaba y la excitaba de él.

Una vez abrigados por la penumbra del lugar y por el deshabitado espacio, Matthew la guio hasta un recóndito espacio, situado en un extremo del aparcamiento. En cuanto hubo comprobado que tenían intimidad, la cogió en brazos y la subió sobre el capó de un todoterreno de grandes dimensiones.

—Espero que lleves un peine en ese bolso —dijo abalanzándose sobre ella para besarla.

—Llevas el pelo... demasiado corto..., no creo que... lo necesites. —Sus entrelazadas lenguas le impidieron pronunciar la frase de un solo tirón. Maica sabía a qué se refería, pero le gustaba tener siempre la última palabra.

—No es para mí —argumentó Matthew bajándola bruscamente para colocarla de espaldas a él hasta dejarla como tanto ansiaba.

Inclinada sobre el capó, Maica sonrió de nuevo. Estaba tan excitada que, cuando él se deshizo de las medias y de las minúsculas braguitas que llevaba, no hizo falta mucho más para humedecerla. Su clítoris ya estaba hinchado y abotargado a la espera de recibir sus experimentadas caricias. Matthew sabía lo que provocaba en ella sin ni siquiera tener que tocarla. Ambos se consideraban poderosos con respecto a lo que hacían sentir al otro.

Mientras los dedos de él se recreaban en su parte íntima, con la otra mano liberó su firme miembro. Ansiaba penetrarla, sentir su calor en su interior. Con ambas manos, le subió el escueto y entallado vestido hasta la cintura. Maica, encaramada a unos sexis tacones, separó un poco los pies, lo suficiente para que él pudiese acceder.

Matthew no pudo contenerse más y, tras darle un sonoro cachete, cogió sus nalgas con ambas manos y las abrió para él. Ella jadeó y él la embistió sin que pudiera controlar su fuerza. Lejos de hacerle daño, ella aumentó la intensidad de sus gemidos. Agarrándola por la cadera, el francés la penetró como llevaba queriendo hacer desde que la había visto aparecer con ese ceñido vestido: con rudeza, con lujuria, pero también con verdadero amor.

Seducido por el placer y los jadeos de Maica, Matthew la cogió del pelo, agarrándola por la seductora coleta que llevaba. Sintiendo el más lascivo de los vaqueros, tiró de ella cual jinete intentando domar a su yegua. Ella, excitada y divertida con su particular juego, arqueó las caderas al tiempo que su cabeza se inclinaba hacia atrás por la intensidad con la que él le tiraba del pelo.

—Eres mía, ¿te enteras?

—Sí —jadeó Maica.

Matthew hizo verdaderos esfuerzos por no correrse antes que ella. Todo el control que había demostrado en París, al llegar allí y volver a recuperarla, se le había hecho mucho más difícil. Maica lo era todo para él y le hacía perder la razón hasta el punto de poner en riesgo la capacidad de dominarse a sí mismo. Excitado y sediento de ella, la penetró con más nervio y firmeza. En cada embestida, sentía cómo la calidez de su interior abrazaba y acogía su miembro. El sonido de sus cuerpos al chocar, junto con los gemidos de ambos, los llevó a un desorbitado y devastador orgasmo. Matthew se inclinó hacia adelante para apresar entre sus brazos el cuerpo tembloroso y convulso de Maica. Su deseo iba más allá de la razón y, de nuevo, un encuentro así era buena prueba de ello.

De camino a casa de los padres de Matthew, Maica tuvo tiempo de pensar en todo lo ocurrido en las últimas veinte horas. Había recuperado al hombre de su vida, que ahora la tenía cogida de la mano mientras conducía. La desgarradora historia que Matthew le había contado la noche anterior no era fácil de asimilar. Hasta para ella era complicado imaginar por lo que él había tenido que pasar al enterarse de toda la verdad..., y de qué manera. Al impacto previo de encontrarse por primera vez frente a su verdadero y calcado hermano había que sumarle el daño que le había causado recibir su carta. Maica no se sentía culpable de haber defendido su honor y su dignidad, pero sí de haber avivado aún más su inmenso dolor.

Por suerte, ella había accedido tras varias llamadas, mensajes y la insistencia de su familia para que fuera a hablar con él y escuchase su versión de los hechos. Al principio, se extrañó bastante al recibir aquella dirección, la del nuevo apartamento de Matthew, pero en el fondo sabía que habría ido al confín del mundo de habérselo pedido. Él lo era todo para ella, como ella lo era todo para él.

Matthew condujo hasta la dirección que su hermano le había indicado. El barrio era extremadamente humilde, como la gente que habitaba en él. Apenas había aparcamiento, por lo que tuvieron que dar un par de vueltas antes de encontrar un sitio donde dejar su coche, que había llevado de París. La moto, en cambio, había preferido dejarla allí para las ocasiones en que quisieran escaparse y perderse por la hermosa Ciudad de la Luz.

Llegaron paseando frente a la casa de la familia de Matthew. Era una sencilla vivienda en un bajo, con unas pocas macetas que adornaban las modestas ventanas, cubiertas por una desconchada reja de hierro. En cuanto la vieron, él se paró en seco.

—Puedes hacerlo, mi amor —le susurró Maica, aferrándose a él para darle su incondicional apoyo.

—Me tiembla hasta el habla —confesó él.

—Lo sé. Pero estoy contigo.

Matthew apartó la vista de la fachada para fijar la mirada en los generosos ojos de su amada.

—Prométeme que no me soltarás —rogó cogiéndola de la mano.

—Nunca, amor mío.

Él se abalanzó entonces sobre ella para darle un ardiente beso. Maica era su mayor apoyo, la única persona capaz de aportarle la fortaleza que en ese instante tanto necesitaba. Tras conocer la impactante noticia, supo que debía dejarlo todo atado para comunicarle y hacerle entender la verdad, porque sabía que sin ella no habría sido capaz de dar ese paso. Si no hubiese conseguido su objetivo y Maica no hubiese accedido a hablar con él, Matthew habría aplazado ese encuentro hasta lograrlo. Ella era el eje y el motor que lo hacía funcionar.

Un poco más calmado por el desinteresado y absoluto apoyo de ella, tomó aire y, tras un hondo suspiro, ambos cruzaron la calle. Con mano temblorosa, aunque con la otra aferrada con fuerza a la de Maica, pulsó el timbre.

Rubén fue el encargado de abrir la puerta; sabía que con ese gesto todo sería más fácil.

—¡Hola, tío! —saludó estrechando a su hermano entre sus brazos. Era maravilloso ver la camaradería tan grande que había entre ambos.

—¡Hola! —respondió él abrazándolo sin soltar la mano de Maica.

—¡Hola, preciosa! —la saludó Rubén dándole dos besos.

—¡Hola, clon! —soltó ella para conseguir que al menos uno de los dos sonriera.

Pero sólo lo hizo Rubén; Matthew estaba demasiado nervioso e inquieto por la situación.

—Los papás están igual que tú —confirmó su hermano poniéndole una mano en el hombro—. Tranquilo, Laura, Maica y yo estamos para ayudarlos.

La entereza que mostraba Rubén se ganó el corazón de Maica en ese preciso instante. Pese a haber sido separados al nacer y haber sido educados en ambientes y lugares tan distintos, ambos eran igual de audaces e inteligentes.

Con paso firme, aunque lento, la pareja entró en la vivienda seguida de Rubén, que, con la complaciente intención de suavizar el encuentro, se adelantó para officiar personalmente las presentaciones.

—Matthew, éstos son nuestros padres, Iván y Raquel —indicó señalándolos.

El padre se adelantó para estrechar entre sus brazos a su hijo. Era un hombre muy alto, casi tanto como ellos, con poco pelo en la cabeza y una blanca perilla. Matthew, al que le costaba reaccionar, le devolvió el abrazo sin poder articular palabra y sin soltar la mano de Maica, a la que se aferraba aún con fuerza.

Detrás de ellos, una mujer rubia, también alta, aguardaba impaciente su turno. No dejaba de llorar y era consolada por Laura, a la que Maica saludó desde la distancia. Cuando padre e hijo se separaron, Matthew clavó la mirada en los ojos llorosos de la mujer, su madre. Sus lágrimas mostraban el dolor que su alma sentía, aunque sus ojos reflejaban el inmenso amor que le profesaba sin conocerlo siquiera. De forma instintiva, la mujer se llevó una mano al vientre, recordando los meses que lo había llevado en su interior. Incapaz de moverse de donde se encontraba, miró a su hijo con tal ternura que fue él quien, soltándose de la mano de su amada, se dirigió hacia ella para estrecharla con delicadeza.

—¡Mi hijo! —dijo ella entre sollozos, con tal amargura y voz tan desgarradora que todos rompieron a llorar.

—Mamá —balbuceó Matthew en sus brazos, llorando como un chiquillo, roto de dolor pero inmensamente feliz por estar viviendo ese increíble momento; para él era la primera vez que recibía el cariño de una madre, pese a que en realidad no la conocía. El vínculo que había entre ambos no pasó desapercibido para ninguno, y quedó más que patente.

Durante un buen rato permanecieron así, hasta que su hermano Rubén decidió continuar con las presentaciones. Los padres de ambos acogieron muy bien a Maica, a la que agradecieron que hubiera accedido a ir a hablar con Matthew al apartamento. Ella hizo una mueca al confirmar que todo el mundo estaba al tanto de lo ocurrido entre ambos, lo que provocó la sorna de Rubén.

—No le hagas caso a mi hijo —se apresuró a intervenir Raquel, que ya estaba más repuesta del intenso momento vivido, al igual que el resto—. Las cosas suceden cuando tienen que suceder.

—Muchas gracias, señora.

—¡Uy, no me llames así, que me siento mayor! Tutéame, por favor.

Esa frase hizo sonreír a Maica, que pudo comprobar por sí misma lo buena persona que era la madre de su novio.

De pronto, una voz masculina se oyó desde el fondo de la casa. Matthew y Maica se miraron sorprendidos.

—Siento llegar tarde —dijo un hombre mayor, también alto, aunque un poco encorvado por la edad—. ¿Ha *veníó* ya tu hermano? —preguntó dirigiéndose a Matthew mientras terminaba de abrocharse los pantalones.

—¡Papá! —lo riñó Raquel.

—Papá, ¿qué? Me estaba cagando, coño; he *llegao* lo antes que he podido.

—Pero, ¡papá...!

—Que sí, pesada, que me he *lavaó* las manos antes de salir.

—No es eso, es que...

—Y ¿a éste qué le ha *pasao*? ¿Se te ha *comío* la lengua el gato o qué? —le preguntó de nuevo a Matthew, dándole una cariñosa guantada.

Él lo observaba perplejo sin poder decir nada.

—Papá, es él.

—¡Joder! ¿Quién iba a ser, si no? ¡Que estoy mayor, pero no ciego, cojones! ¡Uy! ¿Y esta preciosidad? —demandó dirigiéndose a Maica y colocándose a su lado—. Niña, ¿tú de dónde has *salío*?

Ella sonreía nerviosa sin articular palabra.

—Disculpad a *mi padre* —apostilló Raquel con retintín—; es un viejo verde.

—Moza, tú no le hagas caso a mi hija. Ella quiere llevarme a un asilo, pero como no tiene un duro, no tiene más remedio que joderse y aguantarme en casa.

Maica, sonrojada, aunque divertida con la ocurrencia del abuelo, decidió seguirle el juego tras hacerle una señal a la madre de Matthew.

—Pero ¡si está usted hecho un chaval! ¿Cómo va a meterse allí rodeado de viejos?

—¡Eso mismo le digo yo! ¡Me cae bien esta chica! —afirmó agarrándose a su brazo—. Y, dime, ¿de quién eres hija, y qué te trae por aquí?

—Pues soy hija de...

—Abuelo —intervino Rubén colocándose junto a Matthew, y ambos frente a él—. Ella es Maica, la novia de Matthew, mi hermano.

—¡Desde luego! ¡Eso se avisa antes, coño! Ven aquí, hijo —formuló abrazándose al francés bajo la atenta mirada de Iván y el pertinente resoplido de Raquel.

—Hola, abuelo.

—Bienvenido a casa, hijo. Siento la confusión, pero..., ¡joder, sois iguales!

—Es cierto —intervino Iván, que, tras adelantarse para agarrar del brazo a su incontrolable suegro, los invitó a todos a tomar asiento y dar así comienzo a la comida.

Raquel, que no pudo evitar sonreír por la inmensa felicidad que sentía, abrazó a sus dos hijos al mismo tiempo y, tras una tierna mirada, los tres se sentaron juntos a la mesa para disfrutar del resto de la velada.

Cuando Matthew y Maica salieron de aquel humilde hogar en el que tan bien los habían recibido, él no pudo evitar sentirse triste. Durante el tiempo que duró el trayecto desde la casa de su nueva familia hasta su apartamento, guardó un aterrador silencio.

Una vez que entraron por la puerta, fue directo al pequeño bar que escondía un pequeño mueble del salón y se sirvió una copa. No tardó en bebérsela, por lo que pronto se sirvió otra, con la que se apalancó para mirar a través del ventanal.

Maica se quitó los zapatos de tacón, se acercó a él y lo abrazó en silencio. Lo había visto hablar con su hermano minutos antes de marcharse de allí, y desde entonces su semblante había cambiado. Lo conocía y sabía que debía esperar a que fuese él quien le contase qué le ocurría. Ambos permanecieron así un buen rato..., hasta que él se lanzó.

—Rubén me ha dicho que les van a quitar la casa.

—¿Qué? —preguntó ella asustada.

Matthew continuaba mirando a través de la ventana, tenía la mandíbula tensa.

—Cuando me dijo que no podía pagarse el billete a París pensé que se trataba de un bache, pero nunca imaginé que... —No pudo acabar la frase. Demasiadas emociones para un solo día.

—¿Por qué te lo ha contado?

—Yo mismo le he preguntado al ver el estado en que estaba la casa. Ya la has visto.

—Sí —contestó ella bajando la mirada.

Si por fuera la casa no tenía muy buen aspecto, por dentro era mucho peor. Y no porque se estuviera cayendo a pedazos, sino por los años que tenía la vivienda, así como todo el mobiliario que había en su interior. Pese a estar impecablemente limpia, todo era muy viejo y precisaba de una reforma, una gran y costosa reforma.

—Mi hermano se compró una casa cuando aún no conocía a Laura —comenzó a relatar Matthew—. Quiso independizarse, tenía un buen puesto de trabajo y ganaba un buen sueldo. Pero mis padres lo avalaron y..., cuando llegó la crisis, su empresa cerró y el banco se quedó con su casa y parte de la de mis padres. Desde entonces no han parado de luchar, han intentado hablar con el banco para impedir el desahucio, pero no atienden a razones y les han dado el plazo de tres meses para desalojarla.

—¡Dios mío!

—Lo más jodido de todo es que... —Matthew dio un trago a su copa, intentando deshacer el nudo que se le había formado en la garganta—, adivina quién va a ser el director de la oficina central del banco que quiere dejarlos sin casa.

Maica se había quedado tan impresionada que no conseguía articular palabra. Matthew estaba enfadado consigo mismo, pese a que sabía que no era culpa suya; sólo había estudiado una carrera y se había colocado en uno de los mayores bancos de Europa. Lleno de ira y de rabia, e incapaz de permanecer parado mucho más tiempo, comenzó a dar vueltas por el salón.

—Pero habrá algo que podamos hacer —dijo ella para intentar calmarlo. Estaba casi tan dolida como él.

—¡No puedo llegar el primer día y paralizar algo que ya está en los juzgados!

—No me refiero a eso, sino a...

—A estas alturas ya no se pueden pagar las letras mensuales de la hipoteca; hay que pagarlo todo de golpe.

—Eso ya lo sé. Pero me refiero a...

—¡No lo digas!

—¡Si no me dejas, coño!

—¡Porque no quiero oírlo!

—¡Pues haberte enamorado de una tonta, joder! ¡Tengo que decírtelo porque soy la única que lo sabe!

—¡No quiero hacerlo, Maica! ¡Es dinero manchado!

—Matthew —dijo ella cogiéndolo por ambos brazos para que dejase de dar vueltas y le prestara toda su atención—. Sé que no quieres, pero míralo de este modo: ahora tienes la oportunidad de darles lo que ellos les arrebataron.

—¡No quiero nada de ellos!

—¿Ni siquiera si con eso salvas a tu verdadera familia?

—¿Me estás pidiendo que renuncie a mis valores?

—¡No, te estoy pidiendo que hagas lo que tienes que hacer! ¡Joder, Matthew! ¡Sé que es dinero manchado, pero ahora tienes la oportunidad de remediarlo! ¿Acaso se te ocurre una forma mejor de emplear ese dinero?

—Lo cierto es que no —confesó agachando la cabeza.

Maica le quitó el vaso que aún llevaba en la mano y lo dejó sobre la mesita de café para poder abrazarlo. A continuación, permanecieron así un buen rato, hasta que sus respectivos latidos se calmaron y se encontraron más sosegados.

—Cariño, es sólo dinero. Pero hablamos de su felicidad, que también es la tuya.

—Vente a vivir conmigo hoy mismo —dijo él de pronto.

Sorprendida por su repentino cambio, Maica lo miró extrañada y halagada a la vez.

—¿Eso significa que lo harás?

—Mañana mismo llamaré a mi abogado; sé que el muy condenado se va a alegrar en cuanto le diga que consiento la dichosa herencia y el maldito título.

—¿Sabes lo orgullosa que estoy de ti?

—Yo más de ti. Pero sólo lo haré si te vienes a vivir conmigo.

—Eso se llama *chantaje* en mi tierra.

—Y en la de todos, pero dime que sí.

—¡Eh, vamos por partes! —formuló separándose un poco de él. Ahora era ella la que daba vueltas por el salón—. Lo primero es saber si ellos estarían dispuestos a aceptar tu dinero, para evitar que nadie se sienta ofendido.

—Eso ya lo he hecho —afirmó Matthew.

—¿Se puede saber dónde andaba yo para no enterarme de nada de lo que me estás contando?

—Aguantando al pesado de mi abuelo Rubén —se mofó él.

—Ah, es verdad. —Matthew intentó abrazarla, pero ella se escabulló; aún había cabos sueltos—. Vale, lo segundo es saber si quieren reformar esa casa o trasladarse a una nueva.

—A una nueva.

Ella lo miró frunciendo el ceño en señal de pregunta, a lo que él se apresuró a contestar:

—Todas esas cuestiones ya se las he planteado a mi hermano.

—De acuerdo —asintió Maica mientras seguía andando—; lo tercero es llamar al abogado.

—Mañana a primera hora.

—Y lo cuarto es decírselo a mi familia. Y, por supuesto, de mi padre te encargas tú.

—¡Joder, Maica! Estamos juntos en esto, ¿no?

—¡Perdona, guapo, pero aquí el que ha hecho chantaje eres tú, así que apechuga con las consecuencias! —dijo ella poniendo los brazos en jarras.

—Aquí la que va a apechugar vas a ser tú como sigas provocándome como lo estás haciendo.

—¿Te pone la postura del botijo? —repuso Maica mirándose a sí misma con sorna—. ¡Mira que eres raro, puñeta!

Matthew no lo soportó más y, con una sonrisa en los labios, se abalanzó sobre ella y la estrechó entre sus brazos.

—¡Cuánto te quiero, *ma petite*! —Sólo ella lograba que se sintiera el hombre más feliz sobre la faz de la Tierra.

—Y yo a ti, mi Napoleón —afirmó Maica aferrándose a su cuello mientras él apresaba sus insinuantes labios.

* * *

Seis meses después

Esa tarde de mayo, todo estaba preparado. La primavera había entrado con fuerza. Las multicolores flores, los verdes jardines y los frondosos árboles relucían resplandecientes bajo el cielo de París, donde iba a celebrarse la ceremonia.

Toda la familia estaba en la mansión del nuevo vizconde Matthew Cuvier. La propiedad era tan grande que podía albergarlos a todos y cada uno de ellos, incluso a los abuelos, Isabel y Rubén, que se pasaban todo el día discutiendo. La familia de Matthew fue muy bien acogida por la de Maica, y viceversa, a excepción de los más veteranos integrantes, que, cada vez que se juntaban, acababan a gritos, lo que provocaba las risas del resto. Rubén, cuatro años mayor que Isabel, la hacía rabiar a la menor ocasión; el hombre disfrutaba enormemente con ello, aunque jamás le había confesado a nadie el verdadero motivo por el que lo hacía: se había enamorado de ella como un jovencuelo. Chincharla era lo que más lo divertía en el mundo, era la mejor manera que se le ocurría para estar todo el día detrás de ella sin que nadie notase ni dijese nada. Isabel, en cambio, estaba hasta las narices del hombre, que, maño y cabezota hasta hartarse, no la dejaba ni a sol ni a sombra, sacándola de sus casillas y provocando una y otra vez una discusión entre ambos. Maica había sido la única que se había percatado de lo que ocurría entre ellos dos, y, por eso, semanas antes de la gran boda, decidió hablar con el causante de los enfados de su abuela. El hombre, que al principio quiso desentenderse de todo cuanto la joven le decía, acabó confesándole el amor que sentía hacia Isabel en el instante en que ella le contó que, los días que no se veían, ella no dejaba de nombrarlo cada vez que podía. Rubén, envalentonado con lo que su nueva nieta le contaba, le hizo prometer que le guardaría el secreto, convirtiéndose así en su gran aliada y cómplice de la ardua misión que aún tenía por delante.

Laura y Rubén hicieron muy buenas migas con Matthew y Maica. Los cuatro salían muy a menudo y se habían hecho casi inseparables. A todo el mundo le costaba distinguir a los gemelos cuando estaban juntos, pero, para ellas, no había ningún género de dudas, sobre todo para Maica, que sabía en todo momento quién era su amado Napoleón.

Ainhoa había roto con el chico con el que salía y volvía a estar sin pareja. Maica se negaba a dejarla sola, y se veían cada vez que sus respectivos compromisos se lo permitían. Bien los cinco o bien ellas solas, las chicas seguían saliendo para no perder viejas costumbres. Zape había recuperado a su Zipi, y no estaba dispuesta a volver a perderla.

Unos días antes de la ceremonia, Eloy adelantó su visita presentándose en Zaragoza. Al principio Ainhoa se inventó mil y una excusas para no verlo, aunque de nuevo Maica intervino y ambos disfrutaron del encuentro que, a su parecer, aún tenían pendiente. Gracias a Matthew, pudo averiguar que el madrileño aún seguía sintiendo algo por su amiga, lo que propició que se vieran y, al menos, se dieran la oportunidad de comenzar de nuevo siendo tan sólo... amigos. La rubia se empeñaba en guardar las distancias, pero Maica la conocía muy bien y sabía que, entre ellos, tarde o temprano acabaría habiendo algo más.

Los padres de Matthew y de Rubén, Iván y Raquel, se mudaron a su nueva casa. Ironías del destino, gracias a la fortuna que habían amasado las personas que en su día les quitaron lo que más querían, ahora podían vivir sobradamente. Aunque nada comparado con la felicidad que sentían al haber recuperado a su hijo; debían redimirse de los treinta años que les habían sido arrebatados, y cada día que estaban juntos era para ellos como un regalo, un milagroso y bien recibido regalo. Matthew siempre había sospechado que su abuela había guardado aquel documento para que todo eso ocurriese, por lo que, a ella, y sólo a ella, seguiría considerándola como alguien importante en su vida.

Paco y Françoise estaban cada día más enamorados. Por fin el cabezota camionero había conseguido aceptar su nueva vida y se sentía feliz por lo mucho que había aumentado su familia.

Esa tarde de mayo todo estaba preparado. El banquete iba a celebrarse en el mismo jardín donde iba a oficiarse la ceremonia. Los novios habían optado por un acto íntimo, y todos estuvieron de acuerdo cuando Matthew propuso celebrarlo en la mansión. Todos excepto Paco, que aún seguía reticente por tener que abandonar su Zaragoza natal para pisar suelo francés, además de tener que conformarse con una ceremonia civil.

La familia y los amigos más cercanos aguardaban para ver llegar a los novios al altar que la empresa organizadora había preparado en un extremo del jardín. Unas sillas blancas engalanadas con diferentes flores de colores formaban el elegante y romántico pasillo. Maica caminaba nerviosa hacia el altar cogida de su padre. Iba increíblemente preciosa, al igual que él, que vestía sus mejores galas con un traje chaqueta de color negro, con chaleco y corbata en color gris plata. Del bolsillo de su chaqueta, un bonito pañuelo de seda del mismo color asomaba con galantería, como la que él demostraba al caminar y recorrer el pasillo.

Al llegar junto al funcionario encargado de officiar la ceremonia, Paco se negó a soltarse de su hija, bajo la atenta mirada de Matthew.

—Papá, ¿qué haces? —murmuró ella por lo bajini mientras sonreía para simular que todo estaba bien.

—¿Tú estás segura de que esto es lo correcto?

—Claro que sí, papá.

—Es que...

—¿Crees que es momento de tener dudas? ¿No podrías habérmelo dicho antes?

—No estaba tan acojonado como ahora.

—Papá, es lo mejor para todos.

—Hija, ya sé que no soy partidario de lo de vivir en pecado, pero... llegar a esto...

—¡La madre que te parió! —rugió Maica entre dientes—. ¿Me sales ahora con ésas? Fuiste tú quien quiso que se celebrara esta boda, ¡maldita sea!

—¡Joder, no me lo recuerdes! —cuchicheó él.

—Cariño, ¿pasa algo? —preguntó Isabel acercándose a ellos.

—Nada, abuela, tranquila. Nada que no pueda solucionar.

—Isa, deja a tu nieta tranquila, que ella sabe lo que se hace —intervino Rubén, el abuelo de Matthew, que no tardó en ponerse a su lado.

—¡Pues aplícate tú también el cuento y déjame tranquila de una puñetera vez, que pareces una mosca cojonera, coño! —masculló la abuela alejándose de ellos, seguida de Rubén, que se marchó tras ella sonriendo.

—Papá, tú puedes hacerlo. Confío en ti —insistió Maica.

—Esta corbata me está matando —farfulló él mientras intentaba aflojar el nudo.

—¡Estate quieto, joder! Vas a conseguir que me ponga más nerviosa de lo que ya estoy y la vamos a liar parda.

—¿Va todo bien? —preguntó Matthew al ver cómo padre e hija se daban manotazos con disimulo.

—Aquí, el señorito, que le ha *dao* por tener dudas.

—Pero, Paco, ya es tarde para echarse atrás. Está todo preparado. Anda —dijo Matthew poniéndole la mano sobre el hombro para que se tranquilizara y soltara de una vez por todas a su hija—, suéltala, que ha llegado el momento.

—Está bien, está bien. Ya voy —repuso zafándose de él para apartarse un par de pasos con su hija aún cogida del brazo.

—Maica, ¿estás segura de que es lo correcto?

—Papá —dijo ella del modo más calmado que pudo, dada la situación—, lo estoy como lo estás tú también, aunque el miedo te impida verlo. Sólo el amor es el culpable de esta maravillosa situación, así que deja de ser tan capullo y compórtate como es debido. ¿He hablado claro?

—Como el agua —claudicó él volviéndose hacia los invitados.

Ambos miraron hacia los allí congregados, que aguardaban atentos a que diera comienzo la ceremonia. Nadie sabía a ciencia cierta qué estaba ocurriendo, pero todos conocían a Paco e intuían qué podía ser.

Y allí, agarrado de su hija, incapaz de soltarla a causa del inmenso nerviosismo que sentía, Paco aguardó impaciente a que llegara el momento. De pronto, su futura esposa apareció por el engalanado pasillo de la mano de un apuesto Rubén. El propio Paco había insistido en que su hija y Matthew fuesen los padrinos de la boda y se quedaran en el altar junto a él, algo que ambos sabían que había pedido para sentirse arropado llegada la ocasión.

—Está preciosa —susurró Maica al ver a Françoise caminar hacia ellos con un precioso vestido corto en color rosa palo.

—Lo está porque lo es —respondió Paco mirándola embobado.

Maica se volvió hacia él y se sintió orgullosa al observar cómo su padre miraba a su amada.

Por primera vez desde que habían salido al jardín, la presión de su brazo fue a menos y pudo relajarse un poco. Se sentía feliz por todo lo que estaba viviendo y, dispuesta a que su padre lograra relajarse del todo y consiguiera sonreír y deshacerse del palo que parecía llevar metido en el culo, justo cuando a la novia le faltaban apenas dos pasos para llegar hasta ellos, le soltó:

—Por cierto, papá, ¿te has dado cuenta de una cosa? Eres el único de la familia que estará

emparentado con alguien de Francia.

Maica sintió cómo su padre la fulminaba con la mirada, pero no le importó. Regresó junto a Matthew, padrino de la boda, para ser testigos de cómo Paco daba el «Sí, quiero» a la mujer que su corazón había elegido, sin importar en qué lugar hubiera nacido ni de qué país proviniera, en una íntima y entrañable ceremonia, rodeado de toda la gente que los quería.

* * *

—¡Venga, *dagos pgisa!* —gritó Françoise desde el recibidor.

—¿Qué ha dicho? —preguntó el abuelo Rubén a Isabel, pues, para no variar, estaba pegado a ella.

—Ha dicho que me dejes en paz —gruñó la abuela de Maica.

—No es cierto, y lo sabes.

—¡Pues no haber *preguntao*, leñe!

—Sólo quería asegurarme —se defendió él, sujetando la chaqueta de la mujer para colocársela.

—¿De qué?, ¿de que estás viejo y chocho?

—¿Esto va a ser siempre así? —le susurró Matthew a Maica.

—Hasta que mi abuela se baje del burro, me temo que sí —argumentó ella guiñándole el ojo.

Eran cerca de las ocho y media de la tarde. Aún estaban todos con la alegría y el buen sabor de boca que les había dejado la ceremonia y la posterior celebración del día anterior. Faltaban dos días para regresar de nuevo a Zaragoza, por lo que aún quedaban muchas cosas por hacer. Tanto la recién casada como Matthew querían mostrarles a sus invitados la ciudad de París, y una de las cosas que entraban en sus planes era un crucero nocturno por el Sena. La reserva se había hecho con suficiente antelación, aunque apenas faltaba una hora para que diera comienzo el último pase y aún no habían salido de casa.

Matthew lo tenía todo calculado. Nada más llegar a la ciudad, había alquilado un minibus para poder llevarlos a todos a los lugares que había elegido. Nadie quiso perderse la ocasión, todos los que habían asistido a la boda estaban allí, dispuestos a pasar una noche divertida.

Tal y como Maica había previsto, Ainhoa y Eloy no se habían separado desde que se reencontraron en Zaragoza. La rubia era demasiado cabezota como para reconocerlo, pero sabía, al igual que su mejor amiga, que el madrileño era lo mejor que le podía pasar.

—¿Cuánto crees que tardará en claudicar? —le preguntó Matthew mientras aguardaban para embarcar en el *bateaux*.

—No creo que pase de esta noche.

—¿Tan pronto?

—Mira, ¿ves cuando ella se pellizca el brazo?

—Sí.

—Se lo hace a sí misma porque no me tiene a mí al lado. Lo hace para recordarse que tiene que ser fuerte y no dejarse llevar.

—Me alegro de que estés aquí conmigo. No soportaría verte con moratones.

—La cosa no llega a tanto —defendió ella socarrona.

—La conoces como nadie.

—Sí. Y ella a mí también.

—Lo sé.

—¿Lo sabes?

—Subamos, es nuestro turno —la cortó Matthew para eludir la conversación.

El cruceo resultó ser de lo más divertido. Todos se lo pasaron en grande, incluso Curro, al que no le importaban mucho los edificios, pero sí estar subido en un barco, y sobre todo con las ocurrencias del abuelo Rubén. Como único crío de ambas familias, era el mimado por todos, algo que, a él, como no podía ser menos, le encantaba.

Cuando acabó el paseo, Matthew los llevó a Trocadero. Comenzaba a anochecer y quería mostrarles el espectáculo que era ver a la tour Eiffel iluminada y brillante. Maica recordó la última vez que había estado allí con él en cuanto puso un pie en la enorme plaza. Enamorada, se dejaba abrazar por su hombre, que todo el tiempo estaba pendiente del reloj. Un grupo de músicos con su vocalista masculino interpretaban canciones francesas, logrando convertir el instante en algo mágico. Mientras su cabeza reposaba sobre su costado, en su mente recreaba una y otra vez aquella romántica noche sin dejar de sonreír.

—Maica, Maica, ¿me compras algo? —interrumpió Curro, tirando del brazo de su hermana.

—¿Ahora? —preguntó ella de mala gana.

—¡Sí, *porfa, porfa, porfa!*

—Anda, ve a ver qué quiere —intervino Matthew, que sentía debilidad por el pequeñajo.

—¿No puedes esperar?

—No. —Tiró más fuerte de ella.

—¿Se puede saber qué se te ha antojado?

—¿Vas a dejar de hacerme preguntas y acompañarme o qué? —planteó Curro enfurruñado, cruzándose de brazos.

—¡Está bien! —claudicó ella exasperada—. Enseguida vuelvo —dijo dirigiéndose a Matthew, y se despidió de él dándole un corto beso.

Durante un rato, Curro observó las decenas de puestos que había en un extremo de la plaza sin decidirse por nada en concreto. Había cientos de artilugios, juguetes y detalles que mirar. A cada segundo que pasaba, Maica se iba enfadando cada vez más; el puñetero niño no tenía claro lo que quería, aunque sí que estaba decidido a tocarle las narices a su hermana.

—¡Quiero eso! —dijo al fin señalando una pistola de burbujas.

—¡No pienso comprarte una pistola!

—Pero ¡si es para hacer pompas! —se defendió él—. La abuela me dijo que a ti te gustaban cuando eras pequeña.

Maica arrugó el morro al saberse pillada entre la espada y la pared.

—Está bien. Pero ¡no dispaes a desconocidos!

—Es que...

—O me lo prometes o no hay trato.

Durante unos segundos, Curro lo pensó detenidamente; le molestaba hacerle aquella promesa y perderse la mayor diversión del juego, pero por fin aceptó.

Feliz con su pistola, que no tardó en sacar de la caja, y cogido de su hermana, el crío se encaminó junto a ella hasta el lugar donde se encontraban los demás. No obstante, al llegar allí, comprobaron que

ya no estaban.

Maica se extrañó al no ver siquiera a Matthew o a Rubén, que eran los más altos de su grupo. Nerviosa, apretó la mano de su hermano y comenzó a girar sobre sí misma buscándolos con la mirada, intentando divisarlos entre la multitud de personas que había allí congregadas. Conforme pasaban los segundos y seguía sin haber rastro de nadie de su familia o de sus amigos, empezó a inquietarse.

—¡Deja de dar vueltas, *porfa!*

—¿Acaso no ves que intento encontrarlos? ¡Si los ves, avisa!

—¿Cómo quieres que los vea si me estás mareando?

—¡Joder! —masculló ella parándose en seco.

De pronto, los músicos comenzaron a tocar los primeros acordes de *Je vais t'aimer*.^[8] Maica tardó apenas un instante en reconocer la canción, el mismo tiempo que tardó en ver a toda su familia y a sus amigos frente a ella. Cuando iba a acercarse, Curro tiró de su mano para impedirselo. Conforme iban apareciendo, iban colocándose uno al lado del otro, en fila, frente a ellos. Los primeros en hacerlo fueron Paco y Françoise, seguidos de Isabel y Rubén, para no variar, los padres de Matthew, su hermano y Laura, y, tras ellos, Ainhoa y Eloy. Maica miraba anonadada lo que estaban haciendo, incapaz de entender a santo de qué venía colocarse de aquella forma. Cuando ya creía que todo aquello no era más que una broma y estaba a punto de echarse a reír, aparecieron también Carmen, su hijo y su nuera, a los que hacía meses que no veía, y no tardaron en unirse al resto. Todo se sucedía de manera muy rápida y Maica no lograba entender qué hacían ellos allí y a qué venía aquello. Incapaz de encontrar una respuesta, de repente observó cómo todos empezaban a desnudarse. Todo el mundo a su alrededor los miraba, aunque eso a ella le importaba poco. ¿Qué estaban haciendo? ¿Es que se habían vuelto todos locos?

Una vez que se deshicieron de la parte de arriba, ya fuese camisa, chaqueta o jersey, Maica comprobó que todos llevaban debajo la misma camiseta. Cada una mostraba un signo o unas letras determinadas, que formaban una frase incompleta. Curro se soltó entonces de ella y fue corriendo a unirse al grupo, colocándose entre Paco y su recién estrenada esposa. A continuación, el chiquillo se quitó su sudadera y, al igual que el resto, mostró que también escondía la misma camiseta. Su letra era la «Q» que faltaba y que completaba la frase: «¿Quieres casarte conmigo?».

Con lágrimas en los ojos, y embargada como nunca por la emoción, Maica comenzó a temblar con una risa nerviosa.

Matthew no tardó en aparecer a su lado; ella no sabía dónde estaba hasta ese preciso momento. Abrazándola por la cintura, la abocó hacia él con cariño y su indiscutible firmeza.

—¿Me concederías ese honor? —le preguntó devorándola con la mirada, demostrándole con sus ojos color esmeralda lo mucho que la amaba.

—Te odio —susurró Maica apenas con un hilo de voz.

—¿Eso es un «Sí»?

—Claro que es un «Sí».

—¿Estás segura? —se mofó él con la firme intención de que dejase de llorar.

Prefería mil veces que estuviera cabreada con él a verla derramando lágrimas, aunque éstas fuesen de felicidad.

—¿Quieres que te mande a la *merde*? —se defendió ella.

Matthew había conseguido su objetivo, la conocía mejor que nadie.

—Te quiero, *ma petite*. —Él se rindió con una sonrisa iluminando su rostro justo antes de abalanzarse sobre ella para besarla.

Pero Maica aún seguía nerviosa por su increíble declaración de amor, por lo que, recurriendo a su habitual sentido del humor en situaciones así, replicó:

—Yo también *me* quiero, mi Napoleón.

Agradecimientos

Como siempre hago en este apartado, quiero dar las gracias ante todo a mi marido y a mi hijo por su bendita paciencia y su incondicional apoyo. Sin vosotros, nada tendría sentido. Os quiero con locura.

A mis padres, y en especial a mi madre, Salvi Martínez. Gracias por ser mi lectora jefa, por apoyarme en cada uno de mis proyectos y, en definitiva, por ser tan maravillosa como eres. Te prometí preservar el apellido de la abuela y espero poder seguir cumpliéndolo. Os quiero.

A mis niñas Mariola García, Mari Carmen González y Jose Cano. Gracias por estar a mi lado en cada momento y por permitirme seguir siendo vuestra amiga después de tantos y tantos años. Os quiero, nenas.

A mis compis y amigas Iris T. Hernández, Ana Forner y Alissa Brontë. Vuestro apoyo ha sido imprescindible en cada bache del camino, como lo ha sido en cada alegría y en cada celebración. Os quiero, compis.

A Greg, a Victoria y a Sylvia Marx, por ayudarme a documentarme. Han sido meses de mucho trabajo previo y, gracias a vosotros, todo ha sido un poco más fácil. Gracias por contarme cosas de vuestra hermosa tierra.

A los monologuistas y artistas Paco Calavera y Chema Ruiz, por permitirme incluiros en mi novela. Sois gente digna de conocer y... tenemos una cerveza pendiente.

A mis fieles lectoras y lectores. Gracias por estar ahí cada día en las redes sociales, leyendo mis novelas y apoyándome en cada trabajo. Sin vosotr@s, nada de esto sería posible. Sois mis chic@s D.I.S.N.E.I. y siempre os llevaré en el corazón. ¡Gracias y siempre gracias!

Y, por último, quiero dar las gracias a mi editora y amiga, Esther Escoriza. Sabes que siempre te lo digo, como también sabes que es cierto: eres mi hada madrina. Gracias por confiar en mí y por darme la oportunidad de seguir cumpliendo sueños cada día. Te quiero, pequeñina.

Biografía



García de Saura es el nombre artístico de Carmen María García, que, tras varios años de intentos, consiguió escribir su primera novela, *La culpa es de D.I.S.N.E.I.*, en la primavera de 2015, a la que han seguido *Lo que el alcohol ha unido que no lo separe la resaca* y *Soñando a lo grande, pensando a lo «chico»*, esta última en coautoría con Alissa Brontë. Natural de Molina de Segura (Murcia), cursó sus estudios de Bachiller y COU en la rama de letras puras. Posteriormente se graduó en Técnico Especialista en Administración. Tras el nacimiento de su hijo, le surgió la vocación por la pintura, donde con el paso de los años, ha pintado más de cuatrocientas obras y ha expuesto en más de dieciocho ocasiones, tanto de forma colectiva como individual. Algunas de sus obras se encuentran en ciudades como Barcelona, Londres o Buenos Aires. Su interés por avanzar y aprender la llevó también a asistir a cursos de informática, bisutería y tatuajes.

Encontrarás más información sobre la autora y su obra en: Facebook: GARCÍA DE SAURA
Twitter: @GarciadeSaura

Notas

[1]. *I Will Always Love You*, Arista Records, Inc., interpretada por Whitney Houston. (*N. de la E.*)

[2]. *Bajo el cielo de París*, ISJRDigital, interpretada por Aimable. (N. de la E.)

[3]. *Yoncé/Partition*, Parkwood Entertainment/Columbia, interpretada por Beyoncé. (*N. de la E.*)

[4]. *Je t'aime... Moi non plus*, The Verve Music Group, a Division of UMG Recordings, Inc., interpretada por Jane Birkin y Serge Gainsbourg. (*N. de la E.*)

[5]. *Je vais t'aimer*, Jerico/Mars Films, interpretada por Louane. (N. de la E.)

[6]. *Pour que tu m'aimes encore*, Sony BMG Music Entertainment Canada, interpretada por Céline Dion. (N. de la E.)

[7]. Véase la nota 5.

[8]. Véase la nota 5.

Aquí le echamos muchos huevos... a la tortilla

García de Saura

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© de la ilustración de la cubierta: Richard Peterson y Ale de Sun – Shutterstock

© de la fotografía de la autora: archivo de la autora

© García de Saura, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2017

ISBN: 978-84-08-17418-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Víctor Igual, S. L.

www.victorigual.com

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!

